HISTORIAS

LIBROS I-IV

Paulo Orosio

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 53

OROSIO

HISTORIAS

LIBROS I-IV

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

EUSTAQUIO SÁNCHEZ SALOR

EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección latina: SEBASTIÁN MARINER BIGORRA.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por CARMEN CODOÑER MERINO.

Depósito Legal: M. 22335-1982.

ISBN 84-249-0335-8.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1982.—5413.

INTRODUCCIÓN GENERAL

EL AUTOR

Muchos problemas ha planteado a los estudiosos la vida de Orosio. De cualquier forma, todos esos problemas se pueden reducir a uno: lo poco que se sabe de él. Y, por ello, porque se sabe poco, en la mayoría de los casos no se hacen nada más que conjeturas, y, al tratarse de conjeturas y no de evidencias, las divergencias surgen de inmediato.

La biografía de Orosio se encuentra, en efecto, casi en su totalidad, envuelta en una oscuridad impenetrable; sólo unos pocos años, que no llegan a un lustro, aparecen perfectamente iluminados y encuadrados en la historia de su tiempo: es el momento en que Orosio conoce a Agustín en África. Tras abandonar la Península Ibérica, que es sin duda alguna su lugar de origen, llega a África y entra en contacto, probablemente en Hipona, con Agustín.

Pero antes de ello, chocamos con el problema de su lugar de nacimiento y sus años en España. En lo que se refiere a su patria, los estudiosos se han dividido en dos grupos (dejándose llevar, muchas veces, por romanticismos regionalistas): para unos, es de Tarra-

gona, y para otros, de Braga[1]. Los defensores de la primera tesis se apoyan en una frase del propio Orosio[2], donde habla de *Tarraconem nostram* («nuestra Tarragona»). Los defensores de su origen de Braga se apoyan en mayor número de argumentos, pero argumentos de probabilidad; recurren, concretamente, a expresiones agustinianas relativas a Orosio: «Ha llegado hasta mí desde el litoral del Océano»[3] y «ha llegado hasta mí desde el extremo de Hispania, esto es, desde el litoral del Océano»[4], expresiones que parecen aludir a un punto de partida del litoral altántico más que del litoral mediterráneo; recurren también a un testimonio de Braulio de Zaragoza (s. VII), que incluye a Orosio entre los hombres ilustres de Galicia; y a otro testimonio del presbítero Avito, quien encarga a Orosio desde Palestina el traslado de las reliquias de S. Esteban a la Iglesia de Braga: en la carta escrita por Avito al obispo Palconio de Braga y que acompaña a las reliquias de

---

[1] Entre los defensores más importantes de su origen tarraconense hay que señalar a Trithemio, Baronio, Ceillier, Havercamp (uno de los editores de Orosio, como luego veremos), Delmasses y Roz (*Dissertatio historica por la patria de Paulo Orosio*, Barcelona, 1702). Th. de Mörner (*De Orosii uita eiusque «Historiarum» libris septem adversum paganos*, Berlín, 1844), P. de Labriolle (*Histoire de la littérature latine chrétienne*, París, 1920), etc. Defienden su origen de Braga Ibáñez Segovia (*Disertaciones eclesiásticas por el honor de los antiguos tutelares contra las ficciones modernas*, Zaragoza, 1681), J. A. Davids (*De Orosio et sancto Augustino priscillianistarum adversariis*, Rotterdam, 1930), R. J. Deferrari (*Paulus Orosius. The seven books of history against the pagans*, Washington, 1964, pág. XV) y E. Corsini (*Introduzione alle «Storie» di Orosio*, Turín, 1968, pág. 15).

[2] *Hist.* VII 22, 8.

[3] AVG., *Ep. 166 ad Hieron.* I 2 (*Corp. Script. Eccl. Lat.*, 44, página 547).

[4] AVG., *Ep. 169 ad Euod.* IV 13 (*Corp. Script. Eccl. Lat.*, 44, página 621).

S. Esteban, se vislumbra que Orosio no sólo era compatriota de Avito, el cual, a su vez, era originario de Braga, sino miembro también de la misma comunidad eclesiástica de origen[5]; pero lo cierto es que en la carta no hay ninguna evidencia en torno a la pretendida identidad patriótica entre Avito y Orosio, del cual sólo habla como *dilectissimus filius* y *compresbyter meus.*

La verdad, pues, es que no hay argumentos convincentes en favor de una hipótesis u otra. Nosotros sólo señalaremos una cosa: que la idea de que nació en Tarragona es la más común entre la crítica relativamente antigua (cf. nota 1), mientras que la hipótesis de que nació en Braga es más común entre autores modernos, que muchas veces se empeñan en leer los textos entre líneas y deducir de ellos cosas que, por supuesto, no están claras. Por otro lado, aunque parezca, de las palabras de Agustín, que en su viaje hacia África partió de las costas atlánticas y no de las mediterráneas, y esté, asimismo, claro, por el testimonio de Braulio, que era un hombre ilustre de Galicia, ello no quiere decir, sin embargo, que naciese necesariamente en Braga: pudo haber nacido en Tarragona y estar en Braga en el momento en que huyó de España.

Tampoco se sabe con exactitud la fecha de su nacimiento. Los elementos utilizados en este sentido son las afirmaciones de Agustín, quien habla de Orosio, a su llegada a África, como «joven», «hijo suyo por la edad» y lo califica como «colega en el sacerdocio» *(compresbyter).* Si tenemos en cuenta la praxis de la Iglesia española de no ordenar a nadie como presbítero hasta los treinta años[6], se puede deducir que, por ser ya presbítero y ser también «joven», tendría entre 30 y 40 años.

---

[5] *Ep. Auiti ad Palchonium* (*Patr. Lat.*, 41, pág. 805).

[6] Cf. *Decretale* del Papa Siricio (384-399) al metropolitano de Tarragona, en GONZÁLEZ, *Epistolae Decretales ac rescripta roma-*

Si colocamos el encuentro hacia el 414, como después veremos, se puede establecer para el nacimiento de Orosio un término *ante quem* en el 384, sin poder llegar a mayores precisiones.

Apenas podemos decir nada de esos treinta y tantos años que pasó en España. Sólo que llegó a presbítero, que consiguió una cultura, tanto pagana[7] como cristiana, considerable y un conocimiento de retórica perfectamente visible en su obra. Posiblemente intervino también en la polémica ideológica que, en esta época, enfrentaba en su patria a los ortodoxos con los priscilianistas; de hecho, poco tiempo después de llegar a África dirige a Agustín un *Commonitorium de errore priscillianistarum et origenistarum*[8]. Poco más podemos decir de la primera etapa de su vida en España.

Alrededor del 414 llega, como ya hemos apuntado, a África. El motivo exacto de su salida de España no ha sido aclarado por los autores. Dos son las opiniones dadas al respecto: para unos, la razón de su marcha a África no es otra que la de informar a Agustín sobre la herejía priscilianista, que asolaba a España en este momento; para otros, fue, simplemente, el temor físico a los bárbaros que invadieron España el que le echó de su patria y le obligó a marchar a África.

---

norum pontificum, Madrid, 1821, pág. 5. De fecha posterior son muchos textos canónicos que aluden a ello (cf. *Conc. IV de Toledo* [a. 633], canon 29, ed. GONZÁLEZ, *Collectio Canonum ecclesiae Hispanae*, Madrid, 1808, pág. 374).

[7] Lo demuestran sus citas de autores profanos. Y ello, a pesar de que esta cultura no era normal en la época (cf. J. MADOZ, «Citas y reminiscencias clásicas en los padres españoles», *Sacris Erudiri. Jaarb. voor Godsdiens.* 5 [1953], 105-132, para quien, dejando a un lado algunas brillantes excepciones, como Prudencio y Paulo Orosio, que conocían perfectamente la literatura profana, las citas y reminiscencias clásicas son raras en los padres españoles de la época romana).

[8] *Patr. Lat.*, 42, pág. 666.

Es evidente que se pueden conciliar las dos razones. La auténtica y única razón es la segunda que hemos apuntado: la huida de manos de los bárbaros; la primera es un motivo *a posteriori:* una vez en África, Orosio necesita justificar ante Agustín —el cual, por cierto, había criticado a los obispos y clero que abandonaban a su grey ante las invasiones de los bárbaros[9]— su propia actitud. Por ello, Orosio trata de presentar su llegada a África como algo providencial, que le ha permitido mostrar ante los ojos del maestro de Occidente los errores que aquejaban a su patria[10]; y la verdad es que Orosio debió de presentar a Agustín, tanto en el *Commonitorium* como en las conversaciones que le precedieron[11], un cuadro tan dramático de la situación doctrinal española, que Agustín, en una carta posterior dirigida a Jerónimo[12], no duda en decir que «las doctrinas falsas y perniciosas... han atormentado las almas de los españoles mucho más de lo que lo han hecho con sus cuerpos las espadas de los bárbaros». Orosio, pues, ocultó posiblemente la verdadera causa de su salida de la Península. Las razones son claras y humanamente comprensibles.

La auténtica causa de su huida fueron los vándalos. Y ello se deduce de los propios textos de Orosio. Los textos normalmente aducidos para demostrarlo son los siguientes:

---

[9] AVG., *Ep. 228* (*Corp. Script. Eccl. Lat.*, 57, pág. 484).

[10] En el *Commonitorium* citado habla de una fuerza oculta *(occulta quadam ui actus)* que le ha llevado a África y de que su llegada es una misión que le ha sido encargada *(mandabar).*

[11] El *Commonitorium* se lo entregó a Agustín después de haber tenido conversaciones con él; precisamente el *Commonitorium* empieza así: «Ya he apuntado a tu santidad...» (*Patr. Lat.*, 42, página 665).

[12] AVG., *Ep. 166 ad Hieron.* I 2 (*Corp. Script. Eccl. Lat.*, 44, página 547).

En el *Commonitorium* a Agustín dice:

Salí de mi patria en contra de mi voluntad, sin que tuviera necesidad de salir, sin que fuera decisión mía [13].

Estas palabras no tienen nada más que una interpretación: salió por la fuerza.

En *Historias* hay tres textos que dejan bien claro que su acción fue una huida y bastantes cosas más. En III 20, 6-7 dice:

... cuando hablo de mí mismo, por ejemplo, que, en un primer momento, me vi frente a frente con los bárbaros a los que no había visto nunca, que los esquivé cuando se dirigían hostiles contra mí, que los ablandé cuando se apoderaron de mí, que les he rogado a pesar de ser infieles, que los he burlado cuando me retenían, y finalmente que he escapado de ellos, cubierto con una repentina niebla, cuando me perseguían por el mar, cuando trataban de alcanzarme con piedras y dardos, y cuando ya incluso me alcanzaban con sus manos.

Aquí hay algo que está claro y en lo que no ha insistido con frecuencia la crítica: se trata de una huida, y de una huida dramática; pero de una huida, no de España ni vergonzosa, sino de las manos de los bárbaros que presumiblemente le tendrían prisionero. No sabemos a qué se debería esta prisión, pero del texto parece desprenderse que estaba retenido por los bárbaros. No parece normal que si se hubiese tratado de una huida con abandono de la grey, Orosio reconozca tan claramente que «huyó»; sin embargo, si se trata de una huida de manos de los bárbaros, no hay razón para no hablar de ella.

En V 2, 1 dice:

---

[13] *Commonitorium* (*Patr. Lat.*, 42, pág. 666).

Yo, sin embargo, que aprovecho para huir la primera perturbación de una situación turbulenta, sea esta del tipo que sea...,

donde de nuevo vuelve a aludir a una huida y a algo más: habla de la primera ocasión turbulenta aprovechable para la huida; esta ocasión turbulenta puede referirse a dos situaciones: ya a la invasión de los bárbaros, ya a un momento de turbación entre sus carceleros. Lo primero no parece probable: los vándalos entran en España en el 409 y Orosio escapa a África alrededor del 414; consiguientemente la primera perturbación no parece que pueda referirse a la invasión de los vándalos [14]; ha pasado bastante tiempo como para que con el sintagma «primera perturbación» pueda referirse Orosio a un hecho que ocurrió años atrás; por otro lado, si Orosio hubiese huido ante la primera situación difícil que se le presentó, eso habría sido un acto de cobardía, y, si así fuese, no parece normal que él mismo lo reconociese. Parece más lógico pensar que esa primera perturbación se refiera a la primera ocasión que se le presentó para huir de manos de los bárbaros, que le tendrían retenido.

Por otro lado, si no hubiese estado retenido por los bárbaros, Orosio, como otros muchos de sus paisanos, podría haber salido de la Península sin mayores problemas. En un texto del libro VII 41, 4-6, texto que no ha sido tenido en cuenta al respecto, señala Orosio lo siguiente:

---

[14] Salvo que se admita el año 410 como fecha de llegada de Orosio a África, aunque ello es poco probable. Defiende, sin embargo, esta fecha G. Fink-Errera, «San Agustín y Orosio. Esquema para un estudio de las fuentes del *De ciuitate Dei*», *Ciudad de Dios* 167, 2 (1954), 461. Corsini (*Introduzione alle «Storie»*..., página 20 y sigs.) rebate los escasos argumentos de Fink-Errera.

... la clemencia de Dios, con el mismo amor paternal con que él hace ya tiempo lo predijo, procuró que, de acuerdo con su evangelio, en el que incesantemente amonestaba: «cuando os persigan en una ciudad, huid a otra», todo aquel que quisiera huir y marcharse de Hispania, pudiese servirse de los propios bárbaros como mercenarios, ayudantes y defensores. Los propios bárbaros se ofrecían entonces voluntariamente para ello; y, a pesar de que podían haberse quedado con todo matando a todos los hispanos, pedían sólo un pequeño tributo como pago por su servicio y como tasa por cada persona que se exportaba. Y, realmente, muchos lo pusieron en práctica.

La salida de España era, pues, relativamente fácil: bastaba con pagar una pequeña cantidad para que los propios bárbaros escoltaran a los que salían. La salida de Orosio, sin embargo, no fue así: fue una huida y una huida dramática, como hemos visto. Hay que pensar entonces que posiblemente, por las razones que sea, estuvo prisionero de los bárbaros y logró escapar con dificultades, a la primera ocasión que se le presentó, de sus manos; de lo contrario, podría haber utilizado el procedimiento que tantos otros. No es, pues, una huida cobarde ni un abandono de la grey.

La llegada a África tiene lugar en el 414; es la fecha comúnmente aceptada por los estudiosos y no hay razones para rebatirla [15]. No mucho después de haber llegado a África, Agustín aconseja a Orosio que se dirija a Palestina a consultar a Jerónimo algunas cuestiones sobre el alma, respecto a las cuales él se declara incompetente; de ello nos informa suficientemente Agustín en las ya citadas cartas 166 y 169. Orosio llega a Palestina en el verano del 415 y se encuentra en Jerusalén con el

[15] Ya hemos apuntado en la nota anterior que, para algunos, llegó a África en el 410, cosa que no parece probable.

enfrentamiento doctrinal entre Pelagio, que había encontrado un protector en el obispo Juan de Jerusalén, y la corriente ortodoxa dirigida por Jerónimo. A finales de julio de este año tiene lugar en Jerusalén un sínodo con el fin de clarificar la controversia; el sínodo lo presidía el obispo Juan, que defendía, más o menos abiertamente, a Pelagio de las acusaciones de sus adversarios; en ausencia de Jerónimo, su postura es defendida por Orosio; éste expone en la asamblea las decisiones del Concilio de Cartago del 412 y las tesis de Agustín. Fuese porque en esta intervención se dejó llevar por su fogosidad natural o fuese porque no fue suficientemente bien entendido, lo cierto es que el 13 de septiembre de aquel mismo año es acusado públicamente, con ocasión de una solemne ceremonia eclesiástica, por el obispo Juan de haber sostenido que el hombre, incluso con la ayuda de Dios, no puede verse libre de cometer pecado. Orosio se defiende entonces escribiendo el *Liber apologeticus.*

En el 416 vuelve a África, acompañando las reliquias de S. Esteban, encontradas hacía poco, juntamente con una carta del presbítero Luciano que identificaba las reliquias; la carta, escrita en griego, había sido traducida al latín por el ya citado Avito, presbítero español que se encontraba entonces en Palestina.

A su regreso a África, Orosio compone *Los siete libros de Historias contra los paganos;* la obra fue terminada antes de que acabara el año siguiente, el 417. La fecha, sin embargo, de composición de la obra se ha prestado a polémica. Dos son las opiniones que han corrido al respecto: para unos, fue iniciada antes de su viaje a Palestina y terminada a la vuelta; para otros, se hizo en el espacio de un año (416-417), a la vuelta de Palestina:

a) Entre los primeros se encuentran Mörner[16], Fink[17] y Lacroix[18]. El primer argumento que utilizan insiste en la dificultad que supone el acumular en poco más de un año todo el material de fuentes de la obra y proceder a su redacción.

La hipótesis de Mörner es que hubo dos etapas en la composición de la obra: una primera parte, que comprendería los cuatro primeros libros, sería escrita antes del viaje a Palestina, y una segunda parte, los tres últimos libros, escrita a su vuelta. Su argumento es el siguiente: el prólogo del libro V, donde habla Orosio, como ya hemos visto, de una huida, se refiere no a la primera huida, sino a un fallido intento de volver a España, para llevar las reliquias de Esteban, a su vuelta de Palestina. La verdad es que el argumento es una pura hipótesis, hipótesis por lo demás que no parece muy aceptable.

Fink piensa que Orosio llegó por primera vez a África en el 410[19] y que, a partir de ese momento y hasta el año de la composición de la obra, se dedicó, por encargo de Agustín, a consultar las bibliotecas de Cartago y recoger el material histórico suficiente para documentar la polémica antipagana del *De ciuitate Dei* de Agustín. De esta forma, el breve tiempo empleado por Orosio en la composición de la obra encontraría explicación, por cuanto no haría otra cosa que compendiar y reelaborar el material recogido para Agustín. Pero esta hipótesis, que resolvería de golpe muchas dificultades y que es realmente muy sugestiva, no sólo va en contra de las pocas evidencias que tenemos sobre la vida de Orosio, sino que se apoya en argumentos poco convincentes;

---

16 TH. V. MÖRNER, *De Orosii uita...*

17 G. FINK-ERRERA, «San Agustín y Orosio...».

18 B. LACROIX, *Orose et ses idées*, Montreal-París, 1965.

19 Cf. *supra*, n. 14.

o mejor, el autor no aduce pruebas, sino que se limita a apoyar su hipótesis en otras hipótesis.

Lacroix piensa también en un Orosio recopilador de material para Agustín; cree que empezaría su obra, cuya primera redacción la terminaría antes de su viaje a Palestina, a partir del 412-413. Durante su estancia en Palestina recibiría sugerencias de Jerónimo, sugerencias que incorporaría a su obra antes de presentársela al maestro en el 417-418.

Pero tampoco Lacroix aduce pruebas convincentes, limitándose, como Fink, a presentar una hipótesis.

b) La hipótesis tradicional defiende que Orosio compuso su obra a su vuelta de Palestina (416), terminándola en el 417. Los argumentos que se han aducido son, en resumen, los siguientes: nada nos hace pensar que Orosio empezase antes; es más, las dos cartas ya citadas de Agustín (166 y 169) parecen inducir a lo contrario: en ellas Agustín no alude para nada a una actividad historiográfica de Orosio, a pesar de que en ambas habla de él; este silencio de Agustín sería, realmente, incomprensible si Orosio hubiese estado ya dedicado a esa actividad; sobre todo si tenemos en cuenta el lugar que la labor historiográfica de Orosio ocupa en la polémica antipagana en la que también estaba inmerso Agustín. Otro argumento utilizado en favor de esta hipótesis es el siguiente: Orosio, en su *Liber apologeticus*, escrito como ya hemos dicho en Palestina, no hace ninguna alusión a su actividad de historiador, a pesar de que en esta apología no faltan otras notas autobiográficas, que aluden, incluso, a su preparación cultural y a la poca preparación de su adversario. También está a favor de esta hipótesis otro argumento que creemos que es bastante convincente: Orosio señala claramente en el prólogo de su obra que, cuando él recibió el encargo de Agustín de escribirla, éste ya había publicado el libro X

de su *De ciuitate Dei;* si tenemos en cuenta la fecha comúnmente aceptada para la publicación de este libro de Agustín, las palabras de Orosio vienen a confirmar la fecha tradicional del 416 para la composición de la obra.

A nosotros, por nuestra parte, nos gustaría adherirnos a la primera hipótesis, porque es la más atractiva. Pero esta hipótesis no tiene pruebas concluyentes. Las únicas, aunque no muchas, están en favor de la segunda. Los problemas de esta segunda ya los hemos apuntado: parece difícil recopilar tantos datos y elaborar la obra en un solo año. Difícil, sí, pero no imposible; y no es imposible, porque, según se acepta generalmente, Orosio era un hombre culto, conocedor profundo de la cultura profana; en estas condiciones no es ni siquiera extraño que lo pudiera hacer en un año.

Después de la fecha en que terminó las *Historias* no sabemos nada de Orosio. Es posible que intentara volver a España para llevar al obispo de Braga, Palconio, las reliquias de S. Esteban. Este viaje, sin embargo, terminó, sin que se sepan los motivos, en las Baleares, concretamente en la isla de Menorca, donde las reliquias fueron confiadas a la Iglesia de Mahón, como atestigua una carta del obispo Severo[20]. Éste cuenta que las reliquias de S. Esteban fueron dejadas en *Magona* por un presbítero de gran santidad que venía de Jerusalén; y añade que este presbítero deseaba volver a España, pero que no pudo cumplir su proyecto y decidió volver a África. Estos datos deben ser puestos en relación, casi sin duda, con Orosio.

La imposibilidad de volver a España, de la que habla Severo, quizá haya que ponerla en relación con las tur-

---

[20] *Ep. Seueri ad omnem ecclesiam de uirtutibus ad Iudaeorum conuersionem in Minoricensi insula factis in praesentia reliquiarum S. Stephani* (*Patr. Lat.*, 41, págs. 821-832).

bulentas invasiones de bárbaros; si ello es así, su intento debió tener lugar en otoño del 417.

Sobre la fecha de su muerte nada seguro sabemos. Y no se puede deducir nada de las palabras de Genadio de Marsella: «Orosio brilló casi en la última época del emperador Honorio»[21]. No se entiende cómo Fink puede afirmar categóricamente, a partir de estas palabras, que Orosio murió antes del 423.

LA OBRA

Se trata de una historia, que pretende ser universal, aunque a partir de un cierto momento se convierte en historia exclusivamente romana. Son siete libros, de los cuáles, los seis primeros están dedicados a los hechos anteriores a Cristo y el séptimo a los hechos posteriores a Cristo; no es casual esta separación, ya que, como después veremos, lo que pretende Orosio es demostrar la desgracia de los siglos anteriores a Cristo y la felicidad de los tiempos cristianos.

1. *Origen y finalidad*

Cuando Orosio comienza las *Historias,* el Imperio Romano, o al menos lo que queda de él, se encuentra bajo la impresión del saqueo de Roma, ocurrido en agosto del 410, a manos de los visigodos de Alarico. Este hecho, si bien no terminó con el Imperio, sí hizo dudar de un mito: el de la *Roma aeterna.* Y la caída de este mito afectaba no sólo a los paganos, sino también y sobre todo a los cristianos, muy pendientes, en el plano temporal, del gobierno y de la administración civil y

[21] GENN., *De uiris ill.* 40, pág. 76, 16 RICHARDSON.

militar y, sobre todo, de la justificación teórica de esta fusión práctica entre una realidad terrena y otra que por sus líderes era proclamada como extraña a este mundo. Puede también decirse que ha sido la presión de la opinión pública pagana, con sus violentas acusaciones, la que ha empujado a Agustín y a Orosio a componer *La ciudad de Dios* y las *Historias* como una apología del cristianismo agredido, pero el hecho es que esta respuesta iba también para ellos mismos y para sus compañeros de fe, cuyas dudas y temores se teñían, en más de un caso, de colores apocalípticos al pensarse ya en el final del mundo.

Pero, con vistas a los cristianos, Orosio zanja esta cuestión de los temores apocalípticos de una forma muy clara: la invasión de Alarico es un producto de la ira de Dios, pero de una ira *non plena*[22], para ver si, por fin, la ciudad se arrepiente y se convierte totalmente a Dios; consiguientemente, Dios, por el momento, no ha decidido todavía terminar con Roma: todo lo contrario, su intervención es la que ha motivado que el ataque de Alarico haya sido enormemente benévolo en comparación con otros ataques anteriores: no se puede comparar con el saqueo galo de comienzos de la República[23]. Desde el punto de vista, pues, de los cristianos, la situación es clara: si Roma, toda ella, termina por creer en Dios, éste seguirá manteniéndola.

La cuestión se plantea con los paganos. Éstos no aceptan que Dios, por medio de los cristianos, pueda conservar a Roma; es más, acusan a los cristianos de que ellos son los culpables de que el Imperio se esté tambaleando. En este sentido es en el que se mueve la obra de Orosio: se trata de demostrar, en contra de las acusaciones de los paganos, que las desgracias han

[22] *Hist.* VII 37, 17.
[23] Cf. *Hist.* II 19, 3; VII 39, 17.

acompañado siempre a los hombres, e incluso que las desgracias que hubo antes de que existieran los cristianos fueron mucho más terribles que las que han ocurrido después. A lo largo de toda la obra de Orosio, en los constantes comentarios que hace a los hechos, en las incesantes y, a veces, rebuscadas comparaciones entre hechos anteriores a Cristo y hechos posteriores, está siempre clara esta idea: las desgracias fueron mayores cuando no estaba Cristo en el mundo. Y no se puede decir que esta finalidad es sólo un pretexto ocasional del que parten las *Historias*, como señala Corsini [24]: basta con leer la obra para comprobar que esto no es un pretexto, sino una auténtica obsesión que subyace a lo largo de toda ella.

Lo que sí puede ser un pretexto, y en esto estamos de acuerdo con Corsini, es el punto de arranque concreto de la obra: en las primeras y en las últimas palabras de las *Historias* señala el propio Orosio que está cumpliendo y ha cumplido una orden de Agustín. No se puede poner toda la obra bajo este condicionamiento; tomando como excusa esa orden de Agustín, Orosio se abre después un camino nuevo con problemática y soluciones propias.

Que la orden de Agustín es una excusa lo ha señalado y demostrado con profusión el citado Corsini: el prólogo al libro I, que es donde Orosio insiste en ello, es un prólogo en el que hay que hacer más caso al tono retórico y a la abundancia de lugares comunes, que a un auténtico convencimiento por parte del autor. Por otro lado, en Orosio es clara la existencia de una cierta intemperancia, de una buena dosis de agresividad y de una tendencia a la radicalización y a separar siempre con un trazo seguro entre verdad y error, entre bien y

---

[24] *Introduzione alle «Storie»...*, pág. 38.

mal; conociendo el carácter de Agustín (escrupuloso, refractario a todo tipo de violencia verbal, amigo más bien de la ironía intelectual), es difícil imaginar que Orosio esté siguiendo directrices agustinianas. En este sentido, ya señaló Boissier[25] que «el bueno de Orosio puso demasiada pasión en el sostenimiento de la tesis que le fue encargada y dudo que Agustín aprobara totalmente el excesivo celo de su discípulo». Las divergencias con Agustín no quedan, por lo demás, sólo en el mayor o menor radicalismo, en la mayor o menor pasión, sino también en cuestiones doctrinales. Para Lacroix, por ejemplo, es muy diferente el juicio que Agustín[26] y Orosio hacen del imperialismo romano de la república: para Agustín, el Dios verdadero vio en los romanos virtudes y valores y, por ello, se dignó engrosar su imperio; Agustín reconoce que el imperio romano fue el más grande y que los romanos hicieron guerras justas. Orosio rechaza estos puntos de vista tradicionales y adopta una actitud más positiva frente a los pueblos sometidos por los romanos: para él, el éxito de Roma se logró a cambio del sufrimiento de otros pueblos[27]; en este sentido, dice Lacroix, Orosio se convierte en una especie de ala «izquierda» herética. Estamos de acuerdo en que Orosio se aparte de Agustín; lo que no creemos es que Orosio sea una especie de ala «izquierda» herética[28]. Es más, aceptamos que, en el

---

[25] *La fin du paganisme*, 7.ª ed., París, 1927, pág. 402.

[26] *Ciu. Dei* V 12.

[27] Cf. *Hist.* V 1, 4.

[28] A nosotros nos parece que Orosio, más que el ala «izquierda», es un conservador contumaz. Se olvida, sin duda, LACROIX de cómo Orosio arremete cruelmente contra los esclavos, hasta el punto de llegar a decir en un momento (V 9, 8), tras una batalla en que murieron gran cantidad de esclavos, que los que perdieron fueron los señores vencedores porque se quedaron sin esclavos; o reconocer que todos los hombres son iguales, pero

juicio sobre el imperialismo romano de la República, Orosio se aparta de Agustín, pero en un sentido muy distinto del señalado por Lacroix, es decir no como una especie de ala «izquierda» herética. Orosio acepta, de la misma forma que Agustín, que el poderío romano lo ha querido Dios:

Pues bien, ese único y verdadero Dios, cuya existencia aceptan, aunque con distintas interpretaciones, todas las escuelas, como ya dijimos, ese Dios que gobierna los cambios de imperios y épocas, que castiga también los pecados, ha elegido lo que es débil en el mundo para confundir a lo que es fuerte, y ha fundado el imperio romano, sirviéndose para ello de un pastor de paupérrima condición [29].

Las palabras de Orosio no ofrecen dudas: Dios ha querido el poderío romano. Lo que le diferencia de Agustín es su radicalización en este sentido. Es curioso comprobar cómo un poco más adelante dice Orosio lo siguiente:

... y aunque tu reverenda santidad ya ha expuesto contundentemente y con toda evidencia muchos argumentos, sin embargo, las circunstancias me obligan a añadir algo [30],

---

con tal de ser cristianos y romanos (V 2); o acusar a los esclavos de que su única pretensión es echar a perder el Estado (V 6, 6). Se olvida, también, Lacroix de sus duros ataques a los Gracos y a todos los que se levantan contra el poder constituido: Sertorio, por ejemplo. Se olvida también de su antifeminismo evidente: pueden verse sus comentarios sobre las Amazonas (I 16, 1) y, en general, sobre todas las mujeres de que habla.

La idea de Orosio (V 1, 4) de que el Imperio de Roma se hizo a costa del sufrimiento de otros pueblos la expresa en un momento en que, como siempre, lo que intenta demostrar es que las desgracias anteriores a Cristo fueron superiores a las de su época: basta comprobar que cuando ha terminado de desarrollar esa idea, empieza inmediatamente a hacer una comparación entre aquella época de la República y la suya (V 1, 10).

[29] *Hist.* VI 1, 5.

[30] *Hist.* VI 1, 12.

y esto lo dice refiriéndose a Agustín. Parece claro que los dos aceptan el mismo principio: que Dios ha querido el poderío romano. Lo que pasa es que Orosio no está conforme con los argumentos agustinianos y va a añadir otros nuevos, que tienden, sobre todo, a aclarar una cuestión: si los cristianos tienen razón al señalar que fue su Dios el que permitió que Roma llegase a ser un gran imperio, también pueden tenerla los paganos al decir que fueron sus dioses los que encumbraron a su ciudad y que ha sido el olvido de esos dioses el culpable de las desgracias actuales. No basta, pues, con decir, como hacía Agustín, que Dios permitió la existencia del Imperio Romano; hay que decir y demostrar —y Orosio lo intenta— que no sólo lo permitió sino que lo quiso y lo buscó, y precisamente para que, cuando ese Imperio llegase a su momento de apogeo, naciese Cristo; la historia de Roma no es sino un progresivo encumbramiento hasta la época de Augusto, en que nace Cristo; los dioses paganos no pueden haber sido los que encumbraron a Roma, por cuanto, si así hubiese sido, no la habrían llevado a su momento más brillante, precisamente, en la época en que nació Cristo; la hubieran encumbrado antes. Éstos son los argumentos e ideas que añade Orosio a lo apuntado por Agustín.

La diferencia, pues, entre Orosio y Agustín, al respecto, está en la mayor contundencia y radicalismo de los argumentos.

La obra de Orosio tiene, en definitiva, según creemos, una finalidad muy clara e incuestionable, una vez que se acaba de leer: demostrar que la época cristiana es mejor que los siglos anteriores a Cristo; los desastres fueron mucho peores antes de Cristo que después. Quizá la idea partiese de Agustín, pero lo que parece claro es que Orosio va mucho más allá de las pretensiones agustinianas, rayando con frecuencia en el radicalismo más duro.

2. *Contenido*

2.1. LA CRONOLOGÍA.—El prólogo de la obra de Orosio se encuentra dentro de la línea de los prólogos de las obras historiográficas latinas. Se trata de un auténtico programa de la obra. Y en él —cumpliendo así uno de los cánones que regían los prólogos de la historiografía clásica—, hace mención de aquello que le diferencia de los historiadores que se habían ocupado del mismo período de la historia que él.

Y lo primero que le diferencia es la cronología: todos los historiadores anteriores han comenzado sus obras en Nino, rey de Babilonia; él va a comenzar en el pecado de Adán. El motivo por el cual Orosio comienza su obra con Adán parece claro: se trata de encontrar en el primer acto humano de desobediencia a las leyes divinas la clave para explicar todas las vicisitudes históricas. Se concibe así la historia como una unidad orgánica, sometida a una única ley interpretativa: a partir del pecado de Adán el hombre rompe su pacto con Dios y todas las acciones humanas posteriores, hasta la venida de Cristo, estarán marcadas por esa separación entre Dios y el hombre.

Como consecuencia de este punto de partida, Orosio divide, por conveniencia propia más que nada, su material historiográfico en tres etapas: 1.ª) de Adán a Nino, que es contemporáneo de Abraham; 2.ª) desde Nino o Abraham hasta César Augusto, en cuyo reinado nace Cristo; y 3.ª) desde César Augusto o Cristo hasta su época [31].

Pero esta agrupación cronológica parece ser, como ya hemos apuntado, más consecuencia de la propia con-

[31] *Hist.* I 1, 5-6.

veniencia de Orosio que preludio de una agrupación que, en realidad, va a hacer después. Es consecuencia de sus conveniencias, porque le interesa, como ya hemos apuntado, explicar, a partir del primer pecado del hombre, todas las vicisitudes históricas posteriores; le interesa también diferenciarse de los demás historiadores y negar las ideas de los filósofos paganos en el sentido de que el hombre y el mundo no tenían principio. Pero esta agrupación no responde, en realidad, a lo que va a hacer a lo largo de la obra. Por dos razones: en primer lugar, porque, a pesar de lo que afirma en el prólogo, no dirá después casi nada de ese su primer período cronológico (desde Adán a Nino); y en segundo lugar, porque, en realidad, es otra la división que hace.

a) Efectivamente, al período de tiempo que va desde Adán a Nino apenas dedica nada de su obra. A esos 3.184 años sólo les dedica un capítulo: el capítulo 3 del libro I. En realidad, el único hecho que recoge de ese período es el diluvio. Evidentemente, no se puede decir que esos 3.184 años sean una parte estructuralmente considerable dentro de la obra de Orosio. Éste, tras señalar la existencia de esa época de la historia con los fines que a él le interesan, se olvida por completo de ella a la hora de distribuir su material historiográfico. No se puede pensar, en consecuencia, que el hecho de que Orosio diga que él, en contra de los demás historiadores, va a comenzar su obra con el pecado de Adán deba ser considerado como una auténtica «nueva cronología»; o, al menos, sólo se trata de una «nueva cronología» aparente.

b) En realidad, la nueva cronología de Orosio no va en el sentido que acabamos de apuntar y que él pretende insinuar. Va en otro sentido muy distinto. Efectivamente, la obra, desde un punto de vista cronológico, está estructurada, creemos, de la siguiente forma:

1. Antes de la fundación de Roma.
2. Desde la fundación de Roma hasta Cristo.
3. Después de Cristo.

Son muchos los argumentos en favor de la idea de que Orosio sigue, realmente, esta cronología. Entre ellos hemos hallado como los más importantes los siguientes:

Desde el punto de vista del reparto de ese material cronológico que acabamos de apuntar hay, en los distintos libros de la obra, una clara agrupación: los períodos primero y tercero que hemos señalado se encuentran, respectivamente, en los libros I y VII; el segundo período, en los libros del II al VI. Es un hecho que evidentemente debe ser tenido en cuenta en favor de la división cronológica que hemos apuntado.

Pero es que, además, esta distribución va muy bien con lo que Orosio pretende en su obra: demostrar que los tiempos anteriores a Cristo fueron mucho más desgraciados que los de después de Cristo. Ello justifica claramente que, en la venida de Cristo haya un límite cronológico claro. Ahora bien, ¿justifica ello también que el otro límite esté en la fundación de Roma? Creemos que sí, y por dos razones: 1.ª) desde Adán hasta Cristo los hombres han vivido en tinieblas y no han tenido posibilidades de salvación; pero esta idea, que es de Orosio, choca con el debatidísimo problema de la salvación de los justos anteriores a Cristo. ¿Cómo salvar el escollo? Nada mejor que centrar toda la atención en el mundo romano; la discusión es, además, con los romanos; consiguientemente, parece lógico que la fecha de la fundación de Roma sea un punto clave de la obra de Orosio; con ello se deja a un lado ya todo el problema de los «justos» que vivieron antes de la venida de Cristo; 2.ª) para Orosio, el Imperio Romano no ha sido nada más que la historia del progresivo encumbramien-

to de un pueblo con la exclusiva finalidad de preparar la venida de Cristo[32]: ha sido Dios el que ha convertido a ese pueblo en algo grande, para facilitar la llegada de su hijo y la extensión de la doctrina de éste. La vieja pregunta que se hacía Tito Livio, al comienzo de su obra, de cómo, de unos comienzos tan pequeños, pudo llegar Roma a ser tan grande tiene ya una respuesta que no es la que daban los autores latinos (el carácter romano, sus instituciones, sus «virtudes»), sino otra muy distinta: la voluntad de Dios. En este sentido tiene gran importancia, desde un punto de vista cronológico, poner un límite claro en el nacimiento de la ciudad para poner el otro límite en la venida de Cristo[33].

El mismo Orosio, a comienzos del libro II[34], señala con claridad que, para demostrar que ha sido Dios el que, en su oculta justicia, permitió las desgracias anteriores a Cristo y el que, en su evidente misericordia, no consiente que ahora existan, se va a extender ya en los hechos que ocurrieron a partir de la fundación de la ciudad. Es, pues, consciente de que la fundación de la ciudad es un hecho clave en su obra.

Por último, el sistema de datación de Orosio indica claramente que el mismo responde a la distribución cronológica que hemos señalado: efectivamente, el punto de referencia de más importancia para la datación orosiana es el año de la fundación de la ciudad; los hechos anteriores a ese año se datan en función del mismo; los hechos posteriores, se datan también en función de él.

---

[32] Cf. *Hist.* VI 1.

[33] Todo lo que acabamos de decir le plantea a Orosio un problema de difícil solución: para él, la historia anterior a Cristo es una historia de calamidades y desastres (es su tesis contra los paganos), pero, por otra parte, es la historia de un pueblo en progresivo encumbramiento, querido por Dios, para preparar la venida de Cristo. Son dos tesis difíciles de congeniar.

[34] 3, 10.

Incluso los hechos posteriores a Cristo. Ahora bien, en lo que se refiere a estos últimos hechos hay que señalar algo que consideramos digno de ser tenido en cuenta: y es que a todos y a cada uno de los emperadores les señala el número de orden que les corresponde a partir de Augusto. La otra fecha clave, pues, de las *Historias*, el nacimiento de Cristo en la época de Augusto, tiene también su importancia desde el punto de vista de la datación orosiana. Habría que señalar aquí que el hecho de que Orosio tome como punto de referencia fundamental el año de la fundación de Roma ha de ser valorado en el sentido de que la obra está dirigida a paganos, para los cuales el nacimiento de Cristo no tiene mayor importancia; a pesar de ello, Orosio no se olvida, como hemos dicho, de señalar a cada emperador su número de orden a partir de Augusto, cuyo reinado es una fecha clave en la historia de Orosio, por cuanto en el mismo nació Cristo.

Así pues, la cronología orosiana sigue, en definitiva, los esquemas de los historiadores romanos (desde la fundación de la ciudad), pero con determinados límites y con una agrupación muy concreta que la hacen absolutamente original.

2.2. LA GEOGRAFÍA.—El tratamiento que Orosio hace de la tierra, de sus lugares y de sus fenómenos merece la atención de cualquiera que se acerque a la obra, por dos razones: en primer lugar, porque en ese tratamiento sigue uno de los cánones de la historiografía clásica; y en segundo lugar, porque el mismo presenta unos matices originales de una importancia capital. Estamos, pues, ante el mismo fenómeno que con la cronología: nuestro autor sigue esquemas latino-clásicos, pero los dota de elementos nuevos, en conexión con sus convicciones cristianas y en relación con su polémica antipagana.

a) Uno de los principios de la historiografía clásica exigía la inclusión de referencias geográficas en las obras históricas. Y este principio lo encontramos tanto manifestado desde el punto de vista teórico como aplicado en la práctica.

Desde un punto de vista teórico lo manifiesta claramente Cicerón, quien, a pesar de no haber hecho historia, fue considerado por sus contemporáneos como la persona apta para hacer de este género un auténtico paradigma en lengua latina[35]; en su tratado *Del Orador*[36] señala claramente lo siguiente: la elaboración de una obra historiográfica se basa en el contenido y en la forma; el contenido exige, entre otras cosas, la descripción de los lugares.

En la práctica, todos los historiadores incluyen en sus obras referencias geográficas: la descripción del ambiente físico en que se desarrolla la acción, las noticias sobre las sedes en que habían florecido las distintas civilizaciones, etc., dan lugar en las obras históricas a *excursus* más o menos amplios, de carácter geográfico.

Orosio, en su larguísimo capítulo 2 del libro I, no hace, pues, sino seguir uno de los cánones de la historiografía clásica. En particular, y en opinión de Corsini[37], Orosio podría haber seguido en este caso el precedente de Justino, quien antepone a la narración de la historia de los distintos pueblos y ciudades descripciones del ambiente geográfico en que se encuentra.

b) Pero el tratamiento que hace Orosio del elemento geográfico es absolutamente original por varias razones:

---

[35] En *De legibus* I 5, un interlocutor se dirige a Cicerón diciéndole que ya hace tiempo que se le pide y exige que haga historia para, de esta forma, poder igualar también en este género a los griegos.

[36] II 62-64.

[37] *Introduzione alle «Storie»...*, pág. 74.

En primer lugar, por su universalismo. Sean las que sean las fuentes de este capítulo [38], son evidentes unas pretensiones universalistas: «He recorrido brevemente, en la medida de mis fuerzas, las provincias e islas de todo el orbe» [39]. He aquí otra orgullosa contraposición de nuestro autor frente a los demás historiadores.

En segundo lugar —y en esto sí que Orosio parece absolutamente separado de los autores profanos—, la tierra para él es entendida, no como un campo de operaciones pasivo, sino como algo activo que se manifiesta ya en favor de aquellos que son ayudados por Dios, ya en contra de sus enemigos. La frecuente consideración de catástrofes naturales (terremotos, inundaciones, volcanes, caída de rayos, etc.) no tiene otra finalidad que expresar una de las manifestaciones de Dios en la historia: su castigo a los malvados; todo ello no es nada más que un instrumento de la ira divina. Y no se trata sólo de catástrofes; también fenómenos naturales, que, en principio, no pueden ser considerados de ninguna forma como negativos, son interpretados por Orosio como partícipes activos en el curso de la historia: la lluvia, por ejemplo, ha favorecido en más de una ocasión, por voluntad de Dios, a un determinado ejército, mientras que ha perjudicado al otro: la lluvia impidió a Aníbal tomar Roma [40]; la lluvia ayudó a los romanos cuando se veían rodeados de marcomanos [41]; la lluvia ayudó a Mario contra los africanos [42]. El viento impide

---

[38] Cf. C. ZANGEMEISTER, *Pauli Orosii «Historiarum adversum paganos libri VII»*, (*Corp. Script. Eccl. Lat.*, 5, pág. 9); A. KLOTZ, «Beiträge zur Analyse des geographischen Kapitels in Geschichtswerk des Orosius», en *Charisteria A. Rzach*, Reichenberg, 1930, páginas 120-130.

[39] *Hist.* I 2, 106.

[40] *Hist.* IV 17, 5-7.

[41] *Hist.* VII 15, 8-10.

[42] *Hist.* V 15, 15. Es curioso comprobar cómo esta lluvia ayuda

en una ocasión que los dardos enemigos lleguen a su destino. Incluso la salida de la luna puede favorecer a un determinado ejército: en una batalla entre Pompeyo y Mitrídates, batalla que tuvo lugar por la noche, la luna salía a espaldas de los romanos; ello determinó que los enemigos, al ver las sombras alargadas de los romanos, creyesen que éstos estaban ya encima y lanzasen contra ellos sus dardos en vano; por supuesto que los romanos no tuvieron después problemas para derrotar a un enemigo sin armas [43].

La tierra, pues, y los fenómenos naturales tienen en la obra de Orosio una participación activa. A esta concepción contribuye, sin duda, la idea, de origen bíblico, de Dios creador y señor del mundo, idea que reclama Orosio en una de sus citas bíblicas: «de él mismo son la tierra y su plenitud [44].

Hay otro componente, apuntado ya por Corsini [45], que contribuye a la transformación sustancial de la función de la geografía en la obra de Orosio: es la doctrina del pecado original que, presente en el cristianismo desde Pablo, llegaba a su precisión teológica en la época en que Orosio escribía, no sin haber pasado por vicisitudes agitadas, en las que nuestro autor había participado con ardor en su estancia en Palestina. El reflejo de esta controversia doctrinal sobre la historiografía de Orosio es claro e innegable; sin este precedente y sin la concepción agustiniana del mal, entendido, neoplatónicamente, como no-ser y, cristianamente, como *peccatum*

---

con frecuencia a los romanos en su lucha con los africanos, hasta el punto de que Orosio habla de la *conocida* lluvia que favorecía a «los romanos en su lucha con los africanos» (V 15, 15). ¿Se debe ello quizá a que, a los que más daño podía hacer la lluvia era a los africanos, acostumbrados a un clima seco?

[43] *Hist.* VI 4, 4.

[44] *Hist.* V 2, 7; *Salmos* 23, 1.

[45] *Introduzione alle «Storie»...*, pág. 79.

o *poena peccati*[46], no se comprendería la ley que Orosio pone como base de toda su narración histórica: la guerra y los estragos de la tierra y de la naturaleza son, indiscutiblemente, o evidentes pecados o castigos ocultos de esos pecados[47]. Esta situación tuvo origen, según Orosio, con el pecado del primer hombre[48], que inició con él la condena y perdición de todo el género humano[49]. Y en esta comunidad de la culpa y de la condena —con la excepción, claro está, de los cristianos— vemos aflorar también la unidad indisoluble del género humano y, de rechazo, una especie de universalismo, luctuoso y miserable, pero innegable e irrenunciable, por medio del cual los actos de todos los hombres, se encuentren donde se encuentren, se insertan en la trama de la historia, sin excepciones o exclusiones. Tanto más, porque la condena del primer hombre y, con él, de todo el género humano ha convulsionado a la propia tierra, culpable también ella, para todo el tiempo en que los hombres la habiten[50]. El pecado del hombre ha comportado también para la tierra un castigo consistente en el empobrecimiento de su fecundidad en la flora y en la fauna[51]. Estas ideas son suficientes para transformar radicalmente la visión de la tierra, de simple teatro inerte del drama humano, en personaje que participa en la acción. Y, consiguientemente, en sus manifestaciones violentas de fenómenos naturales, horribles y ruinosos, se podrá ver también, junto a la voluntad de Dios que los deja

---

[46] Cf. CORSINI, *ibid.*, pág. 81, n. 17. Tal concepción está presente en Agustín desde la controversia con Pelagio (cf. *Contra Fort. Man.* 15 [*Patr. Lat.*, 42, pág. 117 y sigs.]). Aparece, además, en otros textos de Agustín.

[47] *Hist.* I 1, 12.

[48] *Hist.* I 1, 10.

[49] *Hist.* I 3, 5.

[50] *Hist.* I 3, 2.

[51] *Hist.* II 1, 1.

encadenarse, la participación de un inocente condenado no por culpa suya. Y viceversa, cuando la tierra o la naturaleza participa en un triunfo justo, colabora como una potencia activa e inteligente.

No nos encontramos, pues, sólo ante una nueva geografía abierta a las sugestiones de un universalismo efectivo que no distingue entre tierras privilegiadas por la presencia del *logos* y tierras olvidadas por la ignorancia de los bárbaros, sino también con una visión de la tierra llena de la *plenitudo* del poder de Dios y, por otra parte, del hombre pecador y redimido. Y en esta lucha entre condena y redención, la tierra no es un fondo inanimado, sino que interviene activamente en ella.

2.3. ¿HISTORIA UNIVERSAL?—Las pretensiones de Orosio en este sentido están claras; al menos en principio. En el prólogo a la obra dice concretamente:

> ... me ordenaste, pues, que de todos los registros de historias y anales que puedan tenerse en el momento presente, expusiera, en capítulos sistemáticos y breves de un libro, todo lo que encontrase: ya desastres por guerras, ya estragos por enfermedades, ya desolaciones por hambre, ya situaciones terribles por terremotos, insólitas por inundaciones, temibles por erupciones de fuego volcánico o crueles por golpes de rayo o caída de granizo, o incluso las miserias ocurridas en siglos anteriores a causa de parricidios y otras ignominias [52].

No se plantea, pues, en un primer momento el problema de si ha de hacer una historia universal o una historia de un pueblo determinado, concretamente el romano. El encargo de Agustín, en palabras de Orosio, se limita a la recopilación de todo tipo de desastres que se encuentren en las obras de los historiadores anteriores.

Ahora bien, dado que esos desastres no aparecen

---

[52] *Hist.* I, Pról., 10.

solos, sino que van siempre unidos a un pueblo determinado, en la práctica se va a plantear el problema de hacer una historia universal o una historia de Roma. ¿Cómo soluciona Orosio el problema? Hay que distinguir dos cuestiones: por una parte, los planteamientos teóricos de Orosio y, por otra, lo que en la práctica hace.

Desde un punto de vista teórico, las pretensiones de Orosio, en principio, son universalistas. Ya lo hemos visto en lo que se refiere a la cronología y la geografía. También pretende ser universal desde el punto de vista del material historiográfico: su doctrina de los «Cuatro Imperios» (babilónico, macedónico, cartaginés y romano), que expone a comienzos del libro II y del libro VII, parece presagiar una historia universal. Y de hecho, el libro I lo ha dedicado en particular al Imperio Babilónico; el II lo va a centrar en el Romano; el III en el Macedónico; el IV en el Cartaginés, para volver, a partir del libro V y hasta el final, al Imperio Romano. En este sentido, y desde un punto de vista teórico, Orosio sigue la teoría de la «Sucesión de los Imperios» que está ya en un historiador de la época misma de Augusto: Pompeyo Trogo[53]. Para éste, Roma no es el término único y

[53] No olvidemos que el epitomador de Trogo, Justino, es una de las fuentes que con más frecuencia sigue Orosio. De todas formas el concepto de universalidad se había alcanzado hacía ya tiempo en historiografía: Polibio y Posidonio habían sido conscientes de que la historia, como un cuerpo único, extendía sus miembros hacia allí donde se extendían los hombres bajo todos los cielos. (Cf. L. FERRERO, *Rerum scriptor. Saggi sulla storiografia romana*, Trieste, 1962, págs. 46 y sigs.) Pero si para Polibio y Posidonio el centro de la historia seguía estando en las *poleis* y en los pueblos hegemónicos, respecto a los cuales las historias de otros pueblos tenían una función subordinada y complementaria, y se estructuraban en un sistema de contraposiciones entre *logos* y barbarie, la revolución cronológica de Cástor de Rodas contra la cronología troyana de Apolodoro de Atenas había marcado la

fijo de la historia humana. El universalismo de Trogo lleva consigo necesariamente la caída del ideal de la Roma eterna: en él desaparecen los ideales augústeos celebrados por Virgilio en la *Eneida*, por Horacio en el *Carmen Saeculare*[54] y en las odas romanas, y por Livio en toda su historia y, sobre todo, en el prefacio a los libros de la primera década. El universalismo, pues, de Trogo era particularmente peligroso para Roma, y es que, tanto si se piensa que ese universalismo tiene como base la que podíamos llamar teoría biológica de la historia[55], como si se cree que se apoya en la llamada teoría cíclica[56], la conclusión es que Roma está llamada a desaparecer.

Orosio acepta la teoría de los «Cuatro Imperios», con ciertas modificaciones originales ya en ella misma[57],

---

irrupción en la historiografía de los inmensos tiempos y espacios de las monarquías orientales, preparando de esta forma el concepto de sucesión de las hegemonías en sentido espacial y temporal. Pompeyo Trogo, por fin, reduciendo la historia romana nada más que a un momento de la historia universal, inauguraba en la historiografía un universalismo abierto a hechos más dispares y a consideraciones autónomas de los distintos núcleos históricos.

[54] Cf. vv. 11-12: *Possis nihil urbe Roma uisere maius.*

[55] Era una teoría largamente aceptada en las escuelas de retórica y comportaba la idea de que con el fin de la República, Roma había entrado en la vejez; lógicamente estaba cercana la muerte. Sabido es que entre los autores romanos de comienzos del Imperio se salvará la cuestión de distinta forma: unos, como Veleyo, reducirán la cuestión al campo de la cultura; otros, como Floro, defenderán que Roma renace de nuevo. Pero este esquema, utilizado en función antirromana, exigirá necesariamente la conclusión de que Roma morirá pronto; así Lactancio para quien, si las cosas siguen el esquema apuntado, ¿qué queda sino que a la vejez siga la muerte?

[56] De acuerdo con ella los imperios que gobiernan el mundo se seguirán, por ley fatal, unos a otros.

[57] Los autores anteriores a él consideraban que los «Cuatro Imperios» eran: el asirio, el medo-persa, el macedónico y el ro-

pero no acepta la idea de que Roma esté llegando a su fin. ¿De qué se sirve Orosio para salvar el escollo a que conduce naturalmente la aceptación de la teoría de los «Imperios»? De varios procedimientos:

a) En primer lugar, haciendo intervenir a Dios en la historia. Para Orosio el Imperio Romano es la unificación política de la *potestas* divina sobre la tierra[58]. En la unificación de la *potestas,* en general, en el Imperio Romano y en la monarquía instaurada por Augusto Orosio ve la demostración histórica de la verdad del monoteísmo cristiano frente al politeísmo pagano; ello parece claro por el contexto en el que inserta la discusión sobre los «Cuatro Imperios» en el prólogo del libro VII: ese contexto no es otro que la polémica contra el politeísmo[59]; y resulta aún más claro en la aprobación y consagración divina que ve Orosio en la persona y obra de Agusto, en el célebre capítulo 20 del libro VI.

El Imperio Romano no es, pues, como todos los demás: es un imperio querido por Dios y consiguientemente no está sujeto a la ley fatal a que los demás estuvieron sometidos.

b) En segundo lugar, porque el Imperio Romano se identifica con cristianismo. Si antes de Cristo la progre-

---

mano. (Cf. C. Trieber, «Die Idee der vier Weltreiche», *Hermes* 27 [1892], 321-344.) Para Orosio, sin embargo, se trata del babilonio-medo, el macedónico, el cartaginés, y el romano; une, pues, el Imperio Medo al primer imperio universal e inserta el cartaginés en tercer lugar. Estas dos innovaciones deben ser consideradas (cf. Corsini, *Introduzione alle «Storie»...*, pág. 166) como aportaciones de Orosio: la primera, para poder asignar al Imperio babilónico la duración de 1400 años, y la segunda, para dar a su esquema una justificación también desde el punto de vista geográfico, por cuanto los cuatro imperios se corresponden con los cuatro puntos cardinales.

[58] Cf. Corsini, *Introduzione alle «Storie»...*, pág. 173.

[59] *Hist.* VII 1, 1 s.

siva ascensión de Roma ha sido un hecho querido por Dios, que preparaba la venida de su hijo, después de Cristo el Imperio Romano se va a ir identificando poco a poco con el cristianismo [60].

Así pues, para Orosio la historia antes de Cristo se reduce a esto: Roma recoge la herencia de Babilonia [61] y, a través de cruentos enfrentamientos con los imperios intermedios (macedónico y cartaginés), consigue unificar todo el poder en una sola persona, Augusto, cuya época, con el nacimiento de Cristo, marca una divisoria clara. Después de Cristo, la historia se reduce a una progresiva identificación entre el Imperio Romano y cristianismo [62]. Estas dos consideraciones exigen que lo que, en teoría, debería ser una historia universal termine por ser una historia de Roma y de aquellos pueblos cuyas acciones se entremezclan con las romanas; y que las calamidades que prometía al principio sean las calamidades de los romanos y sus enemigos antes de Cristo, y las calamidades de los enemigos de los cristianos después de Cristo.

El mismo Orosio reconoce, de hecho, con frecuencia que su atención se va a centrar, por encima de todo, en Roma. Así, por ejemplo, para justificar la brevedad con que ha tratado los hechos del Imperio Babilónico dirá que es imposible recoger todas sus guerras, pero sobre todo que

> ... tendremos que detenernos, sobre todo, en la [historia] de los romanos [63].

---

[60] Cf. CORSINI, *Introduzione alle «Storie»...*, págs. 178 y sigs.

[61] Cf. *Hist.* II 1, 6, donde Orosio habla de Babilonia como un padre y de Roma como un hijo. También *Hist.* II 2, 10.

[62] Esta identificación afectará, incluso, a los bárbaros: la famosa descripción del saqueo de Roma por Alarico se reduce, en Orosio, al relato de una amistosa procesión de bárbaros y cristianos acompañando a unos vasos sagrados (*Hist.* VII 39).

[63] *Hist.* I 12, 3.

Reconoce claramente que es Roma la protagonista de su obra. Con la misma claridad lo reconoce en el libro V, cuando dice lo siguiente:

Yo, por mi parte, tanto ahora como en otras muchas ocasiones, podía haber entremezclado en mi narración las inextricables guerras de Oriente, que casi siempre empiezan o terminan con crímenes. Pero los hechos romanos, en los cuales se centra nuestro tema, son tan grandes que con razón quedan a un lado los demás [64].

No cabe duda, pues, de que el propio programa de Orosio tiene, como uno de sus principios, el «centrar» su obra en los hechos romanos.

Y, cuando habla de otros pueblos, lo hace en función de que los hechos de éstos se entremezclan con los romanos. Lo acaba de reconocer en el texto anterior («Yo... podía haber entremezclado en mi narración las inextricables guerras de Oriente»); si hubiera hablado de las guerras de Oriente, lo hubiese hecho en función de que éstas se entremezclan con los hechos de su protagonista, Roma. Esta idea, de que los hechos extraños a Roma los narra en tanto en cuanto se entremezclan con los romanos, la encontramos en otras manifestaciones del propio autor. Así en el libro II, tras hablar de las Guerras médicas, dice:

Pasando a otros hechos, en Roma —para volver al momento en que lo dejé; y no es que por los intervalos en las miserias humanas me vea obligado a pasar de unos pueblos a otros, sino que, de la misma forma que las desgracias de otro tiempo, que ebullían por todas partes, se mezclaron con los propios hechos, así las relato yo mezcladas... [65].

---

[64] *Hist.* V 4, 15.

[65] *Hist.* II 12, 1.

Esta idea de que va narrando los hechos según se van encadenando entre sí aparece también, un poco después, al final del mismo libro II:

He aquí cómo yo, en un pequeño libro y en pocas palabras, he ido, no desarrollando las acciones de las distintas provincias, pueblos y ciudades, sino sobre todo *relacionando* los distintos grupos de desastres [66].

Un ejemplo concreto de cómo Orosio pone en práctica esto mismo que acabamos de ver manifestado desde un punto de vista teórico, podría ser el momento en que, tras hablar de uno de los tratados de Roma con Cartago, dice que arrancan y se encadenan con él una serie de calamidades:

Pienso que hay que citar también entre los males antiguos, en primer lugar, el tratado firmado con los cartagineses, que tuvo lugar en esta época; principalmente, porque a partir de él surgen tan grandes desastres que dan la impresión de que arrancan de él.

Efectivamente, en el año 402 de la fundación de la ciudad fueron enviados a Roma legados cartagineses que firmaron un tratado. La veracidad de la historia, por una parte, y, por otra, la mala reputación de los lugares y lo abominable de la época en que se gestó este tratado, ponen de manifiesto que a esta entrada de los cartagineses en Italia iba a seguir una granizada de desgracias y una eterna oscuridad de continuas miserias. En aquel momento, la noche incluso pareció alargarse hasta hora avanzada del día y una lluvia de piedras, cayendo de las nubes, azotó con auténticas pedradas a la tierra. Para colmo, en estos mismos días nació Alejandro, aquel grande y auténtico abismo de desgracias y atroz torbellino de todo Oriente.

Es la misma época también en que Oco, llamado también Artajerjes, tras llevar a cabo en Egipto una ingente y larga guerra, condujo en cautividad a multitud de judíos y les obligó a vivir en Hircania junto al mar Caspio... [67].

---

[66] *Hist.* II 18, 4.
[67] *Hist.* III 7.

Ejemplos como éste podrían aducirse con relativa abundancia. El punto de partida y el eslabón en torno al cual se encadenan los demás hechos es una acción romana.

Pero no sólo se trata de hechos concretos. La propia estructuración general de la obra, en función de los cuatro Imperios, gira en torno al Imperio más grande de todos ellos: el romano. Efectivamente, Roma recoge la herencia de Babilonia, y consiguientemente Babilonia es tratada en la medida que es la predecesora de Roma; y el Imperio macedónico y cartaginés son tratados en la medida en que son algo así como los tutores o conservadores de la *potestas* hasta que el Imperio romano llega a su edad adulta.

En definitiva, pues, la pregunta que nos planteábamos en este epígrafe puede ser contestada de la siguiente forma: Orosio sólo hace historia universal en el sentido de recoger aquellos hechos, que no son del Imperio romano, en la medida en que se entremezclan con los del Imperio romano. Se trata, pues, de una historia universal, pero una historia universal con un punto de referencia: Roma.

2.4. EL MATERIAL HISTORIOGRÁFICO.—Es el momento ahora de plantearse la siguiente pregunta: ¿qué hechos son los que recoge Orosio?

Desde un punto de vista programático, él mismo lo expresa en dos ocasiones: se trata de las desgracias que acompañan el recorrido del hombre a través de la historia. En el prólogo del libro I, según hemos visto ya, lo expresa con toda claridad al hablar de la orden de Agustín. En el prólogo del libro III lo vuelve a repetir:

> ... mientras ellos narraban las guerras, nosotros debemos narrar las desgracias que acompañan a las guerras [68].

---

[68] *Hist.* III, Pról., 1.

Esta pretensión de Orosio de narrar sólo las desgracias le obliga, y él mismo lo reconoce, a mirar con lupa las obras de los historiadores romanos y sacar, de entre las alabanzas que éstos hacen de Roma, el sentido desastroso de los hechos romanos anteriores a Cristo:

Éstas son, de manera ininterrumpida, la importancia y el número de las muchas desgracias que hemos enumerado y que tuvieron lugar a lo largo de todos estos años, de los cuales en muy pocos o en casi ninguno dejó de suceder alguna desgracia. Y esto lo he hecho a pesar de que los propios historiadores, cuya única finalidad consciente era la de alabar, evitaban enumerar estas desgracias para no molestar a los lectores para los cuales o acerca de los cuales se escribían estas cosas y para no dar la impresión de que intentaban aterrorizar más que instruir a sus oyentes con los ejemplos pasados. Nosotros, sin embargo, que vivimos ya en el final de los tiempos, no podemos conocer las desgracias de los romanos sino a través de aquellos que alabaron a los romanos. Por lo cual se puede entender fácilmente cuán grandes serían aquellas desgracias que fueron conscientemente eliminadas, a causa de su horror, de los libros de historia, cuando se descubren tantas otras que hemos podido aislar sutilmente del conjunto de alabanzas [69].

Esta pretensión suya de buscar las desgracias que acompañan a las guerras explica, sin duda, que, tras cada una de las batallas y guerras que cita, recuerde el número de muertos, desaparecidos y prisioneros; ello lo hace con una regularidad pasmosa: evidentemente el número de muertos en una batalla es una desgracia que acompaña a la misma. Y en aquellos casos en que no conoce la cifra trata siempre de justificarlo; así, tras dar el número de soldados romanos muertos en un enfrentamiento con Pirro, reconoce que no puede hacer lo mismo con el ejército de Pirro; pero no lo puede dar

[69] *Hist.* IV 5, 10-13.

porque no lo ha recogido ningún autor anterior a él; e, incluso, señala que los autores antiguos no solían recoger el número de pérdidas del ejército vencedor para no enturbiar la gloria de la victoria, salvo en aquellos casos en que ese número era tan pequeño que el reseñarlo podría contribuir a aumentar la grandeza del vencedor [70]. En otra ocasión, al hablar de las guerras de Domiciano, también justifica la ausencia de datos culpando a Salustio y a Tácito porque era norma de éstos el no señalar el número de muertos [71].

El recordar, pues, la cifra de desaparecidos no es para Orosio sino un medio de reseñar la magnitud del desastre. A nuestro autor no le interesan las guerras por las guerras o las desgracias naturales por las desgracias naturales, sino por el sentido que tienen y por el desastre que suponen, sentido y desastre que están siempre a favor de su tesis. Esto lo reconoce él claramente desde un punto de vista programático:

> ... yo pretendo... transmitir la esencia de los hechos y no su desarrollo externo [72].

Ahora bien, ¿cuál es esa esencia de los hechos? No es otra que la determinación del grado de desgracia de cada uno de los hechos. No se trata, pues, de explicar el significado de acciones desde un punto de vista político o socio-económico por ejemplo; Orosio escoge ya *a priori* desastres y el sentido que busca en ellos es el mayor o menor grado en una escala de valores negativos. Ello tiene su repercusión evidente a la hora de escoger y analizar su material historiográfico y la tiene en los siguientes sentidos:

---

[70] *Hist.* IV 1, 12-13.
[71] *Hist.* VII 10, 4.
[72] *Hist.* III, Pról., 3.

a) En el hecho ya apuntado de recoger, siempre que puede, el número de muertos. Este número es un índice de mayor o menor desgracia.

b) Cuando no puede dar esa cifra, recurre a otros criterios para determinar ese índice de desgracia. Así, en el ejemplo ya citado del enfrentamiento con Pirro, tras señalar que no puede indicar el número de muertos en el ejército del rey del Epiro, trata de calibrar la magnitud de sus pérdidas con otro criterio: de la atrocidad del desastre que Pirro sufrió en esta guerra son buen testigo, dice, la inscripción que él mismo colocó en el templo de Júpiter en Tarento y la famosísima frase que pronunció tras la batalla («Otra victoria como ésta, y volveré al Epiro sin un soldado»). Es, pues, otro criterio el que le sirve para calibrar la magnitud del desastre.

Valoraciones de este tipo son frecuentísimas en Orosio y sería larguísimo recogerlas todas; por supuesto, ello se sale del marco de esta introducción.

c) La propia terminología utilizada por Orosio es buena prueba de que a él no le interesa tanto la descripción externa de las batallas y guerras como su significado desastroso; así, por ejemplo, habla de «el número de batallas... y el... de desastres romanos» [73], de «las calamidades de la guerra» [74], de «épocas... agitadas por guerras... llenas de desgracias» [75].

Expresiones de este tipo son numerosísimas y con ellas se evidencia que la esencia que Orosio busca en las guerras no es otra que el daño y perjuicio que producen.

d) Todo ello explica los frecuentísimos comentarios personales que Orosio hace de los hechos. Esos comentarios no tienen otra finalidad que profundizar en el sentido deplorable de las acciones humanas o de los

---

[73] *Hist.* VII 10, 4.
[74] *Hist.* II 5, 6.
[75] *Hist.* II 3, 9.

fenómenos de la naturaleza, y constituyen una parte considerable de la obra.

Estos comentarios son, a veces, reflexiones parentéticas que ponen de manifiesto el triste sentido de una acción; así, la guerra de Darío contra los escitas a causa de que se le había negado la mano de la hija del rey de los mismos, es comentada de esta forma:

> ¡Gran servidumbre es ésta de poner en peligro de muerte a setencientos mil hombres por el capricho de uno solo! [76].

El vergonzoso tratado de los romanos con los samnitas, tras el episodio de las horcas caudinas, es comentado por Orosio con una interrogativa retórica, donde señala que no quiere exagerar el hecho, y unas palabras en las que realmente realza su carácter vergonzoso:

> Y ¿por qué yo, que hubiera preferido callarme esto, me voy a esforzar en exagerar con palabras la mancha de este vergonzoso tratado? Y es que los romanos, o bien no existirían hoy, o bien serían esclavos bajo el dominio samnita, si hubiesen mantenido, sometidos ellos mismos a los samnitas, la misma fidelidad que hoy quieren ellos que guarden sus sometidos para con ellos [77].

Las calamidades que produjo Alejandro con sus campañas son comentadas así:

> ¡Oh obstinación humana y sentimientos siempre crueles! Y yo mismo, que he relatado todas estas cosas para demostrar los ciclos de las desgracias de todos los tiempos, ¿he bañado acaso en lágrimas mis ojos ante el recuerdo de un mal tan grande, por el que todo el mundo tembló, ya con la propia muerte, ya con el temor inherente a la muerte?... [78].

---

[76] *Hist.* II 8, 5.
[77] *Hist.* III 15, 7.
[78] *Hist.* III 20, 5.

El aspecto que presenta el mundo tras la muerte de Alejandro con los enfrentamientos de sus herederos lo ve Orosio así:

... la tumultuosa época de estas guerras me parece a mí observarla de la misma forma que si, contemplando por la noche un inmenso campamento desde la atalaya de un monte, no viese en el vasto espacio del campo otra cosa que innumerables fuegos [79].

El triste espectáculo del enfrentamiento entre Seleuco y Lisímaco le merece también un comentario:

La situación era la de un triste espectáculo: dos reyes, de los cuales Lisímaco tenía setenta y cuatro años y Seleuco setenta y siete, se enfrentan para arrebatarse el reino el uno al otro, se mantienen en el campo de batalla y portan las armas [80].

Y así se podrían citar innumerables textos.

Otras veces —y estos comentarios son los más frecuentes y los más extensos—, el comentario de Orosio se centra en comparar el significado de un hecho anterior a Cristo con hechos de su época o posteriores a Él. En definitiva estas colaciones se mueven dentro de la finalidad primordial de la obra, la cual, como ya hemos visto, tiende a demostrar que las desgracias anteriores a Cristo son mucho mayores y más frecuentes que las de su época. Así, todo el capítulo 6 del libro I es una comparación comentada entre Sodoma y Roma. La situación de Sicilia de antes de Cristo y la de su época es comparada así:

Esta isla, para decirlo en pocas palabras, no ha conocido lo que es la ausencia de desgracias hasta que no ha llegado esta nuestra época; es más (para explicar con claridad los cambios en las situaciones de los tiempos), de la misma forma que en épocas ante-

---

[79] *Hist.* III 23, 2.
[80] *Hist.* III 23, 58.

riores Sicilia, siempre sola, sufrió luchas tanto internas como externas, así también ahora es la única que no está sola. Y es que hasta el propio Etna —por no hablar ya del largo tiempo que duró la desgracia por la que fue oprimida en otras épocas, o de esta paz de que disfruta ahora—, el Etna, que en aquella época vomitaba en frecuentes erupciones con la consiguiente ruina de ciudades y campos, ahora, sin embargo, sólo humea en inocente espectáculo para dar pruebas de lo que fue en otro tiempo [81].

Cualquier hecho anterior a Cristo le da ocasión a Orosio para hacer comentarios de este tipo. Y estas comparaciones ocupan, en extensión incluso, una buena parte de la obra. Por supuesto que de la colación salen siempre ganando los tiempos cristianos. Y para salir al encuentro de aquellos que piensan lo contrario, Orosio recurre con frecuencia a un argumento cuya idea central es la siguiente: los males presentes pueden parecernos mayores precisamente por eso, porque son los que sufrimos «ahora»; pero ello sólo es apariencia, ya que no quiere decir que sean mayores que los pasados, los cuales, precisamente por no sufrirlos, nos parecen menos duros. Esto lo apunta con frecuencia Orosio en su obra y lo desarrolla con extensión en el prólogo del libro IV. En definitiva, pues, esta idea no es sino un argumento más en favor de su tesis fundamental: los tiempos cristianos son mejores que los anteriores a Cristo. Sólo hay una cosa en la cual los siglos anteriores a Cristo superan a la época de Orosio: la densidad demográfica. En dos ocasiones encontramos la idea de la imposibilidad de recoger, en la época de Orosio, un número de soldados semejante al de algunos de los ejércitos de la antigüedad; así, el número de soldados del ejército de Jerjes es impensable en el s. v:

---

[81] *Hist.* II 14, 2-3.

Y a un ejército como éste, impensable en nuestra época, y cuyo número es tan difícil hoy de reunir como difícil entonces de vencer...[82].

Esta nostalgia por la densidad demográfica la expresa Orosio poco después:

¡Oh tiempos aquellos dignos de nostálgico recuerdo! ¡Oh días aquellos de inalterable serenidad, que se nos presentan ahora como luminosos, a nosotros que estamos algo así como en tinieblas! Días en los cuales, en un brevísimo intervalo de tiempo, salieron de las entrañas de un solo país nueve millones de hombres, que murieron en tres guerras llevadas a cabo por tres reyes consecutivos. Y no voy a hablar de la entonces desdichada Grecia, que derrotó, a costa de su propia muerte, a toda esa numerosa multitud, que buena falta nos haría ahora en nuestra época[83].

Parece, pues, que al menos demográficamente Orosio tiene que reconocer la superioridad de los tiempos anteriores a Cristo frente a los tiempos cristianos. Quizá ello haya que interpretarlo como un ataque más a los paganos de su tiempo y a las prácticas de regulación de natalidad de la época imperial, con lo que, si lo miramos desde este prisma, las observaciones orosianas se convierten en un ataque más a los paganos.

Otras veces, los comentarios de Orosio son simples máximas, tan del gusto de la historiografía ejemplarista. Así, al hablar de cómo Atenas, tras un período de luchas internas, transfiere todo el poder a un colegio de ancianos, comenta:

Y es que las luchas intestinas engordan con el ocio, pero cuando la necesidad obliga, se delibera en favor de la comunidad, posponiéndose los intereses y los odios privados[84].

---

[82] *Hist.* II 9, 3.
[83] *Hist.* II 11, 8.
[84] *Hist.* II 16, 1.

Un poco más adelante, al señalar cómo los atenienses, que apenas podían defenderse manteniéndose dentro de sus murallas, deciden osadamente salir de ellas, señala:

Y es que la locura, cuando no va acompañada de meditación, considera como valor la indignación, y, todo lo que medita la ira, lo promete la audacia[85].

El horroroso silencio de Roma tras el saqueo y salida de los galos le merece este comentario:

Y es que el solitario silencio de lugares espaciosos es siempre motivo de pavor.

Estos comentarios, por así decir paremiológicos, toman incluso, a veces, como excusa, un juego de palabras; así, al señalar que un general lacedemonio era cojo, comenta:

... pero es que en esta situación tan difícil, los espartanos preferían que cojeara su rey a que lo hiciera su reino[86].

Concluimos este epígrafe. Orosio recoge todos los desastres, tanto humanos como naturales, de la historia; y los hechos que recoge están en función de su significado desastroso. No le importa, pues, el desarrollo externo de los hechos, sino su significado (*uim* dice él en III, Pról., 3), significado que en la interpretación subjetiva de Orosio es siempre negativo. De ahí el número de muertos, de ahí sus continuos comentarios que tienden a significar esa esencia de los hechos y que ocupan una parte importante de la obra.

2.5. Género y estilo historiográfico.—La teoría historiográfica clásica distinguía claramente dentro de una obra de historia entre contenido y forma.

En lo que se refiere al contenido, señala claramente

[85] *Hist.* II 16, 15.
[86] *Hist.* III 1, 9; el texto anterior es de II 19, 11.

Cicerón que la primera ley de la historia es la «verdad», que no haya ninguna sospecha de favoritismo ni de animadversión. Ese mismo contenido exige el tratamiento de la cronología, de la geografía, de las deliberaciones anteriores a los hechos, de los propios hechos y de los resultados de los hechos; en lo que se refiere a las deliberaciones de los hechos, el autor puede indicar su opinión; en cuanto a los hechos, se debe señalar lo que se hizo y lo que se dijo, pero también cómo se hizo y cómo se dijo; y en lo que se refiere a los resultados, se deben indicar las causas [87].

Por supuesto que Orosio no cumple la primera ley de la historia: la verdad y la ausencia de favoritismo y de animadversión. Y es que la obra de Orosio no es sólo historia sino también apología. En general, la historiografía cristiana se mueve dentro de este mismo carácter. La historiografía cristiana es una tensión entre dos extremos: por una parte, no se puede apartar de su necesaria defensa de la nueva doctrina y, por otra, precisamente para presentar esa defensa de una forma no sospechosa, se mueve dentro de las normas de la historiografía profana.

Ahora bien, la primera de esas normas, la escrupulosa verdad, no la puede cumplir por razones obvias. Tampoco la cumplían muchos de los historiadores profanos.

Orosio, pues, no cumple el requisito de la falta de favoritismo y de animadversión, pero es que tampoco lo pretende. En este sentido no hay que acusarle de falta de sinceridad. Efectivamente, nada hay en Orosio que recuerde las solemnes profesiones de veracidad de muchos de los historiadores profanos, que aparecen con tanta frecuencia en sus prólogos.

En la enumeración ciceroniana de lo que debe com-

[87] Cic., *De or.* II 62-64.

prender el contenido historiográfico había un elemento subjetivo: la opinión del autor es permisible, sobre todo, en lo que se refiere a las decisiones humanas que desencadenan los hechos. Ahora bien, la doctrina clásica en ese sentido exigía el máximo de objetividad y de *fides*. Orosio, como ya hemos dicho, da con muchísima frecuencia su opinión particular sobre los hechos; pero esa opinión se mueve también dentro de la polémica antipagana que anima *a priori* toda la obra. Tampoco en esto se le puede acusar a nuestro autor de falta de sinceridad, ya que él nunca pretende cumplir el requisito de la *fides*, entendida ésta como adhesión a la opinión generalizada de otros autores sobre los mismos hechos que él trata. Él deja bien claro, desde el principio, cuál es el sentido que dará a todos los hechos que va a recoger en su obra: todas las guerras, desastres, calamidades, hambres, etc., que incluirá en su colección, son «pecado» o «castigo por pecados».

Hasta ahora, pues, no se puede decir que la obra de nuestro autor se mueva dentro de los cánones de la historiografía profana.

Hay, sin embargo, otros principios historiográficos profanos, cuya consideración conviene tener aquí en cuenta. Vamos a fijarnos sobre todo en dos, por la frecuencia con que el propio Orosio alude a ellos desde un punto de vista programático: la *breuitas* y el *ordo*.

La «breuitas».—La doctrina clásica al respecto la expuso claramente Cicerón en el *De oratore:* es aconsejable la brevedad en las narraciones, pero siempre que no engendre oscuridad y siempre que no impida las dos virtudes máximas de toda narración: el deleite y la enseñanza[88].

Dejando a un lado otras épocas y acercándonos lo

[88] Cic., *De or.* II 326.

más posible a la de Orosio, la obsesión por la brevedad es algo permanente en los historiadores del s. IV. Ahora bien, en este siglo, la brevedad es entendida en un doble sentido[89]: ya sólo como rapidez en la narración, ya como selección también. Esta diferencia se percibe en dos obras contemporáneas y pertenecientes al mismo género: la de Eutropio y la de Festo. Eutropio da una definición de la brevedad de su obra en la que no faltan ni la alusión a la rapidez ni la alusión a la selección:

... he condensado en un breve relato los hechos de la historia romana más importantes en los asuntos militares y civiles, añadiendo también lo que la vida de los emperadores ofrecía de reseñable[90].

En Eutropio, pues, la brevedad es el resultado de una selección, particularmente severa y en función de un criterio de importancia y necesidad. El hecho de que la brevedad esté en función de una selección le da a Eutropio el carácter de historiador, y no de abreviador.

Festo, sin embargo, en la dedicatoria de su *Breuiarium* al emperador Valente, considera la brevedad como un fin en sí misma, sin estar en función de nada:

Tu Clemencia me ha ordenado ser breve... Recibid, pues, un breve resumen que puede ser objeto de cálculos aún más breves.

Y es que la obra de Festo representa, sin duda, la tendencia y el gusto por la *lectio compendiosa* que atestigua Sulpicio Severo.

Hay que distinguir, pues, claramente entre historiadores y abreviadores en el s. IV. Y la posición de los historiadores, comparada con la posición de los abreviadores que responden, en mayor o menor medida, a la

[89] Cf. G. SABBAH, *La méthode d'Ammien Marcellin*, París, 1978, páginas 57-59.
[90] *Breuiarium*, Pról.

demanda de un público ignorante, es delicada y ambigua. En los historiadores, a pesar de sus manifestaciones, la brevedad no es una de sus mayores preocupaciones; sólo la invocan como una concesión diplomática al gusto del «gran público», gusto que no pueden ignorar. En realidad, su ideal es dar una instrucción completa; entre éstos, Amiano representaría un caso extremo.

Esa demanda de brevedad entre el gran público es tan fuerte en la época, que Jerónimo se ve obligado en el prólogo de su *Comentario sobre Daniel* a responder a ciertas críticas precedentes:

> ... yo, de acuerdo con mi costumbre, escribo exponiendo y explicando todas las cosas tal como lo hice en los comentarios sobre los doce profetas, aunque desarrollando brevemente y de vez en cuando sólo aquello que no está claro, con el fin de que la excesiva extensión de libros innumerables no canse al lector[91].

Esta demanda, que preocupaba ya a los «vulgarizadores» helenísticos, no ha ido sino creciendo a medida que ha pasado el tiempo.

Y volvemos ya a nuestro autor. Orosio reconoce y confiesa que él pretende ser breve y lo consigue. Manifestaciones en este sentido son frecuentísimas:

> En estos momentos yo, por mi parte, me veo obligado a confesar que la conveniencia de llegar hasta el final me obliga a pasar por alto muchas cosas de entre tan gran variedad de males del mundo y a abreviarlas todas[92].

> ... no se pueden recoger todos los hechos ni tampoco señalar detalladamente los que se llevaron a cabo y la forma como se llevaron a cabo[93].

---

[91] *Chron.* 1, 1 (*Corp. Script. Eccl. Lat.*, 1 HALM). Sobre la moda de estas obras en el s. IV, cf. E. MALCOVATI, «I breviari del IV secolo», *Ann. della Fac. de lett. dell' Un. di Cagliari* 21 (1972), 5-11.

[92] *Hist.* I 12, 1.

[93] *Hist.* III, Pról., 1.

Voy a señalar lo más brevemente posible el origen de esta fatiga...[94].

Desarrollar y recorrer las sinuosidades de las luchas internas y las inextricables causas de las sediciones me parece al mismo tiempo difícil y largo de contar. Baste en verdad resumir con brevedad diciendo que el primer...[95].

Pero dejemos eso para hacer una breve reflexión...[96].

Voy a contar, pues, en pocas palabras...[97].

El problema que se plantea ahora es si Orosio se alinea en el grupo de los abreviadores, o en el grupo de los historiadores. Es decir, si esa profesión de brevedad es una pura concesión formal al gusto de la época o es una brevedad producto de una auténtica elección.

Por supuesto que Orosio se considera a sí mismo historiador y no abreviador. Todo el prólogo del libro III no es sino una discusión teórica en torno al problema de la brevedad. En él parece quedar claro que la brevedad que pregona Orosio está en función de algo muy importante: en función de que a él no le interesa el desarrollo externo de los hechos, sino sólo las desastrosas consecuencias de los mismos:

... mientras ellos narraban las guerras, nosotros debemos narrar las desgracias que acompañan a las guerras[98].

En el mismo prólogo señala también que lo que él pretende es marcar el significado de los hechos, un significado que no es otro que el que les da su inserción en el sentido general de la obra: las guerras y desgracias son «pecado» o «castigo por pecados»:

---

[94] *Hist.* III 1, 4.
[95] *Hist.* V 17, 2.
[96] *Hist.* VI 5, 11.
[97] *Hist.* VI 5, 13.
[98] *Hist.* III, Pról., 1.

... lo que yo pretendo, en contra de los demás historiadores, es transmitir la esencia de los hechos y no su desarrollo externo [99].

La brevedad, pues, de Orosio está en función de una elección; una elección muy particular, pero una elección en definitiva.

Buena prueba de que no es el desarrollo externo de los hechos lo que le importa, sino sus consecuencias, es el texto siguiente:

Posteriormente, tras muchas guerras que brotaban por doquier, guerras que no nos parece en absoluto oportuno describir una por una, ese imperio, tras pasar, en medio de distintos avatares, por mano de escitas y caldeos, volvió de nuevo de forma semejante a los medos. Con relación a estos rápidos trasiegos, conviene que ponderemos brevemente cuántas desgracias y calamidades tuvieron que sufrir los hombres, cuántas guerras se desencadenaron en lugares donde reinos tan grandes y de tal naturaleza estaban cambiando con tanta frecuencia [100].

No le interesa tanto la descripción externa de las guerras como sus consecuencias, consecuencias que sí pondera.

En otra ocasión señala que no le interesa tanto el desarrollo externo de los hechos como su mutua interrelación:

He aquí cómo yo, en un pequeño libro, y en pocas palabras, he ido, no desarrollando las acciones de las distintas provincias, pueblos y ciudades, sino sobre todo relacionando los distintos grupos de desastres [101].

«Selecciona», pues, los desastres y los pone en relación entre sí.

---

[99] *Hist.* III, Pról., 3.
[100] *Hist.* I 19, 2-3.
[101] *Hist.* II 18, 4.

En definitiva, pues, Orosio hace profesión continua del principio de la brevedad. Pero no se trata de una brevedad de epitomador, sino de una brevedad de historiador; es decir, está basada en una elección, la cual a su vez se hace en función de la finalidad primordial de la obra: recoger las desgracias del género humano. A la hora de explicar el sentido de estas desgracias no es breve, ni, por supuesto, oscuro.

El «orden».—Una de las preocupaciones esenciales de la historiografía cristiana, desde Eusebio de Cesarea y sus predecesores (Sexto Julio Africano, Clemente de Alejandría e Hipólito de Roma, autores de las primeras crónicas universales), es el del establecimiento de una cronología precisa. Para enraizar las pretensiones de su religión en la más alta antigüedad [102], para afirmar su seriedad y su competencia histórica, los autores cristianos habían tenido en cuenta los métodos tradicionales en orden al establecimiento de una cronología exacta. En revancha, los historiadores de tradición pagana desprecian el instrumento cronológico cuya posesión exclusiva ya se les escapaba y lo relegan como algo secundario; así, por ejemplo, Amiano [103].

El problema, pues, del orden en estos historiadores cristianos se considera resuelto limitándose a la cronología. Y ello sucede también en Eutropio, quien confiesa, en el prefacio de su *Breuiarium,* que va a narrar los

---

[102] Se sabe que esta intención estaba ya presente en Sexto Julio Africano (cf. H. Gelzer, *Sextus Julius Africanus und die byzant. Chronographie,* Leipzig, 1880-1898), y que es una preocupación fundamental en Eusebio (cf. J. Sirinelli, *Les vues historiques d'Eusèbe de Césarèe durant la période prémicéenne,* París, 1961, sobre todo págs. 52 y sigs.; A. Momigliano, «Pagan and Christian Historiography in the 4th century after D.», en *The Conflict between Paganism and Christianity,* Oxford, 1963, págs. 83-85).

[103] Cf. G. Sabbah, *La méthode d'Amm. Marc.,* pág. 59.

hechos romanos desde la fundación de la ciudad hasta su época siguiendo un orden cronológico.

Orosio, como historiador cristiano que es, se plantea también el problema del orden en su obra y lo considera resuelto tomando como base la cronología. Ya en el prólogo del libro I, cuando alude a la orden de Agustín, encontramos en un solo sintagma una profesión del principio de la brevedad y del principio del orden: *ordinato breuiter uolumine*[104].

Que el orden es una preocupación de nuestro autor lo prueba su propia confesión en un momento en que señala que lo ha perseguido con ahínco:

> He tejido la madeja inextricable de una historia sin orden... y es que me da la impresión de que, cuanto más he buscado el orden, con tanto mayor desorden he escrito[105].

El criterio básico del orden es, en Orosio, el de la cronología, en el sentido de que, cuando hace historia de distintos lugares y pueblos, entremezcla los hechos, tomando como base la contemporaneidad de los mismos:

> ... Alejandro, cuyas guerras, o mejor, las desgracias del mundo que se sucedieron en serie bajo sus guerras, las dejo para un poco más adelante con el fin de, en aras de la cronología, volver en este punto a los hechos romanos[106].

> Pero todo esto lo probaré con mayor evidencia trayendo a la memoria las propias desgracias de los antepasados comenzando en primer lugar, según el orden de los tiempos, por la guerra de Pirro[107].

---

[104] *Hist.* I, Pról., 10.
[105] *Hist.* III 2, 9.
[106] *Hist.* III 15, 1.
[107] *Hist.* IV, Pról., 11.

Si alguna vez se ha descuidado en la aplicación del criterio cronológico, lo reconoce él mismo y trata de subsanarlo:

Pero, dado que al recordar las desgracias de Roma me he pasado un poco en el tiempo, y también porque me he dado cuenta de ello al hacer alusión a este Alejandro, ahora, volviendo atrás unos años, voy a recordar brevemente... bastantes cosas de Filipo... [108].

Por otra parte, el criterio de seguir un orden cronológico va muy bien con la finalidad primordial de la obra, y es que el mismo le permite demostrar cómo, en determinadas épocas, se acumulan males; no es casual, dice, que las desgracias sean contemporáneas unas de otras. Está tan enraizada en la mente de Orosio esta idea, que ello se manifiesta incluso en las fórmulas de transición, o mejor, en la falta de fórmulas de transición, tan características de toda narración historiográfica. Efectivamente, con frecuencia —y ello lo hace, sobre todo, en el libro VII, cuando habla de los emperadores— señala el pecado o la mala disposición de un emperador contra los cristianos, e, inmediatamente después, sin ninguna partícula de transición, introduce un *sequitur*, cuyo sujeto es un terremoto, un desastre o una guerra; la necesaria contemporaneidad de la maldad del emperador y del castigo es tan fatal que no necesita nada más que yuxtaponer los dos hechos sin más.

Por el contrario, en el caso, por ejemplo, de Trajano, hacia el que Orosio manifiesta evidentes simpatías, y del que dice que con el tiempo suavizó su postura para con los cristianos, a la hora de señalar que en su época hubo un incendio, introduce la frase en que habla de este incendio con un *uerumtamen:*

---

[108] *Hist.* III 11, 2.

... suavizó inmediatamente su edicto con rescriptos menos duros. A pesar de ello, la casa áurea de Roma... fue destruida... por un incendio repentino... [109].

No se entiende el *uerumtamen,* si no pensamos que, para Orosio, no es lógica la contemporaneidad de la acción de Trajano y de un incendio.

En definitiva, pues, el orden cronológico, aparte de ser un principio seguido por otros historiadores cristianos, es en Orosio un procedimiento que va muy bien con la finalidad primordial de su obra.

El estilo historiográfico.—La historiografía no es sólo contenido, sino también forma. Conocidísimo y discutidísimo es el pasaje del *De legibus* de Cicerón, en el que Ático se dirige al gran polígrafo diciéndole que debe practicar la historia porque la historia es *opus, ut tibi quidem uideri solet, unum hoc oratorium maxime* [110]. Generalmente se ha dicho que el tal *opus oratorium maxime* designa una especie de historia retórica, donde la verdad está oculta entre flores de hermosas descripciones y lugares comunes. Leemann [111], sin embargo, apunta que la historiografía, de acuerdo con el prólogo del *De legibus,* es un *opus oratorium,* el cual, no obstante, no debe ser escrito *oratorio genere dicendi;* es decir, lo que Cicerón quiere significar es que la historia debe ser tratada formalmente de una manera digna; su estilo debe ser igual, sin altibajos, y fluido.

En este sentido, en la obra de Orosio hay que distinguir dos partes perfectamente diferenciadas: por un lado, las partes que son puramente narrativas y, por otra, aquellas que son demostrativas. La discusión en torno al estilo historiográfico de Orosio ha de centrarse,

---

[109] *Hist.* VII 12, 3-4.
[110] Cic., *De leg.* I 5.
[111] A. D. Leemann, *Orationis ratio,* Amsterdam, 1963.

evidentemente, en las partes narrativas, ya que las otras son, más bien, pequeñas piezas oratorias cercanas al género deliberativo.

En las partes narrativas se mantiene, generalmente, dentro de los límites del *genus medium*, que es característico de la historia. Ahora bien, en este sentido tenemos que hacer dos observaciones: en primer lugar, que, a medida que va avanzando la obra, se eleva algo el tono de la misma; y, en segundo lugar, que, incluso en las partes narrativas, es una constante a lo largo de la obra la utilización de un recurso oratorio definido ya en la *Retórica a Herennio:* la *descriptio.*

Efectivamente, a medida que avanza la obra se nota cierta tendencia a elevar el tono; es, sobre todo, en los hechos ya de la época imperial donde Orosio se permite de vez en cuando ciertas alegrías formales; así, por ejemplo, cuando habla del constante nombramiento y destitución de Atalo por parte de Alarico, lo hace con este juego:

> ... in hoc Alaricus imperatore facto infecto, refecto defecto... [112].

Cuando habla de la pesadez de las langostas que azotaron Egipto, también en el libro VII, recurre de nuevo a un juego de palabras con aliteración, asonancia, etc.:

> ... tenentes terentes tegentesque omnia... [113].

En el mismo capítulo utiliza dos *gradationes* con tres verbos juntos:

> Ibi rex potentiam Dei sensit probauit et timuit... hic rex potentiam Dei sensit probauit et credidit... [114].

---

[112] *Hist.* VII 42, 7.

[113] *Hist.* VII 27, 11.

[114] *Hist.* VII 27, 14. Cf. también VII 22, 6: *exsecutores, delatores, accusatores, spectatores.*

Estos juegos no son fáciles de encontrar hasta el libro VII, que es el libro íntegramente dedicado al Imperio y al cristianismo. En general, el libro VII es de un tono más elevado desde un punto de vista formal; y es que con él ha entrado Orosio en el cristianismo, es decir, en el tema que sentimentalmente más le afecta.

Por otro lado, decíamos, es una constante a lo largo de toda la obra la utilización del recurso conocido ya en la *Retórica a Herennio* como *descriptio;* se llama *descriptio*[115] a la aguda, clara y profunda descripción de las consecuencias de un hecho; y este tipo de adorno, se dice, levanta la indignación o la misericordia, por cuanto se expresan brevemente y juntos todos los resultados de un hecho; y aduce ejemplos el autor de la *Ret. a Her.;* uno de ellos es una descripción de lo que sucedió tras la toma de la ciudad.

Después de todo lo que hemos dicho, no hace falta insistir en que la obra de Orosio es una constante utilización de este recurso; es una continua descripción de las consecuencias que acarrean las guerras y las malas acciones de los hombres. Un ejemplo: al hablar de Gayo Graco dice que su nombramiento como tribuno de la plebe fue pernicioso para el Estado; e inmediatamente, los resultados de ese nombramiento introducidos por un *nam*[116]. Este tipo de introducción *(nam* o *enim)* para señalar las consecuencias de una acción es frecuentísimo en Orosio.

En este sentido, es decir, en esta continua utilización de la *descriptio,* la obra se mueve, en cierta forma, incluso en sus partes descriptivas, más dentro de un tono oratorio que dentro de uno historiográfico.

En lo que se refiere a las partes que hemos llamado demostrativas, no hace falta insistir en que se desen-

---

[115] *Rhet. Her.* 4, 5 s.
[116] *Hist.* V 12, 3-4.

vuelven dentro de un tono no historiográfico; se parecen más, como hemos apuntado, a un discurso del género deliberativo. Efectivamente, siempre que Orosio se sale de la narración —y esto lo hace con muchísima frecuencia— para entrar en la defensa de su tesis, nos encontramos con todos los elementos propios de un discurso del género apuntado. Ello es tan evidente que no vamos a entrar en detalles, que, por lo demás, no tienen cabida en esta introducción.

Así pues, la obra de Orosio, desde el punto de vista de la forma, es historia sólo en una parte de la misma. En la otra, desde luego que no; la otra es la defensa de su tesis. Y por mucho que Orosio trate de presentarse como historiador, su finalidad no es hacer historia —la historia sólo le sirve como medio—, sino defender una tesis; en definitiva, hacer una apología del cristianismo.

EL TEXTO

La tradición manuscrita de las *Historias* de Orosio es rica y abundante. Bateley y Ross [117] dan una lista de nada menos que 245 manuscritos.

Los manuscritos en los que generalmente se apoyan las ediciones de Orosio pertenecen a dos familias distintas. A la primera familia pertenecen los siguientes códices:

El *Laurentianus* pl. 65, 1 (L). Es de finales del s. VI. Presenta algunas lagunas; entre ellas, todo el libro VII; pero aunque tiene omisiones, es un códice muy antiguo y más libre de interpolaciones que todos los demás.

---

[117] J. M. Bateley-D. J. Ros, «A check list of manuscripts of Orosius *Historiarum adversus paganos libri septem*», *Scriptorium* 15 (1961), 329-334.

Por otro lado, las palabras menos corrientes, sobre todo los nombres propios, no entendidos por el escriba, presentan con frecuencia errores: *cartham* por *Cirtam; utilium* por *Atilium,* etc. Todo el códice fue corregido por un contemporáneo (L²); este corrector, que sin duda vio el arquetipo, introdujo muchas correcciones en las que merece confianza. El primero que recogió el códice fue Antonio María Biscionio en el año 1729 para uso de Havercamp [118]. De este códice no deriva ni ha sido transcrito ninguno de los códices que quedan. Pero de su familia son los que siguen.

El *Codex Donaueschingensis* (D), de la biblioteca del príncipe de Everstenberg, núm. 18. Es del s. VIII. Tiene toda la obra de Orosio y nace del mismo arquetipo que L, de ahí que tenga muchas lecturas, verdaderas y falsas, comunes con L, aunque está libre de muchos de los errores de aquél. Es el más antiguo de su familia si exceptuamos L. Fue escrito por un escriba que transcribió el arquetipo sin ningún tipo de crítica. Tiene pocas interpolaciones y las que hay son fácilmente reconocibles. Hay que notar que está lleno de barbarismos que eran propios del lenguaje corriente de la época: *uidire, cupiae, scripturis* (por *scriptores*), *negare* (por *necare*), etc. Zangemeister, en su edición, anota todas sus variantes en el libro I de las *Historias;* a partir del libro II, sólo anota aquellas variantes que puedan dar algo de luz al texto.

El *Codex Bobiensis* (B) o *Ambrosianus D. 23.* Es de comienzos del s. VIII y pertenece a la misma familia que L y D. Tiene más interpolaciones y errores que D.

A una familia distinta que los anteriores pertenecen los códices siguientes:

---

118 HAVERCAMP lo reconoce en el prefacio de su edición: agradece al bibliotecario de la biblioteca Laurentiana de Florencia, Antonio María Biscionio, que le proporcionara el manuscrito.

El *Codex Palatinus 829* (P). Es del s. VIII y está escrito por dos copistas: fols. 1-44 y fols. 45-115. Tuvo dos correctores, el primero de los cuales (P^2) tiene enmiendas importantes. De todas formas es un buen códice y el mejor de la familia que estamos analizando.

El *Codex Rehdigeranus R 108*=R. I 5, 30 de la biblioteca de la ciudad de Bratislava (R). Es de la misma familia que el anterior y fue copiado a finales del s. IX o comienzos del s. X. Tiene muchas correcciones; si prescindimos de ellas, coincide con P, y, en algunas correcciones, con P^2. Es difícil de definir su grado de parentesco con P; lo que sí está claro es que R no ha sido copiado de P, y no es seguro si sigue una copia de P o el mismo arquetipo que P.

Unidos los testimonios de estos códices, puede llegarse al arquetipo, el cual, aunque no carecía de corrupciones, estaría, según Zangemeister, tan cerca, tanto de la época como de la obra de Orosio, como casi ningún otro arquetipo de un escritor antiguo. Efectivamente, en las coincidencias entre L D B P R, o, cuando faltan algunos, sobre todo L, en las coincidencias entre D P R, es lícito ver la auténtica lectura, salvo en caso de extrema necesidad e, incluso en estos casos, hay que procurar no corregir al propio Orosio. En este sentido erró, con frecuencia, Francisco Fabricio Marcodurano, quien muchas veces sustituyó palabras de Orosio por lecturas de fastos e historiadores antiguos. Hay que tener cuidado también con la identificación de interpolaciones, ya que el propio Orosio suele interpolarse, en cierto sentido, a sí mismo; tal sucede cuando toma el mismo dato de dos autores, así en IV 14, 7, donde habla de dos batallas en Trebia, en IV 18, 6 y 8, donde cuenta dos veces la muerte de Claudio Marcelo.

Cuando no hay acuerdo entre las dos familias de

códices (L D B y P R) y el peso de la balanza no se inclina a ningún lado, la solución hay que buscarla, dice Zangemeister, en el sentido de la frase, en la fuente del autor, o en la identificación de los errores propios de los códices; así en VI 10, 1, *Aduatuci* sólo en D, *Atuatuci* en los demás; esta última forma puede haber nacido de la tendencia a la paranomasia en los códices *(a tua tuti)*. En otros casos, sobre todo en lo que se refiere a los nombres propios, la situación queda sin solución.

Cuando no hay acuerdo entre los códices de una misma familia, en principio deben ser preferidas las lecturas de L y P.

EDICIONES

Más suerte tuvo la obra de Orosio, en lo que a ediciones se refiere, en los siglos XV y XVI que en nuestra época.

Las primeras ediciones de Orosio datan concretamente de finales del XV; en el último tercio de este siglo aparecen concretamente tres. La primera de ellas es de *Augusta (Editio Augustana)* y el año de su aparición, el 1471; la edición corrió a cargo de Juan Schuszler.

Cuatro años después aparece otra edición en Vicenza (*Editio Vicentina*, probablemente del 1475). El editor es Hermano de Colonia y el corrector de la edición es el vicentino Eneas Vulpes. De las tres ediciones de finales del siglo XV, Havercamp da el primer lugar a ésta.

Otra edición del siglo XV se imprimió en Venecia en 1483. Su editor es Octaviano Escoto.

En 1500 hay otra edición en Venecia a cargo de Bernardo de Venecia.

En París aparecen dos ediciones a comienzos del siglo XVI. La primera, de 1510, corre a cargo de Juan

Barbier. La segunda es de 1524 y su editor es Sebastián Mengino.

De Colonia son las dos ediciones siguientes en este mismo siglo: una de 1526 y otra de 1542. Ambas fueron impresas por Godofredo Hidorpio. La primera corre a cargo de Gerardo Bolsuingio: de ahí que sea conocida como *Editio Bolsuingiana.* La de 1542 corre a cargo de Juan Cesario, editor también de la *Historia Natural* de Plinio. Este editor introdujo ya la división en capítulos que encontramos en la edición de Zangemeister.

Uno de los estudiosos que más ha hecho por el texto de Orosio ha sido Francisco Fabricio Marcodurano. De él son tres ediciones de las *Historias,* de los años 1561, 1574 y 1582, respectivamente. La primera de ellas es una edición con notas.

La edición de Andrés Escoto (Maguncia, 1615) no añadió nada nuevo a las ediciones de Fabricio.

Después de la edición de Andrés Escoto empieza un largo período de olvido para el texto de nuestro autor. Concretamente tuvieron que pasar 120 años para que apareciera una nueva edición: la de Havercamp. Las notas de esta edición son fundamentalmente relativas al texto.

Del siglo XIX son la edición de Migne [119] y las dos de Zangemeister [120]. La primera de ellas ofrece el texto juntamente con notas de Havercamp y Bivario. Las ediciones de Zangemeister son las de más autoridad hasta el momento sobre el texto de Orosio.

---

[119] J. P. MIGNE, *Patrologiae cursus completus* (Series Latina, 31). París, 1846.

[120] C. ZANGEMEISTER, *Pauli Orosii «Historiarum adversum Paganos libri VII». Accedit eiusdem «Liber Apologeticus»,* Viena, 1882 (Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum, 5). Y *Pauli Orosii «Historiarum adversum paganos libri VII»* (Biblioteca Teubneriana), Leipzig, 1889.

De nuestro siglo sólo conocemos una, la de Raymond [121], que presenta, al mismo tiempo, traducción en inglés.

TRADUCCIONES

La primera traducción de Orosio de la que se tienen noticias es nada menos que del s. IX. Se trata de la versión anglosajona del rey Alfredo. Más que de una traducción, se trata de una interpretación de Orosio, ya que, en muchas ocasiones, abrevia el original y, en otras, lo desarrolla. La primera parte por ejemplo, la geográfica, está mucho más desarrollada que en el original, ya que en ella se encuentran elementos sacados de los *Commentarii* y de la carta de Agripa para la descripción de la región danubiana [122], e informaciones geográficas que derivan, probablemente, de Mela y Valerio Máximo [123]. Tiene, además, bastantes deformaciones en los nombres propios latinos. El manuscrito utilizado por los traductores no es, precisamente, de los primeros que conservamos de Orosio; ese manuscrito es poco anterior al siglo IX [124]. La traducción no es, pues, muy fidedigna, ya por los añadidos que introduce, ya porque el manuscrito que utiliza no es de los más antiguos.

En el siglo X tenemos noticias de otra traducción de la obra de Orosio. Se trata de una traducción árabe que

---

[121] J. W. RAYMOND, *Seven books of history against the pagans. The Apology*, Nueva York, 1936.

[122] Cf. J. LINDERSKI, «Alfred the Great and the tradition of ancient geography», *Speculum* 39 (1964), 434-439.

[123] J. M. BATELEY, «The relationship between geographical information in the Old English Orosius and latin texts other than Orosius», *Anglo-Saxon England* 1 (1972), 45-62.

[124] J. M. BATELEY, «King Alfred and the latin mss. of Orosius' History», *Classica et Medievalia* 22 (1961), 69-105.

se encuentra en un ejemplar único de la biblioteca de la Universidad de Columbia de Nueva York, X, 893-712 H, y que representa un texto de Orosio enormemente contaminado [125].

Orosio, pues, empezó a ser traducido en época muy antigua.

Mucho menos interés ha despertado su obra, desde el punto de vista de la traducción, en época moderna. No tenemos noticias de traducción ninguna en castellano. Esta nuestra sería, pues, la primera. Del presente siglo son, sin embargo, dos traducciones inglesas, una de 1936, con edición, de I. W. Raymond [126], y otra, de 1964, de R. J. Deferrari [127], que consta de una pequeña introducción y de una relación bibliográfica no precisamente muy actualizada (la obra más reciente de las recogidas en la bibliografía es de 1930).

NUESTRA TRADUCCIÓN

El texto que seguimos para ella es el de la edición de Zangemeister. Las escasas ocasiones en que nos salimos del mismo son advertidas en notas.

De este mismo editor cogemos la división en párrafos y de él también los epígrafes de los distintos capítulos y párrafos: si bien en la edición de Zangemeister estos epígrafes aparecen agrupados al final de la edición, nosotros los hemos introducido en el lugar que les corresponde, por ser ello mucho más cómodo para el lector.

---

[125] Cf. G. Levi della Vida, «La traduzione araba delle *Storie* di Orosio», en *Miscellanea G. Galbiati*, Milán, 1951, págs. 185-203.

[126] *Op. cit.*, en n. 121.

[127] *The seven books of history against the pagans*, Washington, 1964.

DISCREPANCIAS RESPECTO A LA EDICIÓN BASICA EN EL PRESENTE TOMO

	Ed. Zangemeister	Lectura adoptada
I 1, 7	loquentes	linquentes (codex *Bobiensis;* cf. nota 15).
IV 1, 8	Lirim	Sirim (este es el nombre del río cercano a Heraclea que nos transmite la geografía antigua).
IV 9, 14	Placido	Paulo (es el cognomen conocido en los Fastos para el cónsul de este año).
IV 12, 2	Bubulco	Bulbo (id.).
IV 13, 5	Catulo	Papo (id.).
IV 17, 8	probauit ac	probauit? Ac (cf. nota 451).
IV 17, 9	manifestum est,	manifestum est (cf. nota 451).
IV 17, 9	ministrari - etiam	ministrari etiam (cf. nota 451).

BIBLIOGRAFÍA

S. AITA, *Paolo Orosio*, Catania, 1947.

L. ALFONSI, «Noterelle orosiane», *Aevum* 44 (1970), 153-154.

J. M. BATELEY, «King Alfred and the latin mss. of Orosius' *History*», *Class. et mediev.* 22 (1961), 69-105.

———, «The relationship between geographical information in the Old English Orosius and latin texts other than Orosius», *Anglo-Saxon England* 1 (1972), 45-62.

J. M. BATELEY-D. J. A. ROSS, «A check list of manuscripts of Orosius *Historiarum adversum paganos libri septem*», *Scriptorium* 15 (1961), 329-334.

G. F. H. BECK, *Dissertatio de Orosii historici fontibus et auctoritate*, Gotha, 1834.

G. BONAMENTE, «Il metus punicus e la decadenza di Roma in Sallustio, Agostino e Orosio», *Giorn. Ital. di Filolog.* 27 (1975), 137-169.

J. BOSWORTH, *King Alfred's Anglo-Saxon Version of the Compendious «History of the World» by Orosius*, Londres, 1859.

J. N. C. CLARK, «The annotations of Ekkehart IV in the Orosius ms. St. Gall 621», *Arch. Latin. Med. Aev.* (1932), 5-35.

O. E. E. CLOSS, *A grammar of Alfred's Orosius*, Berkeley, 1964.

E. CORSINI, *Introduzione alle «Storie» di Orosio*, Turín, 1968.

P. COURCELLE, «Commodien et les invasions du V siècle», *Rev. Étud. Lat.* 24 (1946), 227-246.

———, *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques*, 3.ª ed., París, 1964.

J. A. DAVIDS, *De Orosio et sancto Augustino priscillianistarum ad-*

versariis commentatio historica et philosophica, Rotterdam, 1930.

P. I. Delmasses y Roz, *Dissertatio historica por la patria de Paulo Orosio,* Barcelona, 1702.

H. J. Diesner, «Orosius und Augustinus», *Act. ant. Acad. Scient. Hung.* 11 (1963), 89-102.

E. de Tejada, «Los dos primeros filósofos hispanos de la historia, Orosio y Dracontio», *Anuar. Hist. Der. Esp.* 23 (1953), 191-201.

A. Ferrari, «El año 38 a. de C. en Cassio Dio, San Jerónimo y Orosio», *Bol. de la Real Acad. de la Hist.* 166 (1970), 139-166.

G. Fink, *Paul Orose et sa conception de l'histoire,* Marsella, 1951.

———, «Recherches bibliographiques sur Paul Orose», *Rev. de Arch. Bibliot. y Mus.* 58 (1952), 271-322.

A. Freixas, «La visión imperial de Paulo Orosio», *An. de Hist. antigua y mediev. Buenos Aires Univ.* (1959-1960), 84-98.

C. Garaud, «Remarques sur le thème des ruines dans la littérature chrétienne», *Phoenix* 20 (1966), 148-158.

M. Gesino, «El libro séptimo de las *Historias contra los paganos* de Paulo Orosio», *An. de Hist. antigua y mediev. Buenos Aires Univ.* (1959-1960), 99-155.

V. Grumel, «Du nombre des persécutions païennes dans les anciennes chroniques», *Rev. des Etud. Aug.* 2 (1956), 59-66.

C. P. Herold, *The morphology of King Alfred's translation of Orosius,* París, 1968.

A. Klotz, «Beiträge zur Analyse des geopraphischen Kapitels im Geschichtswerk des Orosius», en *Charisteria A. Rzach,* Reichenberg, 1930, págs. 120-130.

B. Lacroix, *Orose et ses idées,* Montreal-París, 1965.

G. Levi Della Vida, «La traduzione araba delle *Storie* di Orosio», en *Miscellanea G. Galbiati,* 3, Milán, 1951, págs. 185-203.

J. Linderski, «Alfred the Great and the tradition of ancient geography», *Speculum* 39 (1964), 434-439.

A. Lippold, *Rom und die Barbaren in der Beurteilung des Orosius,* tesis doct., Erlangen, 1952.

———, «Der erste Punische Krieg bei Orosius», *Rhein. Museum* 97 (1954), 254-286.

———, «Orosius, christlicher Apologet und römischer Bürger», *Philologus* 113 (1969), 92-105.

J. MADOZ, «Citas y reminiscencias clásicas en los padres españoles», *Sacris Erudiri Jaarb. voor Godsdienst* 5 (1953), 105-132.

T. MARCUS, *Zosimus, Orosius and their tradition. Comparative studies in pagan and Christian historiography*, Nueva York, 1974.

H. J. MARROU, «Saint Augustin, Orose et l'augustinisme historique», en *La storiografia altomedievale, 10-16 Aprile, 1969* (Settimane di Studio del centro ital. di Studi sull'alto medioevo: 17), Espoleto, 1970, págs. 59-87.

D. MARTINS, «Paulo Orosio. Sentido universalista da sua vida e da sua obra», *Rev. port. de filos.* 11, 2 (1955), 382 y sigs.

E. MEJEAN, *Paul Orose et son apologetique contre les paiens*, Estrasburgo, 1862.

A. MERLIN, «Manilius 'Tezagam urbem expugnavit atque diripuit' Orose IV 22, 8», *Bull. de la Soc. nation. des Antiq. de France* (1922), 154-156.

TH. E. MOMMSEN, «Aponius and Orosius on the significance of the Epiphany», en *Late classical and medieval studies in honor of A. M. Friend Jr.*, Princeton, 1975, págs. 96-111.

TH. DE MÖRNER, *De Orosii uita eiusque «Historiarum libris septem adversum paganos»*, Berlín, 1844.

F. PASCHOUD, *Roma aeterna. Études sur le patriotisme romain dans l'Occident latin à l'époque des invasions* (Bibliotheca Helvetica Romana: 7), Roma, 1967.

L. PICCIRILLI, «Una notizia di Trogo in Giustino e in Orosio», *Ann. della Scuola Norm. Super. di Pisa*, 3.ª Ser., 1 (1971), 301-306.

C. ROSTAN, «Due concezioni di storia universale: Orosio e Bossuet», *Nuova Riv. storica* 9 (1925), 227 y sigs.

J. SCHNITZER, «Orosio e Pelagio», *Religio* (1937), 336-343.

J. SVENNUNG, *Orosiana. Syntaktische semasiologische und Kritische Studien zu Orosius*, Uppsala, 1922.

C. TORRES, «La *Historia* de Paulo Orosio», *Rev. de Arch. Bibl. y Museos* 61 (1955), 107-153.

L. VÁRADY, «Stilicho proditor arcani imperii», *Act. ant. Acad. Scient. Hung.* 16 (1968), 413-432.

LIBRO I

Desde Adán hasta la fundación de Roma.

Tras el prólogo, en el que el autor confiesa que está cumpliendo órdenes de Agustín al escribir la obra contra los paganos, hay un planteamiento del programa cronológico (1). Descripción geográfica del mundo: sus partes, ciudades, provincias y pueblos más importantes, y las islas entonces conocidas (2).

El diluvio universal (3); Nino y sus conquistas, y Semíramis, su sucesora en el trono babilonio (4). La destrucción de Sodoma, Gomorra y otras ciudades; comparación entre el desastre de Sodoma y el saqueo de Roma en el 410 (5-6). La guerra de telquises y cariatios contra Foroneo, rey de los argivos; el segundo diluvio en época de Ogigio (7). Los siete años de abundancia, seguidos de siete años de escasez, en Egipto, durante los cuales José juega un papel de protagonista (8). Tras la reseña de tres desgracias que se acumularon durante el reinado del tercer rey ateniense, Anfictión —diluvio en Tesalia, peste en Etiopía, invasión de la India por Baco— (9), continúa la historia del pueblo de Israel en Egipto hasta su salida bajo el mando de Moisés (10); en esta misma época el calor abrasó gran parte del orbe (10, 19). De nuevo acumulación de varios desastres en el año 775 antes de la fundación de Roma: el asesinato de 49 hijos de Egipto por parte de sus esposas, hijas de Dánao; las acciones de Dánao en Argos; los criminales sacrificios del rey egipcio Busiris; adulterio de Tereo y venganza de su esposa; invasión de Asia por Perseo; las calamidades son en fin tantas, que es imposible describirlas (11-12). Dos nuevas desgracias en el año 560 antes de la fundación de Roma: derrota ateniense ante los cretenses con la consiguiente

ofrenda al Minotauro, y guerra entre lápitas y tesalios o centauros (13). Origen y acciones de las Amazonas, y comparación entre la situación del mundo a causa de los crímenes de estas mujeres y la de Roma con el saqueo de Alarico (14-16). Guerra de Troya, llegada de Eneas a Italia y conmociones en Grecia y Asia en esa misma época (17-18). Fin del Imperio asirio de Sardanápalo (19). Situación en Sicilia bajo la tiranía de Falaris y en Italia en época del rey latino Arémulo; comparación de la situación de Italia y Sicilia en aquella época con la de los tiempos cristianos (20). Guerra de los lacedemonios con los atenienses y mesenios (21).

PRÓLOGO

He obedecido tus mandatos, bienaventurado Padre Agustín[1], y ojalá que lo haya hecho con tanta eficacia como buena voluntad. Aunque del resultado, poco me preocupa si lo he hecho bien o no[2]. Efectivamente, a ti 2
te preocupaba si yo podría hacer lo que me mandabas; pero a mí, por mi parte, me bastaba con dar testimonio de obediencia, aunque adornando a ésta con mi buena voluntad y mi esfuerzo. Y es que incluso en las grandes 3
mansiones de los grandes señores, aunque haya muchos animales de distinta especie, aptos todos para el mantenimiento de la hacienda, una de las principales preocupaciones es, sin embargo, siempre por los perros[3]; sólo

[1] Sobre las relaciones entre Orosio y Agustín y este mandato, cf. Introducción, págs. 21 y sigs.

[2] Es quizá una significativa reminiscencia del proemio de T. Livio («No sé ni, aunque lo supiera, me atrevería a decirlo, si voy a hacer una obra que merezca la pena, al hacer historia del pueblo romano desde los orígenes de la ciudad»). Es una de las muchas manifestaciones de Orosio, por las que pretende colocarse entre los grandes historiadores.

[3] Es una idea de la *Geórgicas* virgilianas (III 404). La comparación con los perros cubre casi la tercera parte de este prólogo, que es una dedicatoria. Alguien ha deducido de ello que Orosio era un gran amante de los perros. Parece, más bien, que se trata de una decidida identificación entre la postura de Orosio para con Agustín y las tradicionales cualidades del perro.

en éstos hay una especie de disposición natural para
hacer con facilidad aquello para lo que son adiestrados
y para, por medio de una cierta norma congénita de obe-
diencia, quedarse quietos, disciplinados con la sola ame-
naza del castigo, hasta que con un movimiento de la ca-
beza o cualquier otra señal se les da a entender que
4 tienen libertad para actuar. Tienen, en efecto, los perros
facultades especiales, tan alejadas de los brutos como
cercanas a los hombres; es decir, saben discernir, amar y
5 servir. Y es que, dado que distinguen claramente a su
dueño de las personas extrañas, atacan a éstas, no por-
que las odien, sino porque se preocupan de aquellos a
quienes aman, y, porque aman, cuidan de su dueño y de
su casa no por impulsos naturales de un cuerpo apto
para ello, sino que se consagran a esta vigilancia por un
6 sentimiento de solícito amor. Por ello, incluso, según la
revelación mística en los evangelios, la mujer de Cana-
nea no se sonrojó al decir, ni el Señor rechazó el escuchar
que los pequeños cachorros comen las migas bajo la
7 mesa de sus señores. Tampoco el bienaventurado To-
bías, al seguir al ángel que le conducía, despreció la
compañía de un perro[4]. Así yo, atado al amor que tú
tienes a todos por mi especial cariño hacia ti, he obede-
8 cido de buen grado tus deseos. Porque, como mi obe-
diencia debe lo que hace a los deseos de tu paternidad
y como toda obra mía, que de ti vuelve a ti, es tuya, yo,
de mi sola parte, en abundancia, sólo he puesto esto: que
lo he hecho con agrado.

9 Me ordenaste que escribiera contra la vana maldad

---

[4] Es una de las pocas veces que Orosio hace alusiones concretas e inequívocas a la *Biblia*. En general, prescinde de estas citas o apoyaturas, por cuanto su obra polemiza con los paganos y éstos no aceptan argumentos bíblicos. En este caso se está dirigiendo a Agustín; quizá ello justifique estas alusiones tan concretas.

de aquellos que, ajenos a la ciudad de Dios[5], son llamados «paganos» por los pueblos y villas de campo en que viven, o «gentiles», porque gustan de las cosas terrenas, los cuales, si bien no se preocupan del futuro y, por otra parte, olvidan o desconocen el pasado, atacan, sin embargo, a los tiempos actuales como si éstos estuviesen infestados de males más de lo debido, sólo porque ahora se cree en Cristo y se adora a Dios, mientras que
sus ídolos son menos adorados; me ordenaste, pues, que, 10
de todos los registros de historias y anales[6] que puedan tenerse en el momento presente, expusiera, en capítulos sistemáticos y breves de un libro, todo lo que encontrase: ya desastres por guerras, ya estragos por enfermedades, ya desolaciones por hambre, ya situaciones terribles por terremotos, insólitas por inundaciones, temibles por erupciones de fuego volcánico o crueles por golpes de rayos o caída de granizo, o incluso las miserias ocurridas en siglos anteriores a causa de parricidios y otras
ignominias. Y pensando, sobre todo, que no merecía la 11
pena entretener con una obra liviana a tu reverencia ocupada en la redacción del undécimo libro contra estos mismos paganos —ya los primeros rayos de los otros diez, en cuanto han salido de la atalaya de tu clarivi-

[5] Alude a la obra de Agustín, de la que, como dice a continuación, ya se había editado el libro X.

[6] Eran dos tipos distintos de historia perfectamente diferenciados entre los romanos. Sempronio Aselión, autor de «historias» del último siglo de la República, señala ya claramente cuáles son esas diferencias: los anales sólo señalan los hechos y el año en que han tenido lugar; las «historias» deben señalar también las deliberaciones y razones que han provocado los hechos; escribir en qué año se inició una guerra, en qué año se terminó y quién triunfó, pero no decir con qué decreto del Senado, con qué ley o con qué pretensiones se hizo, eso se parece más a contar cuentos a niños que escribir «historias» (Sempronio Aselión, fr. 1 [ed. H. Peter, *Historicorum Romanorum reliquiae* I, Stuttgart, 1967, páginas 179-180]).

dencia en cuestiones de Iglesia, han brillado por todo
12 el mundo— y dado que tu hijo espiritual, Julián de Cartago[7], siervo de Dios, exigía que se satisficieran sus de-
13 seos en este asunto con las garantías que él pedía, puse manos a la obra y me sumí yo mismo en la más profunda confusión; y ello, porque antes, cuando consideraba este asunto, me parecía que las desgracias de los tiempos
14 actuales hervían por encima de toda medida y porque ahora he comprobado que los tiempos pasados no sólo fueron tan opresores como estos actuales, sino que aquéllos fueron tanto más atrozmente desgraciados cuanto más alejados estaban de la medicina de la auténtica religión[8]; de foma que con razón, tras mi análisis, ha quedado claro que reina la sangrienta muerte, cuando la religión, enemiga de la sangre, es olvidada; que, mientras la religión brilla, la muerte se obscurece; que la muerte termina, cuando la religión prevalece; que la muerte no ha de existir en absoluto cuando impere sólo
15 la religión. Hay que exceptuar, por supuesto, y dejar a un lado[9] los últimos días del fin del mundo y de la aparición del Anticristo o incluso del juicio final, para los cuales nuestro Señor Jesucristo, por medio de las Sa-

---

[7] Las presiones de este Julián de Cartago sobre Orosio para que escribiese lo que Agustín le había mandado no están suficientemente claras, ni tenemos más datos que los que señala aquí Orosio.

[8] Sorprende, ante estas palabras, el hecho de que Orosio no haga ninguna alusión a un problema que tanto ha preocupado a la especulación teológica cristiana desde los orígenes neotestamentarios: el problema de los «justos» y «santos» del Antiguo Testamento. A esto quizá se pueda responder señalando que tal problema no entraba en el ámbito histórico de la obra orosiana y menos, en el carácter polémico de la misma, que lleva al autor a evitar rigurosamente todo problema «interno» del cristianismo.

[9] En esta comparación entre «tiempos anteriores a Cristo» y «tiempos posteriores a Cristo».

gradas Escrituras [10] e incluso con su propio testimonio, predijo la existencia de desgracias cuales nunca antes 16
existieron, cuando, de acuerdo con aquello que ahora y siempre es criterio de discriminación, pero que actuará entonces con una separación más clara y rigurosa, los santos tendrán la aceptación en virtud de sus tribulaciones de otros tiempos, y los malvados, la perdición

[10] MAT., 24; MARC., 23.

1 *Sobre el exordio de los autores griegos y latinos con relación al hecho de que comenzaron sus obras con el rey Nino, hijo de Belo*

Tanto entre los griegos como entre los latinos, casi todos los escritores que propagaron con sus palabras, en aras de un largo recuerdo [11], las acciones de reyes y pueblos, comenzaron sus obras con Nino, hijo de Belo, rey de los
2 asirios —los mismos autores que, aunque querían hacer creer, sin demostración, que el origen del mundo y la creación del hombre no tuvieron principio, aceptan, sin embargo, que los reinos y las guerras empezaron con ese
3 rey, como si el género humano hubiese vivido hasta ese momento a modo de animales y sólo entonces por primera vez abría los ojos como golpeado y despertado a
4 nueva luz—. Por ello, yo he dicidido contar el comienzo de las desgracias humanas partiendo del primer pecado humano, escogiendo sólo unos pocos y breves ejemplos [12].

---

[11] Es éste uno de los principios fundamentales que animaba la historiografía clásica: salvar los hechos del olvido, Recoge, pues, Orosio un principio de los clásicos.

[12] Con relación a una nueva cronología adoptada por Orosio, cf. Introd., págs. 25 y sigs.

De los años que pasaron desde Adán hasta Nino el Grande

Desde Adán, el primero de los 5
hombres, hasta el rey Nino «el Grande», como le llaman, época en que nació Abraham, pasaron 3184 años; años que han sido omitidos o ignorados por todos los historiadores.

Del número de años que pasaron desde la época de este rey hasta César Augusto, es decir, hasta el nacimiento de Cristo, y de cómo en tan largo espacio de tiempo apenas cesaron las guerras y desastres

Desde Nino por otra parte, o 6
desde Abraham, hasta César Augusto, es decir, hasta el nacimiento de Cristo, que tuvo lugar en el año cuadragesimosegundo del reinado de Augusto, cuando, tras firmarse la paz con los partos, se cerraron las puertas de Jano [13] y acabaron las guerras en todo el mundo, se contabilizan 2015 años [14], en los cuales los autores de los hechos y los escritores de los mismos han tratado las posibles actividades del ocio y del no ocio
en todo el mundo. Por ello el propio tema obliga a esco- 7
ger muy brevemente unas pocas ideas de aquellos libros que, dejando a un lado [15] el origen del mundo, han creído en los hechos pasados por la carga profética de éstos y

[13] Es el dios de la guerra, las puertas de cuyo templo se mantenían cerradas en época de paz.

[14] Estos números, como casi todos los registrados en Orosio, no son cálculos exactos, sino que tienen, como en casi todos los otros casos, un valor simbólico. Es un hecho que los estudiosos de Orosio no han analizado con profundidad, limitándose a señalar su propensión a la aritmología. En las dos cifras que acaba de dar depende, concretamente, de Eusebio.

[15] En la edición de Zangemeister se recoge *loquentes* («al hablar») en lugar de *linquentes* («dejando a un lado»), que está recogido en el aparato crítico. Preferimos la lectura *linquentes*, porque, de lo contrario, no se entendería que, antes, haya dicho que todos los historiadores se han olvidado de los 3.124 primeros años del género humano y, ahora, diga «al hablar del origen del mundo».

8 porque son prueba de subsiguientes hechos. Y ello lo
hacemos no porque pensemos imponer la autoridad de
hechos pasados a nadie, sino porque merece la pena ad-
vertir acerca de una opinión extendida que yo comparto
9 con todos los demás [16]. En primer lugar, porque, si es
cierto que el mundo y el hombre son regidos por la pro-
videncia divina, la cual es tan generosa como justa, es
sobre todo el hombre, que por la mutabilidad de su
naturaleza y por la libertad de su independencia es débil
y obcecado, el que debe, como falto de fuerzas que está,
ser gobernado con la generosidad y, de la misma forma,
como desmesurado que es en el uso de su libertad, el
10 que tiene que ser corregido con la justicia. Con razón
podrá comprobar cualquiera que contemple al género
humano por sí y en sí mismo que este mundo, desde el
comienzo de la humanidad, se rige por períodos buenos
y malos alternantes.

11 En segundo lugar, porque, dado que sabemos que
desde el primer hombre hubo ya pecado y castigo a ese
pecado, y dado también que esos que empiezan sus his-
torias en épocas medias no describen sino guerras y des-
12 gracias, aunque no recuerden los hechos anteriores (y
esas guerras, ¿qué otra cosa pueden llamarse sino males
que van de un lado a otro?, y en cuanto a las desgracias
del tipo que entonces había, lo mismo que las que ahora
hay en la medida en que las hay, no son sin duda sino
pecados manifiestos u ocultos castigos a esos pecados);
13 dado, pues, todo eso, ¿qué impedimento hay en que yo
coja por la cabeza lo que aquéllos sólo tocaron en el
cuerpo [17] y dé fe, aunque sea en un pequeño relato, de

---

[16] Orosio va a aceptar la idea de la historia como maestra de la vida; la idea de que la historia se repite y, por eso, enseña. Pero tiñe esta idea de un contenido cristiano, como se ve inmediatamente después.

[17] Para Orosio, los historiadores que no comenzaron la historia desde el principio del mundo se han visto privados de la posibi-

que aquellos primeros siglos, que ya he dicho que fueron
mucho más numerosos, conocieron desgracias seme-
jantes?

Y como tengo intención de hablar desde la creación 14
del mundo hasta la creación de Roma, y, después, hasta
el principado de Augusto y el nacimiento de Cristo, a
partir del cual el gobierno del mundo ha estado bajo
el poder de Roma, y, por fin, incluso hasta nuestros
días (en la medida en que pueda traer los hechos a la
memoria), pienso que es necesario, con el fin de mos- 15
trar, como desde una atalaya, los conflictos del género
humano y el fuego de este mundo que, por así decirlo, 16
se inició en la chispa de los placeres y arde de males por
todas partes, es necesario, pienso, que describa en pri-
mer lugar el propio globo de las tierras habitado por el
género humano [18], tal como fue distribuido en un primer
momento por nuestros mayores en tres partes y tal
como, después, fue delimitado en regiones y provincias.
De esta forma, cuando se hable de las desgracias de 17
guerras y enfermedades ubicadas en un lugar, los lecto-
res entenderán mejor no sólo la importancia de los he-
chos y su tiempo, sino también la de los lugares.

---

lidad de dar una explicación total de los hechos narrados. Han hecho una historia sin sentido.

[18] Sigue aquí de nuevo Orosio la doctrina clásica sobre la historia. Según Cicerón (*De or.* II 62-64), en el contenido de la historia debe dominar, sobre todo, la *ueritas*, y su campo de acción debe comprender los siguientes aspectos: cronología, topografía, etcétera. De ahí que los historiadores hagan casi siempre descripciones geográficas de los lugares donde se desarrollan los hechos. Para Orosio, es todo el mundo.

2

De la situación de todo el orbe; del nombre y extensión de las regiones en que está dividido, y del hecho de que esté agrupado en tres partes, Asia, Europa y Africa, según atestiguan otros autores

Nuestros antepasados distribuyeron el orbe terrestre, rodeado por las aguas del mar, en tres partes, a las que llamaron Asia, Europa y África, aunque algunos han pensado en dos partes, a saber: Asia por una parte y, por otra, África, que debe ser unida a Europa.

2 Asia, rodeada en tres de sus partes por el Océano, se extiende transversalmente a lo largo de toda la zona de Oriente.
3 Mirando hacia el Oeste, Asia limita, en su parte derecha, bajo el Polo Norte, con Europa que comienza allí; por la izquierda, a su vez, tiene frontera con África, aunque por la zona de Egipto y Siria toca a nuestro mar, al que generalmente llamamos «Grande»[19].

4 Europa comienza, como ya dije, en el Polo Norte, desde el río Tanais[20]; los límites son éstos: son los montes Rifeos los que, arrancando del mar Sarmático[21], dan
5 origen al río Tanais, el cual, a su vez, tras pasar los altares y límites de Alejandro el Grande[22], por el territorio de los Robascos, desemboca en el lago Meotis[23], cuya inmensa extensión de agua se une al Ponto Euxino
6 en la ciudad de Teodosia. Después, por Constantinopla,

[19] Hay que tener en cuenta, para entender estos límites, la distribución del orbe de las tierras según los romanos. Una reproducción de la misma puede verse en E. Raisz, *Cartografía general* [trad. J. M. Mantero], 3.ª ed., Barcelona, 1965, pág. 23.

[20] Actual Don.

[21] Para Ovidio, se trata del mar Negro.

[22] Los límites de las conquistas de Alejandro fueron marcados por sus propios soldados, a medida que se iban haciendo las conquistas.

[23] El actual mar de Azov.

se extiende un largo estrecho[24], hasta que este mar que llamamos «Nuestro» termina con ese estrecho. El otro 7
límite de Europa es el Océano Atlántico, en Hispania, sobre todo donde se divisan las Columnas de Hércules junto a las islas Gades[25] y por donde las olas del Océano entran en las fauces del mar Tirreno.

África comienza en el territorio de Egipto y de la ciu- 8
dad de Alejandría; en ella está la ciudad de Paretonio[26] en la orilla del mar Grande[27], que baña todas las zonas y tierras intermedias del globo. África se extiende, des- 9
pués, por el territorio que los habitantes llaman «Catabatmon»[28], no lejos del campamento de Alejandro Magno y por la zona del lago Calearzo[29]; luego, pasando junto al territorio superior de los avasitas, a través de los desiertos de Etiopía, llega hasta el Océano Meridional. Los límites de África por Occidente son los mismos 10
que los de Europa, esto es, las bocas del estrecho de Cádiz. Los últimos territorios de África son, concreta- 11
mente, el monte Atlas y las islas que llaman «Afortunadas»[30].

Y ya que he dado brevemente los límites generales 12
de las tres partes del orbe, procuraré reseñar también, según prometí, las regiones de estas tres partes.

Asia tiene, hacia la mitad de su cabecera, en el Océa- 13
no Oriental, la desembocadura del río Ganges; a su iz-

---

[24] Dardanelos.

[25] Isla de León; muchos escritores suponen también que la isla de Gades era la mítica isla de Eritia, famosa por la lucha de Hércules con Gerión.

[26] Era un puerto de mar. Hoy Marsa Labeit.

[27] Notar la importancia del Mediterráneo como centro del mundo: de ahí lo de «Mar Grande». Al Mediterráneo unas veces lo llama «Mar Grande» y otras «Mar Nuestro».

[28] Parte de Libia; ahora Akabah, con una ciudad del mismo nombre.

[29] Posiblemente se trata del actual Chad.

[30] Según algunos, se trata de las islas Canarias.

quierda, el promontorio Caligardamana, bajo el cual se
encuentra, hacia el Sudeste, la isla Taprobane[31], a partir
14 de la cual el Océano empieza a llamarse ya Índico; a la
derecha tiene el promontorio Samara del monte Imavo
—que es donde termina el Cáucaso[32]—; bajo este pro-
montorio se encuentra, en dirección al Norte, la desem-
bocadura del río Otorogorra, a partir del cual el Océano
se llama Sérico.

15 En este territorio está la India, cuyos límites son: por
Occidente, el río Indo, que desemboca en el mar Rojo;
por el Norte el monte Cáucaso; los otros límites son,
como ya dije, los océanos Oriental e Índico. Tiene cua-
renta y cuatro razas de pueblos, sin tener en cuenta la
16 isla Taprobane, que cuenta con diez ciudades, y otras
muchas islas habitables.

Entre el río Indo por el Este y el río Tigris por el
17 Oeste las regiones son éstas: Aracosia, Partia, Asiria,
Persia y Media, en un terreno montañoso y áspero.
Todas ellas tienen al Norte el monte Cáucaso; al Sur el
18 mar Rojo y el golfo Pérsico; en el medio, por su parte,
están sus ríos más importantes, el Hidaspes y el Arbis.
En estas regiones hay treinta y dos razas de pueblos.
19 A todo el conjunto se le llama, generalmente, Partia,
aunque las Sagradas Escrituras llaman muchas veces a
toda esta zona «Media».

20 Entre el río Tigris y el Eufrates está Mesopotamia,
que comienza, por el Norte, entre los montes Tauro y
21 Cáucaso. Por el Sur le siguen Babilonia, después Caldea
y, por último, Arabia Eudemón[33], que entre los golfos
Pérsico y Arábigo se extiende hasta Oriente a través de

[31] Ceilán.

[32] Orosio acostumbra a llamar Cáucaso a toda la cadena de montañas que se extiende desde el mar Negro hasta el Pacífico.

[33] Solamente una parte de Arabia: «La Arabia Feliz».

un estrecho trozo de tierra. En estas regiones hay veintiocho razas de pueblos. 22

Entre el río Eufrates por el Este y el mar Nuestro 23
por el Oeste, y, por otra parte, entre la cidad de Dagusa por el Norte (la cual se encuentra en la frontera entre Capadocia y Armenia no lejos del lugar donde nace el
Eufrates) y Egipto y el extremo del golfo Arábigo, golfo 24
que se extiende por el Sur en un largo y angosto surco de sal con abundantes islas desde el mar Rojo, en una palabra, desde el Océano hasta Occidente, está lo que generalmente se llama Siria. Tiene como provincias más importantes Comagena, Fenicia y Palestina, sin contar los saracenos y nabateos, cuyos pueblos son doce.

En la cabecera de Siria está Capadocia, cuyos límites 25
son por el Este, Armenia; por el Oeste, Asia[34]; por el Norte, los Campos Temiscirios[35] y el mar Cimérico[36], y por el Sur, el monte Tauro. En la base de este monte se encuentran Cilicia e Isauria, que se extienden hasta el golfo Cilicio, que, a su vez, está frente a la isla de Chipre.

La región de Asia, o, hablando con propiedad, de 26
Asia Menor, está rodeada de agua por todas partes, excepto por la parte oriental, por donde se extiende hasta Capadocia y Siria: por el Norte está rodeada por el Ponto Euxino; por el Oeste, por la Propóntide y el Helesponto, y por el Sur, por el mar Nuestro. En ella está el monte Olimpo.

Egipto Inferior[37] limita por el Este con Siria Pales- 27
tina; por el Oeste, con Libia; por el Norte, con el mar Nuestro, y por el Sur, con el monte llamado «Climax»,
con Egipto Superior y con el río Nilo. Este río parece 28

[34] Se refiere a Asia Menor.
[35] Temiscira era una ciudad de la orilla sur del mar Negro.
[36] El mar Negro.
[37] Es el Egipto del N., el más cercano a los romanos; de ahí, lo de «Inferior». El «Superior» será el más lejano, visto desde la perspectiva romana.

nacer a orillas de las primeras aguas del mar Rojo en un lugar que se llama «emporio Mosilo»[38]; desde ahí, tras correr un largo trecho hacia el Oeste, dando lugar en mitad de su propio cauce a una isla llamada Meroe y girando, por último, hacia el Norte, termina por regar las llanuras de Egipto al aumentar su caudal en crecidas
29 estacionales. Algunos autores[39], sin embargo, señalan que este río tiene su fuente no lejos del monte Atlas y
30 que, inmediatamente, se sumerge bajo la arena; que después, pasado un pequeño espacio, nace en un amplísimo lago, se desliza hasta el océano, hacia Oriente, a través de los desiertos de Etiopía y que, girando de nuevo hacia
31 la izquierda, baja hacia Egipto. Lo que sí es cierto es que un río de este tipo, que tiene tal nacimiento y tal recorrido y que, en verdad, engendra todos los monstruos que se han atribuido al Nilo, tiene que ser grande. A este río, en sus fuentes, los bárbaros lo llaman «Dara»; el resto de los habitantes de sus márgenes lo llaman
32 «Nuhul»; pero este río, en la zona de los pueblos que reciben el nombre de libio-egipcios, no lejos de aquel otro que, según dijimos, arranca del litoral del mar Rojo,
33 es asumido por un inmenso lago y ahí termina; a no ser que mediante una corriente bajo tierra vuelva a salir al cauce de aquel otro que viene de Oriente.

34 Egipto Superior se extiende hacia Oriente en un largo territorio; tiene por el Norte el golfo Arábigo; por el Sur, el Océano, ya que por el Oeste comienza a partir

---

[38] Promontorio de Etiopía. Las opiniones antiguas sobre el nacimiento del Nilo fueron variadas y algunas absurdas; ésta que señala aquí Orosio no es extraña en un litoral arenoso; no es infrecuente que un río corra bajo tierra arenosa y aflore lejos del lugar de nacimiento.

[39] Recoge aquí Orosio la opinión de Juba, rey de Mauritania e historiador, opinión que es, igualmente, recogida por PLINIO (*Hist. Nat.* V 9).

de Egipto Inferior, y por el Este termina en el mar Rojo. Hay en él veinticuatro razas de pueblos.

Y dado que ya hemos descrito la parte sur de toda 35
Asia, nos queda por reseñar la parte que hay desde Oriente hasta el Norte.

Lo primero que se levanta es el monte Cáucaso en la 36
parte que está entre los colcos, que habitan por encima del mar Cimérico, y los albanos, que están junto al mar Caspio. Hasta el Extremo Oriente una sola parece ser la cadena de este monte, aunque tenga muchos nombres;
muchos incluso defienden que la propia cima del monte 37
Tauro pertenece a esta cadena, ya que consideran que realmente el monte Parcoatras de Armenia, colocado en medio del Tauro y del Cáucaso, une al Tauro con el Cáu-
caso; de que no es así, sin embargo, es una prueba el 38
río Eufrates, el cual, tras nacer en la base del monte Parcoatras, al correr hacia el Sur, deja al propio monte
Parcoatras a la izquierda y al Tauro a la derecha. Así 39
pues, el Cáucaso que hay entre los colcos y los albanos, zona por donde hay también desfiladeros, es lo que se
llama, realmente, monte Cáucaso. Desde los pasos del 40
Caspio hasta los desfiladeros de Armenia y hasta la fuente del río Tigris, entre Armenia e Hiberia[40], se conoce
con el nombre de montes Acroceraunos. Desde la fuente 41
del Tigris hasta la ciudad de Carras, entre los maságetas
y los partos, con el de monte Ariobarzanes. Desde la ciu- 42
dad de Carras hasta la fortaleza de Catipo, entre los hircanos y los bactrianos, con el de monte Memarmalo, donde nace el amomo[41]. El monte más cercano a éste se
conoce con el nombre de monte Partau. Desde la forta- 43
leza de Catipo hasta la villa de Safri, entre los dahas, los sacaraucas y los partienas, se conoce con el nombre

[40] Iberia de Asia, en la zona del Cáucaso.

[41] Hierba aromática con la que los romanos preparaban bálsamos.

de monte Oscobares, donde arranca el río Ganges y
44 nace el laser [42]. Desde el nacimiento del río Ganges hasta el del río Otorogorra, que se encuentra al Norte, donde habitan los montañeses Paropanisadas [43], con el de mon-
45 te Tauro. Desde las fuentes del Otorogorra hasta la ciudad de Otorogorra, entre los cunos, escitas y gandaridas,
46 con el de monte Cáucaso. El último monte, por fin, entre los eoas y los pasiadras, es el monte Imavo, por donde el río Crisoroas y el promontorio Samara entran en el
47 Océano Oriental. En consecuencia, desde el monte Imavo, es decir, desde la parte más lejana del Cáucaso y la parte derecha del Oriente [44], por donde se extiende el Océano Sérico, hasta el promontorio Boreo y el río Boreo, y desde aquí a lo largo del mar Escítico, por el Norte, hasta el mar Caspio, por el Oeste, y las ramificaciones del monte Cáucaso por el Sur, habitan cuarenta y dos pueblos hircanos y escitas, que andan errantes en amplios territorios a causa de la infecunda extensión de aquellas tierras [45].

48 El mar Caspio arranca del Océano en la parte norte [46]; sus litorales y territorios cercanos al Océano se piensa que son desiertos y sin cultivos. Desde su origen, en dirección al Sur, se extiende a través de un largo

---

[42] Resina aromática: jugo de una especie de cañaheja.

[43] Habitantes de los valles de la cordillera Parapamiso, en el actual Afganistán.

[44] El NE. de Asia. Orosio lo llama la parte derecha del Oriente porque contempla Asia como si estuviese colocada sobre el mapa mirando hacia el Poniente.

[45] En definitiva, Orosio lo que hace es darnos los límites de Escitia, región vastísima que tuvo distintas extensiones en la antigüedad. Para Orosio, se trataría de toda Asia, exceptuando la parte sur (India, Persia, Asia Menor, etc.), y la parte que hay entre el Caspio y el Tanais, de la que habla a continuación.

[46] Efectivamente, en los mapas de la antigüedad este mar está representado muy al N. Eratóstenes, concretamente, lo une con el Océano Glaciar Ártico.

canal hasta que, ensanchado de nuevo en amplia extensión, termina en la base del monte Cáucaso. Entre el mar 49
Caspio, por el Este, y siguiendo a lo largo de las costas del Océano-Norte hasta el río Tanais y las lagunas Meótidas, que quedan al Oeste, y continuando después a lo largo del mar Cimérico, que está al Suroeste, y llegando hasta los primeros pasos del Cáucaso, que queda al Sur, habitan treinta y cuatro razas de pueblos.

Generalmente, de todo este territorio, a la región 50
más próxima se la llama Albania; la más lejana, la que está junto al mar y el monte Caspio, se la llama tierra de las Amazonas.

Hemos explicado ya, muy brevemente, los límites de 51
Asia. Ahora recorreré Europa con mi pluma, en la medida en que es conocida ésta por la ciencia humana actual.

Arranca por el Este en los montes Rifeos, en el río 52
Tanais y en las lagunas Meótidas, descendiendo, a lo largo del litoral del Océano-Norte, hasta la Galia belga y el río Rin, que quedan al Oeste, y hasta el río Danubio, al que llaman también Histro, que queda al Sur y que, tras correr hacia el Este, desemboca en el Ponto. Europa 53
comprende, en el Este, Alania; en el medio, Dacia, donde está también la Gotia, y, por último, Germania, donde la mayor parte del territorio la tienen los suevos. En total son cincuenta y cuatro pueblos [47].

Ahora hablaré de la zona que, separada por el Danu- 54
bio del territorio bárbaro, llega hasta nuestro mar.

Mesia limita por el Este con la desembocadura del 55
Danubio; por el Sudeste, con Tracia; por el Sur, con Macedonia; por el Sudoeste, con Dalmacia; por el Oeste, con Histria; por el Noroeste, con Panonia, y por el Norte, con el Danubio.

---

[47] Orosio llama Europa a lo que actualmente es Europa del S.

56 Tracia tiene al Este el golfo de la Propóntide y la ciudad de Constantinopla, que antes se llamó Bizancio; al Norte, parte de Dalmacia y el golfo del Ponto Euxino; al Oeste y Sudoeste, Macedonia, y al Sur, el mar Egeo.

57 Macedonia limita por el Este con el mar Egeo; por el Norte con Tracia; por el Sudeste, con Eubea y el golfo Macedónico; por el Sur, con Acaya; por el Sudoeste, con los montes Acroceraunios en el estrecho del golfo Hadriático, montes que se encuentran frente a Apulia y Brindis; por el Oeste, con Dalmacia; por el Noroeste, con Dardania, y por el Norte, con Mesia.

58 Acaya está rodeada casi por todas partes de mar, ya que por el Este tiene el mar Mirtoo[48]; por el Sudeste, el mar Crético; por el Sur, el mar Jónico; por el Sudoeste y el Oeste, las islas Cefalenia y Casiopa; por el Norte, el golfo de Corinto; y por el Noroeste, una pequeña franja de tierra, por donde se une a Macedonia, o, mejor, a Ática; esta franja se llama Istmo, donde está Corinto, y tiene, no lejos, ya en Ática y hacia el Noroeste, la ciudad de Atenas.

59 Dalmacia limita por el Este con Macedonia; por el Nordeste, con Dardania; por el Norte, con Mesia; por el Oeste, con Histria y el golfo Libúrnico y las islas Libúrnicas, y por el Sur, con el golfo Hadriático.

60 Panonia, Nórico y Retia tienen, por el Este, Mesia; por el Sur, Histria; por el Sudoeste, los Alpes Peninos[49]; por el Oeste, la Galia belga; por el Noroeste, el nacimiento del Danubio y la frontera que separa a Germania

[48] Parte del mar Egeo entre Ática, el Peloponeso, Eubea y las Cícladas.

[49] Parte occidental de los Alpes, donde está el Gran San Bernardo. Se llaman así, según Livio (XXI 38), no como quieren algunos, porque pasaran por allí los cartagineses *(Poeni)*, sino porque su cima estaba consagrada a un Dios al que los habitantes de la montaña llamaban «Penino».

de la Galia entre el Danubio y la propia Galia, y por el Norte, el Danubio y Germania.

La posición de Italia tiene el sentido de Noroeste a 61
Sudeste, teniendo al Sur el mar Tirreno y al Noreste el mar Hadriático. La parte de Italia por la que está unida y contigua al continente se encuentra tapada por las difíciles alturas de los Alpes. Éstos, tras arrancar del 62
mar Gálico cerca del golfo Ligústico, dejan al lado de allá, primero, el territorio de los Narbonenses y, después, la propia Galia y Retia, para terminar en el golfo Libúrnico.

La Galia belga tiene por el Este la frontera del Rin 63
y Germania; por el Sudeste, los Alpes Peninos; por el Sur, la provincia Narbonense; por el Oeste, la provincia Lugdunense; por el Noroeste, el Océano Británico, y por el Norte, la isla Britania.

La Galia Lugdunense, extensa longitudinalmente, 64
pero estrecha en la doblez que hace[50], casi rodea a la provincia de Aquitania. Por el Este limita con Bélgica, 65
y por el Sur, con la parte de la provincia Narbonense donde está la ciudad de Arles y por donde el río Ródano desemboca en el mar Gálico[51].

La provincia Narbonense, que es una parte de las Ga- 66
lias, tiene al Este los Alpes Cotias; al Oeste, Hispania; al Noroeste, Aquitania; al Norte, la Lugdunense; al Nordeste, la Galia belga; al Sur el mar Gálico, el cual se encuentra entre Cerdeña y las islas Baleares. Esta provincia tiene en su cabecera, por donde desemboca el Ródano, las islas Estécadas[52].

---

[50] Está en la Francia central; se trata de una zona entre los ríos Loira y Sena. La franja estrecha es la zona donde el curso de los ríos se acerca más.

[51] Porción de mar entre Cerdeña, Baleares y el S. de Francia.

[52] Un grupo de islas de la costa sudeste de Francia, cerca de Marsella. Hoy Îles d'Hyères.

67 La provincia de Aquitania está contenida en un círcu-
lo por el curso oblicuo del río Líger[53], que en la mayor
68 parte es límite de esta provincia. La misma limita por
el Noroeste con el mar conocido con el nombre de golfo
Aquitánico; por el Oeste, con las dos Hispanias; por el
Norte y Este, con la Lugdunense, y por el Sudeste y Sur
toca a la provincia Narbonense.

69 Hispania, en conjunto, por la forma de sus tierras,
es triangular y, por estar rodeada por el Océano y el mar
70 Tirreno, se convierte en una península. El ángulo supe-
rior de este triángulo, que mira a Oriente, comprimido
a la derecha por la provincia de Aquitania y a la izquier-
da por el mar de las Baleares, se introduce hasta los lí-
71 mites de la Narbonense. Un segundo ángulo mira hacia
el Noroeste, donde está situada la ciudad gallega de Bri-
gantia[54] que levanta, como lugar de observación hacia
Britania, un faro altísimo, obra digna de recuerdo entre
72 pocas. El tercer ángulo de Hispania es aquel desde el
que las islas Gades, orientadas hacia el Sudoeste, miran
al monte Atlas a través del estrecho marítimo que está
en medio.

73 En los pasos del Pirineo arranca Hispania Citerior, que comienza en el Este y que, en la parte norte, llega hasta la zona de los cántabros y astures; a partir de ahí, a través de los vacceos y oretanos, que quedan al Oeste, termina en Cartagena, que se encuentra en el litoral del Mediterráneo.

74 Hispania Ulterior tiene, al Este, los vacceos, celtíberos y oretanos; al Norte, el Océano; al Oeste, el Océano; al Sur, el estrecho Gaditano del Océano; de ahí arranca nuestro mar, que llamamos Tirreno.

75 Y dado que el Océano tiene unas islas, a las que

[53] Loira.

[54] Tradicionalmente se coloca en La Coruña o en Betanzos.

llaman Britania e Hibernia[55], las cuales están situadas frente a las Galias, con vista a Hispania, las describiré brevemente.

Britania, isla del Océano, se extiende a lo largo en 76
dirección al Nordeste; al Sur tiene las Galias. Su litoral más cercano lo abre a los navegantes la ciudad que recibe el nombre de Puerto de Rutupo[56]; desde este puerto, Britania contempla, en dirección sur, a los menapios y
bátavos, que no están lejos de los morinos[57]. Esta isla 77
tiene ochocientas millas de largo y doscientas de ancho.

A su espalda[58], por donde se abre a un océano infi- 78
nito, tiene las islas Orcades, de las cuales veinte están desiertas y trece habitadas.

Más allá, la isla Tile, la cual, separada de las demás 79
por un espacio infinito y situada hacia el Noroeste en mitad del Océano, apenas es conocida por muy pocos.

Hibernia, isla situada entre Britania e Hispania[59], se 80
extiende desde el Suroeste al Nordeste en una longitud
considerable. Sus primeros territorios, alargados hacia 81
el mar Cantábrico, contemplan a través de un largo espacio desde lejos, sobre todo desde el promontorio donde desemboca el río Escena y donde habitan los lucenos y los velabros, la ciudad gallega de Brigantia que se encuentra al Sudoeste de Hibernia y que mira hacia éstos en dirección Noroeste. Esta isla, cercana a Britania y más escasa que ésta en extensión de tierras, aunque más fértil por su clima y su suelo, es cultivada por los pueblos de los escotos.

---

55 Irlanda.

56 Ciudad de los Cantios, hoy Richborough, en Kent.

57 Tres pueblos de la Galia belga cercanos al litoral que mira hacia Inglaterra.

58 Hay que entender al N.

59 Dada la posición de España para los romanos —al O. de Francia— y la posición de estas islas, paralelas a las costas de Francia, no extraña que diga esto.

82 Cercana a esta isla se encuentra también la de Meva-
nia; ésta es de no poca extensión y fértil en su suelo.
Está igualmente habitada por pueblos de los escotos.
Éstos son los límites de toda Europa.
83 En cuanto a África, al considerar, como dije, nues-
tros antepasados que debe ser aceptada como la tercera
parte del mundo, tuvieron en cuenta no las medidas de
los territorios, sino las convenciones propias de las divi-
84 siones. Efectivamente, el mar Grande[60], que viene de Oc-
cidente a partir del Océano, al girar un poco hacia el
Sur, hace mucho más pequeño, entre él y el Océano,
85 el territorio de la encajada África. De ahí que muchos,
al considerar a África, si bien igual en extensión, mucho
más estrecha sin embargo en anchura, pensaron que era
ridículo considerarla como la tercera parte del mundo,
incluyendo, más bien, a África en Europa; es decir, pre-
86 firieron considerarla como una parte de la segunda. Por
otro lado, debido a que queda mucho más territorio des-
habitado e inexplorado en África, a causa del ardor del
sol, que en Europa por el rigor del frío —como quiera
que casi todos los animales y plantas aceptan con más
aguante y tolerabilidad el excesivo frío que el excesivo
calor—, ello ha sido la causa de que África parezca en
todo más pequeña: en extensión y en pueblos. Y es que,
por su propia naturaleza, tiene menos espacio, y, por la
inclemencia del clima, más desierto.

La descripción de África en pueblos y provincias es la siguiente:

87 Libia Cirenaica y Pentápolis es la primera región en
88 la parte de África, una vez pasado Egipto. Comienza
en la ciudad de Paretonio y en los montes Catabatmon;
desde ahí se extiende hasta los altares de los Filenos[61]

---

[60] Ya dijimos que al Mediterráneo lo llama unas veces «Grande» y otras «Nuestro».

[61] Lugar de África cerca de las Sirtes; el nombre se debe al

a lo largo del mar. Más allá de ella y hasta el Océano Meridional tiene los pueblos de los libioetíopes y de los garamantes. Sus límites son, por el Este, Egipto; por el 89
Norte, el mar Líbico; por el Oeste, las Sirtes Mayores y los trogoditas —frente a los cuales se encuentra la isla Calipso—, y por el Sur, el Océano Etíope.

La provincia de Trípolis, que se llama también sub- 90
ventana o región de los arzuges, donde está la ciudad de Leptis Magna, aunque a lo largo de todo el territorio de África se les llame generalmente arzuges, tiene al Este los altares de los filenos entre las Sirtes Mayores y los trogoditas; al Norte, el Mar Sículo o, mejor, el Hadriático[62] y las Sirtes Menores; al Oeste, Bizazo hasta el lago de las Salinas, y al Sur, a los bárbaros gétulos, natabres y garamantes, que llegan hasta el Océano Etíope.

Bizazo, Zeugis y Numidia. Antes, Zeugis no era sola- 91
mente el nombre de un solo distrito, sino que sabemos que era el nombre general de toda la provincia. En defi- 92
nitiva, Bizazo, donde está la ciudad de Hadrumeto, Zeugis, donde está Cartago la Grande, y Numidia, donde están Hipo Regio y Rusicada, limitan por el Este con las Sirtes Menores y el lago de las Salinas; por el Norte, con la parte del Mediterráneo que baña las islas de Sicilia y Cerdeña; por el Oeste, con Mauritania Sitifense; por el Sur, con los montes Uzaras y, pasados éstos, con los pueblos etíopes que llevan una vida nómada en el territorio que hay hasta el Océano Etíope.

Las Mauritanias Sitifense y Cesariense tienen, al 93
Este, Numidia; al Norte, el Mediterráneo; al Oeste, el río Malva; al Sur, el monte Astrixis, que se extiende hasta el Océano separando las tierras fértiles de los

---

recuerdo de dos hermanos cartagineses que, por salvar a su patria, murieron enterrados vivos.

[62] En época de Orosio este mar comprende también el Jónico y el Crético.

extensos territorios arenosos. En ella llevan una vida nómada los etíopes gangines.

94 La Mauritania Tingitana es la última región de África. Tiene, por el Este, el río Malva; por el Norte, nuestro mar hasta el estrecho de Cádiz, que se encuentra aprisionado entre dos promontorios que están el uno frente al otro: Avenas y Calpe[63]; por el Oeste, el monte Atlas y el océano Atlántico; por el Sudoeste, el monte Hesperio; por el Sur, los pueblos de los autóloles, a los que ahora llaman galaules, los cuales se extienden hasta el Océano Hesperio.

95 Éste es el territorio de toda África. Ahora describiré la situación, el nombre y la extensión de las islas que se encuentran en nuestro mar.

96 La isla de Chipre está rodeada al Este por el mar Sirio, al que llaman golfo de Isis; al Oeste, por el mar de Panfilia; al Norte, por el mar Aulón de Cilicia; al Sur, por el mar de Siria y Fenicia. Su extensión es, en longitud, de ciento setenta y cinco millas y, en anchura, de ciento veinticinco.

97 La isla de Creta está limitada al Este por el mar Carpatio; al Oeste y Norte, por el mar Crético; al Sur, por el mar Líbico, al que también llaman Hadriático. Tiene ciento setenta y dos millas de longitud y cincuenta de anchura.

98 Las islas Cícladas, de las cuales la primera, por el Este, es Rodas, por el Norte Ténedos, por el Sur Cárpatos y por el Oeste Citera, limitan, al Este, con el litoral de Asia, al Oeste con el mar Icario, al Norte con el mar Egeo y al Sur con el mar Carpatio. El número de Cícladas es, en total, de cincuenta y cuatro. Tienen una extensión de quinientas millas en dirección norte-sur y doscientas millas de Este a Oeste.

---

[63] Las dos famosas Columnas de Hércules.

La isla de Sicilia tiene tres promontorios: uno que 99
se llama Péloro y mira al Nordeste; cerca de él se encuentra la ciudad de Mesina. El segundo, que se llama Pacino, a cuyos pies se encuentra la ciudad de Siracusa, mira al Sur-Sudeste. El tercero, que se llama Lilibeo, donde está la ciudad del mismo nombre, se extiende hacia el Oeste. Esta isla tiene, desde el promontorio de 100
Péloro hasta el de Pacino, ciento cincuenta y nueve millas y, desde el de Pacino al de Lilibeo, ciento ochenta y siete millas. Está rodeada al Este por el mar Hadriático; al Sur, por el mar Africano que está frente a los subventanos y las Sirtes Menores; por el Oeste y Norte tiene el mar Tirreno; en la línea que va de Norte a Este tiene el estrecho Hadriático que separa a los tauromenitanos de Sicilia de los brutios de Italia.

Las islas de Córcega y Cerdeña están separadas por 101
un pequeño estrecho, concretamente de veinte millas. De ellas, Cerdeña está habitada en la zona sur, frente a Numidia, por los caralitanos[64], y en la zona norte, frente a Córcega, por los ulbienses. Su extensión, en longitud, 102
es de doscientas treinta millas y, en anchura, de ochenta. Limita al Este y al Nordeste con el mar Tirreno, que se extiende hacia el puerto de Roma; al Oeste, con el mar Sardo; al Suroeste, con las islas Baleares, aunque situadas a larga distancia; al Sur, con el golfo de Numidia, y al Norte, como ya dije, con Córcega.

La isla de Córcega es de un perfil anguloso, debido a 103
los muchos promontorios que tiene. Limita al Este con el mar Tirreno y el puerto de Roma; al Sur, con Cerdeña; al Oeste, con las islas Baleares; al Noroeste y Norte, con el golfo Ligústico. Tiene, en longitud, ciento sesenta millas y, en anchura, veintiséis.

Las islas Baleares son dos, la Mayor y la Menor. en 104

---

[64] Cagliari.

cada una de las cuales hay una fortaleza: la Mayor tiene de frente a Tarragona, de Hispania; la Menor, en dirección norte, a Barcelona. Bajo la Mayor está la isla de Ibiza. Por lo demás, al Este tienen a Cerdeña; al Nordeste, el mar Gálico; al Sur y Sudoeste, el mar de Mauritania; y al Oeste, el mar de Hiberia.

105 Éstas son las islas que se extienden a lo largo de todo el Mediterráneo, desde el Helesponto hasta el Océano, y que son consideradas como las más célebres por su cultura y sus monumentos.

106 He recorrido brevemente, en la medida de mis fuerzas, las provincias e islas de todo el orbe. Ahora narraré, también en la medida que pueda, las desgracias concretas de cada uno de los pueblos, tal como se fueron sucediendo incesantemente desde sus comienzos y de qué forma y por qué razones surgieron.

De la época del diluvio con relación al hecho de que, a excepción de unos pocos que quedaron en el arca, el resto del género humano que quedó fuera fue destruido

3 Una vez que, tras la creación y ordenación del mundo, el hombre, a quien Dios había hecho recto y sin mancha, y con el hombre todo el género humano, depravado por los placeres, se mancharon de pecado, la consecuencia inmediata de su excesivo libertinaje fue un
2 justo castigo. La sentencia de Dios, creador y juez, destinada al hombre pecador y, por culpa del hombre a la tierra[65], y que ha de durar mientras los hombres habiten en la tierra, o bien, aunque de mal grado, la aceptamos todos a pesar de negarla, o bien la aguantamos aceptándola; y las mentes obstinadas, a

---

[65] A lo largo de su obra, Orosio va a insistir frecuentemente en terremotos y otros desastres propios de la corteza terrestre (escasez, miasmas, etc.). Por ello, procura dejar bien claro que no sólo el hombre recibe el castigo, sino también, por culpa del hombre, la tierra habitada por éste.

las que no convenza con su crédito la Escritura, tienen grabado dentro de sí mismas, como testigo de aquella sentencia, el hecho de que son débiles. Posteriormente, 3
escritores dignos de crédito[66] señalan con toda evidencia que, tras haberse derramado el mar por todas las tierras y haber sido enviado un diluvio, cuando, tapadas todas las tierras, el único espacio existente estaba ocupado por el cielo y el mar, todo el género humano fue destruido, salvándose, por los méritos de su propia fe y para que sirvieran de punto de arranque de una nueva raza, unos pocos en el Arca. Que esto es verdad lo ates- 4
tiguan incluso aquellos que, a pesar de desconocer las épocas pasadas y al propio autor del tiempo, lo han aceptado sin embargo, deduciéndolo de la prueba y evidencia que suponen las piedras[67] que solemos ver, llenas de conchas y ostras en lo alto de los montes, y horadadas, en los mares. Y aunque se pueden aducir por parte nues- 5
tra todavía otras pruebas de este tipo igualmente dignas de ser contadas e incuestionables por su credibilidad, basten, sin embargo, las ya señaladas como las dos fundamentales sobre la prevaricación del primer hombre, la condena de toda su descendencia y de toda su vida y la perdición, en consecuencia, de todo el género humano; y ello sólo con el fin de que, si los historiadores 6
paganos han tocado de alguna manera nuestra historia, sean aducidas, en el mismo orden en que ellos nos ataquen, estas pruebas, y otras para mayor fuerza.

---

[66] Esta alusión a «escritores dignos de crédito» va para aquellos obstinados a los que no convence la Sagrada Escritura.

[67] En el *Génesis* (VIII) podemos leer que el arca de Noé quedó en el monte Ararat, en Armenia, donde, según Jerónimo, quedaban todavía huellas en su tiempo.

4 *Del comienzo y final del reinado de Nino del que ya habló antes y de su sucesora en el reino, su esposa Semíramis*

En el año 1300 antes de la fundación de la ciudad, Nino, que fue, según quieren ellos[68], el primer rey de los asirios[69], llevó al extranjero la guerra por el deseo de extender su dominio y vivió una vida sangrienta a lo largo de toda Asia durante cin-
2 cuenta años. Arrancando desde el Sur y desde el mar Rojo sometió en devastadoras incursiones los territorios del Ponto Euxino hasta el extremo norte, y a los bárbaros escitas, todavía débiles e inofensivos, les enseñó, al ser vencidos, a despertar su todavía torpe crueldad, a conocer sus propias fuerzas, a beber, no ya leche de animales, sino sangre de hombres, y a vencer hasta el
3 final. Finalmente eliminó, derrotándole en el campo de batalla, a Zoroastro, rey de los bactrianos e inventor, según dicen, del arte de la magia. Por último, él mismo murió por herida de dardo mientras asaltaba una ciudad que le había traicionado.

4 Una vez muerto, le sucede su mujer, Semíramis, que tenía el espíritu del marido y el aspecto del hijo de Nino[70] y, durante cuarenta y dos años, gobernó, en me-

---

[68] Los historiadores anteriores a él y que comenzaron sus historias con este rey.

[69] En este capítulo resume Orosio, con evidentes errores cronológicos, la época del apogeo del Imperio Asirio (finales del segundo milenio antes de Cristo), apogeo que alcanza el primer punto de altura bajo Tukultininurta I (1235-1198), conocido con el nombre de Ninos por los griegos y bajo cuyo reinado Asiría consiguió una solidez y amplitud como no había tenido antes. En cuanto a Semíramis, de la que habla después como esposa de Nino, pertenece ya al Imperio Asirio Nuevo que conoció una nueva época de esplendor bajo el reinado de Asurnasipal II (884-859), Salmanasar III y Samsi-Adad V, que fue, en realidad, el marido de Semíramis. Lo que sí es cierto es que Semíramis ostentó el reinado mientras su hijo fue menor de edad.

[70] Según la tradición, Semiramis, que tenía los mismos rasgos

dio de asesinatos de personas, a unos pueblos ya ansio-
sos de sangre por lo acostumbrados que estaban a ella.
No contenta con las fronteras que había heredado ya 5
conquistadas durante cincuenta años por su marido, que
en aquella época fue el único rey guerrero, sumó a su
imperio, a pesar de ser mujer, a Etiopía, tras haberla
tomado con la guerra y haberla purgado con la sangre.
Llevó incluso sus campañas bélicas a la India, a donde
nadie llegó, excepto ella y Alejandro el Grande. Y, lo que 6
era mucho más grave y cruel en aquel tiempo que lo es
ahora, persiguió y despedazó a pueblos que vivían en
paz, ya que entre ellos ni había deseo de guerra en el
exterior ni cultivo de placeres en la paz. Semíramis, ar- 7
diendo por placeres, sedienta de sangre, entre incesantes
violencias y homicidios, tras haber matado a todos aque-
llos con los que se había deleitado carnalmente, a los
cuales había atraído como reina y había tratado como
meretriz, tapó con un crimen público la propia ignomi-
nia que suponía el haber concebido a su hijo en pecado,
el haberlo abandonado sin piedad y el haberlo conocido
en incesto. Promulgó efectivamente un decreto de acuer- 8
do con el cual sería libre, según a cada uno le pluguiera,
el matrimonio entre padres e hijos, sin tener ningún
respeto a la naturaleza.

De la caída de Sodoma juntamente con otras cuatro ciudades

En el año 1160 antes de la fun- **5**
dación de la ciudad ardió total-
mente, con fuego caído del cielo,
la región limítrofe a Arabia, que
entonces se llamaba Pentápolis;
lo atestigua, entre otros, Cornelio Tácito [71], quien dice
así: «A una pequeña distancia de este lago [72] hay unas 2

---

y voz que Nino, ocultaba su propio seno y se presentaba como hijo de Nino.

[71] *Hist.* V 7, 1.

[72] Se está refiriendo al mar Muerto.

llanuras de las que dicen que, fértiles y habitadas en grandes ciudades en otro tiempo, han sido quemadas después por caída de rayos; y que permanecen aún restos del desastre y que la propia tierra, sólida[73] en apa-
3 riencia, perdió su fuerza fecunda.» Y dado que en este pasaje no dice nada, como si lo desconociese, de ciudades quemadas por los pecados de sus habitantes, un poco más abajo, como si se hubiese olvidado ya de sus
4 convicciones, añade y dice: «De la misma forma que no podría negar que ciudades famosas en otro tiempo ardieron con fuego del cielo, así también pienso que realmente lo que sucede es que la tierra se quema y corrom-
5 pe por las exhalaciones provenientes del lago.» Al reconocer esto, aunque de mala gana, sobre las ciudades quemadas, las cuales, sin duda alguna, ardieron por culpa de sus pecados, y al confesar que él lo sabe y lo admite, manifiesta públicamente no que le falte fe en la verdadera interpretación del hecho, pero sí voluntad de expresar su fe en la misma. Lo que realmente sucedió lo explicaré más satisfactoriamente ahora.

6 En la frontera de Arabia y Palestina, donde las montañas que bajan gradualmente a uno y otro lado terminan en terrenos llanos que están en sus valles, hubo cinco ciudades: Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y
7 Segor. De entre éstas, Segor era pequeña, mientras que las otras eran extensas y fuertes, como quiera que tenían suelo fecundante y que el río Jordán, que corre a través de llanuras y que está oportunamente repartido, era uti-
8 lizado para aumentar la fertilidad. La abundancia de riquezas fue la causa de los males de toda esta región, que hizo un uso malo de sus buenos recursos. Efectivamente, de la abundancia nació el lujo y del lujo los ma-

[73] El resto de la tradición manuscrita de Tácito, a excepción de esta cita de Orosio, transmite *torridam*. Tácito, pues, dice «quemada» y no «sólida».

los placeres [74], hasta tal punto que mezclándose los hombres con los hombres cayeron en lo más bajo sin tener en cuenta ni el lugar, ni las condiciones, ni la edad.

En consecuencia, la ira de Dios provocó sobre esta 9
tierra una lluvia de fuego y azufre y condenó con eterna perdición a toda esta región quemándola juntamente con sus pueblos y ciudades, para que fuera en el futuro testigo de su justicia; hasta tal punto fue así que, aun- 10
que todavía hoy se ven los contornos de la zona, se trata, sin embargo, de una zona de ceniza y el mar, extendiéndose por ella, cubre la mitad del valle que antes había regado el río Jordán. Y es que la indignación divina 11
crece tanto con estos pecados que aparentemente son pequeños, que, sólo porque aquellos pueblos, al hacer mal uso de sus bienes, convirtieron los frutos de la misericordia en alimento de sus placeres, la propia tierra que cobijó a estas ciudades, quemada en un primer momento por el fuego y tapada después por las aguas, pereció en eterna condena para ejemplo de todos.

Así pues, ahora, si les place, que aquellos que lanzan 6
todos los esputos que llevan dentro contra Cristo, al que nosotros presentamos como juez de los siglos, hagan diferencias entre Sodoma y Roma y comparen sus castigos; castigos que no deben ser tratados por mí, porque todo el mundo los conoce. Y, sin embargo, de qué 2
buen grado aceptaría yo sus opiniones [75], si hablaran con

[74] Entre los historiadores romanos —y en esto son deudores, sobre todo, de Platón— es un lugar común el culpar a determinadas causas morales de la decadencia de los Estados y de las guerras tanto externas como internas: entre ellas están, sobre todo, la ambición, la avaricia y la lujuria. Basta leer la obra de Salustio para ver cómo estas tres causas aparecen en un lugar importante. Orosio se refiere aquí a la última, que, en definitiva, no es nada más que una consecuencia de la segunda.

[75] Las de aquellos que piensan que los tiempos cristianos y las desgracias actuales de Roma son peores que los tiempos y desastres anteriores.

3 la misma sinceridad que sienten. Aunque pienso que no
debe tomarse con excesiva molestia el hecho de que unos
pocos murmuren de la época cristiana, y ello por los rin-
cones, cuando el sentimiento y las palabras de todo el
resto del pueblo romano, de acorde voz y de idéntica
4 opinión, son suficientemente conocidos. Por otra parte
además, el pueblo ha aceptado, con un disgusto sin duda
alguna pequeño y ligero, el hecho de que se haya dete-
nido un poco el disfrute de los placeres, hasta el punto
de que proclama con toda libertad que, «si recupera los
juegos del circo, nada le ha ocurrido»; es decir, que nada
han hecho las espadas de los godos a Roma, con tal de
que se les permita a los romanos volver a los juegos del
5 circo. A menos que por ventura, como opinan muchos
en nuestra época, esos que tras un largo período de tran-
quilidad consideran incluso al más pequeño castigo que
surja como una carga intolerable, den más importancia
a las piadosas advertencias con que todos somos avisa-
dos alguna vez que a los auténticos castigos sufridos por
6 otros, castigos que sólo han escuchado o leído [76]. A éstos
yo les aconsejo que, teniendo en cuenta al menos el final
de Sodoma y Gomorra, sean capaces de aprender y en-
tender de qué forma ha castigado Dios a los pecadores,
de qué forma puede castigarles y de qué forma los
castigará.

---

[76] Es un defecto humano el pensar que los males presentes, por pequeños que sean, son peores que los ya pasados y que las desgracias que sufrimos en nuestra propia carne son más duras que las que sufren los demás.

De la guerra que los telquises y carsiatios llevaron a cabo contra Foroneo, rey de los argivos, y contra los parasios

En el año 1070 antes de la fun- 7
dación de Roma, los telquises [77] y los cariatios llevaron a cabo, con dudosa esperanza y sin ningún fruto victorioso, una obstinada guerra contra Foroneo, rey de los argivos [78], y contra los parrasios. Los propios telquises, 2
vencidos poco después en guerra, alejados de su patria y desconocedores de la situación, creyendo que se apartaban totalmente del contacto con cualquier población humana, tomaron, como si de una plaza segura se tratase, la isla de Rodas, que antes se llamaba Ofiusa [79].

Del segundo diluvio, que, terrible aunque merecido, anegó las tierras en tiempos de Ogo

En el año 1040 antes de la fun- 3
dación de la ciudad, hubo en Acaya un devastador diluvio con la consiguiente y total asolación de casi toda la provincia. Dado que este desastre ocurrió en tiempos de Ogo, que era en aquel tiempo el fundador y rey de Eleusina, este rey da nombre al lugar y a la época.

---

[77] Si bien Zangemeister transmite Telchises, los autores griegos conocen a este pueblo con el nombre de Telquines. Lo que recoge aquí Orosio son leyendas griegas que, posiblemente, haya que poner en relación con migraciones aqueas portadoras de la cultura micénica. En cuanto al nombre del otro pueblo, Carsiatios o Cariatios, varía según los manuscritos. Havercamp señala que tenía que ser un pueblo del Peloponeso y que en esta zona no se tienen noticias de un pueblo llamado así, pero sí de una ciudad llamada Carnasio; de ahí que corrija y transmita la lección Carnasios.

[78] Es el segundo rey de los argivos. El pueblo del que habla a continuación habitaba en el Peloponeso.

[79] Nombre que, según algunos testimonios, se debe a la abundancia de serpientes (ofidios).

8 *De la fertilidad y del hambre de Egipto; lo que sucedió en época de José, lo cual está totalmente atestiguado en la Sagrada Escritura*

En el año 1008 antes de la fundación de la ciudad, hubo en Egipto, según atestiguan el historiador Pompeyo y su epitomador Justino, en primer lugar una insólita e incluso pesada fertilidad, y, después, una continua e intolerable escasez, que fue aliviada, gracias a la providencia divina, por José, varón justo y sabio. Pompeyo y Justino
2 dicen, entre otras cosas esto: «José era el más pequeño en edad entre sus hermanos. Éstos, temerosos del extraordinario talento de José, cogiéndole por sorpresa le ven-
3 dieron a unos mercaderes nómadas. Llevado por éstos a Egipto, una vez que aprendió allí con ágil inteligencia las artes de la magia, en breve tiempo consiguió el aprecio del propio rey. Era, efectivamente, muy sagaz en la interpretación de los prodigios y el primero que introdujo la interpretación de los sueños; nada referente al derecho divino o humano parecía desconocido por él;
4 hasta tal punto que, adivinando, con muchos años de antelación, una futura escasez de los campos, almacenó frutos suficientes [80]. Tantas fueron las pruebas dadas por él que sus presagios parecían venir, no de un hombre,
5 sino de un dios. Hijo de José era Moisés, quien estaba dotado, además de la heredada ciencia paterna, de la hermosura de su físico. Pero los egipcios, en un momento en que sufrían sarna y herpes, aconsejados por un oráculo echaron a éste de Egipto juntamente con todos los enfermos para que la peste no se extendiera a más
6 gentes.» Esto es lo que dice Justino. Pero dado que el propio Moisés, cuya sabiduría y conocimientos atestiguan estos historiadores, describe estos mismos hechos con

[80] La frase «almacenó frutos suficientes» no es de Justino. Es una interpolación de Orosio. Con frecuencia hace Orosio esto en sus citas o bien lo contrario: eliminar algo.

más exactitud y veracidad por cuanto fueron protagonizados por él y los suyos, lo primero que hay que hacer es suplir la ignorancia de estos historiadores con la fiabilidad y autoridad, que ellos mismos aceptan, de Moisés; y, en segundo lugar, refutar la falaz mentira de los sacer- 7
dotes egipcios, los cuales, posiblemente por astucia —que es lo más viable—, intentaron hacer olvidar la evidencia de la ira y misericordia del verdadero Dios con una interpretación de los hechos confusa en todas sus partes, para no dar la impresión de que, en detrimento de sus propios ídolos, debería ser adorado en justicia este Dios, por cuyo designio habían sido anunciados estos males y con cuya ayuda habían sido evitados, que es lo que tendrían que enseñar; o quizá se olvidaron de este Dios por casualidad, que es lo que podemos aceptar si somos indulgentes.

Lo cierto es que gracias a las previsiones de este 8
nuestro José, que fue siervo del verdadero Dios y persona preocupada piadosa y atentamente por las criaturas de su propio Señor, ellos tuvieron abundantes frutos, dando así la impresión de que eran buenos sacerdotes; pero, como en realidad eran falsos sacerdotes, no sufrían con los otros que pasaban hambre. Y es que los favorecidos se olvidan de los favores, mientras que los perjudicados se acuerdan de los perjuicios[81]. Aunque de la si- 9
tuación de aquella época, a pesar de que se callen las historias y los fastos, es buen testigo la propia tierra de Egipto: ésta, sometida entonces al poderío regio y

---

[81] Es una frase de CICERÓN en el discurso *Pro Murena* 20, 42. Insiste con frecuencia Orosio en esta idea: los males presentes siempre duelen más que los ya pasados o los que no conocemos. Ya lo hemos visto anteriormente, lo vemos ahora y lo volveremos a ver. Desde luego es una idea que está de acuerdo con el fin de su obra: los males de su época, aunque aparentemente sean terribles, no son como los de épocas pasadas, precisamente por estar presentes.

recuperada por sus cultivadores, ha pagado ininterrum-
pidamente hasta nuestros días un tributo consistente en
la quinta parte de su producción [82].
10 Este período de hambre tuvo lugar en tiempos del
rey de los egipcios Diopolita, cuyo nombre era Amosis,
en la misma época en que Baleo era rey de los asirios
11 y Apis de los argivos. Hubo, sin embargo, antes de los
siete años de hambre, otros siete de gran abundancia,
cuyos frutos, destinados en principio a perderse tan ne-
gligentemente como abundantemente habían nacido,
supo recogerlos y almacenarlos con sabiduría nuestro
12 José; y de esta forma salvó a todo Egipto. Él amasó,
en su totalidad, para el Faraón las riquezas, para su
Dios la gloria, devolviendo, en justísima gestión, tributos
a quien se debían tributos, honores a quien se debían
honores [83], y reunió los animales, las tierras y las rique-
zas de todos; por otra parte, a aquellos que se habían
vendido a sí mismos con sus propias tierras a cambio
de paga fija, les liberó previo pacto de pagar el tributo
de la quinta parte.
13 ¿Quién puede creer que este mismo José, a quien
Dios destinó como salvador de los egipcios, fuera olvi-
dado tan pronto por aquéllos, hasta el punto de que a
sus hijos y a todo su pueblo les sometieron poco después
a la servidumbre, les cargaron de trabajos y les asedia-
14 ron con asesinatos? Visto esto no es extraño que se en-
cuentren todavía algunos que, con tal de apartar de sus
cabezas la espada que amenaza a los que ostentan el
nombre de cristianos, disimulan o infaman el propio

[82] Posiblemente se refiere Orosio al hecho de que, durante los siete años de escasez, los pequeños agricultores se vieron obligados a vender sus tierras a cambio de un dinero fijo y que después, gracias a José, les fueron devueltas esas tierras a cambio de pagar un tributo consistente en la quinta parte de la producción.

[83] Es una frase de PABLO, *Rom.* 13, 7.

nombre de Cristo, que es el único que les ha salvado, y aseguran que se ven oprimidos en la época de los cristianos, por cuyos méritos han sido precisamente liberados.

Del diluvio que en época de Anfictión, rey de los atenienses, anegó la mayor parte de los pueblos de Tesalia, época en la que, según la tradición, reinó también Deucalión y pasó a la India el padre Líber

En el año 810 antes de la fundación de Roma reinaba en Atenas Anfictión[84], el tercer rey después de Cécrope. En su época una inundación asoló la mayor parte de los pueblos de Tesalia, librándose muy pocos en los refugios de las montañas, sobre todo en el monte Parnaso, en cuya cima reinaba entonces Deucalión[85], quien, tras recibir a los que acudían a él en navíos, les ayudó y cuidó a lo largo de las dos cimas del Parnaso. Por ello dicen que el género humano fue recuperado por este rey. 9 … 2

En esta misma época también, según el testimonio de Platón, se extendieron por Etiopía, hasta dejarla casi desolada, muchas pestes y crueles enfermedades. 3

Y para que nadie crea que las épocas en que se manifestaron la ira de Dios y la locura de las guerras se repartieron casualmente, es ésta la misma época en la que el padre Líber empapó de sangre a la sometida India, la llenó de asesinatos y la manchó de pecados[86]; 4

[84] Personaje mitológico que, según algunas tradiciones, dio nombre a Atenas y la consagró a la diosa Atenea. Según la leyenda, era hijo de Deucalión, del que habla después Orosio. Fue, efectivamente, el tercer rey después de Cécrope y sucesor de Cranao.

[85] Es el Noé de la mitología clásica: el diluvio, las barcas y la salvación, en las cimas de las montañas de Tesalia, coinciden con la historia de Noé.

[86] Una de las etapas de la vida errante de Dioniso fue la India; se trata, según la leyenda, de una expedición mitad guerrera y mitad divina, sometiendo aquellas tierras por la fuerza de las armas y también con sus encantamientos y poder místico.

y ello, a un pueblo que hasta ahora no había estado nunca sometido a ningún hombre y que se había contentado siempre con su tranquilidad natural.

10

De la salida de los hebreos de Egipto bajo el liderazgo de Moisés y de las diez plagas que los egipcios tuvieron que aguantar por retener a los judíos, y sobre el hecho de que en esta época el sol, que calentó más de lo debido, abrasó casi todo el orbe

En el año 805 antes de la fundación de la ciudad, atestiguan Cornelio y Pompeyo[87] que se extendieron por Egipto infandos males e inaguantables plagas. Estos autores, aunque señalan ambos que estas desgracias han de ponerse en relación con los judíos, me han dejado, sin embargo, un poco perplejo por la

2 diversidad de sus opiniones. Efectivamente, Pompeyo, o Justino, dice así: «Los egipcios, en un momento en que sufrían sarna y herpes, aconsejados por un oráculo, echaron del territorio egipcio a Moisés juntamente con los enfermos, para que la peste no se extendiera a más gentes. Moisés, convertido de este modo en líder de los exiliados, robó los vasos sagrados de los egipcios; éstos, tras salir a su encuentro con las armas, se vieron obligados a volver a su patria a causa de unas tempestades.» Por su parte,

3 Cornelio habla de estos mismos hechos así: «Muchos autores están de acuerdo en que, habiendo surgido en Egipto una peste que corrompía los cuerpos, al rey Bocoris, que se acercó al oráculo de Hamón para consultar el remedio, se le ordenó que purgara su reino y que echase a otras tierras a esta raza humana como odiosa

4 que era para los dioses. Dicen también que, una vez que este pueblo, tras ser convocado y reunido, fue abandonado en el desierto, mientras los demás perdían el tiempo llorando, Moisés fue el único de los desterrados que advirtió que no debían esperar ayuda ninguna de los

[87] Cornelio Tácito y Pompeyo Trogo.

dioses o de los hombres, sino que debían confiar en él como guía mandado de los cielos; que no en vano con su ayuda pudieron, en principio, escapar de las desgracias
presentes.» Así pues, Cornelio dice que por presión de 5
los propios egipcios los judíos fueron echados al desierto, y un poco más abajo añade incautamente que fue con la ayuda de Moisés como escaparon de las desgracias sufridas en Egipto. Queda claro, pues, que se han ocultado las acciones que Moisés valerosamente llevó a cabo.

También Justino afirma que Moisés, expulsado jun- 6
tamente con su pueblo, robó los vasos sagrados de los egipcios y que, al intentar los egipcios recuperarlos con las armas, tuvieron que volver a su patria, tras ser sorprendidos y rechazados por las tempestades. La verdad es que Justino añade algo más, aunque no todo, de lo que Tácito calló.

Y dado que ambos hablan de aquel gran guía que fue 7
Moisés, dejemos que este mismo nos cuente los hechos tal como fueron realizados y dichos por él.

A causa de que los egipcios agobiaban con trabajos 8
al pueblo de Dios, es decir, a la raza de José, con cuya ayuda precisamente se habían salvado ellos, además de que el pueblo estaba ya oprimido por la esclavitud, y a causa también de que les obligaban, con crueles órdenes, a matar a su propia descendencia, Dios les ordena por medio de su mensajero Moisés que dejen libre a su pueblo para que pueda servirle a él, su Dios.
Dado que estas órdenes fueron desoídas, Dios ataca su 9
contumacia con durísimos castigos. Castigados y maltratados con diez plagas se vieron obligados a echar a toda prisa a los que antes no querían dejar salir.

Las plagas fueron éstas: aguas convertidas en san- 10
gre que ofrecían a los egipcios, castigados con horrible sed, un remedio a su castigo mucho peor que el propio

castigo. Horribles y sucias ranas que se arrastraban
por todos los lugares limpios y no limpios. Furiosos
mosquitos que no podían ser echados de encima y que
11 hacían zumbar el aire. Moscas caninas que corrían en
escalofriantes movimientos por dentro de la ropa y que
producían tormentos tan molestos como repugnantes.
Repentina muerte y general estrago de todos los animales domésticos y de carga. Ampollas que hervían y úlceras que manaban, y sarna y herpes, como ellos mismos prefirieron llamarlo, que les salían por todo el
12 cuerpo. Granizo mezclado con fuego que apedreaba sin
interrupción a hombres, animales y árboles. Nubes de
langostas que, tras habérselo comido todo, perseguían
incluso las propias raíces de las plantas. Tinieblas horribles por sus fantasmas, palpables por su espesura,
13 funestas por su duración. Y muerte indiscriminada de
los hijos primogénitos en todo Egipto e idéntica situación de orfandad en todos.

Y los egipcios, que no habían obedecido a Dios cuando éste les dio la orden, ceden ahora que les castiga.
Pero inmediatamente después, al no ser auténtico su
arrepentimiento, se atrevieron a perseguir a los que habían dejado salir, pagando un último castigo por su
14 maldita obstinación. Efectivamente, el rey de los egipcios condujo contra los errantes judíos todo el ejército
de Egipto pertrechado con carros y caballería, cuyo número podemos deducir de un único, aunque muy importante, detalle: que ante este ejército tuvieron miedo
15 y se dieron a la fuga seiscientos mil enemigos. Pero el
protector de los oprimidos y el vengador de los contumaces, Dios, separó de pronto las aguas del mar Rojo
y, separadas hacia uno y otro lado las márgenes de las
encrespadas olas, sujetó las dos paredes levantadas a
manera de una montaña, para que los buenos pudiesen
entrar en aquel camino de desesperada salvación y los

malvados en aquella fosa de inesperada muerte, atraídos todos por la esperanza de un paso sin obstáculo.
En efecto, tras haber pasado los hebreos en seco con 16
absoluta seguridad, cayeron de nuevo tras ellos las montañas de las aguas que antes estaban en pie; de esta forma fue sepultada y eliminada toda la muchedumbre de Egipto juntamente con su rey y toda la provincia, que ya antes había sido atormentada con plagas, se encontró ahora despoblada a causa de esta última matanza.

Quedan todavía ahora evidentes testimonios de es- 17
tos hechos. Efectivamente, todavía se ven con claridad, no sólo en la orilla, sino también en lo profundo, hasta donde se alcanza con la vista, las señales del arrastre de los carros y las marcas de las ruedas; y si por casualidad en algún momento alguien las borra ya casualmente ya por curiosidad, al instante y por intervención de Dios son restituidas a su antigua forma por
los vientos y las olas. Ello sucede para que, quien no 18
haya aprendido a temer a Dios tal como enseña la religión cristiana ya divulgada, se aterrorice al menos ante su ira teniendo delante ejemplos de pasados castigos.

En esta misma época hubo un verano tan largo y 19
tan fastidiosamente caluroso que se dice que el sol fue llevado por caminos desacostumbrados y, no que afectara a la tierra con su ardor, sino que la quemó con su fuego, y que este agobiante calor no lo aguantaron ni los etíopes, para quienes era mayor de lo acostumbrado, ni los escitas, para quienes era insólito. Al explicar este hecho, algunos autores, como no le conceden a Dios el inefable poderío que tiene, buscando vanas sutilezas se han inventado la fábula de Faetonte[88].

---

[88] Faetonte era hijo del Sol, al que pidió que le dejase conducir su carro arrastrado por fogosos caballos. Debido a la impericia de Faetonte, los caballos se desbocaron, con lo que unas

11 *Del parricidio de los hijos de Dánao y Egipto, y de la expulsión de su reino y huida a Argos del instigador de este crimen, Dánao*

Igualmente, en el año 775 antes de la fundación de la ciudad se cometieron en una sola noche cincuenta asesinatos entre los hijos de dos hermanos: Dánao y Egipto[89]. Posteriormente, el propio instigador de tan gran crimen, Dánao, tras ser expulsado del reino que había conseguido con multitud de fechorías, se dirigió a Argos; allí, una vez que de forma indigna incitó a los argivos al crimen[90], expulsó de su reino a Esténela, quien le había acogido cuando llegó como prófugo y necesitado; y él mismo se hizo rey.

2 *De la cruel hospitalidad de Busiris en Egipto, el cual inmolaba a sus dioses la sangre inocente de sus huéspedes*

Por otra parte, también entonces tuvo lugar en Egipto una acción cruel, desde el punto de vista de la hospitalidad, y aún más cruel, desde el punto de vista de la religión, por parte del sanguinario tirano Busiris[91]. Éste ofrecía a los dioses, partí-

---

veces se acercaban demasiado al cielo y otras a la tierra. Ello provocó excesivo calor e incendios en la tierra.

[89] Estos hermanos, Dánao y Egipto, tuvieron cincuenta hijas y cincuenta hijos, respectivamente. Por desavenencias entre ambos, Dánao logró casar a sus cincuenta hijas con sus cincuenta sobrinos y convenció a sus hijas para que en la noche de bodas matara cada una a su marido; todas lo hicieron, menos Hipermestra que respetó a Linceo. Según otra versión de la leyenda, estos parricidios tuvieron lugar ya en Argos y no antes de marchar como señala Orosio.

[90] Al llegar a Argos, disputó el trono a Gelanor, hijo de Esténela; ante las dudas de los argivos sobre a quién darían el trono, Dánao logró engañarlos, de forma que le entregaron a él el reino y mataron a Gelanor.

[91] Su nombre no aparece en ninguna de las dinastías faraónicas. Tal vez sea una deformación del nombre «Osiris». Su costumbre de asesinar a extranjeros es recogida por muchos autores antiguos.

cipes de sus crímenes, sangre de extranjeros inocentes. En cuanto a esta acción, execrable sin duda para los hombres, tendría que ver yo si también a los propios dioses les parecía execrable.

De Perseo, quien pasando de Grecia a Asia sometió a muchos pueblos bárbaros; él fue el primero que, a partir de su propio nombre, impuso al pueblo al que venció finalmente el nombre de persas

También en esta época tuvo lu- 3
gar el incesto de Tereo, Procne y Filomela, al que se sumó un parricidio y un crimen peor que ambos: un banquete celebrado con alimentos malditos, ya que, por haber violado Tereo a la hermana de Procne y haberle cortado la lengua, Procne mató a su hijo pequeño y Tereo, su padre, se lo comió[92].

En esta misma época, Perseo pasó de Grecia a Asia; 4
allí sometió en una pesada y larga guerra a los pueblos bárbaros y, por último, como vencedor, dio su nombre al pueblo sometido: efectivamente, se llaman persas a partir de Perseo[93].

De la larga duración del Imperio asirio que, según consta, llegó hasta el rey Sardanápalo

En estos momentos yo, por mi 12
parte, me veo obligado a confesar que la conveniencia de llegar hasta el final me obliga a pasar por alto muchas cosas de entre tan gran variedad de males del mundo y a abreviarlas todas. Pues en vano podría yo atravesar en ningún momento tan densa selva, si no la sobrevolara de vez en cuando
con frecuentes saltos. Porque, sabiendo como sabemos 2
que el imperio asirio, a lo largo de 1160 años, concre-

---

[92] Tereo y Procne tuvieron un hijo, Itis. Tereo, enamorado también de Filomela, hermana de su esposa, la violó y le cortó la lengua para que no pudiese denunciarle. Pero Procne, enterada de ello, se vengó matando a su propio hijo, Itis, y ofreciéndoselo como manjar a su padre sin que éste se enterase.

[93] Es una versión transmitida por Heródoto.

tamente hasta Sardanápalo, fue gobernado casi por cin-
cuenta reyes y que durante ese tiempo hasta la época
de dicho rey casi nunca se vio libre de guerras ya pro-
vocadas por ellos mismos ya obligadas en pro de su
defensa, ¿dónde se encontraría el fin si intentamos re-
cordarlas, no diré describiéndolas, sino sólo enumerán-
3 dolas? Sobre todo si tenemos en cuenta que no podre-
mos pasar por alto la historia de Grecia y que tendre-
mos que detenernos sobre todo en la de los romanos.

Del incestuoso y vergonzoso amor de Tántalo hacia Ganimedes, de las luchas de Pélope contra Dárdano y los troyanos, y, también, de los hechos de muchos pueblos y reyes, de los cuales sólo se hace mención de pasada, ya que el describirlos uno por uno parece excesivo por cuanto son familiares y conocidos en muchas historias

Por otra parte yo no tengo aho-
ra necesidad de enumerar las tris-
tes acciones, que narradas son
aún más tristes, de Tántalo y Pé-
4 lope. Entre ellas está la historia
de Tántalo, quien, tras haber rap-
tado infamemente a Ganimedes,
hijo de Troo, rey de los Dárdanos,
le retuvo a su lado, lo cual acarreó
una consecuencia aún más infa-
me, según atestigua el poeta Fa-
nocles[94], quien recuerda que se
inició un gran conflicto precisa-
5 mente por esto; otra versión pre-
tende presentarnos a ese mismo
Tántalo, como sirviente de los dioses, ofreciendo, en fa-
miliar lenocinio, al joven raptado para placer de Júpi-
ter; es el mismo Tántalo que no dudó en entregar a su
propio hijo Pélope como manjar a Júpiter[95].

---

[94] Poeta griego elegíaco que vivió en época de Filipo y Alejandro. Los seis fragmentos que conservamos pertenecen a un mismo poema: un catálogo donde trata del amor de los dioses y héroes por jóvenes hermosos.

[95] El suplicio de Tántalo tiene varias versiones: según una, estaba en los infiernos colocado bajo una enorme piedra siempre a punto de caer; según otra, padecía hambre y sed continuas sin que pudiera beber el agua que le llegaba hasta el cuello. Los

Tampoco me agrada contar las heroicas luchas, cualesquiera que sean, del propio Pélope contra Dárdano y los troyanos [96]: estas luchas, puesto que suelen ser contadas en falsas historias, son escuchadas con poca atención. 6

Paso también por alto lo que se cuenta, según el testimonio de Paléfato [97], sobre Perseo, Cadmo, los tebanos y los espartanos, mezclados en laberínticas vueltas de desgracias alternantes. 7

No hablo de los crímenes de las mujeres de Lemnos [98]; dejo a un lado la vergonzosa huida de Pandión, rey de los atenienses [99]; me olvido también de los odios, violaciones y parricidios, mal vistos incluso por los dioses, de Atreo y Tiestes [100]. Dejo también a un lado la 8
historia de Edipo, asesino de su padre, marido de su madre, hermano de sus hijos [101] y padrastro de sí mismo [102]. Prefiero también callar cómo Eteocles y Polinices se esforzaron atacándose mutuamente por ser cada 9

motivos del castigo varían también según las distintas versiones de la leyenda; dos de ellas son las que señala Orosio: el haber servido a su propio hijo como manjar a los dioses; o el haber raptado a Ganimedes para entregárselo a Júpiter.

96 Según ciertos autores, Pélope y su padre Tántalo lucharon contra los fundadores de Troya (Dárdano e Ilo), porque éstos los expulsaron del territorio tras haber raptado a Ganimedes.

97 Escribió, quizá en el s. IV a. C., una obra, de la que queda un solo fragmento y en la que ponía en relación diversos mitos.

98 Mataron a los hombres de la isla para verse libres de sus leyes.

99 Fue expulsado del trono de Atenas por unos primos suyos.

100 Los dos eran hermanos y se vengaron mutuamente con multitud de crímenes.

101 Al casarse con su madre, los hijos nacidos de ambos eran también hermanos suyos, como hijos que eran de la misma madre.

102 Al ser el segundo marido de su madre, que le había engendrado con su primer marido, Edipo es padrastro de sí mismo.

10 uno de ellos asesino del otro [103]. No quiero recordar a Medea, herida de amor cruel y gozosa con la muerte de sus pequeños vástagos [104]. Ni de nada de lo que se perpetró en aquellos tiempos. En relación con todo ello, es lícito preguntarse cómo los hombres pudieron aguantar lo que se dice que incluso los astros han evitado.

De la guerra de los atenienses y del Minotauro al que los cretenses entregaban como manjar a los hijos de los atenienses

13 En el año 610 antes de la fundación de la ciudad tuvo lugar una atroz guerra entre los cretenses y los atenienses, en la que, tras haber sido destrozados de mala forma ambos pueblos, los cretenses consiguieron una victo-
2 ria excesivamente manchada de sangre. En efecto, éstos entregaban cruelmente, para que fueran devorados por el Minotauro, al que no sé si llamarlo hombre bestial o bestia humana, a los hijos de los nobles atenienses; de esta forma cebaban a aquel informe monstruo arrancando a Grecia sus mejores hombres.

De la guerra entre lápitas y tesalios

3 En esta misma época se enfrentaron los lápitas y tesalios en luchas sobradamente conocidas [105].
4 Aunque la versión de Paléfato, en su libro I, *sobre hechos maravillosos,* señala que lo que en realidad pasó es que fueron los lápitas los que consideraron y llamaron centauros a los tesalios, ya que, al hacer la guerra a

---

[103] Hijos, ambos, de Edipo, expulsan a éste de Tebas cuando se enteran del incesto de su padre. Éste les maldice vaticinándoles que se darán muerte el uno al otro. Para evitar esto, deciden reinar alternativamente.

[104] Herida por haber sido repudiada por su marido Jasón, se vengó de éste matando a los hijos de ambos y envenenando a su rival.

[105] La leyenda recoge esta lucha, como la lucha entre Lápitas y Centauros.

caballo, parecía que era una sola cosa el cuerpo del caballo y el jinete[106].

Del rey egipcio Vesoces, quien incitó, primero, a la guerra a los escitas y se retiró, después, a su reino al ser derrotado por éstos; esposas de éstos eran las guerreras amazonas, a las que derrotó después Hércules; ellas, tras apoderarse de una parte de Asia y Europa, fundaron Éfeso y otras ciudades

En el 480 antes de la fundación de la ciudad, Vesoces[107], rey de Egipto, pretendiendo o bien turbar con la guerra o bien anexionar a su imperio el Sur y el Norte del orbe, zonas que estaban totalmente separadas tanto por la esfera celeste como por el mar, declaró la guerra a los escitas, enviándoles de antemano legados para que les impusieran, como enemigos, leyes de obediencia. **14**
Ante esto, los escitas responden a los legados que era de tontos que un rey riquísimo iniciase una guerra contra pueblos pobres, ya que debería tener miedo de que, por los avatares inciertos de la guerra, si la suerte cambiaba, su acción no acarreara ningún premio y sí evidentes daños. Por lo demás responden también que, si se les ataca, ellos no van a esperar, sino que van a salir al encuentro de botín. 2
El ataque no se retrasa, ya que tras las conversaciones vienen los hechos. Los escitas, en un primer momento, obligan a Vesoces a escapar aterrorizado a su reino; atacan inmediatamente al ejército abandonado 3

[106] No es sino una racionalización de la leyenda por parte de Paléfato.

[107] JUSTINO (*Hist.* 2, 3) le da el nombre de Sesostris. Si es así, se trataría de Sesostris III, de la dinastía XII (1888-1850), que fue un rey guerrero y que amplió los dominios de Egipto tanto por el S., hasta el Sudán, como por el N. Sin embargo, tanto la fecha de Orosio como los hechos que narra a continuación parecen cuadrar mejor con las campañas de Ramsés II y la famosa batalla de Qadesh (1294-1293), en la que los egipcios huyeron ante un ejército hetita.

por su rey; se adueñan de todo el aparato bélico y hu-
bieran terminado por asolar todo Egipto, si no se hubie-
sen retirado al ser impedido su avance por los pantanos
4 de la zona. A su vuelta hicieron tributaria a toda Asia,
a la que sometieron mediante innumerables matanzas;
tras permanecer en Asia durante quince años sin con-
seguir la paz, vuelven por fin a su territorio a causa de
las quejas de sus mujeres que amenazaban con buscar
descendencia, si no volvían, en los pueblos vecinos.

15 En el ínterin, en Escitia, dos jóvenes de familia real,
Plino y Escolopetio, al ser expulsados de su patria por
el partido de los optimates, se llevaron consigo a mu-
chos jóvenes y se asentaron en la comarca de la Capa-
docia Póntica junto al río Termodonte, sometiendo a su
dominio los campos Temiscirios [108]. Allí, una vez que
devastaron durante largo tiempo los territorios cerca-
nos, fueron asesinados por medio de asechanzas en una
2 conspiración de los pueblos vecinos. Sus esposas, empu-
jadas por su situación de destierro y viudedad, toman
las armas y, con el fin de que el valor fuera el mismo
al ser una misma la situación de todas, matan a los varo-
nes que habían quedado y, atacando con ardor al ene-
migo, consiguen, a costa del exterminio de los pueblos
vecinos, vengar con su propia sangre a los esposos
perdidos.

3 A continuación, una vez conseguida la paz mediante
las armas, inician tratos carnales con extranjeros; matan
a los hijos varones que les nacen; alimentan con interés
a las hembras tras quemarles los pechos del lado dere-
cho, para que no tuviesen impedimento al lanzar las
4 flechas. De ahí que se llamen Amazonas [109]. Dos eran sus
reinas, Marpesia y Lampeto, las cuales, dividido el grupo

[108] Temiscira va a ser el asentamiento tradicional de las Amazonas.

[109] El significado de la palabra es «sin un pecho».

de mujeres en dos partes, sorteaban alternativamente la
tarea de la guerra y el cuidado de la casa.
Finalmente, después que sometieron la mayor parte 5
de Europa, habiendo tomado sólo unas cuantas ciudades
de Asia, hacen regresar a su patria la mayor parte del
ejército cargado con riquísimo botín, tras haber fun-
dado ellas mismas las ciudades de Éfeso y otras más [110].
Las que se quedaron como defensa del imperio de Asia
fueron asesinadas juntamente con su reina Marpesia en
un ataque enemigo. El lugar de Marpesia lo ocupó su 6
hija Sínope, quien unió a su ininterrumpida virginidad
la extraordinaria fama de su valor.
Tanta admiración y terror invadía a las gentes, asus- 7
tadas por la fama de las Amazonas, que incluso Hércu-
les, cuando se le ordenó por parte de su dueño [111] que
trajese las armas de la reina de las Amazonas [112], llevó
consigo a jóvenes griegos, todos ellos elegidos y vale-
rosos, como si fuera enviado a un peligro inevitable;
preparó nueve naves de guerra, y, no fiándose aún de su
grupo de guerreros, prefirió atacarlas de improviso y
rodearlas cuando estaban desprevenidas. En aquel mo- 8
mento estaban al frente del reino de las Amazonas dos
hermanas: Antíope y Oritia. Hércules, que llegó por el
mar, las derrotó al sorprenderlas desprevenidas, aparte
de inermes y descuidadas por la dejadez propia de los
momentos de paz. Entre las muchas muertas y captu-
radas estaban dos hermanas de Antíope, de las cuales
Melanipe fue retenida por Hércules, e Hipólita, por Te-
seo [113]. Teseo se casó con Hipólita, mientras que Hércules 9
entregó a Melanipe como regalo a su propia hermana,

[110] Esmirna, Cime y Mirine.

[111] Se trata de Euristeo, quien ordenó a Hércules la realización de los Doce Trabajos.

[112] El cinturón de Hipólita, reina de las Amazonas. Se decía que ese cinturón era el de Ares.

[113] Según otras versiones, es Antíope la retenida por Teseo.

y, como precio por conceder esta libertad, recibió las armas de la reina.

10 Tras Oritia, se apoderó del reino Pentesilea[114], de cuyo valor entre los hombres en la guerra de Troya tenemos evidentísimos testimonios.

16 ¡Oh tribulación! ¡Da vergüenza la locura de los hombres! ¡Unas mujeres, escapadas de su patria, entraron, recorrieron, destruyeron y se apoderaron (arrasando casi durante cien años muchas ciudades y construyendo otras) de Europa y Asia, es decir, de las más grandes y poderosas partes del mundo!

Y, sin embargo, la aflicción de los tiempos no es
2 siempre imputable a las miserias humanas. Efectivamente, hace poco, los Getas, que ahora se llaman godos[115], de los que Alejandro dijo que había que guardarse, ante los que Pirro se aterrorizó y a los que incluso César rehuyó, tras abandonar y dejar vacíos sus territorios y sus recursos todos, a pesar de que han invadido, todos ellos, las provincias romanas y se han presentado como temibles durante mucho tiempo, esperan ahora suplicantes hacer con Roma un pacto que podían haber con-
3 seguido con sus armas; y piden —ellos, que tuvieron la posibilidad de tomar la tierra que les hubiese venido en gana tras someter y tener a su disposición a todo el mundo— un territorio de pequeña extensión, no a elegir por ellos sino según nuestro criterio; y se ofrecen, ellos, ante cuya presencia sólo, han tenido miedo reinos in-
4 victos, para defender el imperio romano. Y a pesar de todo ello, la ceguera de los gentiles, como ve que esto no ha sucedido por méritos romanos, no cree que se haya

[114] Tras la muerte de Héctor, Pentesilea fue en ayuda de los troyanos y, tras matar a gran número de griegos, perdió la vida a manos de Aquiles.

[115] Entre los autores antiguos, sobre todo los eruditos, los godos son llamados con frecuencia Getas, los cuales tenían su morada cerca del Danubio.

conseguido por la fe cristiana de los romanos ni acepta confesar, aunque lo siente, que estos bárbaros, cuyas mujeres arrasaron con inmensas matanzas la mayor parte de las tierras, se hayan sometido a ellos sin lucha sólo gracias a la religión cristiana —que es la que une a los hombres que comparten la misma fe—.

Del rapto de Helena; del asedio durante diez años de la ciudad de Troya y de la subsiguiente destrucción, y de la entrada al mismo tiempo de Eneas en Italia

Por otro lado, en el año 430 an- 17
tes de la fundación de Roma, se dice que tuvo lugar el rapto de Helena, el consiguiente acuerdo entre los griegos y equipamiento de mil naves y posteriormente el asedio durante diez años y, por fin, el famoso final de Troya. Las 2
naciones y el número de pueblos a los que envolvió y afligió el mismo torbellino en esta guerra que costó gran cantidad de sangre durante diez años, los dio a conocer en un riquísimo poema el poeta Homero, famoso entre los mejores; y no es de nuestra incumbencia señalarlos ahora por orden, por cuanto sería excesivamente largo para nuestra obra y además son cosas conocidas por todo el mundo. Sin embargo, 3
quienes conocen la larga duración de aquel asedio y los atroces asesinatos y cautiverios ocurridos durante y después de la destrucción, que vean ahora si es justo que en esta nuestra época actual, cualquiera que sea, se sientan ofendidos ellos a los que los godos enemigos, a pesar de que podían haberlos perseguido en son de guerra por todas las tierras, los buscan, gracias a la oculta misericordia de Dios, por todos los mares, para ofrecerles la paz, presentándoles incluso rehenes. Y, para no dar la sensación de que lo hacen por amor a la tranquilidad, ellos mismos se ofrecen y afrontan el riesgo contra otros pueblos en pro de la paz romana.

18 La enseñanza de la escuela grabó[116] también en nuestra memoria el tipo de ejércitos que unos cuantos años después introdujo en Italia con su llegada Eneas, prófugo de Troya; el tipo de guerras que suscitó durante tres años; el número de pueblos que envolvió en el odio y afligió con la muerte.

2 Por esta misma fecha se datan también los destierros y naufragios de los griegos, la desgracia de los peloponesios abatidos con la muerte de Codro[117], el levantamiento hacia nuevas guerras de los desconocidos tracios, y una general conmoción a lo largo de toda Asia y Grecia.

19 *De las corrompidas costumbres del rey asirio Sardanápalo, y del hecho de que, tras su muerte, su reino pasó, primero, a manos de los medos y, luego, a las de los escitas y caldeos*

En el año 64 antes de la fundación de Roma, reinaba entre los asirios Sardanápalo, el último de sus reyes, hombre más corrompido que una mujer. Su prefecto Arbato, que entonces estaba al mando del territorio medo, le maldijo al verle cuando, en medio de un rebaño de prostitutas, trabajaba la púrpura con un tamiz a modo de mujer; posteriormente, soliviantados los pueblos medos, fue arrastrado a la guerra, y, cuando se vio vencido, se arrojó a una pira ardiendo. A partir de entonces el imperio de

---

[116] Sabido es que todo romano culto conocía ya desde la escuela y había aprendido y recitado a los autores latinos más importantes. Entre ellos se encontraba, naturalmente, Virgilio, en cuya *Eneida* se habla de los hechos que aquí apunta Orosio.

[117] En un enfrentamiento entre lacedemonios y atenienses, el oráculo aseguró a los primeros que vencerían con tal de que no matasen al rey de Atenas: si este rey moría, serían derrotados. Codro, que era ese rey, decidió sacrificarse por su patria; para ello, se enfrenta a los enemigos, uno de los cuales le da muerte. Tras la muerte del rey de Atenas, los lacedemonios comprenden que serán derrotados y abandonan la lucha.

los asirios cayó en manos de los medos. Posteriormente, 2
tras muchas guerras que brotaban por doquier, guerras
que no nos parece en absoluto oportuno describir una
por una, ese mismo imperio, tras pasar, en medio de
distintos avatares, por manos de escitas y caldeos, vol-
vió de nuevo de forma semejante a los medos. Con rela- 3
ción a estos rápidos trasiegos, conviene que ponderemos
brevemente cuántas desgracias y calamidades tuvieron
que sufrir los hombres, cuántas guerras se desencade-
naron en lugares donde reinos tan grandes y de tal natu-
raleza estaban cambiando con tanta frecuencia.

Del rey medo Fraortes y de su sucesor Diocles, a quien sucedió, igualmente, Astiages

Tras estos hechos, ocupó el tro- 4
no entre los medos Fraortes,
quien consumió los veintidós años
de su reinado en frecuentísimas
guerras contra los asirios y per-
sas. Tras éste, reina Diocles, hombre muy experimentado 5
en el arte militar y continuamente entretenido en gue-
rras; al morir entregó el reino, ampliamente engrosado,
a Astiages. Astiages, que no tenía descendencia varonil, 6
tuvo un nieto, Ciro, nacido entre los persas.

Del rey persa Ciro, quien declaró la guerra a su abuelo Astiages y, tras vencerle, se apoderó del reino, y del hecho de que en su época el siciliano Falaris, convertido en tirano, esquilmó a los de Agrigento

Cuando Ciro fue mayor, reunió
un ejército de persas y declaró la
guerra a su abuelo. Astiages, que 7
ya se había olvidado del crimen
cometido recientemente en la per-
sona de Harpalo, ya que había
matado al único y pequeño hijo
de éste y se lo había ofrecido a
su padre en un banquete e inclu-
so, para que el desconocimiento
de esta fechoría, que era el único alivio que podía tener
el padre, no quitara ni un ápice de pena a su ya tristí-
sima orfandad, le descubrió con improperios la infamia
de la comida presentando al padre las manos y la ca-

8 beza del niño; olvidado, pues, de este crimen, Astiages
confió el mando de la guerra a Harpalo; éste, en cuanto
recibió el ejército, se lo entregó traidoramente a Ciro.
Enterado de ello, Astiages reúne las tropas a su lado,
marcha él mismo contra los persas y entabla un duro
combate, advirtiendo de antemano a los suyos que reci-
biría con su propia espada a los que trataran de apar-
9 tarse de la lucha por miedo. Cuando el ejército de los
persas cedía de nuevo poco a poco ante el empuje de
los medos que luchaban con ahínco acuciados por su
crítica situación, las madres y mujeres de los persas
salen a su encuentro y les piden que vuelvan al com-
bate; ante las dudas de éstos, las mujeres, quitándose
el vestido, les muestran las partes obscenas de sus cuer-
pos mientras les preguntan si prefieren esconderse en
los vientres de sus madres o en los de sus esposas.
10 Avergonzados por esta postura de las mujeres, vuelven
al combate y, lanzándose a la carga, obligan a huir a
aquellos de los cuales huían antes. Allí mismo es captu-
rado Astiages, al cual Ciro no le quitó ninguna otra cosa
más que el reino; le puso incluso al frente del impor-
tante pueblo de los Hircanos. Él mismo renunció, sin
embargo, a volver junto a los medos. Este fue el final
11 del imperio de los medos. Las ciudades, sin embargo,
que habían sido tributarias de los medos, se separaron
de Ciro: esta deserción le sirvió a Ciro como excusa
para iniciar numerosas guerras.

20 En esta época, el siciliano Fálaris[118], convertido en
2 tirano, saqueaba a los habitantes de Agrigento; éste, de
espíritu cruel y de inventos aún más crueles, actuando
siempre de forma indigna contra inocentes, tuvo una
ocasión en que encontró a alguien al que pudo castigar
3 con justicia, aunque él fuese de natural injusto. Efec-

---

[118] Tirano de Agrigento, también llamado Acragas (570-554)

tivamente, un tal Perilo, artesano del bronce, simulando amistad con el tirano, ideó un regalo digno de la crueldad de Fálaris e hizo un toro de bronce al que ingeniosamente puso una puerta en el costado, que habría de servir de entrada para encerrar a los condenados; lo hizo de tal forma que, cuando el condenado encerrado en el toro se abrasaba con el fuego que se encendía debajo de él, la cóncava amplitud del bronce aumentaba el grito de su voz atormentada y emitía, a causa de los fúnebres golpes que el reo daba, un ruido a modo de eco, que a los oídos de los impíos espectadores parecía más el mugido de un animal que el gemido de un hombre. Pero Fálaris, que aceptó la obra, mas sentía 4
asco de su autor, encontró una buena ocasión para alimentar su carácter vengativo y cruel; efectivamente, castigó al propio autor del artificio con su propia invención.

Del rey latino Arémulo, de sus crímenes y de su muerte fulminado por un rayo

En una época un poco anterior 5
había sido rey de los latinos Arémulo, el cual, tras haber avanzado cada vez más durante quince años en crímenes y maldades, pagó finalmente, siendo todavía joven, un castigo largamente madurado, ya que fue fulminado, por decisión divina, por un rayo [119].

Que escojan ahora, si les parece bien, los latinos y 6
los sículos: si hubiesen preferido vivir en época de Arémulo y Fálaris, que atormentaban con crueles castigos las vidas de los inocentes, o en estos tiempos cristianos en que los emperadores de Roma, frenados sobre todo por la propia religión cristiana, tras haber reducido

[119] Fue el duodécimo rey de los latinos, que en Livio es conocido con el nombre de Rómulo Silvio y de cuya maldad habla abundantemente Dión Casio.

su conducta tiránica para bien del Estado, no castigan ni siquiera las injurias de los propios usurpadores.

De la cruel guerra de los peloponesios y atenienses, cuando todavía el ejército de las amazonas asoló Asia durante largo tiempo y en grandes extensiones

21 En el año 30 antes de la fundación de Roma, se entabló una dura guerra entre peloponesios y atenienses que luchaban con todas sus fuerzas e interés; en la misma se vieron obligados, a causa de las respectivas pérdidas, a retirarse ambos del conflicto y, como si unos y otros hubiesen sido vencidos, a abandonar la lucha.

2 También en esta misma época, un repentino ataque de las amazonas y de los cimerios en Asia produjo enormes ruinas y estragos en amplios territorios y durante mucho tiempo.

De la guerra entre lacedemonios y mesenios, guerra que, tras unirse a ellos como aliados los atenienses y peloponesios, llevaron con insaciable locura hasta la aniquilación a lo largo de muchos años

3 En el año 20 antes de la fundación de la ciudad, los lacedemonios, en lucha contra los mesenios porque sus doncellas habían sido maltratadas en un solemne sacrificio de los mesenios[120], tras luchar con inagotable locura durante veinte años, envolvieron a todas las fuerzas de Grecia en su propia ruina.
4 Los lacedemonios, tras comprometerse con votos y obligarse con un juramento sagrado a no volver a su patria sino tras haber reducido a Mesenia, cuando se vieron agotados por el largo asedio

[120] Justino, de quien Orosio toma este pasaje, dice que la causa fue la violación de las jóvenes lacedemonias. Pausanias apunta, igualmente, que las jóvenes fueron raptadas por la juventud mesenia que, al embriagarse, pretendió violarlas. El sacrificio al que alude Orosio es, según el testimonio de Estrabón, un sacrificio a Diana en los confines de Laconia y Mesenia, donde solían reunirse los dos pueblos en solemne romería.

de diez años sin obtener ningún fruto victorioso y al
verse reclamados a su patria por las quejas de sus es-
posas que se lamentaban de su larga soledad y del peli-
gro de quedar estériles, tuvieron miedo, tras deliberar
sobre el asunto, de que, al perder la esperanza de des- 5
cendencia, su obcecación les acarreara más daño a ellos
que a los mesenios; por ello decidieron enviar a su pa-
tria, Esparta, a unos soldados sacados del ejército, pre-
cisamente aquellos que no estaban ligados por el jura-
mento que habían hecho al principio, por cuanto habían
venido a la lucha como refuerzo en fecha posterior; y a
estos soldados les permitieron relaciones indiscrimina-
das con todas las mujeres de Esparta, en una acción
infame y, sin embargo, poco práctica. Los que quedaron, 6
por su parte, insisten en sus planes y asaltan por engaño
a los mesenios sometiéndolos a la esclavitud tras ven-
cerlos.

Los mesenios, sin embargo, tras aguantar largo tiem-
po, entre castigos y encierros, la cruel esclavitud, logran
sacudirse el yugo, vuelven a tomar las armas e inician
de nuevo la guerra. Los lacedemonios ponen como gene- 7
ral al frente de las operaciones a Tirreo [121], poeta ate-
niense. Derrotados en tres combates, reemplazan el
ejército perdido con un grupo de esclavos liberados.
Pero cuando, a pesar de ello decidieron, por miedo al 8
peligro, abandonar el combate, fueron enardecidos de
nuevo por un poema compuesto por Tirreo, su poeta y
jefe, y, leído éste en una asamblea del ejército, se lanzan
al combate; el enfrentamiento se hizo con tanta violen-
cia, que raras veces tuvo lugar una lucha tan cruenta.
Al final, la victoria fue de los lacedemonios.

---

[121] Otros manuscritos ofrecen «Tirteo». Calístenes y otros, según Estrabón, transmiten que Tirteo vino, efectivamente, de Atenas por mandato del oráculo y accediendo a las súplicas de los lacedemonios.

9 Pero, por tercera vez, los mesenios vuelven a reanu-
dar la guerra. Y los lacedemonios no ponen reparos a
entrar en ella. Tanto unos como otros reúnen muchas
tropas auxiliares. Por otra parte, los atenienses deciden
atacar por distintos lugares a los lacedemonios al verlos
10 ocupados fuera de su patria. Tampoco los lacedemonios
se están quietos ante este nuevo ataque: efectivamente,
mientras ellos se ocupan en la lucha contra los mese-
nios, envían a los otros del Peloponeso para que presen-
ten batalla a los atenienses. Y los atenienses, inferiores
en fuerza, por cuanto habían enviado a Egipto una pe-
queña armada, son fácilmente derrotados en un choque
naval; posteriormente, tras recuperar su armada y tras
aumentar también sus contingentes de soldados, provo-
can a los anteriores vencedores a una nueva guerra.
11 Ahora ya, también los propios lacedemonios, olvidán-
dose de los mesenios, dirigen su ejército contra los
atenienses. Durante largo tiempo hubo distintos y mor-
tales enfrentamientos y se mantuvo una situación in-
cierta desde el punto de vista de la victoria, hasta que,
finalmente, ambos contendientes se retiraron sin que
hubiera ningún vencedor.

12 Conviene saber en este punto que Esparta es lo mis-
mo que la ciudad de los lacedemonios y que, por ello,
los lacedemonios son llamados espartanos.

13 Finalmente, los lacedemonios, arrastrados de nuevo
a una guerra con los mesenios, firman un pacto con los
tebanos, con el fin de no dejar tranquilos a los atenien-
ses en el entretanto; los términos del pacto fueron éstos:
los lacedemonios devolverían a los tebanos el imperio
de Beocia, que éstos habían perdido en la época de la
guerra con los persas, con tal de que se hicieran ellos
14 cargo de la guerra con los atenienses. Tan grande era la
locura de los espartanos, que, a pesar de estar metidos
en dos guerras, no dudaron en entrar en una tercera,

con tal de buscar rivales para sus enemigos. Los ate- 15
nienses, obligados por los distintos frentes bélicos, eli-
gen a dos generales: a Pericles, hombre de comprobado
valor, y a Sófocles, autor de tragedias; éstos, repartién-
dose el ejército, arrasaron a lo largo y a lo ancho los
territorios de los espartanos y agregaron al poderío ate-
niense muchas ciudades de Asia.

Posteriormente, se siguió luchando durante otros 16
cincuenta años por tierra y por mar, sin que hubiera un
vencedor seguro, hasta que los espartanos, disminuidas
sus fuerzas y arruinado su crédito, se convirtieron en
una vergüenza incluso para sus propios aliados.

Pero en la actualidad poca importancia se da a las 17
desgracias que se adueñaron de Grecia a lo largo de tan-
tas vueltas como dieron los tiempos. Hoy día, lo que
no podemos aguantar es que nuestras pasiones sean in-
terrumpidas de vez en cuando y que nuestros placeres
sean estorbados lo más mínimo. La verdad es que entre 18
los hombres de aquella época y los de ésta, hay esta
diferencia: aquéllos aguantaban con ánimo impasible
cosas que hoy son intolerables, porque habían nacido y
se habían criado en ellas y no conocían otras mejores;
los de ahora, sin embargo, acostumbrados a lo largo de
toda su vida al goce sereno de tranquilidades y placeres,
se aterran ante cualquier pequeña nube de preocupación
que se les venga encima. Y ¡ojalá que supieran agrade- 19
cérselo en oraciones a aquel que elimina la más pequeña
preocupación, por cuyo don tienen esta pacífica felicidad
ignorada en otras épocas!

Y como recuerdo que prometí, cuando adelanté en 20
una especie de epígrafes el orden de mi exposición, que
me proponía hablar desde la fundación del mundo hasta
la fundación de Roma, pongamos aquí fin a este libro 21
que hemos escrito a partir de la fundación del mundo,

para que el libro siguiente comience ya a partir de la fundación de Roma. Este segundo libro tratará de los males de estos tiempos, que son mucho más complejos, al estar los hombres más ejercitados y más hábiles en la maldad.

LIBRO II

Desde la fundación de Roma hasta la invasión de los galos.

La providencia de Dios, que mira por todas las cosas del mundo, ha dispuesto el orden de los «Cuatro Imperios Universales» (babilonio, macedónico, cartaginés y romano), de forma que el primero y el último han sido los más poderosos: muchas son las semejanzas entre ambos, pero hay una diferencia; que el Imperio babilonio desapareció y el romano, gracias a Cristo y al cristianismo, se mantiene incólume (1-3).

Fundación de Roma y período regio de su historia (4). Primeros hechos de la República romana: consulado de Bruto, guerra contra Veyes, secesión de la plebe, la peste y hambre subsiguientes, y nueva guerra contra Veyes protagonizada por los Fabios (5).

Cambio de perspectiva hacia la historia persa y las guerras Médicas: toma de Babilonia por parte de Ciro, con una descripción de la situación y características de Babilonia; ataque de Ciro a los escitas y muerte del mismo a manos de la reina escita Tamiris; Darío, tras ser vencido por los escitas, dirige sus tropas contra Asia Menor, Macedonia y Atenas, siendo derrotado en Maratón; tras la muerte de Darío, le sucede su hijo Jerjes, quien de nuevo se dirige contra los griegos; final de las guerras Médicas y muerte de Jerjes. Comparación entre aquella época y los tiempos cristianos (6-11).

Vuelta a la historia de Roma: peste en el 290 de la fundación; sublevación de Herdonio, con la toma del Capitolio; derrota del cónsul Minucio ante ecuos y volcos (12); las doce tablas y luchas

en torno a la recopilación de leyes; guerra contra Fidenas protagonizada por el dictador Emilio (13).

Sicilia: sus primeros pobladores y problemas a lo largo de su historia; enfrentamiento entre Catania y Siracusa e intervención de atenienses y espartanos que trasladan a Sicilia el campo de operaciones durante la guerra del Peloponeso (14-16); fin de la guerra del Peloponeso (17).

Guerra civil en Persia entre los hijos de Darío, Artajerjes y Ciro (18, 1-3); reflexión sobre tantos desastres en el mundo (18, 4-5); terremoto en Sicilia (18, 6).

En Italia tiene lugar el sitio de Veyes durante diez años y la invasión de los galos (19).

De los cuatro reinos más importantes del mundo que, por designios divinos, se sucedieron temporalmente en las cuatro partes del mundo, a saber: el babilónico, al que siguió el macedónico, luego el africano y por fin el romano

Pienso que no hay ya nadie que 1
no sepa que Dios puso al hombre
en medio de este mundo. Por ello,
cuando el hombre peca, el mun-
do se ve envuelto en la acusación,
y, al mismo tiempo que se repri-
me nuestra incontinencia, es cas-
tigada la tierra en que vivimos
con la desaparición de los demás
animales y con la esterilidad de
sus propios frutos. En consecuen- 2
cia, si somos producto de la acción de Dios, con razón
somos también objeto de su preocupación providencial;
pues ¿quién puede amar más una obra que aquel que la
hizo?, y ¿quién puede administrarla con mayor orden
que aquel que la hizo y la aprecia?, y ¿quién puede go-
bernar y regir los hechos con mayor sabiduría y firmeza
que aquel que prevé lo que se debe hacer y lleva a cabo
lo que prevé? Por ello, el que todo poder y todo gobierno 3
emanan de Dios, lo intuyen quienes no lo han leído y lo
reconocen quienes lo han leído [122]. Y si es verdad que los
poderes emanan de Dios, con cuánta mayor razón ema-
narán de él los reinos, de los cuales proceden los otros
poderes; y si también nacen de él los distintos reinos, 4

[122] Por supuesto, en la Sagrada Escritura.

con cuánta mayor razón lo hará el reino más grande de todos, al cual está sometido todo el poderío de los demás reinos. Reinos grandes de este tipo han sido, en un primer momento, el babilónico, después el macedónico, a continuación el africano[123], y, por fin, el romano, que
5 todavía se mantiene; y gracias a esa misma inefable providencia, estos mismos reinos, distribuidos por los cuatro puntos cardinales, han conocido cuatro supremacías sobre los demás, aunque sobresaliendo cada uno de ellos en grado distinto; efectivamente, el imperio babilónico se extendió por el Este, el cartaginés por el Sur, el ma-
6 cedónico por el Norte, y el romano por el Este; y de estos cuatro, entre el primero y el último, es decir, entre el babilónico y el romano, como colocados entre un padre anciano y un hijo pequeño, se interponen, en medio, el africano y el macedónico, que son cortos; estos dos últimos surgieron, por así decir, como tutores y administradores[124], impuestos más por presión de las circunstancias que por derecho de herencia[125]. Trataré de explicar claramente si esto es realmente así.

2 El primer rey asirio que consiguió sobresalir por encima de los demás fue Nino[126]. Muerto Nino, su esposa Semíramis, reina de toda Asia, fundó la ciudad de Babilonia y decidió que fuese la capital del reino de los
2 asirios. El imperio asirio se mantuvo largo tiempo con poderío intocable. Pero, una vez que Arbato, a quien otros llaman Arbaces, prefecto de los medos y él mismo de origen medo, asesinó en Babilonia a su rey Sardaná-

---

[123] El Imperio de Cartago.

[124] Del viejo, el babilonio, y del nuevo, el romano.

[125] Como ya ha dicho, y como va a tratar de demostrar en los capítulos siguientes, son el babilonio y el romano los imperios más grandes que ha habido, los cuales se suceden como un padre a un hijo; los imperios del medio, el cartaginés y el macedónico, son sólo tutores hasta que el romano sea adulto.

[126] Cf. I 4.

palo, trasladó el nombre y el mando del imperio a los medos[127].

3 De esta forma el imperio de Nino y de Babilonia pasó a los medos precisamente en el mismo año en que comenzó a reinar entre los latinos Proca[128], padre de Amulio y de Numitor y abuelo de Rea Silvia, que fue la madre de Rómulo. 4 Y como prueba de que todo esto fue dispuesto por los inefables misterios y meditadísimos designios de Dios y que no sucedió por intervención humana o por casualidad, puedo señalar que todas las historias antiguas comienzan en Nino y que todas las historias de Roma parten de Proca. 5 Además, desde el primer año del reinado de Nino hasta el año en que Babilonia empezó a ser construida por Semíramis, pasaron sesenta y cuatro años; y desde el primer año del reinado de Proca hasta la fundación de Roma, llevada a cabo por Rómulo, pasaron igualmente sesenta y cuatro años. De esta forma, durante el reinado de Proca, se echó la simiente de la futura Roma, aunque todavía no se veía el brote.

Por otra parte, en el mismo año del reinado del propio Proca terminó el imperio de Babilonia, a pesar de que la propia ciudad de Babilonia siguió aún existiendo. 6 Efectivamente, al pasarse Arbato al lado de los medos, los caldeos, reivindicando para ellos, en detrimento de los medos, la ciudad de Babilonia, retuvieron en su poder parte del imperio[129]. 7 De esta forma, si bien el pode-

---

[127] Se refiere aquí Orosio al final del Imperio asirio que tiene lugar efectivamente tras la muerte de Asurbanipal (668-626? a. C.), al que él llama Sardanápalo; en esta época, medos y caldeos cogen la herencia asiria.

[128] En la larga lista de nombres de reyes que, según la tradición, reinaron en el Lacio desde Ascanio hasta Rómulo, nos encontramos, según Livio, I 3, 6-10, ya en los últimos lugares con Proca, que efectivamente es padre de Numitor y Amulio.

[129] En su lucha contra Sardanápalo, Arbato fue ayudado por

río teórico sobre Babilonia lo tenían los medos, su propiedad real[130] estaba en manos de los caldeos; éstos, sin embargo, por respeto a la antigua dignidad de la ciudad regia, prefirieron decir, no que la ciudad era suya, sino
8 que ellos eran de la ciudad. Debido a la situación en que quedó Babilonia, sucede que Nabucodonosor y los demás reyes que le siguieron, hasta Ciro, a pesar de que se puede leer que fueron poderosos gracias a las fuerzas de los caldeos y famosos por el nombre de Babilonia, no son tenidos, sin embargo, ni en la lista ni en la cabeza de los reyes ilustres[131]. De esta forma, en el mismo año en que Babilonia fue humillada[132] bajo la prefectura de Arbato, Roma, bajo el reinado de Proca, fue, para hablar con propiedad, sembrada.

9 Por último, Babilonia fue destruida por Ciro en la misma época en que Roma fue liberada por primera
10 vez de la tiranía de los reyes Tarquinios[133]. Consiguientemente, en una e idéntica coincidencia temporal, cayó Babilonia y resucitó Roma; aquélla, sufriendo entonces por primera vez el dominio de estos pueblos; ésta, recha-

---

Beloco, prefecto de Babilonia. Por ello, tras la derrota de Sardanápalo, Arbato se quedó con el territorio medo y persa y Beloco con Babilonia juntamente con Asiria. En realidad se trata de la alianza entre medos y caldeos contra el poderío asirio ya agonizante.

[130] Orosio utiliza aquí los términos *proprietas* y *potestas*. Los medos tenían la *potestas*, es decir, el mando teórico sobre Babilonia, pero el control real *(proprietas)* estaba en manos de los caldeos.

[131] Le interesa a Orosio, para establecer mejor la comparación entre el Imperio asirio y el romano, insistir en que el Imperio babilonio ya no existe y en la poca importancia del Imperio caldeo.

[132] Su separación real, aunque no teórica, de los herederos del antiguo Imperio babilonio, es considerada como una humillación.

[133] Se trata del final del dominio etrusco en Roma, que la tradición hace coincidir con la expulsión del último rey etrusco, Tarquinio el Soberbio.

zando entonces, también por primera vez, la fastidiosa
tiranía de los suyos; aquélla, moribunda o poco menos,
dejó la herencia; ésta, adolescente ya, se reconoció a sí
misma como heredera. En ese momento termina el im-
perio de Oriente y comienza el de Occidente.

Pero, para no detenerme ya más tiempo en palabre- 11
ría, me voy a poner en manos de la crítica insana, aun-
que con la esperanza de salvarme con la ayuda de la
verdad.

Nino reinó cincuenta y dos años; le sucedió, como ya 3
dije, su esposa Semíramis; ésta, durante su reinado de
cuarenta y dos años, fundó, mediado el mismo, la ciudad
de Babilonia, capital del imperio. Y esta ciudad, a los 2
mil ciento sesenta años y casi cuatro más de su funda-
ción, fue despojada de sus riquezas y privada de su
poderío y de su rey [134] por los medos y por Arbato, rey
de aquéllos y prefecto de la ciudad; a pesar de ello, aún
permaneció todavía algún tiempo sin ser destruida.

Pues bien, de la misma forma, Roma, tras un número 3
igual de años, es decir, mil ciento sesenta y casi cuatro
más, ha sido atacada y privada de sus riquezas, aunque
no de su imperio, por los godos y por Alarico [135], rey de
aquéllos, y por el prefecto de la ciudad [136]; a pesar de
ello se mantiene todavía e impera incólume.

---

[134] Sardanápalo o Asurbanipal.

[135] El saqueo de Roma en el 410.

[136] Se refiere a Atalo, prefecto de la ciudad, nombrado emperador por Alarico. Orosio le da el título de *comes*. En principio el *comes* era aquel que asistía o acompañaba a los magistrados o generales en una misión sin ninguna función concreta. En época imperial los *comites* forman toda una corte, muy jerarquizada, que asiste al emperador, tanto en cuestiones internas (*comites intra consistorium*, que eran los consejeros íntimos del emperador; *comes rei priuatae* y *comes sacrarum largitionum*, ministros de finanzas), como en provincias (*comes rei militaris*, que acumulaba en una provincia los cargos civiles del gobernador y el mando en tropas, etc.).

4 Y aunque en virtud de ocultas decisiones se haya mantenido entre una y otra ciudad un orden de total identidad hasta el punto de que, en el caso de Babilonia, su propio prefecto Arbato se apoderó del imperio y, en el de Roma, también su propio prefecto Atalo ha intentado reinar, sin embargo sólo en el último caso se ha visto frustrado el intento de los bárbaros gracias al valor de un emperador cristiano [137].

5 Yo he considerado oportuno recordar estas coincidencias sobre todo por esto: para que, al quedar parcialmente en evidencia los secretos de los inefables designios divinos, aquellos que murmuran neciamente sin duda de esta época cristiana sepan que sólo Dios es el que ha dispuesto el orden de los tiempos en favor, en un primer momento, de los babilonios, y, finalmente, de los romanos; y que debemos a su clemencia el hecho de que vivamos y sólo a nuestra incontinencia el hecho de que
6 vivamos en desdichas. En efecto, he aquí que el origen de Babilonia y Roma fue semejante, semejante su poderío, semejante su grandeza, semejante su duración, semejantes sus bienes y semejantes sus males; sin embargo, no ha sido semejante su final ni igual su desaparición: Babilonia perdió su imperio, Roma lo mantiene; aquélla quedó huérfana con el asesinato de su rey, ésta
7 se mantiene firme con la vida de su emperador. Y esto, ¿por qué? Porque aquélla fue castigada, en la persona de su rey, a causa de la vileza de sus pecados; ésta se mantiene, también en la persona de su rey, gracias a la sobria rectitud de la religión cristiana; en aquélla la excesiva libertad para los placeres enloqueció a los libi-

---

137 Honorio. El paralelismo entre Babilonia y Roma se rompe aquí; si bien en ambos casos se ha tratado de una revuelta contra el emperador (Arbato en Babilonia y Atalo en Roma), en el caso de Roma la revuelta no ha prosperado gracias al cristianismo, concretamente gracias a un emperador cristiano.

dinosos por la falta de respeto a la religión, en ésta había cristianos que perdonaban, cristianos a quienes se perdonaba y cristianos, por cuya memoria y en cuya memoria, se perdonaba.

Por lo cual, que dejen ya de difamar a la religión 8
cristiana y de tentar la paciencia de Dios, gracias al cual tienen —y que lo sigan teniendo, si es que en algún momento desisten de su postura— esta privilegiada situación sin ser castigados. Que recuerden conmigo las épo- 9
cas de sus antepasados, agitadas por guerras, odiosas por los crímenes, vergonzosas por las disensiones, llenas de desgracias, épocas ante las que con razón pueden horrorizarse, porque existieron, y que necesariamente deben rogar que no vuelvan; y rogárselo en verdad sólo 10
al Dios que, entonces, en su impenetrable justicia, permitió que existieran aquellos tiempos y que en su evidente misericordia nos concede ahora el don de que no existan.

Esas épocas las voy a recordar ahora enteramente empezando en la fundación de Roma, revolviendo por orden las distintas historias.

De la fundación de la ciudad de Roma; del año en que fue fundada, contando a partir de la caída de Troya, y de cómo fue deshecha y corrompida, a lo largo de doscientos tres años hasta la llegada de los cónsules, por los crímenes de sus reyes y príncipes

En el año 414 después de la caí- 4
da de Troya y en la sexta de las olimpíadas [138], las cuales suelen celebrarse en la ciudad griega de Élide con luchas y juegos al quinto año después de la anterior, es decir, dejando cuatro años entre una y otra, fue construida en Italia la ciudad de Roma por dos fundadores, Rómulo y Remo. Ró- 2
mulo manchó inmediatamente el reino con la sangre de un parricidio y, en una sucesión de actos de crueldad semejante,

[138] La sexta olimpíada corresponde a los años 756-753.

dotó con la sangre de sus maridos y de sus padres a las mujeres sabinas, violentamente raptadas y unidas a los romanos mediante crueles nupcias.

3 Efectivamente, Rómulo, tras asesinar primero a su abuelo Numitor y después a su hermano Remo, se apoderó del mando y levantó la ciudad; inauguró el reino con la sangre de su abuelo[139], los muros con la de su hermano[140] y el templo con la de su suegro[141]; reunió a un grupo de criminales prometiéndoles absoluta im-
4 punidad. Su primer campo de batalla fue el foro de la ciudad, dando ya a entender que las guerras externas e internas, en mezcla conjunta, nunca habrían de faltar.

5 Y a las mujeres de los sabinos, a los cuales había atraído a Roma mediante un pacto y para presenciar unos juegos, las raptó tan vergonzosamente como cobar-
6 demente las defendió. Al rey de los sabinos Tito Tacio, anciano enraizado en los honrosos motivos de la amistad, tras haberle atacado con las armas, le mató después cuando le hizo socio suyo en el reino[142].

7 Se entabló también una guerra con los de Veyes, guerra todavía de poco renombre, pero ya con grandes contingentes. Fue tomada y destruida la fortaleza de Cenina.

8 Después que tomaron por primera vez las armas, no volvió a conocerse la paz, como quiera que temían que, si en algún momento se entregaban a la paz, se apode-

[139] Ni Justino ni Livio dicen nada de que Rómulo matase a su abuelo Numitor; sí a Amulio, su tío-abuelo.

[140] Según una versión de la leyenda, Rómulo mató a su hermano por atravesar el surco marcado de lo que iba a ser Roma; según otra, le mató en la discusión sobre quién habría de ser el fundador de Roma y, por tanto, el que levantara los muros.

[141] Tito Tacio.

[142] Según el testimonio de Livio, no fue Rómulo el asesino de Tito Tacio, sino que fue asesinado en un tumulto en Lavinio; de cualquier forma, dice Livio, Rómulo no mostró pesar ni vengó la muerte de Tito Tacio.

rara de su patria la vergüenza de la pobreza y la desgracia del hambre. Resumiré ahora brevemente las sucesivas guerras, incesantes y siempre cruentas, en consonancia con el número de contingentes: por ejemplo, 9
que Tulo Hostilio[143], institucionalizador del arte militar, confiado en sus bien adiestrados combatientes, hizo la guerra a los de Alba y que, tras alternativas inciertas de uno y otro lado, pero con evidentes matanzas, los pésimos resultados y dudosos desenlaces terminaron con el reducido enfrentamiento de tres pares de hermanos[144];
que, rota de nuevo la paz, Metio Fufetio, en la guerra 10
contra Fidenas, en un momento de indecisión, cuando ya incluso tenía meditada su traición, pagó la culpa de su doblez de ánimo con el castigo de su cuerpo partido en dos al ser atado a dos carros que tiraban en dirección
contraria; que, bajo el caudillaje de Anco Marcio, los 11
latinos intervinieron frecuentemente en batallas, siendo de vez en cuando derrotados[145]; que Tarquinio Prisco derrotó en innumerables enfrentamientos a doce pueblos de Tuscia, todos ellos limítrofes y poderosos en aquella época; que los de Veyes, a pesar de los continuos ataques de Servio Tulio, fueron vencidos pero no
sometidos; que Tarquinio el Soberbio consiguió el reino 12
tras asesinar a su suegro[146], que lo retuvo ejercitando la

[143] Tulo Hostilio es tradicionalmente el tercer rey de Roma. Su toma de Alba Longa y la fundación de la Curia Hostilia parecen ser hechos históricos. A su reinado se atribuyen una serie de hechos guerreros.

[144] Los Horacios, por parte romana, y los Curiacios, por parte sabina. En un primer momento caen dos Horacios, y el que queda va eliminando uno por uno a los tres Curiacios; con ello, la victoria cayó del lado romano.

[145] Anco Marcio pasó, sin embargo, a la historia, no precisamente como rey guerrero, sino como rey constructor: a él se atribuyen la fundación del puerto de Ostia y la creación del *Pons Sublicius*, que unía Roma con el Janículo.

[146] Servio Tulio.

crueldad con los ciudadanos, y lo perdió por la vergonzosa violación de Lucrecia [147]; reinó entre vicios en el interior y brillantes actos en el exterior: así, por ejemplo, la toma de poderosas fortalezas en el Lacio (Ardea, Orícolo, Suesa y Pometia), y la acción que llevó a cabo contra los gabios, para la que se sirvió ya de un engaño de su propia invención, ya del castigo dado por su hijo a los gabios, ya de las fuerzas propias de Roma [148].

13 Pero de los males ininterrumpidos que durante doscientos cuarenta y tres años sufrieron los romanos bajo la tiranía de los reyes, son buena prueba no ya la expulsión de uno de los reyes, sino también el desprecio que
14 se tiene al nombre y al sistema regio. Pues, si sólo fuese culpable la soberbia de un solo rey, hubiera bastado con echar solamente a ese rey manteniendo la dignidad real para otros mejores.

15 La consecuencia fue que, tras ser expulsados los reyes de Roma, los romanos, pensando que era mejor un régimen en el que se mirara por sus intereses que no otro en que se concediera a alguien el dominio sobre su propia libertad, crearon a los cónsules: éstos gobernaban el estado, que entonces estaba en desarrollo, con proyectos excesivamente arriesgados, como si ya fuese adulto.

---

[147] Mujer de Colatino. La leyenda de Lucrecia va unida a los hechos que determinaron la caída de la Monarquía y el comienzo de la República.

[148] De acuerdo con la leyenda, Tarquinio tomó la ciudad de los gabios mediante una estratagema: dejó marchar a su hijo menor, Sexto, hacia los gabios; éste se presentó ante ellos como prófugo, haciéndose confidente de los gabios; posteriormente, advertido por su padre, fue matando uno a uno a todos los líderes gabios, facilitando de esta forma la conquista.

De Bruto, que fue el primer cónsul de Roma

En el año 244 de la fundación 5 de la ciudad, Bruto, el primer cónsul romano, consiguió no sólo igualar, sino incluso superar, con la ejecución de un parricidio, al fundador y primer rey de Roma. Efectivamente, a sus dos hijos ya adolescentes y a otros tantos hermanos de su esposa, los jóvenes Vitelios, acusados de conjurar para volver a introducir el régimen real en Roma, los hizo traer a la asamblea, los hizo abatir a palos y degollar con hachas. Posteriormen- 2 te, en una guerra contra los de Veyes y los de Tarquinio, murió al lado de Arrunte, hijo de Tarquinio el Soberbio, con el que se había enfrentado y con el que compartió la muerte.

Porsena, rey de los etruscos y durísimo reivindicador 3 del régimen real, aterrorizó, rodeó y asedió durante tres años seguidos a la temblorosa Roma, con la intención de volver a instaurar a Tarquinio por la fuerza. Y si no hubiese sido porque Mucio con su valeroso sacrificio de dejarse quemar la mano [149], o porque la joven Cloelia con la admirable audacia de pasar a nado el río [150] hicieron cambiar de opinión al enemigo, los romanos se hubieran visto sin duda de nuevo obligados a soportar o bien la cautividad, al haber sido superados por la insistencia del enemigo, o bien la esclavitud, al haber sido subyugados con la reinstauración del rey.

[149] Se trata de Gayo Mucio Escévola quien, para mostrar a Porsena el estoicismo y valentía de los jóvenes romanos, soportó con indiferencia el dolor que supone el dejarse quemar la mano, metiéndola en el fuego.

[150] Joven romana que era, juntamente con otras, rehén de Porsena; en un alarde de valentía escapó del campamento etrusco y atravesó el Tíber a nado. Posteriormente fue devuelta a Porsena; pero éste, admirando su valentía, la dejó en libertad juntamente con otras jóvenes que tenía en su poder.

4 *De la guerra entre sabinos y romanos; de la sedición de la plebe, y del hambre y la peste que siguió. Roma fue considerablemente abatida por estas desgracias*

Posteriormente, los sabinos, reclutando tropas de todas partes, atacan a Roma con grandes contingentes militares. Los romanos, aterrorizados por este ataque, nombran un dictador [151], cuya autoridad y poder estaba por encima del cónsul. Este nombramiento fue muy útil en aquella guerra.

5 Tiene lugar después una sedición de la plebe contra el senado; es el momento en que el pueblo, espoleado por distintas vejaciones, tomó y ocupó con las armas el monte Sacro [152], mientras que el dictador Marco Valerio estaba haciendo un reclutamiento de tropas. ¿Qué puede haber más atroz que esta locura: que el cuerpo, separado de la cabeza, trame la perdición de aquélla a través de la cual recibe la vida? Y se hubiera terminado con el nombre de Roma a causa de esta disensión interna, si no se hubiese conseguido una reconciliación inmediata, antes incluso de que se diera a conocer la sedición.

6 Y, aparte de las calamidades de la guerra, que son patentes, apremia y amenaza a la ciudad, con un triste resultado, una oculta desgracia: efectivamente, durante el consulado de Tito Gesonio y Publio Minucio [153], aquejan a la ciudad, que ya de por sí estaba agotada, dos de los más grandes y abominables males: el hambre y la

---

[151] Es la magistratura republicana a la que se acude en situaciones críticas; concentra en sus manos el poder de los dos cónsules.

[152] A tres millas, al O. de la vía Nomentana. Se trata del comienzo de la lucha entre patricios y plebeyos.

[153] Tito Geganio Macerino y Publio Minucio Augurino (492 antes de Cristo).

peste. Con ello cesaron un poco las guerras, pero no cesaron las muertes.

De la dura guerra contra los de Veyes y los etruscos, a los que derrotó el cónsul Marco Fabio no sin graves daños para el Estado. En esta guerra es traidoramente eliminada toda la familia de los Fabios

Los etruscos de Veyes, enemigos difíciles, tras agregar a su ejército tropas de los pueblos vecinos, se vuelven a levantar en guerra, siendo esperados por Marco Fabio y Gneo Manlio[154], que habían salido a su encuentro; en la batalla, tras el rito del juramento, en el que los romanos se comprometieron a no volver al campamento sin la victoria, fue tan cruel el enfrentamiento y tan idéntica la suerte de vencidos y vencedores que, habiéndose perdido gran parte del ejército y habiendo muerto en la lucha el cónsul Manlio y el ex cónsul Fabio, el otro cónsul, Marco Fabio, rechazó el triunfo que el senado le había concedido porque, con tan grandes pérdidas para el Estado, lo que procedía era más bien el luto. De la situación de orfandad en que quedó el estado con la pérdida de la familia de los Fabios, famosa por su número y por sus valores, a la que tocó en suerte la lucha contra Veyes, son testigos el río que los tragó[155] y la puerta que les envió al combate[156], que conservan todavía sus nombres infames. Efectivamente, después que los trescientos seis Fabios[157], que eran en

7

8

9

[154] Marco Fabio Vibulano II y Gneo Manlio Cincinato (480 antes de Cristo).

[155] El río Cremera, pequeño afluente del Tíber, a ocho km. de Roma.

[156] La puerta *Carmentalis;* posteriormente se llamó *Scelerata,* precisamente porque por ella salieron los 300 Fabios que fueron a la lucha.

[157] Otros autores, como Floro y Valerio Máximo, redondean la cifra dando el número de 300; Orosio sigue, a este respecto, a Livio.

verdad los más brillantes astros del estado romano, solicitaron que se les encargase especialmente a ellos la guerra contra los de Veyes, confirmaron con los primeros éxitos la esperanza de una expedición temerariamente asumida; pero después, atraídos a una trampa y rodeados de enemigos, fueron eliminados todos ellos, a excepción de uno que quedó para llevar la noticia del desastre, para que en Roma la noticia de la pérdida fuese más triste que la propia pérdida.

10 Por lo demás, no solamente en Roma sucedían tales desgracias, sino que también otras regiones ardían en sus propios fuegos, de forma que se podría aplicar ahora a todo el orbe lo que el poeta más grande de todos dijo de una sola ciudad [158]: «Por todas partes, tristes llantos, por todas, terror y la imagen constante de la muerte.»

6

Del rey persa Ciro, que desviando el curso del Eufrates ocupó con los enormes contingentes de su ejército la poderosa ciudad de Babilonia; de cómo se llevó a cabo el sitio de esta ciudad, y de la toma de Lidia en esta misma época también por parte de Ciro

Efectivamente, en esta misma época, Ciro, rey de los persas —del que he hablado más arriba para explicar los ciclos de la historia, y que arrasaba con su ejército Asia, Escitia y todo Oriente en la misma época en que Tarquinio el Soberbio atribulaba a Roma con la esclavitud, como rey suyo que era, y con la guerra, como enemigo que era de otros pue-
2 blos—, Ciro, repito, tras dominar a todos los pueblos que había atacado, se dirige contra los asirios y contra Babilonia, pueblo y ciudad los más opulentos de toda aquella época. Su ataque fue cortado por el río Gindes, el segundo en caudal tras el
3 Eufrates; efectivamente, uno de los caballos del rey, excelente por su nobleza y hermosura, excesivamente

---

[158] VIRGILIO lo dice de Troya (*En.* II 368).

confiado a la hora de pasar, en un lugar por donde se
producían, en mitad del turbulento río, torbellinos que
iban a chocar con el fondo, fue engullido por éstos, que
lo arrebataron y hundieron de cabeza; el rey, airado, 4
mandó castigar al río, prometiendo que, por haber de-
vorado entonces a su extraordinario caballo, lo habría
de dejar a partir de ahora vadeable incluso por mujeres
sin apenas mojarse las rodillas. Y no tardó en hacerlo:
a lo largo de todo un año consiguió disminuir, con el
trabajo de todas sus tropas, el caudal del río Gindes,
dividiéndolo y separándolo, por medio de grandes cana-
les, en cuatrocientos sesenta cauces distintos. Conver- 5
tidos gracias a esta obra en estupendos zapadores, des-
viaron después también el curso del Eufrates, río enor-
memente caudaloso y que corre por mitad de Babilonia.
De esta forma, mediante pasos vadeables que incluso 6
por algunas partes mostraban el fondo, se abrió camino
y tomó la ciudad; una ciudad que apenas nadie podía
pensar que hubiese podido ser construida por mano
humana o que pudiese ser destruida por fuerza humana.
Y es que Babilonia había sido fundada por el gigante 7
Nebrot, y reconstruida por Nino o Semíramis, según el
testimonio de muchos autores. Por lo demás esta ciudad 8
estaba abierta a todas partes por lo llano de su terreno,
era fecundísima por la naturaleza del suelo, y, a modo
de campamento, estaba distribuida en forma cuadrada
con murallas de igual altura. La firmeza y anchura de
sus muros apenas se pueden creer si no se ven: concre-
tamente tenían una anchura de cincuenta codos [159] y una
altura de doscientos. Su perímetro era de cuatrocientos 9
ochenta estadios [160]. El muro era de una masa compacta
de ladrillo cocido mezclado con asfalto; por fuera le

---

[159] Medida de longitud cuya equivalencia sería de 0,44 m.

[160] El «estadio» son 125 pasos, que equivalen a unos 184 m.

10 rodea una ancha fosa a manera de río. En la parte anterior de los muros tenía cien puertas de bronce. La propia anchura de las almenas, en su cima, además de tener simétricamente colocados a uno y otro lado los puestos de guardia, permite, en los huecos del medio, el paso de rápidas cuadrigas. En el interior, las casas, de cuatro pisos, son admirables por su amenazante altura.

11 Y sin embargo, aquella gran Babilonia, aquella que fue la primera ciudad fundada tras la recuperación del género humano[161], ahora ha sido derrotada, tomada y
12 destruida casi sin ninguna dificultad. Y, aunque en este momento acudió, en ayuda de los babilonios, Creso, rey de Lidia y famoso por sus riquezas, tuvo que retirarse precipitadamente a su reino, tras haber sido vencido. Y Ciro, tras atacar a Babilonia como enemigo, arrasarla como vencedor y dar órdenes como rey, trasladó la guerra a Lidia; aquí derrotó sin ninguna dificultad a un ejército aterrorizado ya por el anterior combate. Capturó al propio Creso y, una vez capturado, le perdonó la vida y el patrimonio.

13 No es momento ahora de acumular los veleidosos cambios de las situaciones humanas: y es que está claro que la caída de Babilonia viene a confirmar que todo lo que se hace con el trabajo y la fuerza humana, termina por morir y consumirse con el paso del tiempo; y de la misma forma que el imperio de Babilonia fue el primero y el más poderoso así también fue el primero en desaparecer, de forma que, en virtud de una cierta ley de sucesión temporal, Babilonia entregó la herencia a los que vinieron tras ella, y éstos se verán obligados a mantener
14 esta misma ley fatal de transmisión[162]. De esta forma

---

[161] Esta recuperación tiene lugar tras el diluvio universal (cf. I 3).

[162] Desde hacía ya bastante tiempo se había extendido la teoría cíclica de los imperios: éstos nacen, crecen y llegan fatalmente a

sucumbió ante la siguiente tentativa del invasor Ciro la gran Babilonia y también la enorme Lidia; cayeron, pues, en una sola expedición guerrera los dos brazos más fuertes de Oriente juntamente con su cabeza[163]. Y con su caída están apuntando hacia nosotros con acuciante angustia: sobre todo si es verdad que esta vacilante situación actual de aquel gran poderío antiguo del Estado romano se debe más a la debilidad de su propia vejez que al ataque de fuerzas externas[164].

De la guerra que el propio Ciro llevó a cabo contra los escitas, capitaneados por la reina Tamiris, por la cual fue vencido y ejecutado

Pues bien, el propio Ciro hizo 7
la guerra sin dilación alguna a los escitas. La reina Tamiris, que entonces estaba al frente de este pueblo, aunque pudo impedirle el paso por el río Arajes le dejó pasar por dos razones: en primer lugar, porque confiaba en sus propias fuerzas y, en segundo lugar, por la oportunidad de acorralar al enemigo que le proporcionaba el obstáculo del río. Por su parte, Ciro entró en Escitia, marcó el 2
asentamiento del campamento no lejos del lugar por donde atravesó el río y, posteriormente, como queriendo dar la impresión de que huía aterrorizado, abandonó astutamente el campamento con los preparativos para la

---

la vejez y a la muerte. Se trata, simplemente, de la aplicación a los imperios de las etapas de la vida humana.

[163] El imperio asirio o lo que de él quedaba y el lidio. La cabeza sería Babilonia.

[164] La aplicación de la teoría cíclica al Imperio romano arranca ya de época de Augusto. Precisamente uno de los historiadores que primero la aplica, apartándose de la idea del Imperio romano como algo eterno y como centro del mundo, es Pompeyo Trogo, a cuyo epitomador, Justino, sigue con frecuencia Orosio. Aquí, pues, se deja llevar Orosio por los temores de una posible caída del imperio, olvidándose de su teoría, según la cual el cristianismo ha rejuvenecido al imperio romano.

comida y bebida ya dispuestos. La reina, enterada de
esto, envió en persecución de Ciro a la tercera parte
de su ejército y a su propio hijo, todavía adolescente [165].
3 Los bárbaros, tras ser aparentemente invitados al ban-
quete del campamento, caen embriagados y, posterior-
mente, al regreso de Ciro, son todos ellos asesinados
4 juntamente con el joven. Tamiris, perdido su ejército y
su hijo, se dispone a aminorar su dolor, tanto de madre
como de reina, no con sus lágrimas, sino con sangre de
enemigos. Simula estar falta de confianza como conse-
cuencia de la desesperación subsiguiente al desastre su-
frido y, cediendo poco a poco, atrae al enemigo a una
5 emboscada. En esta emboscada, que fue tendida entre
unos montes, aniquiló a doscientos mil persas junta-
mente con su rey, no quedando —cosa sobremanera ad-
mirable— ni uno solo que pudiese hacer de mensajero
6 de tamaño desastre. La reina ordenó cortar la cabeza de
Ciro y arrojarla en un odre lleno de sangre humana, e
increpándola de una forma no digna de una mujer, dijo:
«Hártate de la sangre que tanto anhelaste y de la que
durante treinta años te mantuviste insaciable.»

---

[165] Llamado Espargapises; Heródoto cuenta que Ciro, al volver al campamento lo encontró embriagado y lo encadenó; cuando el joven se serenó, le suplicó a Ciro que le quitase las cadenas, y, una vez que lo consiguió, se suicidó. El relato de Orosio, que sigue a Justino, es mucho más simple.

Del rey Darío, quien, en un enfrentamiento con el rey escita Antero, perdió una no pequeña parte de su ejército; de su posterior expedición y conquista de Macedonia y Asia; de su guerra contra los atenienses, por los cuales fue derrotado, perdiendo gran parte de su ejército y teniendo que regresar a Persia, donde murió mientras tramaba una nueva guerra contra los vencedores

En el año 245 después de la 8
fundación de la ciudad, tras la
muerte de Ciro en territorio escita y después de un pequeño intervalo de tiempo, ocupó el reino de
los persas Darío, quien lo consiguió por suerte. Efectivamente, 2
en medio de los dos reinó Cambises, hijo de Ciro; éste, tras derrotar a los egipcios, desarraigó sus
ritos religiosos y destruyó sus templos, por cuanto despreciaba
toda la religión de aquéllos. Tras 3
la muerte de Cambises, los propios sacerdotes tuvieron la osadía de apoderarse subrepticiamente del reino en nombre precisamente del rey al que habían asesinado [166]. Estos mismos sacerdotes fueron posteriormente prendidos y eliminados. De esta forma, Darío, uno de los que 4
había castigado con las armas la audacia de los sacerdotes, fue nombrado rey con el consentimiento de todos.

Éste, después que reconquistó con las armas el territorio asirio y Babilonia, que había desertado del imperio persa, declaró la guerra a Antiro, rey de los escitas, a causa fundamentalmente de que no había conseguido la mano de la hija de éste, a pesar de haberla pedido [167].
¡Gran servidumbre es ésta de poner en peligro de muer- 5
te a setecientos mil hombres por el capricho de uno solo! En efecto, tras increíbles preparativos, Darío entró en Escitia con setecientos mil hombres armados; pero los enemigos, no sólo no daban oportunidad de una lu-

---

[166] Llegaron a ostentar el poder durante siete meses.

[167] En realidad, lo que pretendía Darío era proteger los límites de su territorio en el NO. contra las tribus danubianas.

cha en campo abierto, sino que además hostigaban con
6 fugaces guerrillas la retaguardia del ejército persa; en consecuencia, Darío, por temor a que se le cortara el regreso si rompían el puente del río Histro[168], se retiró atemorizado después de haber perdido a ochenta mil hombres; aunque no consideraba como gran daño este número de pérdidas, dando la impresión de que no había perdido un número de soldados a los que casi nadie hubiese tenido la osadía de soñar con tener en su ejército.

7 Posteriormente invadió y sometió Asia[169] y Macedonia. Derrotó igualmente, en una batalla naval, a los jonios. Se dirigió después y condujo su ejército contra los atenienses, ya que pensaba que éstos habían ayudado con tropas auxiliares a los jonios en su lucha contra él.
8 Y los atenienses, cuando se enteraron de que se acercaba Darío, no esperaron a la ayuda que habían solicitado de los lacedemonios, ya que habían cogido confianza al enterarse de que los persas se habían detenido durante cuatro días en un descanso religioso[170], sino que se dirigieron inmediatamente a los campos de Maratón para enfrentarse, con solamente diez mil atenienses que habían reunido y mil soldados plateos como
9 tropas auxiliares, a seiscientos mil enemigos. Al frente de las operaciones estuvo Milciades, quien, confiando más en la rapidez que en la fuerza, llegó, tras rapidísimo avance, a un cuerpo a cuerpo con el enemigo antes de

---

[168] No es el río de este nombre en Armenia, sino uno, más pequeño, del mismo nombre, en Escitia.

[169] Asia Menor. La verdad es que Asia Menor ya había caído bajo el poderío persa en época de Ciro. De lo que se trata ahora es de una sublevación de los jonios de Asia Menor, al mando de Aristágoras de Mileto.

[170] Orosio está confundido en este caso, ya que fueron los lacedemonios y no los persas los que se retrasaron cuatro días por motivos religiosos.

que éstos pudieran rechazarles mediante su hábil lan-
zamiento de flechas. Hubo tanta diferencia a la hora de 10
la lucha en esta batalla que daba la impresión de que,
en un ejército, sólo había hombres dispuestos a matar
y, en el otro, reses dispuestas a morir. En esta ocasión 11
murieron en Maratón discientos mil persas. Darío acusó 12
el daño, por cuanto derrotado y rechazado se retiró
hacia Persia, tras recoger las naves. Y cuando decidió 13
reiniciar la guerra y tramaba la venganza contra los an-
teriores vencedores, murió en medio de los propios pre-
parativos en la setenta y cuatro olimpíada, es decir en
el año 275 después de la fundación de Roma. Es la mis-
ma época en que fue enterrada viva la doncella Popilia
a causa de un pecado de estupro.

De Jerjes, hijo y sucesor de Darío, y del rey espartano Leónidas, quien con cuatro mil hombres deshizo un innumerable ejército persa. En esta batalla, el propio Leónidas, a pesar de matar a muchos enemigos, fue agotado y muerto juntamente con unos pocos suyos. También en esta batalla, Jerjes se retiró vergonzosamente dejando el mando a Mardonio, quien casi agotó totalmente lo que quedaba del ejército persa, muriendo también él mismo

Jerjes, sucesor en el trono de 9
su padre Darío, luchó durante cin-
co años contra los griegos conti-
nuando las hostilidades de su
padre. De esta guerra informó a
su pueblo el lacedemonio Dema-
rato, que se encontraba casual-
mente exiliado en territorio de
Jerjes, por medio de unas cartas
cuyas letras tapaba posteriormen-
te con una capa de cera.

Se dice que Jerjes reunió sete- 2
cientos mil soldados de su reino
más trescientos mil como tropas
auxiliares, además de mil doscien-
tas naves de guerra y tres mil de
carga; hasta el punto de que con
razón se recuerda que a un ejér-
cito tan inopinadamente grande y
a una armada tan inmensa ape-
nas le bastaban los ríos para be-

ber, las tierras para andar y los mares para recorrer.
3 Y a un ejército como éste, impensable en nuestra época, y cuyo número es tan difícil hoy de reunir como difícil entonces de vencer, se enfrentó en el desfiladero de las Termópilas, con sólo cuatro mil hombres, el rey de los
4 espartanos Leónidas. Jerjes, despreciando el escaso número de enemigos que se le enfrentaban, ordena iniciar el combate e ir al cuerpo a cuerpo. Los primeros persas que iniciaron el combate y también el desastre fueron aquellos cuyos familiares y compañeros habían muerto
5 en la batalla de Maratón. Siguió después una turba mucho más numerosa y también más torpe por cuanto, al no tener agilidad para los movimientos, ni libertad para la lucha, ni facilidad para la fuga, sólo ofrecía un buen blanco a la muerte; durante tres días seguidos tuvo lugar, no una batalla entre dos ejércitos, sino la matanza
6 de uno solo. Al cuarto día, cuando Leónidas comprobó que el ejército enemigo se extendía por todas partes [171], anima a las tropas auxiliares a que, apartándose de la lucha, se retiren a la cima del monte y se reserven para tiempos mejores [172]; les dice que son él y sus espartanos los que han de afrontar una suerte distinta; que son él y los suyos los que debían mirar más por la patria que
7 por la propia vida. Retirados los aliados, Leónidas arenga a los espartanos diciéndoles que deben tener grandes esperanzas de conseguir gloria, pero ninguna de conservar la vida; y que no se debía esperar ya más al enemigo ni el momento oportuno, sino que, a lo largo de

---

[171] Los persas descubrieron, debido a una traición, un camino que llevaba, a través de las montañas, a la retaguardia del ejército griego.

[172] Estas palabras están tomadas de Justino; sin embargo, Orosio omite un vocablo que está en su fuente. Justino dice: «se reserven para mejores tiempos de la patria»; Orosio omite «de la patria», dando de esta forma a las palabras de Leónidas una resonancia que no tienen con la alusión concreta a la patria.

aquella misma noche, debían atacar el campamento enemigo, cruzar las armas y sembrar la confusión entre las filas contrarias; que nunca volverían a tener ocasión de morir, como vencedores, más honrosamente que en
el propio campamento enemigo. Persuadidos, pues, de 8
que era preferible morir, se disponen a vengar de antemano su muerte ya segura, dando la impresión de que al mismo tiempo iban al encuentro de su muerte y la vengaban. Seiscientos hombres —maravilla contarlo—
irrumpen en un campamento de seiscientos mil. La con- 9
fusión reina en todo el campamento. Los propios persas ayudan incluso a los espartanos, ya que en la confusión se matan mutuamente unos a otros. Los espartanos, al buscar y no encontrar al rey persa, tumban y tiran al suelo todo lo que encuentran a su paso, recorren todo el campamento y, entre los apilados montones de cadáveres, apenas persiguen aquí y allá a unos cuantos enemigos: sin duda eran ya vencedores, si no hubiesen ele-
gido ya ellos mismos la muerte. La batalla se alargó 10
desde el comienzo de la noche hasta muy avanzado el día. Finalmente, fatigados ya de tanto vencer, cuando cada uno, al faltarle las fuerzas, consideró que ya había vengado suficientemente su propia muerte futura, se dejaron caer y morir ya cansados en medio del montón de cadáveres y en un terreno palpitante por la sangre todavía espesa y semicoagulada.

Jerjes, vencido ya dos veces por tierra, se prepara **10**
para una batalla naval. Pero el general ateniense Temístocles, cuando se dio cuenta de que los jonios —por cuya culpa se había buscado precisamente el ataque de los persas, por cuanto les prestó ayuda en la guerra anterior [173]— sacaban, en ayuda de Jerjes, su armada ya

[173] En la sublevación de los jonios contra Darío (cf. nota 169), éstos fueron ayudados por los atenienses. La batalla a la que alude ahora es la de Salamina (480 a. C.).

dispuesta en orden de batalla, decidió atraer a éstos a
2 su lado y quitárselos al enemigo. Y como no había posibilidad de coloquio, ordena poner señales y fijarlas en rocas en aquellos lugares adonde se suponía que llegarían los jonios con sus naves; con estas señales les echa en cara el hecho de que en otro tiempo fueran aliados y copartícipes de los mismos peligros y que ahora hayan desertado sin motivos; les recuerda encarecidamente los sagrados derechos de las antiguas alianzas y, sobre todo, les aconseja que, en el momento de la batalla, dando la impresión de que retroceden, remen hacia atrás y se alejen de la lucha.

3 Jerjes se queda como espectador de la batalla en el litoral, manteniendo a su lado una parte de las naves. Por otra parte, Artemidora [174], reina de Halicarnaso, que había venido como refuerzo del ejército de Jerjes, se entregaba entre los primeros guerreros tan duramente a la lucha que, como si hubiese cambiado el orden natural, se veía en los hombres una cautela propia de mu-
4 jer y en esta mujer una audacia propia de varón. En el momento en que la batalla era de resultado dudoso, los jonios, siguiendo las órdenes de Temístocles, empezaron a retirarse poco a poco del combate. Su deserción empujó a los persas a iniciar ya abiertamente la
5 fuga que, desde hacía rato, estaban buscando. En el consiguiente desorden fueron hundidas y capturadas muchas naves, aunque muchas otras, por temor a la crueldad de su rey, como si se tratase de un fiero enemigo, escaparon hacia los puertos de origen.

6 Mardonio se acerca a su rey, que estaba acongojado por tantos desastres, y le aconseja la conveniencia de volver todavía como rey a su reino, antes de que las malas noticias den ocasión a una revolución en su país.

---

[174] Heródoto, Justino y Pausanias la llaman Artemisia.

Y le dice que él mismo, si se le entregaban las tropas 7
que quedaban, se vengaría del enemigo y libraría a la patria de la ignominia recibida; o, en último caso, si los avatares de la guerra seguían marchando mal, sólo él caería ante el enemigo, mientras que el rey se libraría de la vergüenza de la derrota. Es aceptado el consejo 8
y el ejército queda en manos de Mardonio. El rey marcha con unos cuantos a Abidos, donde, a su paso, había construido un puente como si ya fuera el vencedor del mar. Pero, al encontrar destruido el puente por el temporal del invierno, atravesó el río en una balsa de pesca, no sin pasar mucho miedo.

Se trataba, realmente, de que el género humano de- 9
bía comprender y lamentar los cambios de las situaciones tomando como medida sobre todo este cambio concreto: que se tuviera que esconder de buen grado en un pequeño barco aquél bajo cuyo poder había estado antes el propio mar y que había llevado consigo, al hacer el puente, el yugo de su propia cautividad; que tuviera que necesitar de la pobre ayuda de un solo 10
siervo aquel ante cuyo poderío había cedido la propia naturaleza cuando, a su paso, se allanaban los montes, se llenaban los valles y se secaban los ríos. Por otra parte, las propias tropas de a pie, que habían sido puestas bajo el mando de los generales, se habían debilitado de tal forma con el esfuerzo, el hambre y el miedo, y se habían originado, al aumentar las enfermedades, tan gran epidemia y peste a causa de los muertos, que los caminos estaban cada vez más llenos de cadáveres, y aves rapaces y asquerosos animales, atraídos por el estímulo de la comida, seguían al ejército moribundo.

Por su parte Mardonio, a quien Jerjes había enco- 11
mendado la continuación de la guerra, tras tener unos primeros momentos de éxito, se vio después metido en una crítica situación. Asaltó, en efecto, en un primer

2 momento la fortaleza griega de Olinto [175]. Pero después tras intentar atraerse a los atenienses a un tratado de paz con distintos procedimientos y darse cuenta de que la libertad de éstos es inexpugnable, incendia parte de la ciudad y traslada a Beocia todo el aparato bélico.
3 Hasta allí le persiguieron cien mil griegos y, entablado inmediatamente un combate [176], obligaron a Mardonio a huir con unos pocos soldados, tras destruir casi todas sus tropas y dejarle sin recursos, como si saliera de un naufragio. Los atenienses se apoderaron del campamento enemigo repleto de tesoros reales; esto ocasionó en verdad un no pequeño deterioro de su antiguo amor al trabajo, ya que, tras dividir las riquezas, el oro persa se convirtió en el punto de partida de la corrupción de costumbres en Grecia.

4 Por último, los desastrosos comienzos persas tuvieron un final aún más lamentable. Efectivamente, el mismo día en que las tropas de Mardonio fueron destruidas en Beocia, otra parte del ejército persa protagonizaba un combate naval en Asia cerca del monte Mí-
5 cale [177]. Y allí, de repente, llegó a oídos de la armada y del pueblo el rumor de que las tropas de Mardonio habían sido aniquiladas y de que los griegos habían resultado vencedores. ¡Oh admirable ordenación de la voluntad divina! ¡Que una batalla que tuvo lugar en Beocia a la salida del sol fuera conocida al mediodía de la misma jornada en Asia, a pesar de que hay en
6 medio grandes extensiones de mar y de tierra! El rumor dio sobre todo el siguiente resultado: que los persas, dolidos en un primer momento y desesperados después por la noticia del desastre, terminaron por ser más tor-

[175] Ciudad calcídica, cerca del monte Atos.

[176] Se trata de la batalla de Platea (429 a. C.).

[177] En Jonia. Es un promontorio frente a la isla de Samos; la batalla fue entablada tanto en mar como en tierra.

pes en la lucha y nada hábiles en la fuga. Consternados, pues, y abatidos, la armada enemiga, cada vez más envalentonada, arremetió contra ellos con absoluto éxito.

Jerjes, por su parte, caído en desgracia entre los 7
suyos a causa de la desdichada guerra llevada a cabo en Grecia, fue acorralado y asesinado en el palacio real por su prefecto Artabano.

¡Oh tiempos aquellos dignos de nostálgico recuerdo! 8
¡Oh días aquellos de inalterable serenidad, que se nos presentan ahora como luminosos, a nosotros que estamos algo así como en tinieblas! Días en los cuales, en un brevísimo intervalo de tiempo, salieron de las entrañas de un solo país nueve millones de hombres, que murieron en tres guerras llevadas a cabo por tres reyes consecutivos. Y no voy a hablar de la entonces desdichada Grecia, que derrotó, a costa de su propia muerte, a toda esa numerosa multitud, que buena falta nos haría ahora en nuestra época. Y aquel Leónidas, el más 9
famoso de los lacedemonios, quien en aquella guerra contra Jerjes, que fue la última para él mismo y para sus enemigos, una vez que pronunció a sus seiscientos soldados aquellas famosísimas palabras: «comed en la idea de que la cena la haréis ya en el otro mundo», mandó, sin embargo, a las tropas auxiliares que se retiraran del combate, amonestándoles compasivamente a que se reservaran para mejores tiempos. He aquí que, 10
si aquél prometió un futuro mejor y los hombres de ahora afirman que el pasado fue mejor, ¿qué otra cosa se puede deducir, al no estar nadie contento en su época con el momento presente, sino o bien que todas las épocas son buenas aunque nadie esté contento con ellas o bien que nunca existen épocas suficientemente buenas?

12 *De la peste que, tras unos prodigios que la precedieron, asoló violentamente a Roma, cuando en una guerra civil, protagonizada por ciudadanos desterrados y siervos fugitivos, fue incendiado el Capitolio de la ciudad. En aquella época también obtuvo una victoria sobre los enemigos el dictador Quintio Cincinato*

Pasando a otros hechos, en Roma —para volver al momento en que lo dejé; y no es que por los intervalos en las miserias humanas me vea obligado a pasar de unos pueblos a otros, sino que, de la misma forma que las desgracias de otro tiempo, que ebullían por todas partes, se mezclaron con los propios hechos, así las relato yo mezcladas; mi propósito en efecto es relacionar entre sí las distintas épocas del mundo y no andar saltando por los desastres de cada una de las
2 partes del mundo—, en Roma, pues, en el año 290 después de la fundación de la ciudad, en una época en que hubo una tregua en las operaciones bélicas, se extendió brutalmente por toda la ciudad una cruel peste; la peste que siempre interrumpió en Roma las pocas treguas que se hacían, o bien obligaba a que se hicieran; ésta de ahora fue tal que, como presagio premonitorio de ella, con razón pareció arder el cielo, cuando la capital del mundo ardió en un fuego tan gran-
3 de de enfermedades. Y es que, en este año, la peste acabó con la vida de los dos cónsules, Ebutio y Servilio [178]; terminó con la mayor parte de las tropas militares; destruyó, con su asquerosa corrupción, a muchos
4 nobles y, sobre todo, a la plebe, a pesar de que, también cuatro años antes, una epidemia había diezmado a este mismo pueblo.

5 Al año siguiente, unos ciudadanos desterrados y unos siervos fugitivos, bajo el mando del sabino Herbonio,
6 invadieron e incendiaron el Capitolio. Allí se enfrentaron

[178] Lucio Ebutio Elva y Publio Servilio Prisco (463 a. C.).

a ellos los *iuniores* bajo el mando del cónsul Valerio[179]; y el momento cumbre del combate fue tan atroz y duro que el propio cónsul Valerio murió allí mismo, haciendo aún más indigna con su muerte una victoria que ya era indigna por ser obtenida sobre esclavos.

Sigue después el año en que un cónsul fue asediado 7
con su ejército tras haber sido derrotado[180]. En efecto, los ecuos y los volscos derrotaron al cónsul Minucio, que se había enfrentado a ellos en una batalla, y, en la huida, le sometieron en Algido[181] a un cerco de hambre y armas; y todo hubiera terminado mal, si Quintio Cincinato, aquel gran dictador, no hubiese roto, en un ataque a los sitiadores, el apretado cerco. Este Cincinato fue 8
encontrado en el campo, llevado del arado al consulado, convertido en vencedor tras aceptar el cargo y poner en orden las tropas; el yugo de sus bueyes se lo puso a los ecuos y, agarrándose a la victoria como si lo hiciese a la esteva, condujo delante de sí, marchando él a la cabeza, a los enemigos sometidos.

---

[179] Publio Valerio Publícola, cónsul por segunda vez en el año 460. Es un episodio éste de Apio Herdonio que entra dentro de las luchas de los plebeyos por sus reivindicaciones frente a la aristocracia. En cuanto a los *iuniores* son aquellos que se encuentran en edad militar: como en todas las ciudades-estado antiguas, el ciudadano romano es un ciudadano soldado; salvo que sea de la clase de los *capitecensi* debe servir desde los diecisiete años a los cuarenta y seis como *iunior* en las tropas activas.

[180] Lucio Minucio Esquilino Augurino (458 a. C.).

[181] Es una pequeña montaña con bosques, al SE. de Roma, entre Túsculo y Velitras, hoy monte Campatri.

13

Del trasvase de los poderes consulares a los decenviros y de la turbulenta situación del Estado motivada, de distintas formas, por los usurpadores. Es la misma época en que hubo en Italia devastadores terremotos

En el año siguiente al 300 después de la fundación de la ciudad, mientras se esperaba en Roma la llegada de los legados que habían sido enviados a Atenas para importar las leyes de Solón, el hambre y la peste paralizaron al ejército romano.

2 En el propio año 300 después
de la fundación de la ciudad, es
decir, en la nonagésima quinta
olimpíada, la transferencia de la *potestas* [182] consular a
los decenviros, con el fin de implantar las leyes áticas,
3 acarreó un enorme desastre para el Estado. Efectiva-
mente, sólo el primero de los decenviros, Apio Claudio,
continuó ostentando el *imperium* [183], mientras que los
demás quedaron al margen del mismo; los otros trama-
ron inmediatamente una conjuración, de forma que, des-
preciando la costumbre según la cual el distintivo del
imperium caía en uno solo, mientras que la *potestas* era
común a todos, lo revolucionaban todo en su propio in-
4 terés. Una de las cosas, entre otras, que se arrogaron
insolentemente fue la de pasear uno tras otro con las
doce insignias consulares y demás insignias del mando.
5 Y, en una nueva e inmoral organización política, surgió
un rebaño de tiranos en lugar de los cónsules, cuyo ca-

[182] La *potestas* es un término genérico que aludía al poder con que estaba investido un magistrado cualquiera para cumplir las funciones propias de esa magistratura. Estos decenviros fueron designados en el 452 a. C. y en el 451 se les dieron plenos poderes, de forma que en ese año no se eligieron cónsules ni otros magistrados. Su misión era, efectivamente, la de redactar las leyes.

[183] El *imperium* es el supremo poder o autoridad de la comunidad, delegado en este caso en Apio Claudio, el líder de los decenviros.

rácter religioso fue olvidado; tras añadir dos nuevas tablas de leyes a las diez anteriores, actuando la mayoría de las veces con insolente soberbia, se atrevieron a seguir con las mismas insignias el día en que era costumbre que cesaran los magistrados.

El desenfreno de Apio Claudio aumentó aún más el 6
odio enorme que ya se les tenía; éste, para conseguir a la joven Virginia, adujo antes como pretexto su condición de sierva; por ello, su padre Virginio, obligado por el dolor de la pérdida de la libertad y por la vergüenza de la deshonra, mató en presencia del pueblo, cual parricida piadoso, a su hija reducida ya a la esclavitud.

El pueblo, movido por la atrocidad de la decisión de 7
Virginio, necesaria por lo demás, y advertido del peligro de perder la libertad, ocupó en armas el monte Aventino. Y no dejó de defender con las armas su libertad, hasta que el grupo de conjurados abdicó incluso de sus propios cargos.

En la olimpíada centésimo-tercera y en la centésimo- 8
quinta hubo en Italia durante casi todo un año tan frecuentes y duros terremotos, que Roma estuvo continuamente turbada por las noticias sobre innumerables sacudidas y desastres de pueblos y fortalezas. Posterior- 9
mente hubo una larga y tórrida sequía, hasta el punto de que se perdió la esperanza de que la tierra diera frutos aquel año y el siguiente.

De los fidenates, enemigos del Estado a los que derrotó por tercera vez el dictador Emilio, y del estrago de Sicilia por las disensiones, la cual fue largo tiempo nutricia de tiranos y cautiva de guerras de esclavos

10 Y, en esta misma época, los habitantes de Fidenas, que eran enemigos de Roma, reuniendo un ejército principalmente de tropas auxiliares, se presentaron como terrible amenaza ante las fortalezas de Roma; Emilio, dictador por tercera vez, tomando con dificultades la propia Fidenas, logró rechazar y levantar la gran losa de esta amenaza.

11 Tal era la tensión de los propios romanos entre las desgracias venidas por sí solas y las buscadas por su valor que, o bien las guerras en el extranjero hacían olvidar las calamidades del interior, o bien las distintas pestes que se extendieron por cielo y tierra estropearon con sus incesantes infecciones las tranquilas treguas que seguían a las pérdidas en las guerras.

14 Sicilia fue, en un primer momento, patria de cíclopes [184] y, tras éstos, fue siempre nutricia de tiranos y muchas veces también prisionera de esclavos [185]; de todos éstos, los primeros se alimentaban con carne humana, los segundos con torturas y los últimos con muertes. Hay que exceptuar aquellos casos en que, en época de guerras externas de otros países, Sicilia era conside-
2 rada unas veces como botín y otras como premio. Esta isla, para decirlo en pocas palabras, no ha conocido lo que es la ausencia de desgracias hasta que no ha llegado esta época nuestra; es más (para explicar con claridad

[184] Tucídides señala, efectivamente, que en época muy antigua habitaban los cíclopes en una parte de Sicilia (TUCÍDIDES, VI 2).

[185] Aparte de las tradicionales sublevaciones de esclavos, posiblemente hay también aquí una referencia a Micito, un esclavo de Regio, que, en el 476 a. C., desempeñó la regencia como tutor de los jóvenes hijos del rey.

los cambios en las situaciones de los tiempos), de la misma forma que en épocas anteriores Sicilia, siempre sola, sufrió luchas tanto internas como externas, así también ahora es la única que no está sola. Y es que 3
hasta el propio Etna —por no hablar ya del largo tiempo que duró la desgracia por la que fue oprimida en otras épocas, o de esta paz de que disfruta ahora—, el Etna, que en aquella época vomitaba en frecuentes erupciones con la consiguiente ruina de ciudades y campos, ahora, sin embargo, sólo humea en inocente espectáculo para dar prueba de lo que fue en otro tiempo.

En la época intermedia —por pasar por alto la época 4
de los tiranos, de los cuales el que era vengador se convertía inmediatamente en sucesor—, es decir, en el año 335 después de la fundación de Roma, en un momento en que los habitantes de Regio, ciudad cercana a Sicilia, tenían luchas internas y la ciudad estaba dividida en dos partes a causa de las disensiones, una de éstas llamó en su ayuda a los veteranos de la ciudad siciliana de Himera. Éstos, tras expulsar de la ciudad en un pri- 5
mer momento a aquellos contra los cuales habían sido llamados y matar después a aquellos otros en cuya ayuda habían venido, ocuparon inmediatamente la ciudad apoderándose de las esposas e hijos de sus aliados y llevando a cabo acciones que no se pueden comparar con las que hacían los tiranos. Y es que, para los de Re- 6
gio, hubiera sido mejor soportar cualquier otra cosa a tener que invitar a quienes, posteriormente, ellos, cual unos desterrados, tuvieron que dejar como botín su patria, sus esposas, sus hijos y sus parientes.

De las disensiones y guerras civiles en Sicilia, en las que, al pedir ayuda los siracusanos a los griegos en su lucha con los de Catania, dieron lugar a duros y largos combates entre atenienses y espartanos, los cuales tenían, ambos, la esperanza de apoderarse de Sicilia

7 Por otra parte, también los
de Catania[186], cansados de tanto
aguantar los ataques y provoca-
ciones de los siracusanos, pidie-
ron ayuda a los atenienses. Pero
los atenienses enviaron una arma-
da equipada a Sicilia más por in-
terés propio que por el de sus
aliados, ya que, por una parte, se
proponían extender su propio im-
perio, y, por otra, temían que la
armada siracusana, recientemente
equipada, ayudase a los lacedemo-
8 nios. Y, dado que los primeros
atenienses que fueron enviados obtuvieron algunos éxi-
tos derrotando al enemigo, volvieron a enviar a Sicilia
nuevas tropas y un ejército más poderoso bajo el mando
9 de Laques y Cariades[187]. Pero los habitantes de Catania,
cansados ya de la guerra, firman una alianza con los
10 siracusanos y se olvidan de la ayuda ateniense. Poste-
riormente sin embargo, al transgredir los siracusanos,
en sus pretensiones imperialistas, las condiciones del
pacto, los catanienses envían de nuevo legados a Atenas,
los cuales, con el cabello y la barba sucios y vestidos de
luto, tenían la misión de pedir, con la palabra y con el
11 aspecto externo, misericordia y ayuda[188]. La consecuen-
cia es que se equipa una gran armada bajo el mando de
Nicias y Lámaco y que se dirigen de nuevo a Sicilia con
tan gran número de contingentes que incluso los que los

[186] Una ciudad de la costa este de Sicilia, a los pies del Etna.

[187] Estos generales fueron enviados a Sicilia en el verano del quinto año de la guerra del Peloponeso.

[188] El relato que sigue no es sino un resumen de un período de la guerra del Peloponeso entre atenienses y espartanos; concretamente, la campaña en Sicilia que tuvo lugar entre el 415 y el 413.

habían solicitado se asustaron de su propia decisión.
De inmediato consiguen los atenienses dos victorias en 12
tierra y, tras encerrar a los enemigos en la ciudad y cortarles la salida por mar poniendo delante la armada, los
sitian por tierra y por mar. Los siracusanos, por su par- 13
te, en esta situación desesperada y de cansancio, piden ayuda a los lacedemonios. Éstos envían inmediatamente a Gilipo, solo, es verdad, pero en él se ofrecía el símbolo de todo tipo de ayuda. Éste, cuando se dio cuenta al llegar de que la situación de la guerra se había inclinado a un bando, ocupó lugares aptos para la lucha tras reunir tropas auxiliares tanto en Grecia como en Sicilia.
Posteriormente, después de haber sido vencido, aunque 14
no asustado, en dos combates, mató en un tercer enfrentamiento a Lámaco, puso en fuga a los enemigos y liberó
a sus aliados del asedio. A raíz de ello los atenienses, 15
vencidos ya en la lucha terrestre, intentan salir al mar y se disponen a hacer la guerra en combate naval; Gilipo, al enterarse de ello, hace venir a la armada que los
lacedemonios tenían preparada; también los atenienses 16
envían, con un suplemento de tropas, a Demóstenes y Eurimedón en sustitución del general desaparecido; e igualmente los peloponesios, con el consentimiento y decisión de muchas de sus ciudades, envían gran cantidad
de tropas auxiliares a los siracusanos. De esta forma, 17
bajo la apariencia de hacer una guerra en defensa de sus aliados, atenienses y peloponesios llevan a cabo en realidad una guerra civil entre ellos y luchan con todas sus fuerzas por uno y otro bando, como si se hubiesen puesto de acuerdo para trasladar la guerra de Grecia a Si-
cilia. Pues bien, los atenienses son derrotados en un 18
primer combate y pierden el campamento con todos sus bienes, tanto públicos como privados, y con todo el
aparato necesario para la marcha diurna; una vez per- 19
didos sus recursos y reducidos a una situación angus-

tiosa, Demóstenes les aconseja volver a su patria y abandonar Sicilia en un momento en que todavía no se había
20 perdido todo, aunque todo parecía peligrar; Nicias, sin embargo, desesperado por la vergüenza de lo mal que se habían llevado a cabo las acciones desde el primer mo-
21 mento, sostiene que deben quedarse. Reanudan, pues, la guerra naval y posteriormente, llevados, por su desconocimiento del lugar, al estrecho del mar siracusano, son rodeados en emboscadas por los enemigos; cae en primer lugar el general Euríloco [189] y son incendiadas once naves. Demóstenes y Nicias abandonan la armada,
22 como si fuera más segura una huida por tierra. Gilipo, por su parte, ataca en un primer momento las ciento treinta naves abandonadas por aquéllos y, posteriormente, decide perseguir a los fugitivos, dando alcance y matando a la mayoría de ellos. Demóstenes evita la deshonra de la esclavitud mediante el suicidio, mientras que Nicias añade a su indigna y rastrera vida la deshonra del cautiverio.

15 Y los atenienses, que se encontraban ya en una situación precaria tras dos años de lucha en Sicilia —aunque tampoco los lacedemonios habían quedado indemnes—, se ven asediados por otras desgracias internas [190]. Efectivamente, Alcibíades, que, en un primer momento, fue elegido como general para la guerra contra Siracusa y que, posteriormente, fue llamado a juicio por una acusación [191], se exilió voluntariamente a Lacedemonia

---

[189] Es el Eurimedón mencionado más arriba.

[190] En este capítulo y en el siguiente sigue estrechamente el relato de Justino.

[191] La acusación contra Alcibíades se basaba aparentemente en la mutilación de unas estatuas de Hermes en Atenas; ello fue interpretado como señal de la existencia de una conjuración para hacer una revuelta, derribar la democracia y establecer la tiranía, de la cual se nombraba como tirano a Alcibíades. Posiblemente fue sólo una excusa de los grupos políticos opuestos a Alcibíades.

y animó a los espartanos a que atacaran en una nueva 2
guerra a los atenienses, que se encontraban ahora confusos, y a que no les dieran tiempo a recuperarse sin aniquilarlos totalmente. Toda Grecia se vio comprome- 3
tida en esta decisión, como si, reunidas todas las fuerzas para apagar un incendio común, se hubiera tomado una decisión en pro de un beneficio público [192].

También Darío, rey de los persas, que no olvidaba el 4
odio de su padre y de su abuelo contra esta ciudad, firma un tratado con los lacedemonios por medio de Tisafernes, sátrapa de Lidia, prometiéndoles dinero y tropas para la guerra.

Y maravilla decirlo: tantos fueron los recursos de 5
Atenas en estos momentos que, a pesar de que lucharon contra ella, es decir contra una sola ciudad, tropas de Grecia, de Asia y de todo Oriente, no se puede decir que fueran vencidos, aunque sí agotados, pero casi siempre luchando y nunca cediendo. En efecto, Alcibíades, en un 6
primer momento, obligó a todos los aliados atenienses a desertar de ellos y pasarse a los lacedemonios; pero luego, perseguido también con asechanzas, a causa de la envidia, por los propios lacedemonios, escapó y se refugió junto a Tisafernes en Media. Convertido inme- 7
diatamente, gracias a su natural acomodaticio y a su fácil palabra, en amigo de éste, le convence para que no ayude con tantas fuerzas a los lacedemonios; le dice que debería ser más bien árbitro y espectador de esta guerra y que debería reservar íntegras sus tropas de Lidia para luchar posteriormente contra el vencedor. Por ello, Tisafernes ordena que se envíe a Lacedemonia 8
sólo una parte de la armada con un pequeño ejército,

---

192 Tras la ocupación de Decelia, demos ateniense, por parte de los lacedemonios, se daban pocas esperanzas de supervivencia a Atenas; casi toda Grecia se adhiere a los vencedores en ciernes, los espartanos.

con el fin de que los lacedemonios, seguros con el peligro de otros, no lucharan con abundantes refuerzos, ni tampoco, totalmente abandonados, dejaran la guerra ya iniciada.

16 En Atenas por su parte, aunque la ciudad llevaba ya mucho tiempo turbada por luchas internas, se transfiere ahora, ante el peligro inminente, todo el poder al senado[193] de acuerdo con la voluntad del pueblo. Y es que las luchas intestinas engordan con el ocio, pero, cuando la necesidad obliga, se delibera en favor de la comunidad, posponiéndose los intereses y los odios pri-
2 vados. Y (aunque esto podría incluso ser perjudicial a causa de la connatural soberbia de los hombres y de sus tendencias tiránicas) se hace venir finalmente a Alcibíades, que estaba desterrado del ejército, y se le nom-
3 bra general de la armada. Enterados de esto, los oligarcas traman en un primer momento la entrega de la ciudad a los espartanos; y después, tras conspirar en vano, se marchan espontáneamente al exilio. En consecuencia, Alcibíades, una vez liberada la patria, dirige
4 la armada contra el enemigo. Entablado el combate, consiguen la victoria los atenienses. Y la mayor parte del ejército espartano es eliminada, casi todos sus generales ejecutados, y ochenta naves capturadas, sin contar aquellas que desaparecieron incendiadas o hundidas en
5 el combate[194]. La guerra, que fue trasladada de nuevo a tierra firme, siguió siendo igualmente desfavorable para los espartanos. Deshechos ante esta situación, los lacedemonios piden la paz, aunque no pudieron conseguirla.

---

[193] Se trata de la *probulé;* en el 412, tras el desastre de Sicilia y la alianza de toda Grecia y Asia contra Atenas, los distintos grupos oligarcas atenienses consiguen la creación de una magistratura integrada por los ciudadanos de más edad, destinada a la consideración previa de los asuntos corrientes. Los asuntos no corrientes o extraordinarios eran tratados en la *ecclesía.*

[194] Batalla de Cícico (410 a. C.).

Para colmo, los refuerzos siracusanos son llamados de 6
nuevo a Sicilia, cuando se tuvieron noticias de que estaba empeñada en una guerra con Cartago[195]. Como consecuencia de ello, Alcibíades recorre, con su armada vencedora, toda Asia; arrebata y asola todo su territorio con guerras, incendios y matanzas. Toma y recupera muchas ciudades, que no hacía mucho se habían apartado de la liga ateniense. Tras conseguir gran 7
renombre de esta forma, Alcibíades retorna vencedor a Atenas en medio de la admiración y gozo de todos los atenienses.

De la derrota final, casi aniquilación, de los atenienses a manos de los espartanos, que habían recibido ayuda de los persas, y del sometimiento de Atenas al poderío espartano mediante la imposición de unos gobernantes, a los cuales un ateniense llamado Trasíbulo, que se levantó en pro de la libertad de la patria, derrotó traidoramente rodeándoles bajo la apariencia de entablar un coloquio

Poco tiempo después, Alcibía- 8
des aumenta el número de sus tropas, engrosa numéricamente su ejército y su armada y se dirige de nuevo a Asia. Los lacedemonios por su parte ponen al frente de las operaciones de la armada y del ejército a Lisandro.
Y, además, Ciro, hermano de Da- 9
río y que había sido puesto al frente de Jonia y Lidia en sustitución de Tisafernes, los robustece con grandes recursos y tropas auxiliares. Lisandro ataca entonces en una repentina incursión al ejército de Alcibíades que estaba dedicado al botín y, por ello, disperso y errante por todas partes; le vence sin ninguna lucha y lo remata en la
huida[196]. Gran desastre fue éste para los atenienses y, 10

[195] Los marinos siracusanos eran las mejores fuerzas de la flota espartana; son llamados porque cien mil cartagineses habían tomado Himera y Selinunte y habían avanzado con éxito hacia el interior de la isla.

[196] Batalla naval de Notión (marzo del 406 a. C.).

sin duda, recibieron un golpe mucho más cruel que el que hacía poco habían ocasionado ellos a los lacedemonios. Enterados de esto, los atenienses creyeron que Alcibíades había querido vengar con esta mala actuación
11 el antiguo dolor de su destierro; por ello, eligen en su lugar a Conón, a quien confían lo que queda del ejér-
12 cito y el mando de las operaciones. Éste, intentando suplir, al menos en número, las tropas perdidas, recluta a ancianos y niños y forma un ejército. Pero un ejército de este tipo no puede poner freno a la guerra, y es que, lo que hay que curar con fuerzas, no suele curarse con
13 número. La consecuencia fue que este débil ejército en parte fue capturado y en parte fue aniquilado[197], y fue tan grande el montón de muertos en aquella batalla que daba la impresión de que había desaparecido no sólo el imperio sino también el nombre de Atenas.

14 Pero los atenienses deciden, en esta desesperada situación, entregar la ciudad a extranjeros[198] —y lo hacen con el fin de que ellos, que poco antes habían extendido su dominio por toda Asia, pudieran defender su ciudad y su libertad del desastre—; y, a pesar de que, al menos en su opinión, no constituían, ni siquiera atrincherándose tras la muralla, un número suficiente para defender la ciudad, deciden, sin embargo, probar
15 de nuevo la guerra naval[199]. Y es que la locura, cuando

---

[197] Posiblemente se trata del asedio de la flota ateniense, que había salido al mar en defensa de Metimna, atacada por los espartanos. En esta ocasión la flota ateniense perdió treinta naves y su situación fue realmente desesperada.

[198] En realidad, lo que hicieron fue entregar el derecho de ciudadanía (Justino, V 6, 14, donde habla concretamente de *ciuitatem*) a los metecos y extranjeros. Orosio entiende *ciuitatem* de Justino por *urbem*.

[199] Entre el anterior desastre y la batalla naval de que habla ahora (Egospótamos), los atenienses tuvieron un éxito naval (Arginusas), mediante el cual volvieron a establecer su hegemonía

no va acompañada de meditación, considera como valor la indignación, y todo lo que medita la ira, lo promete la audacia. El resultado fue que, aniquilados todos, unos 16
capturados y otros muertos, no quedó nada de resto de los propios restos[200]. Conón fue el único general que sobrevivió a la batalla y al resto del pueblo; éste, temiendo las represalias de sus conciudadanos, se dirigió hacia el rey Ciro. Evácoras, por su parte, que era el 17
general de los lacedemonios, tras arrebatar todas las ciudades, no dejó a los atenienses sino su propia ciudad, condenada ya a la inanición; y ello, no durante mucho tiempo, ya que posteriormente asedió a la propia Atenas. Dentro de ésta, el hambre, la desolación y la enfermedad 18
aquejaban a los asediados, y cuando, tras todas las más abominables desgracias, que horroriza incluso decirlas, no les quedaba ya otra esperanza que la muerte, pidieron la paz.

A raíz de esta petición de los atenienses, hubo largas **17**
deliberaciones entre los espartanos y sus aliados: mientras muchos[201] se pronunciaban en favor de que esta turbulenta ciudad fuera arrasada y de que este odioso pueblo fuese borrado juntamente con su nombre, los 2
espartanos dijeron que ellos no permitirían que fuese arrancado uno de los dos ojos de Grecia[202]; es más, firmaron la paz con los atenienses en las siguientes condiciones: que fueran destruidos los muros del puerto del Pireo, que llevaban a la ciudad; que entregaran la

---

naval. La nueva salida ateniense es contra Lisandro, que había logrado recuperar la flota espartana tras el desastre de Arginusas.

[200] Batalla de Egospótamos (405 a. C.), de la que sólo se libró Conón con una pequeña flota de nueve trieres.

[201] Los corintios y tebanos; según Plutarco (*Lisandro* 15) los tebanos propusieron que el lugar de Atenas se dedicara a pastoreo de ovejas.

[202] Los espartanos temían que, destruida Atenas, adquiriesen excesivo poder Corinto y Tebas.

flota que les quedaba; y que aceptaran los treinta go-
3 bernantes[203] elegidos por los espartanos. Sometidos y
subyugados los atenienses a estas condiciones, los lace-
demonios eligen a Lisandro para redactar las leyes de
obediencia en Atenas.
4 Este año es famoso por el saqueo de Atenas, la
muerte de Darío, rey de los persas, y el exilio de Dio-
nisio, tirano de Sicilia.
5 A continuación, los treinta gobernantes impuestos a
los atenienses se convirtieron en seguida en treinta tira-
nos. Se rodean, en primer lugar, de tres mil satélites[204],
y, posteriormente, rodearon también sus propios flancos
6 con setecientos soldados del ejército vencedor[205]. Con el
asesinato de Alcibíades, al que quemaron vivo ence-
rrándole durante el viaje de huida en su habitación,
inician una serie de continuos asesinatos de todo tipo
7 de personas. Tranquilos ya tras la muerte de Alcibíades,
como si hubiese desaparecido el vengador, agotan con
matanzas y robos las míseras reliquias de la ciudad.
Al propio Terámenes, que era uno de ellos, le despe-
dazan para ejemplo y miedo de los demás, porque se
habían enterado que no estaba de acuerdo con las ac-
8 ciones que cometían. La consecuencia es que todo el
mundo huye poco a poco de la ciudad; pero, como a
causa de una prohibición de los lacedemonios, se les
negaba a estos fugitivos, como si fueran unos desterra-
dos, la hospitalidad en toda Grecia, se dirigieron todos
a Argos y Tebas; allí fueron acogidos con el don de la
hospitalidad, de forma que no sólo apagaron un poco el
dolor por la pérdida de la patria, sino que también em-

---

[203] Serán los Treinta Tiranos.

[204] Los Treinta intentaron crearse cierto apoyo en las masas populares; para ello, nombran a 500 personas como miembros del Consejo, otras 500 para otros puestos del Estado y 2.000 para tomar parte en los procesos judiciales.

[205] Una guarnición de espartanos pagada por los Treinta.

pezaron a abrigar esperanzas de recuperarla. Entre los 9
desterrados estaba Trasíbulo, hombre enérgico y muy conocido entre los suyos por la nobleza de su familia[206]; él fue el iniciador de un arriesgado plan en favor de su patria. Los desterrados se unen en efecto y toman la fortaleza de Filé en los límites de Ática, y, ayudados con los recursos de muchas ciudades, van recuperando fuerzas: incluso Lisias, orador siracusano, les envió, en ayuda de la ciudad que era la patria común de la elocuencia, quinientos soldados, con el dinero, además, para pagarlos.

La batalla fue atroz[207], pero al luchar unos por la 10
libertad de su patria y otros en pro de una tiranía en el exterior, el propio combate se convirtió en juez de la valentía y de la causa de unos y otros; en efecto, los tiranos, tras ser derrotados, huyeron a Atenas y apartaron de la vigilancia de la ciudad, sospechosos ahora de traición, a todos los atenienses que antes habían
elegido como satélites suyos. Intentaron incluso ganarse 11
con dinero al propio Trasíbulo; cuando se dieron cuenta de que su propósito era baldío se lanzan de nuevo a la lucha con la ayuda de tropas auxiliares venidas de Lacedemonia[208]. En la batalla pierden la vida los dos tira-
nos más crueles de todos. Cuando Trasíbulo se dio cuen- 12
ta de que el resto de los vencidos y fugitivos eran, al menos en su mayoría, ciudadanos atenienses, los persigue a voces, los retiene con sus palabras, los atrae con ruegos, poniendo en evidencia ante ellos «qué clase de hombres eran aquellos de los que querían escapar y qué otra clase tan distinta aquella otra hacia la que querían huir: que él había hecho la guerra contra los treinta

---

[206] Había sido anteriormente estratego.

[207] Se refiere aquí al rechazo de los tiranos en Filé; los tiranos se habían dirigido a aquel lugar con 3.000 hoplitas.

[208] La batalla decisiva tuvo lugar junto a Muniquia.

tiranos y no contra los ciudadanos desgraciados; es más, les dice que todos aquellos que se acordaran de que eran ciudadanos atenienses, convenía que siguieran a los reivindicadores de la libertad de los atenienses.»
13 Esta exhortación surtió tal efecto entre aquellos que, vueltos de nuevo a la ciudad, obligaron a los tiranos a salir de la fortaleza y a emigrar hacia Eleusis[209]. Los ciudadanos de Atenas, tras aceptar en la comunidad ciudadana a todos aquellos otros que hasta ahora habían estado desterrados, hacen brotar la envidia entre los tiranos, que se lanzan de nuevo a la guerra, ya que, para ellos, la libertad de los demás era como su propia escla-
14 vitud. Es en este momento cuando, al declararse la guerra, y a pesar de que en un primer momento daban la impresión de que aceptaban el diálogo, son ejecutados por fin en aras de la paz estos tiranos, cogidos en asechanzas. Agrupados de nuevo los atenienses, y tras insaciables lágrimas de alegría, instauran los primeros fundamentos de la libertad recuperada haciendo juramento de que las discordias y rivalidades pasadas serían
15 echadas en eterno olvido y en eterno silencio. Considerando a este tipo de pacto como una nueva forma de vida y como una nueva feliz situación de su estado civil, lo llaman «amnistía», es decir, «abolición de todas las culpas». Fue una muy sabia actuación ésta de los atenienses, sobre todo teniendo detrás tan grandes y evidentes culpas; actuación sabia, sobre todo si las decisiones de los hombres tuvieran siempre, en virtud de alguna convención, el valor con que se promulgaron, mantenién-
16 dose el acuerdo entre las personas. Pero la verdad es que este mismo pacto fue roto casi en el momento de

---

[209] En realidad, los tiranos, cuando vieron que las cosas se ponían mal, confiscaron y mataron a los habitantes de Eleusis, preparándose así un refugio en caso de complicaciones posteriores.

las conversaciones del mismo; hasta tal punto que, apenas pasados dos años, Sócrates, el más famoso de los filósofos, arrastrado por los males contemporáneos, se suicidó en Atenas tomando veneno; y, posteriormente, cuando apenas habían pasado cuarenta años, por callar otras cosas, los propios atenienses, perdida totalmente la libertad, fueron esclavos bajo el mando de Filipo, rey de Macedonia.

A pesar de ello, los atenienses, que fueron el pueblo 17
más sabio de todos, y que aprendieron incluso con sus propias desgracias que las cosas más pequeñas crecen con la concordia, que las más grandes caen con la discordia, y que todos los bienes e, incluso, los males que acaecen fuera de la patria tienen sus raíces y emanan de causas internas, supieron erradicar el odio de su patria y echaron fuera las guerras, dejando a sus descendientes el ejemplo de su propia ruina y el procedimiento para la recuperación; ello, si es que, a pesar de la debilísima mutabilidad de la mente humana, esos descendientes saben mantener en los momentos prósperos lo que se decide en los momentos difíciles.

De la guerra civil entre los persas, guerra que protagonizaron Artajerjes y Ciro, hijos de Darío, en disputa por el reino; al morir uno de ellos, Ciro, pasó la totalidad del imperio a Artajerjes

En esta misma época tuvo lugar **18**
una guerra civil en territorio persa; fue incluso algo más que una guerra civil, ya que terminó casi con un parricidio. Efectivamente, tras la muerte del rey Darío, en las disputas que siguieron entre sus hijos Artajerjes y Ciro por el reino, se produjo por fin un enfrentamiento con grandes contingentes por una y otra parte, provocándose la ruina de
provincias y pueblos. En este conflicto, en un momento 2
en que la suerte enfrentó a los dos hermanos que corrían el uno contra el otro, Artajerjes es el primero

que resulta herido por su hermano, logrando escapar sin morir gracias a la velocidad de su caballo[210]. La destrucción, a la postre, de Ciro a manos de una cohorte real puso final a la lucha. En consecuencia, Artajerjes, apoderándose como botín de toda la expedición y ejército de su hermano, confirmó su mando en todo el imperio mediante un parricidio.

3 De esta forma, toda Asia y Europa se veían aquejadas de calamidades y desgracias, unas veces cada una por su lado, y otras, en mutuas relaciones.

4 He aquí cómo yo, en un pequeño libro, y en pocas
palabras, he ido, no desarrollando las acciones de las
distintas provincias, pueblos y ciudades, sino sobre
todo relacionando los distintos grupos de desastres.
Pues, ¿quién podría abarcar totalmente con palabras
los males y las desgracias de aquella época o quién po-
5 dría apagar con lágrimas aquellos dolores? Sin embargo,
ahora, aquellas mismas desgracias, por cuanto ya no son
tan agudas al haber pasado mucho tiempo desde que
ocurrieron, se han convertido para nosotros en ejerci-
cios literarios[211] y en agradables tópicos de nuestras
historias. Y, si alguien se fija atentamente, se mete con
toda su mente en los propios hechos y guerras y, des-
pués, colocado, por así decirlo, en una atalaya para mi-
rar el espectáculo, compara aquella época y esta nuestra
con sus respectivas cualidades, yo diría que está en
buenas condiciones para pensar que aquella pasada no
pudo ser tan desgraciadamente turbia y revuelta sino
porque Dios estaba airado y olvidado, y que esta nuestra
es tan feliz porque cuenta con un Dios propicio y mise-
ricordioso.

[210] Batalla de Cunaxa (401 a. C.). En esta batalla intervino un cuerpo de expedicionarios griegos (los famosos «diez mil») al lado de Ciro.

[211] Ejercicios de escuela, donde se trataban y ejercitaban leyendas y hechos de la historia pasada.

Del terremoto que azotó a Sicilia, donde, en esta misma época, el monte Etna vomitó un fuego mucho más dañino que de costumbre

Poco después, en la misma época, Sicilia fue sacudida por un fortísimo terremoto, e incluso asolada, con gran detrimento de sus campos y ciudades, con el fuego y la ceniza caliente que vomitaba por su boca el monte Etna. 6

También en esta época, la ciudad de Atalante[212], en 7 la frontera de los locros y unida a la tierra firme del continente, fue arrancada por un repentino golpe de mar y convertida en isla.

A los pocos y desgraciados atenienses que quedaban les atacó y aquejó una peste durante largo tiempo.

Del sitio de Veyes, que protagonizaron los romanos con gran detrimento propio durante diez años seguidos

19 En el año 355 después de la fundación de la ciudad, el asedio de Veyes durante diez años seguidos causó más daño a los que asediaban que a los asediados[213]. En efecto, los romanos, diezmados continuamente por las inesperadas salidas del enemigo, se vieron obligados para colmo a aventurarse a una guerra en invierno, a invernar en tiendas de campaña y a soportar, finalmente, el hambre y el frío en presencia del enemigo. Por último, tomaron la ciudad por 2 medio de galerías y de un ataque inesperado, sin dejar ningún testimonio digno del valor romano. A esta victo- 3 ria, práctica pero no honrosa, le siguió en un primer momento el destierro del dictador Camilo, que fue quien consiguió la victoria sobre Veyes, y, después, la invasión de los galos y el incendio de la ciudad[214].

---

[212] Isla y ciudad cerca de Eubea.

[213] Se trata de la conocida como «tercera guerra contra Veyes» (406-396); la tradición nos la presenta como un sitio decenal en torno a Veyes.

[214] Año 390 a. C.

De la irrupción de los galos senones en Italia y en Roma; de los estragos que, con crueldad antes no vista, proporcionaron al pueblo y al senado romano, y del incendio de la ciudad producido por caída de rayos y que siguió al atroz ataque de aquéllos

4 Nadie se atrevería, aunque pu-
diera, a comparar este desastre
con cualquiera de las agitaciones
de la época actual; y ello, aunque
no mida con el mismo rasero la
leyenda de los males pasados y
los daños de la época presente.
5 Y es que los galos senones, con-
ducidos por Breno, con un ejér-
cito abundante y poderoso, se
dieron cuenta, mientras estaban
asediando la ciudad de Clusino,
que hoy se llama Tuscia [215], de que
los legados romanos que habían sido enviados como in-
termediarios para conseguir la paz estaban luchando en
contra suya en el ejército enemigo; irritados por ello,
abandonan el asedio de la ciudad de Clusino y se dirigen
6 con todas sus tropas a Roma. En su ataque les espera
con el ejército el cónsul Fabio; pero no pudo resistir;
es más, el ataque enemigo cortó, aplastó y atravesó al
ejército romano cual si de mies seca se tratase. Es tes-
tigo de esta derrota de Fabio el río Halia, de la misma
forma que el Cremera lo es de la de los Fabios [216]. Nadie
podría encontrar fácilmente una derrota semejante del
ejército romano, incluso suponiendo que Roma no hu-
7 biese sido incendiada después. Los galos penetran en la
ciudad sin defensa, matan a los senadores que permane-
cían en sus asientos, rígidos a modo de estatuas, y los
sepultan, quemados en el incendio de sus casas, con los

[215] Hoy Chiusi.

[216] El Halia es un pequeño afluente de la margen izquierda del Tíber, no lejos de la ciudad de Filenas. La alusión a los Fabios y al río Cremera hay que ponerla en relación con la primera guerra contra Veyes (477 a. C.) de la que ha hablado antes (cap. 5).

escombros de sus propios techos[217]. Encierran en un ase- 8
dio en la ciudadela del monte Capitolio al resto de los
jóvenes que se sabe que entonces eran apenas mil hom-
bres; y, en la ciudad, machacan con hambre, peste, des-
esperación y miedo a los desafortunados sobrevivientes,
y posteriormente los someten y les obligan a pagar un
rescate por ellos mismos: compran, en efecto, su reti- 9
rada al precio de mil libras de oro, y no porque Roma
valiese poco a los ojos de los galos, sino porque la habían
esquilmado ya tanto que en aquel momento no podía
valer ya más.

Cuando los galos se marcharon, sólo quedaba, de lo 10
que en otro tiempo había sido el sitio de una ciudad,
un sucio montón de informes ruinas y, por todas partes,
el eco de la triste voz de los que erraban por aquellos
lugares caóticos y de la voz de los que no conocían que
estaban en lo que había sido su propia casa, mantenía
en suspenso los temblorosos oídos. El horror sacudía 11
los ánimos y el propio silencio aterrorizaba: y es que el
solitario silencio de lugares espaciosos es siempre mo-
tivo de pavor. A raíz de ello los romanos pensaron, con-
vinieron e intentaron cambiar de sitio, fundar otra for-
taleza e, incluso, llamarse con otro nombre.

He aquí la época con la que se intenta comparar los 12
tiempos actuales; he aquí la época cuyo recuerdo hace
suspirar a los hombres de ahora; he aquí la época que
produce remordimientos por haber escogido una nueva

---

[217] La leyenda patriótica romana presenta un pintoresco relato sobre el fin de los viejos senadores que había quedado en la ciudad baja. Los más nobles, vistiendo la toga de las grandes ocasiones, permanecieron sentados sobre sus sitiales de marfil, en los vestíbulos de sus propias casas. Al principio, los galos miraban maravillados aquellas figuras inmóviles, tomándolas por estatuas. Finalmente, uno de los bárbaros se arriesgó a tocar la larga barba de uno de los ancianos y éste le golpeó con su cetro, marcando con su gesto el comienzo de la masacre.

religión o, mejor, por haber despreciado la religión de
13 entonces. En verdad que estos dos saqueos[218] son paralelos y se pueden comparar entre sí: aquél se ensañó con Roma durante seis meses; éste ha durado tres días; los galos, tras aniquilar al pueblo y destruir la ciudad, persiguieron incluso el propio nombre de Roma quemándola hasta el final; los godos, tras abandonar sus intenciones de botín, han conducido a sus hordas, sin que éstas se dieran cuenta, al refugio de la salvación, es decir, a lugares santos; en aquel caso apenas se puede encontrar un senador que escapara, incluso de los que estaban ausentes; ahora apenas se puede encontrar uno que haya muerto ni siquiera casualmente, mientras se
14 escondía. En verdad que con razón podría asegurar, a la hora de hacer la comparación, que el número de supervivientes en aquel momento fue el mismo que el de desaparecidos ahora. Claramente, debemos confesar lo que los hechos evidencian: que en este desastre de nuestra época ha sido Dios el que más se ha encolerizado y los hombres los que menos, ya que, al hacer Él mismo lo que los hombres no pudieron hacer, ha mostrado la razón por la cual envió estos enemigos.
15 En efecto, como quiera que el incendio de las vigas de bronce y la destrucción de los edificios de grandes estructuras era una labor que sobrepasaba las fuerzas humanas, ha sido una caída de rayos del cielo la que ha destruido el foro con sus vanas estatuas, que con miserable superstición engañan a Dios o a los hombres; y lo que es más lamentable de todo: que el fuego arrojado por el enemigo no se extendió, mientras que el enviado por el cielo es el que produjo destrucción.

16 Pero, como el tema es largo de contar, hasta el punto de que no puede acabarse en este libro, pongamos fin al presente volumen, para continuar en los siguientes.

---

[218] Éste de los galos y el de los godos en el 410 d. C.

LIBRO III

Desde la paz de Antálcidas hasta el final de los enfrentamientos entre los sucesores de Alejandro.

Justificación de la brevedad con que se tienen que tratar los hechos *(Pról.)*.

La paz de Antálcidas, enfrentamiento entre las polis griegas que llevaron a la misma y posteriores luchas entre tebanos y lacedemonios (1-2); terremoto en Acaya y comparación con otro terremoto que ha tenido lugar en Constantinopla en época de Orosio (3, 1-3).

Victoria romana sobre volscos, faliscos y prenestinos (3, 4); peste y otros desastres ocurridos en Roma por esta época (4-5); segunda invasión de los galos (6); nuevas desgracias en Roma y en el mundo: pacto con Cartago, lluvia de granizos como piedras, nacimiento de Alejandro, derrota de los judíos a manos de Artajerjes y anexión de Egipto al imperio persa (7). Guerra contra los samnitas y los latinos (8-9). Dos malas acciones de matronas romanas: condena por adulterio de la vestal Minucia y envenenamiento provocado por algunas matronas (9, 5 y 10).

Acciones de reyes griegos en Italia: derrota del rey del Epiro Alejandro por los samnitas (11).

Filipo de Macedonia: sus conquistas en Grecia (12); asedio a Bizancio y guerra con los escitas y tribalos (13); de nuevo se enfrenta y vence a tebanos, atenienses y lacedemonios; muerte de Filipo mientras preparaba otra vez una expedición a Asia (14); reflexiones en torno a los hechos de Filipo (14, 8 y 15, 1).

Episodio de las horcas caudinas en la guerra samnítica (15).

Alejandro de Macedonia: sumisión de Grecia, Iliria y Tracia;

los preparativos para la campaña en Asia; enfrentamiento con Darío; sitio de Sardes; nuevos enfrentamientos con Darío; paso a Egipto; derrota final de Darío y caída del Imperio persa en manos de Alejandro (16-17). En esta misma época tienen lugar la guerra del espartano Hagis en Grecia, de Alejandro, rey del Epiro, en Italia, y de Zopirión, prefecto del Ponto, en Escitia (18, 1-4). Alejandro continúa sus conquistas en el extremo Oriente (18-19). Muerte de Alejandro a la vuelta a Babilonia; reflexiones sobre las acciones de Alejandro (20).

Victoria del cónsul Fabio frente a galos y samnitas, y final de las guerras samníticas (21-22).

Tras la muerte de Alejandro, sus sucesores se reparten el imperio; luchas entre estos generales hasta la guerra final entre Lisímaco y Seleuco. Reflexión en torno a estas luchas (23).

Prólogo

Con relación a los conflictos de épocas pasadas que tú me ordenaste recoger, ya en el libro anterior puse de manifiesto y ahora me veo obligado a recordar, esto: que no se pueden recoger todos los hechos ni tampoco señalar detalladamente los que se llevaron a cabo y la forma como se llevaron a cabo; y ello, porque grandes e innumerables acciones han sido transmitidas detalladamente por muchos autores, y éstos, aunque no tenían los mismos motivos, tenían, sin embargo, a su disposición los mismos hechos. Pero es que, mientras ellos narraban las guerras, nosotros debemos narrar las desgracias que acompañan a las guerras.
Además, de esa misma abundancia de datos de que 2
ahora me quejo me viene a mí la dificultad y me asedia una preocupación más complicada; efectivamente, si en aras de la brevedad paso por alto algunas cosas, pensarán o bien que yo las desconozco, o bien que no tuvieron lugar en su época; pero si, por deseo de reseñar todos los hechos, aunque sin detallarlos, hago breves resúmenes, lo haré todo oscuro y, para la mayoría, haré un
tipo de historia que no parece historia; máxime, cuando 3
lo que yo pretendo, en contra de los demás historiadores, es transmitir la esencia de los hechos y no su desarrollo externo. Por otra parte, la brevedad y la os-

curidad, o mejor, la oscura brevedad[219], por cuanto la brevedad siempre es así, si bien proporciona un conocimiento aparente de los hechos, elimina, sin embargo, la posibilidad de profundizar en ellos.

A pesar de todo ello, yo, como sé que se deben evitar estos dos vicios, conseguiré, en uno y otro sentido, que ambos sean mitigados de alguna forma, si es que consigo no dar la impresión de que paso por alto demasiadas cosas ni de que resumo excesivamente las que recojo.

De la paz griega impuesta por el rey persa Artajerjes desde, por así decir, su derecho de dominante. Les ordenó, efectivamente, que se retiraran de la lucha

1 El año 364 después de la fundación de la ciudad es un año que, si Roma lo pasó de una forma lamentable, a causa de un cautiverio desconocido anteriormente para ella, Grecia por su parte lo vivió en felicidad a causa de una paz también desconocida desde hacía tiempo; es en esta época efectivamente, cuando los galos se apoderaron y esclavizaron a una Roma ya derrotada e incendiada y cuando Artajerjes[220], rey de los persas, ordenó por medio de legados que se diera fin a las hostilidades y se impusiera la tranquilidad a toda Grecia, al mismo tiempo que amenazaba con hacer él la guerra al que rom-
2 piera la paz[221]. Posiblemente los griegos habrían des-

---

[219] La *breuitas* ha sido, en la historiografía antigua, uno de los principios que con más insistencia se ha mantenido, tanto desde un punto de vista teórico como desde un punto de vista práctico.

[220] Artajerjes II, hijo de Darío II.

[221] Es la conocida «paz real» o «paz de Antálcidas» del 386 a. C. En un congreso de las partes beligerantes tras la guerra del Peloponeso, celebrado en Sardes, se leyó una carta real que, con expresiones categóricas, ordenaba a ambas partes beligerantes que hicieran la paz. Los términos eran, según Jenofonte (*Helénicas* V 1, 34), éstos: «El rey Artajerjes considera justiciero que le pertenezcan todas las ciudades de Asia y de las islas Clazómene

preciado, tan tozuda como valientemente le habían derrotado repetidas veces, estas órdenes de Artajerjes, si no hubiesen estado deseando aprovechar, por cualquier parte que se les presentase, la ocasión que habían esperado angustiosamente (dieron pruebas en efecto de 3
que la guerra, que con tanta facilidad, en condiciones incluso indignas, impusieron, la habían llevado a cabo de una forma despreciable y lamentable; porque ¿qué otra cosa hay más vergonzosa para unos hombres libres y valientes que el deponer las armas y aceptar la paz ante las órdenes de un rey, que está lejos, que había sido derrotado frecuentemente, que era todavía enemigo y que, además, venía con amenazas?); y hubieran despreciado esas órdenes, si sus intenciones bélicas no hubiesen estado ya muy disminuidas en los cansados ánimos de todos en el momento mismo del anuncio de la paz, y la inesperada paz no hubiese relajado sus ánimos ya cansados y atónitos tras los largos esfuerzos, antes de que un convenio voluntario entre los propios griegos acarreara esa misma paz.

Voy a señalar lo más brevemente posible el origen 4
de esta fatiga que oprimía las almas y cuerpos de todos los pueblos de Grecia, fatiga que con tanta facilidad arrastró a mentes fieras a aceptar una paz desconocida anteriormente.

---

y Chipre. A todas las demás ciudades helenas, grandes y pequeñas, les será otorgada la autonomía, menos a Lemnos, Imbros y Esciros, que, igual que antes, permanecerán en poder de los atenienses. A los bandos beligerantes que no aceptasen estas condiciones, yo, junto con los que las hayan aceptado, declaro la guerra en tierra firme y en el mar.»

De la guerra que, larga y duramente, llevaron a cabo espartanos y persas, con tropas auxiliares unos y otros hasta casi la aniquilación total de los lacedemonios

5 Los lacedemonios, como hom-
bres que eran y hombres griegos,
deseando tener tantas más cosas
cuantas más tenían, tras haberse
apoderado de Atenas, saquearon
Asia en toda su extensión con la
6 esperanza de dominarla[222]. Por
ello, tramando llevar la guerra a
todo Oriente, eligen a Hercíli-
des[223] como comandante de esta campaña. Éste, cuando
se dio cuenta de que tenía que enfrentarse a Farnabazo
y Tisafernes, los dos poderosísimos prefectos de Arta-
jerjes, rey de los persas, tomando oportunamente la
precaución de evitar el choque de un doble enfrenta-
miento, se dirige contra el primero de ellos declarándole
la guerra, mientras que inmoviliza al otro firmando con
7 él la paz. Farnabazo acusa a Tisafernes de traidor ante
Artajerjes, rey entonces de ambos, acusándole sobre todo de que había pactado condiciones de alianza con el enemigo en época de guerra; y exhorta al mismo tiempo al rey a que elija como comandante para la lucha naval, en lugar de Tisafernes, a Conón, personaje ateniense que en aquella época estaba casualmente desterrado en Chipre. Y efectivamente, Conón, tras recibir quinientos talentos de plata, es llamado por Farnabazo y puesto al

---

[222] Efectivamente, tras su victoria al final de la guerra del Peloponeso, los espartanos dejan ver claramente sus afanes imperialistas que llegan, incluso, hasta Asia.

[223] Normalmente se le conoce como Dercílidas. Al frente de este ejército, de cinco mil hombres, fue puesto en un primer momento el harmoste Tibrón; pero, dado que éste se dedicaba más al saqueo que a otra cosa, fue elegido Dercílidas, que operó con más disciplina y siguió la política de enfrentar entre sí a los sátrapas persas Tisafernes y Farnabazo; por ello, se le llamó «astuto Sísifo».

frente de la armada. Los lacedemonios, enterados de 8
ello, solicitan también ellos, por medio de legados, ayuda
para la lucha naval al rey egipcio Hcrcinión, del cual
recibieron cien trirremes equipadas y seiscientos mil
modios de trigo[224]; consiguen igualmente gran ayuda de
sus aliados de todas partes. Al frente de este ejército 9
pusieron, con el consentimiento de todos, a Agesilao,
individuo cojo; pero es que en esta situación tan difícil,
los espartanos preferían que cojeara su rey a que lo
hiciera su reino. En muy pocas ocasiones se enfrentaron
anteriormente en una guerra dos generales tan iguales
en todo tipo de cualidades, los cuales, tras fatigarse en
mutuos y crueles enfrentamientos y tras mancharse
con gran cantidad de sangre, terminaron por retirarse
sin haber sido vencido, por así decirlo, el uno por el
otro.

Efectivamente, Conón, tras recibir personalmente 10
dinero por segunda vez del Gran Rey, vuelve a la armada, ataca el territorio enemigo, destruye sus torres, castillos y demás fortificaciones y, por dondequiera que pasa, lo arrasa todo, cual una desencadenada tempestad.

Los lacedemonios, por su parte, acosados por desgra- 11
cias internas, desisten de entregarse a las externas y, ante el inminente peligro de verse convertidos en esclavos, abandonan sus pretensiones imperialistas; y hacen volver, para ayuda de la patria, a Agesilao, al que habían enviado antes a Asia con el ejército[225].

Entretanto Pisandro, al que el rey Agesilao había 12

---

[224] El modio es una medida de capacidad usada sobre todo para el trigo y equivalente a unos 9 l.

[225] Todos los Estados griegos, capitaneados fundamentalmente por tebanos y atenienses, han formado una coalición contra la soberbia y las ansias de dominio espartanos. En estos momentos los aliados se dirigían contra Esparta; por eso, es llamado urgentemente Agesilao.

dejado en Esparta como jefe, había organizado una armada, la más enorme y poderosa en aquella época; y lo había hecho movido por el deseo de emular el poderío de Agesilao, con el fin de que, mientras éste llevaba a cabo la expedición a pie, él, por su parte, pudiera recorrer la costa marítima en una carrera por mar.

13 Conón, a su vez, aceptada la empresa, tenía una doble preocupación, ya que, por una parte, debía mirar por sus aliados los persas, y, por otra, tenía que ser fiel a su patria, de forma que, ante ésta, debía exhibir sus sentimientos naturales y, a aquéllos, debía ofrecerles su técnica; salían ganando, sin embargo, sus conciudadanos en estos dos puntos: que en favor de la paz y libertad de ellos ponía en peligro sangre ajena y que luchaba contra enemigos orgullosos con peligro para el rey persa, pero con ganancia para su patria.

14 Se entabla, pues, el combate naval entre, por una parte, los persas bajo el mando de Conón y, por otra, los espartanos bajo el de Pisandro[226]. Los soldados, los remeros y los propios generales se ven arrebatados por
15 un mismo ardor hacia una recíproca matanza. De la magnitud y atrocidad de esta batalla da pruebas el hecho de que el Estado lacedemonio cayó entonces para no volver a levantarse. Efectivamente, las perspectivas espartanas parece que desde aquel momento se diluyeron y que, desmoronándose, fueron cada vez a peor, hasta que, tras tristes resurgimientos y míseros recortes en sus anteriores logros, Esparta se vio privada de su
16 poder y su nombre. Para los atenienses, sin embargo, esta misma batalla supuso el punto de arranque para recuperar su poderío de la misma forma que para los lacedemonios lo fue para perderlo.

---

[226] La batalla tiene lugar en Cnido, cerca de Rodas en el 394. En ella cae el navarca espartano Pisandro.

Los tebanos son los primeros que, apoyados en la ayuda ateniense, embisten contra los espartanos ya maltrechos y atemorizados tras el anterior desastre; estaban fuertemente confiados en el valor y la técnica de su general Epaminondas[227], con el que daban la impresión de que fácilmente podían obtener el mando sobre toda
Grecia. Tiene, pues, lugar una batalla terrestre en la que 17
vencieron los tebanos sin casi ningún esfuerzo[228]. En esta batalla también es derrotado y pierde la vida Lisandro; por otra parte, Pausanias, el otro general espartano, acusado de traición, es desterrado.

Los victoriosos tebanos se dirigen, a su vez, hacia 18
Esparta tras reunir todos los contingentes de su ejército, pensando que podrían entrar sin ningún problema en la ciudad desguarnecida, por cuanto ya habían aniquilado a casi todas las tropas de la misma juntamente con su general y la veían abandonada de todos sus aliados.
Los lacedemonios, espoleados por el peligro en que se 19
encontraba su ciudad, tras hacer, a base de soldados sin experiencia, el reclutamiento que les es posible, salen al encuentro del enemigo. Pero los que habían sido ya vencidos una vez no tenían ni fuerzas ni ánimos para
resistir ante los vencedores. Y, cuando tenía lugar la ma- 20
sacre de casi sólo un ejército[229], se presenta de repente

---

[227] Aquí Orosio se equivoca, ya que Epaminondas no intervino en estas operaciones.

[228] Lisandro y el ejército espartano fueron rodeados por los tebanos junto a las murallas de Haliarto, ciudad beocia firmemente fortificada; tras la muerte de Lisandro, el otro general espartano, Pausanias, firmó la retirada del ejército espartano de Beocia; por ello fue acusado de traición. Pero esta derrota de Haliarto fue anterior a la llamada que los espartanos hicieron a Agesilao. Precisamente se le llamó por el cariz que tomaban los acontecimientos tras ella.

[229] Batalla junto al río Nemea.

e improvisadamente en las operaciones el rey Agesilao, que había sido llamado de Asia; ataca y supera sin dificultad a los tebanos, que festejaban indolentemente el éxito de las dos victorias anteriores, sobre todo porque sus propias tropas estaban todavía casi íntegras. Sin embargo, el propio Agesilao es herido gravemente [230].

21 Por su parte los atenienses, al enterarse de que los lacedemonios se habían soliviantado por la inesperada victoria, temerosos ante el recuerdo de la antigua esclavitud, de la que apenas empezaban a respirar ahora, reúnen un ejército y lo añaden como ayuda al de los beocios, encomendándoselo al general Ifícrates, quien, excesivamente joven, cumplidos apenas los veinte años, suplía con la madurez de su espíritu la debilidad de su
22 edad [231]. También Conón, hombre ateniense en realidad, aunque general —por otra parte— del ejército persa, al enterarse del regreso de Agesilao, se vuelve para arrasar los territorios lacedemonios.

De esta forma, los espartanos, rodeados y aterrorizados por el estrépito de los enemigos que rugían por todas partes, languidecieron en la última casi de las desesperanzas.

De la recuperación de Atenas gracias a Conón

23 Conón, una vez que se hubo saciado con la destrucción por todas partes del territorio enemigo, volvió a Atenas, en medio de una gran alegría de sus conciudadanos, aunque él, particularmente, entró triste en su ciudad, al ver que ésta, que en otro tiempo estaba adornada con gentes y cul-

---

[230] Batalla de Coronea, en Beocia, donde Agesilao derrotó a las fuerzas unificadas de tebanos, atenienses, argivos, corintios, eubeos y locrios.

[231] Ifícrates era efectivamente un joven e inteligente jefe de un destacamento de mercenarios, gran conocedor y teórico de los asuntos bélicos.

tura, ahora estaba abatida en un miserable abandono entre ruinas y desolación. Por ello, ofreció un gran testi- 24
monio de amor patrio y misericordia en su reparación. Llenó efectivamente con botín lacedemonio a esta ciudad que había sido saqueada por lacedemonios, y reconstruyó, utilizando a los persas, esta ciudad que había sido incendiada por persas.

Entretanto, Artajerjes, rey de los persas, ordenó 25
por medio de legados, como ya dije al principio, que todos los pueblos de Grecia abandonaran las armas e hicieran la paz; y lo hizo, no porque pensase con misericordia en su cansancio, sino para que no se intentara ningún ataque contra su reino, mientras él estaba ocupado en guerras contra Egipto.

De la guerra entablada entre arcadios y espartanos, a causa de un ataque llevado a cabo, como última medida, por estos últimos que habían perdido casi toda esperanza en su imperio, contra una fortaleza de los arcadios

A pesar de que todos los demás **2**
griegos se relajaron con esta deseada tranquilidad y se abandonaron a la indolencia propia de una situación de paz, los lacedemonios, revoltosos más que aguerridos, e inaguantables más por su locura que por su valentía, intentan, tras abandonar la guerra abierta, hacer emboscadas béli-
cas[232]. Efectivamente, aprovechan- 2
do la ausencia de los arcadios[233], destruyen la fortaleza de éstos en un repentino ataque. Los arcadios por su

---

[232] Tras la paz de Antálcidas, en la que realmente los vencedores fueron los espartanos, Esparta se decide de nuevo a restablecer su dominio en Grecia. Hay, por ello, una política espartana de represión. Sin embargo, los hechos que narra a continuación Orosio tuvieron lugar, al parecer, bastantes años después de la paz de Antálcidas.

[233] Son enemigos tradicionales de los espartanos durante toda esta época.

parte, irritados por este injurioso ataque, tras conseguir la ayuda de los tebanos, recuperan en el campo de batalla lo que habían perdido en un ataque por sor-
3 presa[234]. En esta batalla, Arquídamo, general de los lacedemonios, al verse él mismo herido y que los suyos también estaban ya rendidos a la muerte, reclama por medio de un heraldo los cadáveres de los caídos para sepultarlos: este gesto es considerado por los griegos
4 como señal de rendición. Los tebanos se contentaron con este gesto y, tras dar la señal de retirada, ponen fin al combate.

5 Posteriormente, cuando pasaron varios días de tregua, debido a que los lacedemonios volvieron a salir a nuevas luchas, los tebanos creyeron confiadamente que era el momento de invadir, con su general Epaminondas, Lacedemonia, pensando que se encontraba desprevenida y abandonada. En silencio, y a hora intempestiva de la noche llegan a Lacedemonia, pero no la encon-
6 traron desprevenida ni indefensa como pensaban. Efectivamente, los ancianos, juntamente con los restantes de edad no apta para la guerra, al conocer la llegada de los enemigos, se apostaron armados precisamente en las estrechas puertas y se lanzaron, ellos que apenas eran cien y además de edad no apropiada, contra quince mil soldados. Mientras ellos aguantaban tan gran peso bélico, la juventud guerrera que vino en su ayuda decidió sin dilación atacar a los tebanos en lucha abierta.
7 Entablado el combate[235], cuando ya los lacedemonios

[234] Es, quizá, la batalla de Leuctra (371 a. C.), en la que los tebanos derrotan a Esparta. A raíz de ella se reconstruye Mantinea, la fortaleza arcadia que había sido destruida por los espartanos. Puede referirse también a la batalla de Cromno, ciudad hasta la que avanzó Arquídamo para intentar levantar el asedio a que la había sometido el enemigo.

[235] Batalla de Mantinea (362 a. C.). Orosio mezcla todo: sólo

eran derrotados, Epaminondas, jefe de los tebanos, es
repentinamente herido por luchar con poca precaución.
Como consecuencia, mientras a éstos empieza a entrar-
les miedo a causa del dolor de su jefe y a aquéllos estu-
por de alegría, ambas partes se retiran de la lucha como
si se hubiesen puesto tácitamente de acuerdo. Epami- 8
nondas a su vez, gravemente herido, después de ente-
rarse de la victoria de los suyos y de besar el escudo,
apartó la mano con que cerraba la herida, dejando
abierta la salida de la sangre y la entrada de la muerte;
su muerte supuso tal desastre para los tebanos que
daban la impresión no sólo de haber perdido al jefe,
sino de haber perecido también ellos mismos con él.

He tejido la madeja inextricable de una historia sin 9
orden, y he liado con palabras, partiendo de ciertos ves-
tigios, los inciertos rodeos de las guerras que se han
llevado a cabo aquí y allá con frenética locura: y es que
me da la impresión de que, cuanto más he buscado el
orden, con tanto más desorden he escrito. Y ¿quién 10
podría contar en número, en orden y con lógica, a cuán-
tos pueblos, a qué ciudades, a qué provincias, qué tipo
de odios y cuántas excusas bélicas provocó la malvada
ambición dominadora de los espartanos? Y ello cuando
se dice incluso que éstos se vieron afectados no tanto
por las propias guerras en sí como por la cantidad de
guerras que mezclaron al mismo tiempo: y es que a lo 11
largo de este conflicto continuado en varias generacio-
nes, los atenienses, los lacedemonios, los arcadios, los
beocios, los tebanos, en una palabra Grecia, Asia, Persia

---

habla de unos días entre la batalla de Leuctra (371) y la de Mantinea (362); hace intervenir a Arquídamo, hijo de Agesilao, en la de Leuctra, cuando su aparición tiene lugar en la de Mantinea. Por eso él se curó ya en salud a comienzo de este libro cuando dijo que la brevedad engendra oscuridad.

y Egipto con Libia y las grandes islas, arrastraron en indiscriminada carrera luchas navales y terrestres al mismo tiempo. Contar los miles de personas muertas no podría, aunque enumerase las guerras.

12 Y ahora, que hablen mal de esta época nuestra y alaben a aquella otra pasada quienes no sepan que todas las gentes de estas mismas ciudades y provincias envejecen ahora sólo en los juegos y teatros, de la misma forma que antes también se consumían, pero fundamen-
13 talmente en la milicia y en los campos de batalla. Aquella floreciente ciudad de los lacedemonios, que incluso pretendía conseguir entonces todo el imperio oriental, apenas pudo contar con cien ancianos: y es que, rodeada de incesantes desgracias, consumía míseramente las
14 vidas de los jóvenes. Y ¿se puede quejar ahora la gente, cuyas ciudades, llenas de ancianos y niños, se ven enriquecidas con la segura presencia de los jóvenes y consiguen en pacíficas profesiones el precio de los placeres de la paz? A no ser que por casualidad (dado que todo lo presente suele cansar a la mutable naturaleza humana) a los que sienten comezón por las novedades tanto a la hora de actuar como a la hora de escucharlas, les sirva de hastío incluso su propia vida.

Del terremoto en el que, tras ser batida toda Acaya, fueron tragadas por la tierra dos ciudades destruidas en la misma provincia, Ebora y Helice; y del peligro que amenazó, en la misma época en que escribe Orosio, a la ciudad de Constantinopla, debido a un fuerte terremoto y a la llama caída del cielo; y esta ira de Dios se sabe que fue aplacada por la oración del emperador Arcadio, acompañada por las súplicas de todo el pueblo cristiano

En el año 376 de la fundación de la ciudad, toda Acaya fue sacudida por un terrible terremoto, y dos ciudades de entonces, concretamente Ebora y Helice, fueron devoradas por la tierra que se rasgó en precipicios[236]. 3

2 Yo, por mi parte, podría ahora contar que en esta época nuestra algo parecido ha sido preanunciado e incluso iniciado, aunque no se ha consumado, en la ciudad de Constantinopla, capital, también recientemente, de los pueblos; ello ha sucedido cuando, tras tener ya la terrible evidencia y profético autoconvencimiento de su propio desastre, tembló en sus cimientos la tierra removida desde abajo y una llama del cielo pendía de lo alto, hasta que Dios, conmovido por las preces del emperador Arcadio y del pueblo cristiano, ha alejado el amenazante castigo, demostrando que sólo él es el guar- 3
dián de los humildes y el que castiga a los malvados. Pero el haber recordado más que expuesto estas situaciones, lo he hecho como una concesión a la modestia, para que, quien los conoce, los recuerde, y quien los ignora, los investigue.

[236] Según Estrabón, el terremoto tuvo lugar dos años antes de la batalla de Leuctra, es decir, en el 369 a. C.

4 *De la victoria que los romanos obtuvieron sobre los volscos, faliscos y prenestinos en veloz y feliz operación. Estos pueblos eran, desde tiempo atrás, acérrimos enemigos de Roma*

Entretanto los romanos, que, forzados y debilitados, se habían visto sometidos durante setenta años a continuas guerras con las ciudades de los volscos y además de los faliscos, los ecuos y los sutrinos, lograron finalmente, bajo el caudillaje de Camilo [237], someter a estas ciudades en esta misma época y pusieron fin a una guerra que se estaba
5 renovando continuamente. Y también a los de Preneste, que habían llegado hasta las puertas de Roma guerreando y matando, los vencieron en esta época junto al río Halia, bajo el mando de Tito Quintio.

4 *De una peste en la ciudad y de un prodigio consistente en que la tierra se abrió en una horrible raja: a esta fosa descendió por voluntad propia el caballero romano Marco Curcio*

En el año 384 de la fundación de Roma, durante el consulado de Lucio Genucio y Quinto Servilio, aquejó a toda Roma una peste;
2 y no es que, como suele suceder, unas condiciones climatológicas turbadas más o menos de lo acostumbrado, es decir, un invierno desacostumbradamente seco, o un repentino calor primaveral, o una incongruente lluvia estival, o la tentación de comer demasiados frutos en un rico otoño, además de los corruptores vientos que soplan de los montes de Calabria, arrastraran repetinos
3 ataques de enfermedades agudas, sino que una enfer-

[237] Marco Furio Camilo, el miembro más distinguido de la *gens Furia;* conquistó Veyes y liberó a Roma de los galos; fue tribuno militar, interrey y dictador. Estos sucesos tienen lugar entre el 401 y 381 a. C. Los inmediatamente aludidos, al mando de Tito Quintio Cincinato, ocurrieron poco después: venció a los de Preneste en el año 378 a. C. En cambio, el comienzo del cap. siguiente se pasa ya a Lucio Genucio Aventiense y Quinto Servilio Ahala (365 a. C.).

medad grave y larga, sin diferencia de sexos y de edad,
afectó a todos igualmente con general contagio durante
dos años, de forma que, a quienes no llevó a la muerte,
los dejó consumidos y afectados por una fea escualidez.
Pienso que en este punto se quejarían los detractores 4
de la época cristiana, si yo casualmente no hablara de
las ceremonias con que en aquel momento los romanos
aplacaron a los dioses y suavizaron sus enfermedades.
Al crecer la peste cada día más, los pontífices apoyaron 5
con sus autores la propuesta de que se celebraran unos
juegos escénicos en honor de los dioses que lo exigían;
de esta forma, a cambio de desterrar una peste tempo-
ral pasajera, acarrearon una enfermedad espiritual per-
petua. Es ésta para mí una buena ocasión de quejarme 6
y atacar, pero no me está permitido insistir osadamente
en aquello en que ya tu Reverencia ha puesto la agudeza
de la sabiduría y la verdad[238]. Me baste a mí haber
hecho la advertencia y haber remitido al lector, sea la
que sea su disposición, a la abundancia de aquel tu ma-
gisterio.

A esta desgraciada peste y a su aún más desgraciada **5**
expiación sigue en el año siguiente un prodigio consi-
derablemente triste. De repente, en efecto, se abrió la
tierra en mitad de la ciudad y a través de la amplia ro-
tura aparecieron de pronto los infiernos con su boca
abierta. La infecta caverna se mantenía abierta largo 2
tiempo con su patente abismo para espectáculo y terror
de todos y exigía, a través de los dioses, abominables
exequias de personas vivas. Marco Curcio, caballero ar- 3
mado[239], sació a estas malditas fauces arrojándose él

---

[238] Se refiere al ataque de Agustín contra los *Ludi scaenici* (*De ciu. Dei* IV 20).

[239] En principio los caballeros eran aquellos que por su fortuna podían servir en caballería y costearse las armas y los gastos que ello supusiese.

mismo y proporcionó infecunda hartura a la tierra cruel, para la cual hubiera sido poco el recibir por sepultura a los cadáveres de la peste, si no se hubiese tragado también, con su boca abierta, a seres vivos.

6 *De la segunda invasión y aniquilación de los galos, los cuales, derrotados no lejos de la ciudad por Manlio Torcuato y los dictadores Quinto y Sulpicio, fueron finalmente, mientras vagaban diseminados por la costa marítima, vencidos y destrozados por Marco Valerio, quien derrotó a un galo con el que entabló singular combate ayudado por un cuervo*

En el año 388 de la fundación de la ciudad de nuevo una terrible horda de galos se asentó junto al río Anio cerca del cuarto miliario a partir de Roma; éstos, con el peso de su multitud y con las alas de su valor, se habrían apoderado, sin duda con facilidad, de la turbada ciudad, si no se hubiesen embotado en el ocio y la lentitud.
2 Después de haber luchado con ellos en singular y atroz combate Manlio Torcuato [240], los derrotó el dictador Tito Quintio en un cruel enfrentamiento [241]. La mayoría de los galos que escaparon de esta batalla, al volver al ataque tras reorganizar de nuevo sus contingentes, fueron superados por el dictador Gayo Sulpicio [242].

3 Poco después tuvo también lugar un enfrentamiento con los tuscos, enfrentamiento protagonizado por Gayo Marcio [243]. El número de tuscos muertos en este com-

---

[240] Tito Manlio Torcuato, en el curso de un singular combate, cogió, entre los despojos, un collar de oro de un bárbaro; de ahí que le llamasen *Torquatus: torques* es «collar».

[241] Esta batalla tuvo lugar no lejos de la puerta Colina.

[242] El dictador Gayo Sulpicio Pético, tras mucho dilatar, derrotó, finalmente, a los galos en el Lacio.

[243] Gayo Marcio Rutilio es el primer dictador plebeyo: en el 386 los etruscos habían atacado el territorio romano (*Sutri* y *Nepi*, que luego se convirtieron en colonias latinas); tras ser derrotados permanecen veinticinco años tranquilos; pero en el

bate se puede deducir del hecho de que fueron capturados ocho mil.

Y de nuevo en esta época, por tercera vez se lanzan 4
los galos desde los montes albanos a la búsqueda de botín a través de zonas marítimas y lugares cercanos; tras reunirse para ir contra ellos un nuevo contingente de soldados y ser alistadas diez legiones, salieron a su encuentro sesenta mil soldados romanos, a pesar de que
los latinos les habían negado ayuda. El protagonista de 5
esta batalla fue Marco Valerio, quien fue ayudado por un cuervo, de donde después se le llamó «Corvino»[244]; efectivamente, al matar él al galo que le había provocado, los enemigos, aterrorizados y huyendo por todas partes, fueron duramente aniquilados.

Pienso que hay que citar también entre los males an- 7
tiguos, en primer lugar, el tratado firmado con los cartagineses, que tuvo lugar en esta época; principalmente, porque a partir de él surgen tan grandes desastres que dan la impresión de que arrancan de él[245].

---

361 vuelven a invadir el territorio romano, siendo ahora derrotados por Gayo Marcio Rutilio.

[244] Marco Valerio Corvino; el ave se posó en su casco y gracias a ella, por cuanto era un ave enviada del cielo (LIV., VII 26, 4), logró vencer. El combate tuvo lugar en el 349 a. C.

[245] El primer tratado con Cartago es de época anterior a ésta. Normalmente se suele colocar a finales del período regio.

De la época en que, a la petición de paz por parte de los cartagineses, precedieron distintos prodigios en Roma; también en esta misma época, Artajerjes, tras derrotar al pueblo judío, lo trasladó en su mayor parte a Hircania. El mismo Artajerjes sometió a los egipcios al poderío persa

2 Efectivamente, en el año 402 de la fundación de la ciudad fueron enviados a Roma legados cartagineses que firmaron un tratado.
3 La veracidad de la historia, por una parte, y, por otra, la mala reputación de los lugares y lo abominable de la época en que se gestó este tratado, ponen de manifiesto que a esta entrada cartaginesa en Italia iba a seguir una granizada de desgracias y una eterna oscuridad de continuas mi-
4 serias. En aquel momento, la noche incluso pareció alargarse hasta hora avanzada del día y una lluvia de piedras, cayendo de las nubes,
5 azotó con auténticas pedradas a la tierra. Para colmo, en estos mismos días nació Alejandro Magno, aquel grande y auténtico abismo de desgracias y atroz torbellino de todo Oriente.

6 Es la misma época también en que Oco, llamado también Artajerjes [246], tras llevar a cabo en Egipto una ingente y larga guerra, condujo en cautividad a multitud de judíos y les obligó a vivir en Hircania junto al mar
7 Caspio: es opinión común que éstos están asentados todavía allí, habiendo aumentado grandemente el número de sus gentes, y que de allí han de salir con fuerza
8 algún día. El mismo rey, al pasar por allí con ocasión de esta guerra, arrasó la riquísima ciudad de Sidón, de la provincia fenicia, y puso bajo el poderío del imperio persa, tras subyugarlo y reducirlo con las armas, a Egipto, a pesar de que antes había sido derrotado él mismo.

---

[246] Artajerjes III, que reinó desde el 362 al 339.

De las duras guerras que entablaron, inmediatamente, los romanos con los samnitas y de la derrota de los no menos rebeldes latinos a manos del cónsul Manlio Torcuato

Inmediatamente después, los 8
romanos, en defensa de los campanos y sidicinos[247], emprendieron una guerra contra los samnitas, pueblo poderoso en recursos y en armas. En un momento en que la guerra samnítica se encontraba en una situación crítica se hizo cargo de las operaciones Pirro[248], el más grande de los enemigos de Roma. A la guerra de Pirro siguió después la púnica. Y aunque el 2
hecho de que las puertas del templo de Jano estuvieran siempre abiertas evidencia que nunca los romanos se vieron libres de las desgracias de la guerra tras la muerte de Numa, sin embargo es a partir de ahora cuando el ardor de las desgracias, clavado en lo alto del cielo, los abrasó como el sol al mediodía. Así pues, quienes 3
consideran infame a la era cristiana, que traten de averiguar, que descubran y que reconozcan si, una vez iniciada la primera guerra púnica, cesaron en algún momento las guerras, las matanzas, los desastres y todo tipo de infames asesinatos hasta el reinado de César Augusto. Hay que exceptuar, sin embargo, aquel espacio 4
de tiempo de un solo año, en medio de las guerras púnicas, que pasó como un ave que vuela de largo, en que los romanos, al estar cerradas las puertas del templo de Jano en medio de fiebres y enfermedades del pueblo[249], se vieron reanimados por una realmente

[247] La llamada primera Guerra Samnítica (343-341) tiene su origen en una petición de ayuda por parte de Capua, ciudad campana, contra los samnitas.

[248] Pirro no interviene en Italia hasta después de la segunda Guerra Samnítica (328-290); desembarca en Italia en el año 280 antes de Cristo.

[249] Año del consulado de Tito Manlio Torcuato y Gayo Atilio Bulbo (cf. *infra*, IV 12).

breve apariencia de paz, como si de un sorbo de agua
fresca se hubiese tratado, para, recuperándose para
peor, verse afectados por unos males más graves y duros.
5 Por el contrario, si es absolutamente indudable que
bajo el reinado de César Augusto, tras la paz con los
partos, el orbe de la tierra se ha recuperado por primera
vez con una paz general y con una nueva tranquilidad,
abandonando las armas y olvidando las discordias; si
es cierto que se mantiene obediente a las leyes de Roma;
que ha preferido el derecho romano a sus propias ar-
mas; que ha elegido, en detrimento de sus líderes, como
6 jueces a los romanos; y finalmente, si es cierto que
todas las razas, todas las provincias, las innumerables
ciudades, los infinitos pueblos y todas las tierras tienen
una sola voluntad, sirven con libre y honesto interés a
la paz y toman decisiones en pro del bien común (lo
cual, en época anterior, no lo pudo tener largo tiempo
ni una sola ciudad ni un solo grupo de ciudadanos, ni,
7 lo que es más, una familia de hermanos), y si es cierto
también que, cuando todo esto sucedía en el reinado de
César, tenía lugar en el reinado de este mismo César el
nacimiento de nuestro Señor Jesucristo en este mundo,
8 está clarísimo, con evidencia absoluta, que, aunque
aquellos a los que la envidia empuja a la blasfemia se
ven obligados de mala gana a reconocerlo y confesarlo,
esta paz y serenísima tranquilidad del mundo se debe,
no a la grandeza de César, sino al poder del hijo de
Dios que nació en la época de César, y que el propio
mundo ha obedecido con general reconocimiento, no al
emperador de una sola ciudad, sino al creador de todo
el orbe. Éste, de la misma forma que el sol al salir llena
de luz al día, así también él, al venir, ha vestido miseri-
cordiosamente al mundo con una prolongada paz. Y esto
lo explicaremos con mucha mayor amplitud cuando,

por la gracia de nuestro Señor, llegue a la narración de estos hechos.

Volviendo atrás, en el año 409 de la fundación de la 9
ciudad, durante el consulado de Manlio Torcuato y Decio Mure, los romanos declararon la guerra a los latinos, que se habían sublevado[250]. En esta guerra murió uno de los cónsules y el otro terminó siendo un parricida.
En efecto, Manlio Torcuato ejecutó a su propio hijo, 2
que era joven, a pesar de ser el victorioso verdugo del noble caballero Metio Tusculano, que era en aquel momento el enemigo más provocador e insolente de
Roma[251]. Por otra parte, el otro cónsul, cuando al reanu- 3
darse el combate vio que el ala a cuyo frente estaba, era rota y derrotada, murió arrojándose espontáneamente en medio del compacto ejército de los enemi-
gos[252]. Manlio, aunque vencedor, no mereció sin em- 4
bargo, como triunfador parricida que era, el aplauso de los jóvenes romanos que suele tener lugar en los triunfos legítimos.

---

[250] Tito Manlio Torcuato III y Publio Decio Mure (340 a. C.). La guerra es contra latinos, campanos, auruncos y volscos, los cuales, posiblemente, exigían la restauración de la antigua independencia de las comunidades latinas. Es conocida con el nombre de «Guerra Latina» (340-338).

[251] Dado que la guerra contra los latinos tenía carácter casi de guerra civil, los cónsules prohibieron severamente cualquier relación con el enemigo y hasta los combates separados fuera de las filas. El hijo de Manlio trabó combate durante un reconocimiento con el comandante de una brigada latina, matando a su adversario. A su vuelta triunfante su padre ordenó que fuera ejecutado.

[252] Según la leyenda, los dos cónsules habían tenido el mismo sueño: se les apareció un hombre diciéndoles que la victoria sería de aquella parte en la cual un comandante arrojase a la muerte a su ejército y a sí mismo. Los cónsules decidieron que aquel de ellos, cuyo ejército comenzara a ceder se arrojaría a la muerte. En la batalla, el ala izquierda de Decio vaciló y entonces el cónsul, con palabras solemnes, ofreció a los dioses su propia persona y la de los enemigos, se lanzó al tumulto y murió.

Del incesto y muerte de la virgen vestal Minucia, y del castigo que, en esta misma época, se dio a muchas matronas romanas convictas de maleficio

En el año que siguió a éste, Minucia, virgen vestal, fue condenada y enterrada viva en el campo que aún hoy se llama «criminal» por haber cometido incesto.

Pero hay más; tras pasar un pequeño intervalo de tiempo después de haber ocurrido los hechos anteriores, sucedió algo que me horroriza contar: en efecto, durante el consulado de Claudio Marcelo y Valerio Flaco[253], las matronas romanas estallaron en increíble locura y deseo
2 de crímenes. Era ciertamente aquel un año funesto y malsano y eran sacados montones de cadáveres producidos por todas partes, y sin embargo la única creencia entre la gente era la de que el aire estaba corrompido, hasta que, por las pruebas y evidencias de una muchacha, muchas matronas se vieron obligadas a beber los filtros que ellas mismas habían preparado; en cuan-
3 to lo bebieron sucumbieron. En estos crímenes hubo tan gran número de matronas inmiscuidas, que se dice que fueron condenadas por ello trescientas setenta[254].

---

[253] Marco Claudio Marcelo y Gayo Valerio Flaco (331 antes de Cristo).

[254] Livio (VIII 18) y Valerio Máximo (II 1) hablan de ciento setenta. Livio cuenta que en un momento en que los principales de la ciudad morían con enfermedades semejantes y en idénticas circunstancias, una criada señaló al edil curul Q. Fabio Máximo que descubriría la causa de esta peste pública, si se le daban garantías de que no se le haría daño. Fabio declara inmediatamente el asunto a los cónsules, los cónsules al Senado y con el consentimiento del Senado se le dan las garantías. Se supo entonces que la ciudad estaba siendo atacada por las mujeres y que eran las matronas las que cocían veneno. Fueron entonces condenadas todas las culpables.

De la derrota y muerte, a manos de los samnitas, de Alejandro, rey del Epiro, tío de Alejandro que es llamado «Magno»

En el año 422 de la fundación de la ciudad, Alejandro, rey de los epirotas, tío del famoso Alejandro Magno, tras pasar sus tropas a Italia y cuando se disponía a guerrear contra los romanos y se ejercitaba para la guerra cerca de las ciudades vecinas de Roma con la intención de mejorar los efectivos de su ejército y, o bien conseguir para sí tropas auxiliares, o bien quitárselas al enemigo, fue derrotado y muerto por los samnitas, que apoyaban al pueblo lucano, en una importante batalla en Lucania[255]. **11**

Pero, dado que al recordar las desgracias de Roma me he pasado un poco en el tiempo, y también porque me he dado cuenta de ello al hacer alusión a este Alejandro, ahora, volviendo atrás unos cuantos años, voy a recordar brevemente, en la medida que pueda, bastantes cosas de Filipo, rey de los macedonios, quien se casó con Olimpíade, hermana del citado Alejandro Epirota, de la cual tuvo a Alejandro Magno. 2

Del poderosísimo rey macedonio Filipo, quien, con su técnica militar, hizo sucumbir a Grecia y dejó huérfanas de hombres y de riquezas a muchas ciudades de la propia Grecia tomándolas por engaño

En el año 400 de la fundación de la ciudad, Filipo, hijo de Amintas y padre de Alejandro, se apoderó del reino macedonio conservándolo durante veinticinco años; en ellos tramó todos los siguientes montones de calamidades y todas las siguientes enormes desgracias. **12**

---

[255] A comienzos del siglo II a. C., las ciudades griegas del S. de Italia se encontraban en una situación difícil. Fue Tarento la que asumió la dirección de la lucha contra los pueblos italianos. Para ello pidió ayuda a divisiones mercenarias griegas; entre ellas estuvieron el rey espartano Arquídamo, Alejandro, rey del Epiro, del que habla aquí Orosio, y, por último, Pirro.

2 En un primer momento, entregado como rehén por
su hermano Alejandro a los tebanos, fue educado duran-
te tres años junto a Epaminondas, habilísimo general y
3 profundo filósofo. Una vez que el propio Alejandro
fue eliminado con la criminal intervención de su
madre Eurídice, Filipo se apoderó, animado por el pue-
blo, del reino que se reservaba para el hijo pequeño de
su hermano asesinado, a pesar de que la madre, tras
haber cometido ya adulterio, haber matado antes a otro
hijo y haber perdido a su hija, había pactado, con la
4 muerte de su marido, matrimonio con su yerno. Filipo,
al ser asediado en el exterior por los ataques de enemi-
gos que se levantaban por todas partes y en el interior
por el miedo a las asechanzas que muchas veces se
descubrieron, lo primero que hizo fue guerrear con los
5 atenienses. Tras vencer a éstos, se dirige contra los ilirios
y, una vez eliminados multitud de enemigos, tomó la
6 famosísima ciudad de Larisa. Invadió después Tesalia,
no tanto por deseo de victoria como por la ambición de
apoderarse de los jinetes tesalios con el fin de engrosar
7 su ejército con la fuerza de éstos. De esta forma, ata-
cando de improviso a los tesalios y sometiéndolos a su
dominio, consiguió un ejército invencible al juntar pre-
paradísimos escuadrones de caballería y tropas de infan-
8 tería [256]. Posteriormente, vencidos los atenienses y some-
tidos los tesalios, se casó con Olimpíade, hermana de
Aruba [257], rey de los molosos [258]. Este Aruba, aunque
creyó que iba a aumentar su imperio precisamente por-

[256] Con Filipo, en efecto, se aplicó por primera vez en la historia del arte militar la táctica basada en la utilización de toda clase de armas, en tanto que, entre los griegos, el papel principal lo desempeñaba sólo la infantería.

[257] La forma griega usual es *Arýbbas*. La forma latina varía considerablemente.

[258] Pueblo del E. del Epiro, llamado así por Moloso, hijo de Pirro, rey del Epiro.

que había pactado alianza con los macedonios mediante el parentesco con el rey de éstos, defraudado en esta esperanza, lo perdió y, como simple particular, envejeció en el exilio. Posteriormente Filipo, mientras asaltaba la 9
ciudad de Motona[259], perdió un ojo por herida de dardo. A pesar de ello, asaltó después la ciudad y la tomó. Luego, sometió con la fuerza de las armas a casi toda 10
Grecia, a pesar de que ésta conocía de antemano sus planes. Y es que las ciudades de Grecia, por querer todas gobernar independientemente, perdieron todas su imperio; y, por buscar sin mesura la ruina unas de las otras, al final, sometidas y esclavizadas, se dieron cuenta de que para todas se había acabado lo que habían ido perdiendo una por una. Y Filipo, al observar, como 11
desde una atalaya, el loco comportamiento de estas ciudades y, proporcionando siempre ayuda a las más débiles, favorecer, cual hábil artesano del engaño, tensiones que son alimento de guerras, sometió a su dominio tanto a los vencidos como a los vencedores. Por otra 12
parte, para la obtención del dominio de toda Grecia le favoreció la desmesurada ambición de los tebanos, los cuales, al exigir en la asamblea de toda Grecia a los lacedemonios y focenses, después de haberlos vencido y esquilmado con muertes y saqueos, el pago de un tributo que éstos no podían pagar[260], les obligaron a ir de nuevo a las armas. La consecuencia es que los focen- 13
ses, bajo el mando de Filomelo y apoyados en la ayuda de lacedemonios y atenienses, tras entablar la lucha y poner en fuga a los enemigos, tomaron el campamento de los tebanos. En una segunda batalla murió Filomelo

[259] Ciudad de Pieria, en Macedonia.

[260] Los tebanos tenían, en este momento, mayoría de votos en la asamblea del organismo común de toda Grecia, la Anfictionía. Sirviéndose de esos votos, se exigió a focenses y lacedemonios el pago de fuertes multas por haber ocupado tierras que no eran suyas.

en medio de enormes estragos de uno y otro ejército; en su lugar los focenses eligieron como general a Enomao[261].

14 A su vez, los tebanos y tesalios, en lugar de reclutar nuevos ciudadanos, se dirigieron a Filipo de Macedonia, al que consideraron su general y al que antes habían procurado rechazar como enemigo. Entablada una nueva batalla y reducidos los focenses casi a la aniquilación,
15 la victoria cayó del lado de Filipo. Pero los atenienses, enterados del resultado de la guerra, ocuparon el desfiladero de las Termópilas con idénticas intenciones que en tiempos anteriores cuando venían los persas, ahora para que Filipo no pasara a Grecia.

16 Entonces Filipo, cuando se da cuenta de que tiene cortada la entrada a Grecia, al estar tapado el paso de las Termópilas, vuelve contra sus aliados la guerra que tramaba contra sus enemigos: efectivamente, ataca hostilmente y arrasa con crueldad las ciudades a cuyo frente había estado poco antes y que mantienen sus
17 puertas abiertas para recibirle con felicitaciones; olvidando radicalmente todo el recuerdo de anteriores alianzas, vende a las mujeres e hijos de todos como prisioneros de guerra, asola y despoja todos los templos y en ningún momento, a lo largo de veinticinco años, con la ayuda, por así decir, de los dioses airados, fue derrotado.

18 Tras los hechos anteriores pasa a Capadocia[262] y allí hace la guerra con igual perfidia, mata a los reyes veci-

---

261 Es la llamada «Guerra Sagrada», que duró diez años y en la que la única beneficiada fue Macedonia.

262 Esto parece que no es cierto. Filipo nunca llegó hasta Capadocia; sí a Calcídica, cuya ciudad de Olinto tomó después de la Guerra Sagrada. Por ello, algunos filólogos restituyen *Chalcidom* o *Chalcidicam* en el texto. De la toma de Olinto habla Orosio inmediatamente después, mezclándola con la persecución contra dos hermanos llevada a cabo por Filipo.

nos tras cogerlos con engaños y somete a toda Capa-
docia al imperio de Macedonia.

Posteriormente, tras todos estos asesinatos, incen- 19
dios y robos llevados a cabo contra ciudades aliadas,
vuelve sus ansias de parricidio contra sus hermanos,
hijos de su padre y de su madrastra, a los que se dis-
pone a asesinar porque los temía como coherederos del
reino. Pero, tras haber matado a uno de ellos, los otros 20
dos huyen a Olinto; Filipo ataca entonces cruelmente
esta ciudad antigua y rica, la deja llena de cadáveres
y de sangre, pero vacía de recursos y de hombres, y a
sus hermanos, tras arrancarlos de esta ciudad, los en-
trega al suplicio y a la muerte.

Después, envalentonado como estaba con la caída de 21
sus aliados y el asesinato de sus hermanos, pensó que le
estaba permitido hacer todo lo que le pasase por la
mente, y atacó las minas de oro de Tesalia y las de plata
de Tracia[263]; y para no dejar sin violar nada de lo esta-
blecido por ley humana o divina, decidió ejercer tam-
bién la actividad de pirata, ocupando el mar y exten-
diendo por él su armada.

Incluso cuando dos hermanos, reyes de Tracia, que 22
tenían discusiones acerca de los límites de su reino, se
le presentaron de mutuo acuerdo para que fuera árbitro,
él, según su congénita costumbre, fue al juicio como si
fuera a la guerra, con un ejército en orden de batalla,
y despojó a los ignorantes jóvenes de la vida y del reino.

Por su parte, los atenienses, que antes habían impe- 23
dido la entrada de Filipo mediante la defensa del paso
de las Termópilas, al buscar después la paz con él, le
avisaron, a pesar de ser un enemigo falaz, de que la
defensa del paso estaba abandonada. Y también las otras 24
ciudades de Grecia, con el fin de estar más libres para

---

[263] La invasión de Tracia, donde Filipo instaló una residencia permanente en la pequeña ciudad de Crénides.

dedicarse con ahínco a las guerras civiles, se sometieron espontáneamente, bajo la apariencia de paz y alianza,
25 al dominio extranjero. Ello sucedió sobre todo cuando los tesalios y beocios pidieron a Filipo que se presentara expresamente como su propio jefe en su lucha contra los focenses y que llevara él a cabo la guerra iniciada, mientras que los focenses, por su parte, a pesar de que se habían unido a ellos los atenienses y lacedemonios, se esforzaban, pagando y suplicando, para que la guerra o
26 se aplazara o se suspendiera[264]. Filipo prometió implícitamente ambas cosas a los dos bandos, ya que a los focenses les prometió en juramento que les daría la paz y el perdón, y a los tesalios, por su parte, les asegura que él les ayudará con su ejército; sin embargo, prohíbe a unos y otros que hagan, por su cuenta, preparativos
27 bélicos. De esta forma, Filipo, con su ejército en orden de batalla, pasa tranquilamente el desfiladero de las Termópilas, y, tras pasar, lo fortifica dejándolo ocupado con puestos de guardia colocados en distintos sitios.
28 Entonces por primera vez se dieron cuenta, no sólo los focenses, sino también toda Grecia de que habían sido conquistados: y es que en un primer momento Filipo sometió a los focenses a infames tormentos, rompiendo la confianza dada y pisoteando su juramento. Después, asolando las ciudades y territorios de todos, consiguió con su sangrienta presencia que fuera temido incluso estando ausente.

29 Y a la vuelta a su reino, a la manera de los pastores que llevan a su ganado unas veces a los pastos de verano y otras a los de invierno, trasvasa a su gusto pueblos y ciudades, según le parecía cada uno de los lugares digno
30 de ser poblado o abandonado. Por todas partes se observaba un miserable aspecto y un tipo de desgracia lamen-

[264] De nuevo la «Guerra Sagrada» (cf. *supra,* n. 261).

table: el tener que soportar la desolación sin que haya
invasión, la cautividad sin guerra, el destierro sin pe-
cado, la esclavitud sin vencedor. Agobia a los desgra- 31
ciados griegos el pavor que se desborda entre los pin-
chazos de las injurias, y el dolor, de tanto disimularlo,
aumenta aún más, el dolor que tenían tanto más
profundamente disimulado cuanto menos podían con-
fesarlo por cuanto temían que las propias lágrimas
fueran interpretadas como orgullo. A unos pueblos, tras 32
apartarlos de sus dominios, los coloca frente al terri-
torio enemigo; a otros los establece en los últimos lími-
tes del imperio; y a algunos, para que con su deseo de
rivalizar en fuerzas no puedan lo que creen poder, los
distribuye como refuerzo en ciudades ya exhaustas.

De esta forma el otro tiempo gloriosísimo imperio 33
de la floreciente Grecia se convirtió, tras perder por
primera vez la libertad, en muchas y laceradas par-
tículas.

De la guerra que el propio Filipo hizo, tras asediar a Bizancio, con los escitas, y del encuentro y batalla que tuvo con los tribalos a su vuelta victoriosa, batalla en la que fue herido

Pero una vez que hizo lo que **13**
he dicho antes sólo con unas cuan-
tas ciudades de Grecia, mientras
que mantenía atemorizadas a to-
das, y tras suponer, a partir del
saqueo que hizo a unas pocas,
cuáles eran las riquezas de todas,
pensó que para llevar a cabo un
saqueo semejante en todas le iba
a ser necesariamente de útil ayuda una ciudad marí-
tima; y consideró como la más apropiada, para con-
vertirla en su refugio por tierra y por mar, a la noble
ciudad de Bizancio; y al encontrar que se resistía, inme-
diatamente le puso sitio[265]. Esta ciudad de Bizancio, 2

[265] Antes de Bizancio había asediado a otra ciudad de la Propóntide: Perinto. Ante la dura resistencia de ésta, puso sitio a Bizancio. Filipo no logró conquistar ninguna de las dos ciudades.

fundada en otro tiempo por el rey espartano Pausanias[266], ampliada y llamada después Constantinopla por el emperador cristiano Constantino, es ahora la sede de un imperio glorioso y la capital de todo Oriente.

3 Pero Filipo, tras un largo e inútil asedio, se dedicó después a la piratería para reparar con saqueos el dinero que había gastado en el sitio. En efecto, robó ciento setenta naves, que capturó llenas de dinero y compensó con una pequeña recuperación su angustiosa escasez.
4 Ahora ya distribuye su ejército entre el asedio y los saqueos. Él mismo, marchando con los soldados más cualificados, toma muchas ciudades del Quersoneso y roba sus riquezas arruinando a muchos pueblos.

Pasó también a Escitia en compañía de su hijo Ale-
5 jandro con la intención de saquearla. En ese momento reinaba en Escitia Ateas; éste, en una ocasión en que se vio en dificultades por una guerra con los histrianos, había pedido ayuda a Filipo por medio de los apolonienses; pero cuando, con la inmediata muerte del rey de los histrianos, se vio libre del miedo a la guerra y de la necesidad de ayuda, rompió el pacto de alianza que
6 había firmado con Filipo. Éste, abandonando el sitio de Bizancio, emprende con todas sus tropas la guerra en Escitia. En el enfrentamiento los escitas, a pesar de que eran superiores en número y valor, fueron vencidos por
7 la astucia de Filipo. En esta batalla fueron hechos prisioneros veinte mil jóvenes escitas de ambos sexos, fue capturada una gran cantidad de animales, pero no se encontró nada de oro ni de plata: este hecho fue precisamente el primero que dio fe de la pobreza de los

---

[266] La colonización de la Propóntide por parte griega es de época muy anterior. Las costas de la Propóntide y del Bósforo tracio fueron pobladas por oriundos de Megara, quienes fundaron sobre la costa asiática, posiblemente todavía a finales del s. VII, Astacos y Calcedonia, y en la costa europea, Selimbria y Bizancio (año 659 a. C.).

escitas. Veinte mil yeguas de raza fueron enviadas a Macedonia para sustituir la especie.

Cuando Filipo iba de vuelta, le salieron al encuentro 8
los tribalos[267] en son de guerra; en el enfrentamiento, Filipo fue herido en una pierna de forma tal que, tras atravesar el dardo su cuerpo, mató al caballo. Dado que todos le dieron por muerto, se pusieron en fuga y perdieron el botín.

De la feliz victoria que el propio Filipo consiguió de una forma cruenta sobre atenienses, lacedemonios y tebanos, pisoteando hasta el final el dominio de sus ciudades, y de su muerte, producida después, cuando tramaba una guerra contra los persas

Posteriormente, mientras con- 9
valeció de la herida, se mantuvo tranquilo durante un poco de tiempo. Pero en cuanto sanó, volvió a guerrear con los atenienses; éstos, al verse en una situación crítica, se alían con los en otro tiempo enemigos, los lacedemonios, y agobian con embajadores a todas las ciudades de Grecia para que ataquen con un ejército común al común enemigo. De esta forma se unieron a los atenienses algunas ciudades, aunque a otras les arrastró
hacia Filipo el miedo a la guerra. En la batalla que se 10
entabló, los atenienses, aunque eran con mucho muy superiores en número de soldados, fueron vencidos por la veterana técnica de los macedonios adquirida en con-
tinuas guerras[268]. El propio resultado de los hechos 11
demostró que esta guerra fue con mucho más atroz que todas las otras anteriores, pues este día terminó en toda Grecia con la gloria del poderío anterior y con la antiquísima situación de libertad.

Posteriormente Filipo explotó cruelmente su victoria **14**
frente a los tebanos y lacedemonios; efectivamente, a

---

[267] Pueblo de Tracia sumamente peligroso.

[268] Batalla de Queronea en Beocia (338 a. C.).

los cabecillas de las ciudades, a unos los pasó por las armas, a otros los desterró y a todos les confiscó sus
2 bienes. A los que habían sido privados de la ciudadanía desde hacía tiempo los hizo volver a su patria; a trescientos de éstos los nombró jueces y gobernadores para que, curando su antiguo dolor con el nuevo mando, no permitieran que estos pueblos tristemente oprimidos
3 pensaran en la esperanza de libertad. Para colmo, tras hacerse en toda Grecia una ingente leva de soldados para refuerzo de la campaña regia[269], decidió enviar a Asia, en una expedición contra Persia, a doscientos mil soldados de infantería y quince mil de caballería, aparte del ejército macedonio y de un infinito número de bár-
4 baros. Eligió a tres generales, concretamente a Parmenión, Amintas y Atalo, para enviarlos por delante a la campaña contra los persas. Y mientras se reunían las citadas tropas de Grecia, decidió celebrar las bodas de Alejandro[270] casándole con su hija Cleopatra; este Alejandro era el hermano de su esposa Olimpíade, el cual moriría después a manos de los sabinos en Lucania y al que había nombrado rey del Epiro como compensación a una deshonra que le había hecho.

5 Filipo es quien, al ser interrogado el día antes de ser asesinado sobre cuál era el fin más deseable para un hombre, se dice que respondió que el mejor era el que le podía ocurrir, de repente y rápidamente, en un golpe inesperado, sin dolor corporal y sin deshonra moral, a un hombre valiente que viva en paz tras haber conseguido la gloria por sus valores. Es el fin que le cupo
6 en suerte luego a él mismo. Y ni siquiera la ira de los dioses, a los que siempre había tenido muy poco aprecio

[269] Ello se decidió en el congreso de Corinto (337 a. C.), al que sólo faltaron los espartanos y en el que se declaró la «paz general» con Filipo y la guerra contra Persia.

[270] Alejandro I, rey del Epiro.

y cuyos altares, templos y estatuas había destruido, pudo impedir que alcanzara esta muerte que, a su parecer, era la más deseable. Efectivamente, el día de las 7
bodas, cuando marchaba entre los dos Alejandros, el hijo y el yerno, a unos juegos magníficamente preparados, fue rodeado en un lugar estrecho y sin guardias y matado por Pausanias, joven noble de Macedonia.

Y ahora pueden alabar y ensalzar con muchas voces 8
todas estas cosas que he contado, como si fueran honras y hechos felices de hombres ilustres, aquellos para los cuales la triste situación de los demás les parece un gracioso cuento; pero ello, con tal de que, si alguna vez se ven ellos afectados por injurias, no las lloren en relatos excesivamente tristes. Si quieren que los demás 9
que les oyen tengan, al escuchar sus quejas, los mismos sentimientos que ellos tuvieron cuando las sufrieron, no quieran comparar los hechos estos de nuestra época con los de épocas anteriores, sino que comparen los hechos como tales con los hechos[271], y que juzguen los hechos presentes y los pasados después de conocerlos, como árbitros justos de un asunto en el que no tienen parte. Durante veinticinco años, la mentira, la ferocidad 10
y la ambición de un solo rey provocó incendios de ciudades, ruinas bélicas, sumisiones de provincias, asesinatos de personas, robos de bienes, botines de animales, ventas de muertos y cautiverios de vivos.

Estos hechos que he insertado en mi historia lleva- **15**
dos a cabo por Filipo bastarían como ejemplo de miserias, aunque no le hubiese sucedido en el reino Alejandro, cuyas guerras, o mejor, las desgracias del mundo que se sucedieron en serie bajo sus guerras, las dejo

---

[271] Quiere decir que no tomen como criterio la época en que sucedieron, en una valoración relativa; sino la magnitud de los propios hechos, en una valoración absoluta.

para un poco más adelante con el fin de, en aras de la cronología, volver en este punto a los hechos romanos.

Del desastroso combate de los romanos con los samnitas, cuando fueron vencidos y pasados bajo el yugo en las horcas caudinas, y de la victoria y sumisión de estos mismos enemigos, al año siguiente, a manos del cónsul Papirio

2 En el año 426 de la fundación de la ciudad, una infame acción romana hizo célebres y famosas a las horcas caudinas. En efecto, a pesar de que en la guerra anterior habían caído veinte mil samnitas cuando dirigió la lucha el comandante de la caballería Fabio, ahora los propios samnitas, con mayores precauciones y con preparativos mejor dispuestos, se
3 asentaron junto a los desfiladeros caudinos, donde, tras encerrar, con la ayuda de la estrechez del lugar y de sus propias armas, a los cónsules Veturio y Postumio [272] y a todo el ejército romano, el general samnita Pontio consiguió una victoria tan indudable que creyó conveniente consultar a su padre Herennio si debería matar a los que tenía encerrados o debería perdonarlos en vista de que ya estaban sometidos. La decisión fue la
4 de conservarlos vivos para mayor deshonra. Se sabía en efecto que los romanos, antes de ahora, habían sido frecuentemente vencidos y derrotados, pero que nunca habían podido ser capturados u obligados a la rendi-
5 ción. Ahora los victoriosos samnitas obligaron a pasar en un largo orden procesional, haciéndole agachar la cabeza bajo un yugo [273] y sometiéndolo a la condición de siervo, a todo el ejército romano, vergonzosamente capturado y privado también de sus armas y de sus

---

[272] Tito Veturio Calvino II y Espurio Postumio Albino II (321 a. C.). El episodio tiene lugar durante la segunda Guerra Samnítica.

[273] Hecho de tres lanzas: dos verticales clavadas en el suelo y una horizontal clavada encima. La denominación procede del parecido con el yugo de los bueyes.

vestidos, permitiéndoseles sólo sendos taparrabos para cubrir las vergüenzas de sus cuerpos. Reteniendo des- 6
pués a seiscientos caballeros romanos como rehenes, dejaron marchar a los cónsules, cargados de ignominia, pero vacíos de todo lo demás.

Y ¿por qué yo, que hubiera preferido callarme esto, 7
me voy a esforzar en exagerar con palabras la mancha de este vergonzoso tratado? Y es que los romanos, o bien no existirían hoy, o bien serían esclavos bajo el dominio samnita, si hubiesen mantenido, sometidos ellos mismos a los samnitas, la misma fidelidad que hoy quieren ellos que guarden sus sometidos para con ellos.

Pero la realidad es que al año siguiente los romanos 8
rompen el pacto firmado con los samnitas[274] y provocan a éstos a una guerra que, iniciada por la insistencia del cónsul Papirio[275], produjo grandes bajas en uno y otro bando. Y como a los combatientes los empujaba de una 9
parte la rabia de la anterior infamia y de otra la gloria de una victoria futura, los romanos lograron finalmente vencer muriendo obstinadamente[276]; y no dejaron de morir ni tampoco de matar hasta que pusieron, a su vez, el yugo a los derrotados samnitas y a su cautivo jefe. El propio Papirio asaltó y tomó después Satrico[277], tras expulsar de allí a la guarnición de los samnitas. Y este Papirio fue entonces considerado entre los roma- 10
nos tan belicoso y aguerrido que, cuando se decía que

[274] Los romanos no reanudaron los combates hasta seis años después del episodio de las «horcas caudinas»; el episodio tuvo lugar en el 321 y los romanos reanudan las operaciones a finales del 316.

[275] Lucio Papirio Mugilano Cursor, cónsul en el 326, 320, 319, 315, 313 a. C.; dictador en el 325 y 309.

[276] Batalla de Luceria en Apulia.

[277] Situado en la frontera del territorio volsco, entre los montes albanos y el mar. Tras las «horcas caudinas» había caído bajo manos samnitas.

Alejandro Magno se disponía a tomar con su ejército África bajando desde Oriente, y a pasar desde allí a Italia, los romanos consideraban que, entre todos los buenos generales que entonces había en el estado, éste sería el único que podría sujetar el avance de Alejandro.

De los valores y triunfos de Alejandro Magno, quien sucedió a su padre Filipo en el reino, triunfos que consiguió con admirable y rápido éxito sobre Persia, Egipto y otras provincias

16 Por otro lado, Alejandro, ya en el año 426 de la fundación de la ciudad, sucedió en el reino a su padre Filipo; dio las primeras pruebas de su fortaleza y valor en la rápida represión de los levantamientos de los griegos; entre éstos había sobresalido, como el causante de que los griegos hicieran defección del dominio macedonio, el orador Demóstenes, corrompido por
2 el oro persa [278]. La consecuencia fue que a los atenienses, que exigían la guerra, Alejandro los perdonó y les libró incluso del miedo a un tributo; de los tebanos, sin embargo, a unos aniquiló en la destrucción de su ciudad y a otros los vendió como prisioneros de guerra; a las demás ciudades de Acaya y Tesalia las hizo tributarias. Sometió también a los ilirios y tracios, tras declararles
3 inmediatamente después la guerra. Luego, cuando se disponía a marchar a la campaña contra los persas, elimina a todos sus parientes y allegados [279].

Tenía un ejército de treinta y dos mil soldados de infantería, cuatro mil doscientos de caballería y ciento ochenta naves. No se puede saber qué es más digno de extrañeza: si el hecho de que con un ejército tan pe-

---

[278] Es la acusación que Esquines hace a Demóstenes en el discurso contra Ctesifonte.

[279] Amintas, primo suyo; Heromenes, Arrabeo y Alejandro, hijos de Eropo, quien en otro tiempo había disputado el reino a Filipo; Carano, hijo de Filipo y Cleopatra.

queño lograra dominar todo el orbe de las tierras o el hecho sólo de que se atreviera a intentarlo.

En su primer enfrentamiento con el rey Darío[280], 4
había en el campo de batalla seiscientos mil persas, los cuales, vencidos no menos por la técnica de Alejandro que por el valor de los macedonios, se dieron a la fuga. Como consecuencia, las pérdidas entre los persas fueron numerosas. En el ejército de Alejandro, en cambio, sólo desaparecieron ciento veinte jinetes y nada más que nueve infantes. Posteriormente sitió, tomó al asalto y 5
saqueó la ciudad frigia de Gordio, que todavía hoy se llama Sardes[281]; de allí, al enterarse que Darío venía contra él con un gran ejército, y por temor a las angosturas de los lugares en que se encontraba, atravesó el monte Tauro con admirable rapidez y, tras avanzar quinientos estadios[282] de una sola vez en un día, llegó a Tarso; aquí, por bañarse sudando en el helado río Cidno, los músculos se le quedaron rígidos y estuvo a punto de morir por parálisis de tendones. Entretanto Darío avan- 6
za hacia el campo de batalla con trescientos mil soldados de a pie y cien mil de caballería. Esta multitud de enemigos asustaba al propio Alejandro, sobre todo al tener en cuenta el escaso número que él tenía; y ello, a pesar de que, al haber superado ya antes con el mismo número de soldados propios a seiscientos mil enemigos, había aprendido ya, no sólo a no tener miedo a la lucha, sino también a confiar en la victoria. En esta situación, 7
una vez que los dos ejércitos estuvieron a tiro de dardo el uno del otro y que los generales, yendo de un lado para otro, animaron con distintos estímulos a ambos

[280] La batalla tiene lugar junto al río Gránico (334 a. C.), una vez que había pasado la Propóntide y había dado los primeros pasos en Asia. El rey es Darío III.

[281] Usualmente identificada como Gordio; su asociación con Sardes es probablemente un error.

[282] Cf. *supra*, n. 160.

ejércitos atentos ya a la señal de combate, se inicia la
8 batalla con enorme fuerza por una parte y otra. En ella son heridos ambos generales, Alejandro y Darío[283]. Y la lucha se mantuvo dudosa hasta que Darío se dio a la
9 fuga. A partir de su huida comenzó la matanza de los persas. Fueron entonces muertos ochenta mil soldados de a pie y diez mil de a caballo, y capturados cuarenta mil. Por el lado macedonio, en cambio, murieron ciento treinta soldados de infantería y ciento cincuenta de caballería. En el campamento persa encontraron buena cantidad de oro y de otras riquezas. Entre los cautivos tomados del campamento se encontraban la madre, la esposa, que era también su hermana, y dos hijas de Darío.

10 Al no poder Darío conseguir la liberación de éstas a pesar de ofrecer a cambio la mitad de su reino, reanuda de nuevo la guerra por tercera vez reuniendo todas las
11 tropas persas más las tropas auxiliares aliadas. Pero mientras Darío hace esto, Alejandro envía a Parmenión con tropas para que ataque a la armada persa, mientras que él, por su parte, marcha a Siria; aquí, de los muchos reyezuelos que salen a su encuentro con las insignias reales, a unos los hace aliados suyos, a otros los aleja del trono y a otros los destruye. Ataca y somete la ciudad de Tiro, antiquísima y muy rica, que se resistía por su confianza en los cartagineses, aliados suyos[284].
12 Invade después con obstinada locura Cilicia, Rodas y Egipto. A continuación se dirige al templo de Júpiter Hamón[285] para borrar, mediante un engaño oportunamente tramado, la ignominia de tener un padre desco-

[283] Batalla de Isso (333 a. C.). Con la victoria, Alejandro se abrió paso hacia Siria y, sobre todo, hacia las ciudades marítimas de Tiro y Sidón, importantísimas para el dominio del mar.

[284] Cartago había sido fundada por colonos fenicios.

[285] Nombre de Júpiter entre los libios.

nocido y la infamia de una madre adúltera. Efectivamente, tras hacer traer a su presencia al pontífice del propio templo le adelantó en secreto, según dicen los historiadores de estos hechos, qué es lo que él quería que se le respondiera cuando aparentara consultar al dios. De esta forma Alejandro se cercioró y a nosotros nos aclaró que, mientras los propios dioses son mudos o sordos, es la potestad del pontífice la que finge lo que quiera o la voluntad del que consulta la que oye lo que prefiere. 13

A su vuelta del templo de Hamón, mientras se dirigía hacia la tercera guerra pérsica, fundó la ciudad de Alejandría en Egipto. 14

Darío, por su parte, perdida la esperanza de paz, con **17**
cuatrocientos mil soldados de a pie y cien mil de a caballo, se enfrenta a Alejandro, que volvía de Egipto, en una batalla junto a Tarso[286]. No hubo preparativos 2
para el choque, sino que todos se lanzan con ciega rabia al combate: los macedonios, porque se trataba de enemigos frecuentemente vencidos por ellos; los persas, porque preferían morir si no resultaban vencedores. Pocas veces se derramó tanta sangre en una batalla. 3
Pero Darío, a pesar de que estaba dispuesto a morir al ver que los suyos eran vencidos, se vio obligado a emprender la huida animado por su gente. En esta batalla 4
desaparecieron las fuerzas y los reinos de Asia y todo Oriente cayó bajo el poderío del imperio macedonio; y hasta tal punto fue triturada en este combate toda la confianza de los persas que, a partir de ahora, ninguno se atrevió a levantarse y aceptaron ahora pacientemente, tras haber sido durante tanto tiempo los dueños, el yugo

---

[286] La última batalla entre Darío III y Alejandro, que es a la que alude aquí, no tuvo lugar en Tarso, sino en Asiria, en Gangamelas. Orosio sigue negligentemente a Justino, el cual se había equivocado. La batalla tiene lugar en el 331.

5 de la esclavitud. Alejandro tardó treinta y cuatro días seguidos en contar el botín del campamento persa; invade después Persépolis, capital del reino persa y ciudad famosísima y repleta de riquezas de todo el mundo.
6 En cuanto a Darío, cuando Alejandro se enteró de que estaba retenido atado con cadenas de oro por los suyos propios [287], mandó perseguirlo. Y él mismo, Alejandro, avanzando con seis mil jinetes, mientras que al resto del
7 ejército le ordenó que le siguiese de cerca, le encontró abandonado y solo en el camino, atravesado por multitud de heridas y echando por las heridas los últimos restos de la vida. Cuando Darío murió, Alejandro ordenó con fatua misericordia que fuera llevado y sepultado en el sepulcro de sus antepasados, mientras que mantenía en cruel cautividad, no voy a decir que a su madre y a su esposa, sino, incluso, a sus pequeñas hijas.

8 Entre tan gran número de desgracias, es muy difícil que se crea en las palabras: en tres batallas y en otros tantos años murieron un millón quinientos mil soldados de a pie y de a caballo; y esto, de un reino y de unos pueblos, de los cuales se decía que no muchos años antes
9 habían muerto un millón novecientos mil hombres. Aunque, aparte de todas estas desgracias, durante estos mismos tres años, fueron oprimidas muchas ciudades de Asia, fue asolada toda Siria, fue destruida Tiro, reducida a la nada Cilicia, sometida Capadocia, sujetado Egipto, reducida, por miedo, a la esclavitud incluso la isla de Rodas, y sujetas al largo tiempo detestado yugo de la servidumbre y del hambre muchas provincias cercanas al Tauro e incluso el propio monte Tauro.

[287] Sus sátrapas Beso y Nabarsanes.

Del sanguinario fragor bélico que afectó a casi todo el orbe, incluso a lugares donde él no pudo llegar, en época del antedicho Alejandro: en efecto, tuvieron lugar muchas y crueles guerras protagonizadas, en Grecia, por el rey lacedemonio Agis; en Lucania, por Alejandro rey del Epiro, y, en Escitia, por Zopirión, prefecto del Ponto

Y para que nadie pueda pensar **18**
que sólo el Oriente estaba subyugado por el ejército de Alejandro, o que sólo Italia estaba agotada por las turbulencias romanas, también en esta época tenía lugar el ataque de Agis, rey espartano, en Grecia, el de Alejandro, rey del Epiro, en Lucania y el del prefecto Zopirión en Escitia. De 2
ellos, el lacedemonio Agis, tras sublevar y rebelar juntamente con él a toda Grecia, se enfrentó al fortísimo ejército de Antípatro, cayendo incluso él mismo en medio de grandes montones de cadáveres de uno y otro lado [288]. Alejandro, por su parte, tratando de alcanzar 3
en Italia un imperio de Occidente a modo del de Alejandro Magno, tras llevar allí a cabo numerosas y sangrientas guerras, fue derrotado por los brutios y lucanos y su cuerpo vendido para ser enterrado [289]. Y Zopirión, 4
prefecto del Ponto, reuniendo un ejército de treinta mil soldados, tuvo la osadía de hacer la guerra a los escitas; derrotado hasta la destrucción total, fue absolutamente aniquilado juntamente con sus tropas.

---

[288] En el 331 a. C., en Megápolis, capital de Arcadia. Antípatro había sido dejado por Alejandro en Grecia para mantener allí su dominio.

[289] Cf. *supra,* II 11.

De las terribles acciones que llevó a cabo Alejandro contra los pueblos indos, y de la sumisión de casi todos los pueblos de Oriente, hasta que, finalmente, volvió a Babilonia, donde recibió legados de todo el mundo y murió tras beber veneno que le entregó un esclavo

5 Alejandro Magno por su parte,
tras la muerte de Darío, sometió
a los hircanos y a los mandos.
Y cuando todavía estaba empe-
ñado en esta campaña, fue a su
encuentro, atraída por la idea de
tener descendencia con él, la des-
vergonzada amazona Halestris,
llamada también Minotea, que
llegó en compañía de trescientas
6 mujeres. Tras esto, emprende la
guerra con los partos, a los cua-
les, por resistir obstinadamente
7 largo tiempo, casi los destruye antes de vencerlos. Con-
tinúa con la sumisión de los drangas, los evergetas, los
parimas, los parapamenos, los adaspios y demás pueblos
que vivían en las raíces del Cáucaso; y allí, sobre el río
Tanais, fundó la ciudad de Alejandría.

8 Su crueldad para con los suyos no fue menor que la
locura manifestada contra los enemigos. Son buena
prueba de ello la muerte de su primo Amintas, el ase-
sinato de su madrastra y hermanos, la cruel ejecución
de Parmenión y Filotas y la destrucción de Atalo, Eurí-
colo y Pausanias y otros muchos de los principales de
Macedonia; incluso Clito, ya anciano y viejo amigo, fue
9 criminalmente asesinado; éste, porque en un banquete,
con la confianza que le daba la amistad del rey, se
atrevió a defender, en contra del rey que anteponía sus
hazañas a su propio padre Filipo, la memoria del padre,
llenó de sangre, ya moribundo, todo el banquete al ser
atravesado con un venablo por el rey, que se había ofen-
10 dido sin razón. Pero es que Alejandro, aunque nunca se
saciaba con sangre humana, ya fuese de enemigos ya
de aliados, tenía, sin embargo, siempre sed de nueva
sangre.

Por otra parte, continuando su carrera bélica con 11
pertinaz locura, recibió bajo su dominio a los corasmos
y los dahas, pueblos hasta entonces indómitos.

Al filósofo Calístenes, condiscípulo suyo bajo el magisterio de Aristóteles, le mandó matar juntamente con otros muchos hombres importantes, porque, olvidándose del saludo acostumbrado, no lo adoró como a un dios.

Tras ello, se dirige a la India con el fin de poner 19
límite a su imperio en el océano y en el extremo Oriente;
llega a la ciudad de Nisa; y asalta los montes Dédalos y
los territorios de la reina Cleofis[290]; ésta, tras haberse
rendido, logró salvar su reino con la entrega de su
cuerpo[291]. Una vez que atravesó y sometió a toda la 2
India, Alejandro, acercándose a un promontorio rocoso
de extraordinaria aspereza y altura[292], en el que se ha-
bían refugiado muchos pueblos, se enteró de que el
propio Hércules no pudo tomar esta montaña a causa
de un terremoto; movido por el deseo de rivalizar, se
apoderó con gran esfuerzo y peligro de este promonto-
rio, para superar así las hazañas de Hércules, y sometió
a todos los pueblos de esta zona. Llevó a cabo un cruento 3
enfrentamiento con Poro, poderoso rey de los indos.
En este choque, al enfrentarse en cruel combate con
el propio Poro y al ser despedido del caballo ya muer-
to[293], escapó de una muerte segura gracias a la llegada
de su guardia. Poro fue herido en todas partes y poste- 4
riormente capturado. Teniendo en cuenta el valeroso

---

[290] Madre del rey Asacano, la cual, al morir su hijo, se apoderó del reino. La capital de este reino indio era Mazaga.

[291] Se dice que del hijo engendrado con Alejandro nacieron los que reinaron durante mucho tiempo en esta parte de la India.

[292] Este promontorio rocoso es citado por Diodoro, Curtio y otros; era llamado Aorno o Aornis.

[293] Algunos autores señalan, efectivamente, que Bucéfalo murió en esta batalla.

testimonio que había dado, lo restituyó a su reino, y fundó allí dos ciudades, Nicia y Bucéfale, a la que ordenó llamar así por el nombre de su caballo. Posteriormente los macedonios redujeron a los adrestas, los catenos, los presidas y los gangáridas, aniquilando a sus
5 ejércitos[294]. Cuando llegaron a Cofides[295], entablaron un combate con doscientos mil jinetes enemigos. Y, a pesar de que, cansados por el tiempo que llevaban en campaña, desanimados y faltos de fuerza, vencieron con dificultad, levantaron como recuerdo unos cuarteles mejor
6 dispuestos que lo acostumbrado. De ahí marcha Alejandro hacia el río Agesine[296]; a lo largo del mismo baja al océano, donde sometió a los gesonas y cibos, colocados allí por Hércules; desde aquí marcha por mar hacia los adros y subagras; estos pueblos le reciben con un ejército de ochocientos mil soldados de a pie y sesenta mil
7 de a caballo. Entablado el combate, la suerte de la lucha, que durante largo tiempo se mantuvo dudosa y cruenta, cedió por fin a los macedonios una triste victoria, si es que llegó a ser tal victoria. En efecto, tras poner en fuga a las tropas enemigas, Alejandro conduce a su ejército hacia la ciudad; y, una vez que subió, él el primero, el muro, saltó solo hacia dentro pensando que
8 la ciudad estaba vacía; pero, al ser rodeado por todas partes por enemigos amenazantes, apenas se puede creer que no le aterrorizara la multitud de enemigos, ni la enorme violencia de los dardos, ni el ensordecedor clamor de los que le hostigaban, y que pudiera él solo vencer y poner en fuga a tantos miles de enemigos.
9 La verdad es que, cuando se dio cuenta de que era apremiado por la multitud que le rodeaba, defendiendo su espalda con la barrera del muro, mantuvo a raya

---

[294] En la batalla del Hydaspes, afluente del Indo (326 a. C.).

[295] Corrupción por *Sopithis* o *Sopithes.*

[296] Río de la India que desemboca en el Indo; hoy Chenaub.

fácilmente a los adversarios hasta que todo su ejército, ante el peligro de su jefe y el griterío de los enemigos, irrumpió dentro, rompiendo los muros. En este 10
choque, a pesar de estar herido por un dardo bajo la tetilla, se mantuvo luchando sobre las rodillas clavadas en el suelo hasta que logró matar al que le había herido.

Posteriormente, embarcándose y bordeando por mar 11
la costa del océano, llegó a una ciudad a cuyo frente estaba el rey Ambira; en el asalto a esta ciudad perdió gran parte de su ejército, debido a los dardos venenosos del enemigo. Posteriormente, tras dar fuerzas a los demás con una yerba que le había sido mostrada en sueños y que ofreció como bebida a sus agotados soldados, logró asaltar y tomar la ciudad.

Luego, como si hubiese llegado ya a la meta, entran- **20**
do desde el océano en el río Indo, volvió rápidamente a Babilonia, donde le esperaban legados de las aterrori- 2
zadas provincias de todo el orbe, concretamente de los cartagineses y de las ciudades de toda África; pero también de los hispanos, de los galos, de Sicilia y de Cerdeña; y además, de gran parte de Italia. Tan grande fue 3
el temor al líder constituido en el lejano Oriente, temor que había invadido a los pueblos del extremo occidente, que se podían ver legados extranjeros de todas partes del mundo, a las cuales apenas se puede creer que llegara el rumor.

Pero Alejandro murió en Babilonia cuando, sediento 4
todavía de sangre, con una avidez fatalmente castigada, bebió un veneno proporcionado traidoramente por un siervo[297].

¡Oh obstinación humana y sentimientos siempre 5
crueles! Y yo mismo, que he relatado todas estas cosas

---

[297] Justino y Orosio aceptan la versión del envenenamiento; esta versión del veneno ha sido transmitida por distintos autores, que la adornan con variadas circunstancias.

para demostrar los ciclos de las desgracias de todos los tiempos, ¿he bañado acaso en lágrimas mis ojos ante el recuerdo de un mal tan grande, por el que todo el mundo tembló, ya con la propia muerte, ya con el temor inherente a la muerte? ¿Me he dolido acaso en mi corazón? ¿Me he preocupado más, al recordar esto, de las desgracias de mis antepasados teniendo en cuenta la
6 común naturaleza humana? Y, sin embargo, cuando hablo de mí mismo, por ejemplo, que, en un primer momento, me vi frente a frente con los bárbaros a los que no había visto nunca, que los esquivé cuando se dirigían hostiles contra mí, que los ablandé cuando se apoderaron de mí, que les he rogado a pesar de ser infieles, que
7 los he burlado cuando me retenían, y finalmente que he escapado de ellos, cubierto con una repentina niebla, cuando me perseguían en el mar, cuando trataban de alcanzarme con piedras y con dardos, y cuando ya incluso me alcanzaban con sus manos [298]; cuando yo, pues, cuento todo esto, quiero que todos, al oírme, se conmuevan con lágrimas y me duelo en silencio porque los que me escuchan no lo sienten, reprochando la dureza de aquellos que no creen lo que no tuvieron que sufrir ellos.

8 Pues bien, los hispanos y morinos [299] vinieron a Babilonia a suplicar a Alejandro (trataron de someterse voluntariamente a lo largo de Asiria y de India a un dueño sanguinario para no tener que recibirlo como enemigo; y, a pesar de que recorrieron los extremos de las tierras y de que Alejandro era recordado tristemente en una y otra orilla del océano, sin embargo, el recuerdo de una situación crítica violenta o bien había desaparecido ya

---

[298] Son datos autobiográficos de Orosio, que aluden a su salida de España durante la invasión de los vándalos en el 409. Se trata de una fuga, y una fuga dramática.

[299] Pueblo de la Galia belga: celtas.

en el olvido o bien se había aminorado con el tiempo. Y ¿pensamos nosotros ahora que se va a recordar siem- 9 pre el hecho de que un enemigo fugaz haya arrasado un solo ángulo del mundo, sin haber tocado la mayor parte del mismo?[300]). Es como si hubiesen pedido la paz a los godos y suevos, no diré, cambiando las cosas, los indos y los asirios, sino incluso los propios hispanos, que tienen que aguantar el enemigo[301].

Por otra parte, si piensan que la época de Alejandro 10 puede ser alabada por el valor con que éste se apoderó de todo el mundo y no censurada por la ruina en que todo el orbe se vio derrumbado, también tendrá que haber ahora muchos que consideren loable esta nuestra época, porque los bárbaros han conseguido muchas victorias y consideran como suerte propia las desgracias de los demás. Pero quizá alguien diga: «Pero estos ene- 11 migos de ahora lo son de la Romania»[302]; se le puede

---

[300] El saqueo de Roma en el 410 a manos de los godos. Si la gente olvidó lo de Alejandro, con mayor razón olvidará este saqueo que ha sido menos importante.

[301] Posiblemente esta frase haya que ponerla en relación con lo que dijo antes del paréntesis, paréntesis que, por lo demás, es nuestro. Dijo que los hispanos y morinos vinieron a suplicar a Alejandro: tan inútil como si los hispanos suplicaran ahora a los suevos y godos.

[302] Este pasaje y otro del libro VII (43, 4) son los que siempre han sido tenidos en cuenta para determinar el concepto de Romania en Orosio. Ambos textos han sido discutidos por varios autores: J. SVENNUNG, *Orosiana*, Upsala, 1922, págs. 129 y sigs.; J. ZEILLER, «L'apparition du mot "Romania" chez les écrivains latins», *Rev. des Ét. Lat.* 7 (1929), págs. 194 y sigs.; K. A. SCHÖNDORF, *Die Geschichtstheologie des Orosius*, Munich, 1952, págs. 93 y sigs.; SÄGMÜLLER, «Die Idee von der Kirche als Imperium Romanum in Kanonischen Recht», *Theol. Quartalschrift* 80 (1898), páginas 50-80; E. CORSINI, *Introduzione alle «Storie» di Orosio*, Turín, 1968, págs. 187-188. Svennung identifica Romania con *imperium Romanum;* Sägmüller la identifica con Iglesia. Corsini

responder: «Esto se pensaba también de Alejandro con relación a todo Oriente, y también los romanos han dado a otros esa misma impresión cuando han atacado con guerras a pueblos tranquilos y lejanos.» «Pero los romanos y Alejandro conquistaban reinos, mientras que los bárbaros lo que buscan es destruirlos.» Con estos argumentos se están separando, de una parte, las inevitables ruinas de las guerras y, de otra, las decisiones del ven-
12 cedor; los romanos, es verdad, atacaron primero con guerras a los mismos pueblos que después educaron con sus leyes. Pero también los bárbaros, a los pueblos que ahora turban con la guerra, si consiguen dominarlos (lo cual no lo permita Dios), tratarán de reconstruirlos con sus costumbres y terminarán por ser llamados grandes reyes por los siglos venideros, quienes ahora son juzgados como crueles enemigos por nosotros.

13 Llámense como se llamen tales acciones, se llamen desgracias o se llamen valor, lo cierto es que, comparadas con las pasadas, las de ahora son menores. De esta forma, cualquier interpretación nos favorece a nosotros en comparación con Alejandro y los persas: si lo consideramos como valor, el de estos enemigos de ahora es menor; si lo consideramos como desgracia, la de los romanos es también menor.

---

señala que no hay contradicción entre una identificación y otra; efectivamente, si tenemos en cuenta la importancia que ambas realidades (Imperio e Iglesia) tienen para Orosio y la estrecha conexión que hay entre ambas, se puede decir que Romania es, para Orosio, una síntesis de estos dos aspectos; es decir, Romania sería el imperio romano en cuanto que éste se ha convertido en cristiano.

De la aniquilación de galos y samnitas, a los que, coligados en un solo ejército contra Roma, se enfrentó y derrotó felizmente, matando a gran cantidad de ellos, el cónsul Fabio

En el año 450 de la fundación de la ciudad, durante el quinto consulado de Fabio Máximo y el cuarto de Decio Mure [303], se unieron en un solo ejército y alianza cuatro poderosos y ricos pueblos de Italia. Efectivamente, etruscos, umbros, samnitas y galos, agrupados en un solo ejército, trataron de destruir a los romanos [304]. Los ánimos romanos tem- 21
2 blaron en esta guerra y su confianza se tambaleó; y no atreviéndose a confiarlo todo a sus fuerzas, dividieron con engaño al enemigo, pensando que era más seguro para ellos embarcarse en guerras numerosas que en guerras de mucho volumen. Así pues, cuando, tras en-
3 viar a algunos de los suyos a la Umbría y a Etruria para asolar el campo enemigo, obligaron al ejército de los etruscos y de los umbros a que volviera en defensa de su territorio, entablan rápidamente el combate con samnitas y galos. En esta batalla murió el cónsul Decio en
4 un momento en que los romanos se vieron en apuros por el ímpetu de los galos [305]. Fabio, sin embargo, terminó por vencer, después que el ejército de Decio sufrió grandes pérdidas. En este enfrentamiento murieron cua-
5 renta mil hombres entre samnitas y galos; romanos, en cambio, se dice que desaparecieron siete mil, los cuales eran sólo del ejército de Decio, el cual también murió. Livio, por su parte, dice que, sin contar a los etruscos y
6 umbros, a los que los romanos habían apartado de la lucha con astucia, había ciento cuarenta mil trescientos

---

[303] Quinto Fabio Máximo Ruliano y Publio Decio Mure (295 antes de Cristo).

[304] Se trata de la llamada «tercera Guerra Samnítica» (298-290).

[305] Batalla de Sentino (295 a. C.), localidad de la Umbría septentrional.

treinta soldados de a pie galos y samnitas y cuarenta y cuatro mil de a caballo; y que mil soldados montados en carros se enfrentaron también con armas al ejército
7 romano. Pero, como ya he dicho muchas veces (que la paz interna de los romanos se vio siempre interrumpida por guerras externas, o que los éxitos externos estuvieron siempre enturbiados por enfermedades internas, hasta el punto de que su extraordinario valor estuvo siempre oprimido por todas partes y de todas las ma-
8 neras), también ahora una peste que afectó a la población agravó esta cruenta y triste victoria y las exequias de los muertos que tropezaban con la procesión triunfal la enturbiaron. No había nadie a quien el triunfo le produjese gozo, cuando toda la ciudad lloraba, ya por los enfermos, ya por los muertos.

22

De la guerra que, de nuevo, protagonizaron samnitas y romanos, con resultados victoriosos alternantes, y de la derrota final de los samnitas, juntamente con su rey Pontio, los cuales, aunque después de mucho tiempo, tuvieron el fin que se merecían de su dominio y reinado

Sigue el año en que los romanos, reanudada la guerra por los samnitas, fueron derrotados y tu-
2 vieron que retirarse a sus cuarteles. A partir de ahora los samnitas se entregan al combate con una forma nueva de actuar y con renovados ánimos: a saber, con armas y armaduras recubiertas de plata y con el ánimo dispuesto
3 a morir, si no vencían[306]. El cónsul Papirio[307], enviado al frente del ejército contra ellos, a pesar de que los augures pularios[308], que hicieron infundadas

---

[306] Los galos se habían retirado ya de la lucha.

[307] Lucio Papirio Cursor (293 a. C.).

[308] Su misión consistía en vigilar el apetito de los pollos sagrados destinados a la inmolación. El episodio ha sido atribuido por la tradición, también, a un momento de la primera Guerra

predicciones, le prohibieron entablar combate, llevó a cabo, sin hacerles caso, tan felizmente la batalla como firmemente la había emprendido, ya que en este com- 4
bate se dice que murieron doce mil enemigos y fueron capturados tres mil. Pero también su victoria, digna en verdad de alabanza —victoria que no habían podido impedir los vanos auspicios— fue ennegrecida por nuevas enfermedades surgidas de pronto. Efectivamente, 5
tan grande e insoportable peste se apoderó en aquel momento de la ciudad, que, con el fin de mitigarla de cualquier forma que fuese, decidieron consultar los libros sibilinos [309] y traer aquella horrible culebra de Epidauro con la propia piedra de Esculapio [310]: como si antes no se hubiesen curado otras pestes y como si no volviese a haber ninguna otra.

Por lo demás, al año siguiente, el cónsul Fabio Gur- 6
ges [311] fracasó en un enfrentamiento con los samnitas, ya que perdió el ejército, teniendo que volver derrotado a Roma. Dado que a causa de ello el senado decretó rele- 7

Púnica: cuando el cónsul del 249 a. C., Publio Claudio Pulcro, se disponía a marchar contra Drépano, en Sicilia, los augures pularios informaron que las aves desdeñaban el alimento y no querían salir de las jaulas; Claudio, furioso por ello, ordenó que las sacaran a la fuerza y las arrojaran al mar, gritando: «Ya que no quieren comer, dadles de beber.»

[309] La sibila, mujer profetisa, aparece en distintos lugares. En la mitología romana, la más célebre es la de Cumas, al servicio de Apolo en tiempos de Eneas. Una sibila posterior es de la época de Tarquinio el Soberbio, cuyas predicciones fueron depositadas en el Capitolio y, en época de peligro, eran consultadas por los sacerdotes.

[310] Se trata de un altar de Esculapio: sobre el mismo se levantaba una piedra cónica, encima de la cual había otra piedra en forma de medio huevo, la cual estaba rodeada por una serpiente; a esta serpiente es a la que se refiere la «horrible culebra de Epidauro» y la piedra es a la que alude Orosio.

[311] Quinto Fabio Máximo Gurges (292 a. C.).

varlo de su puesto, su padre, Fabio Máximo, tratando de evitar la ignominia de su hijo, se ofreció a ir como lugarteniente del mismo, si se le daba la oportunidad de resarcirse de la vergüenza anterior y de llevar de nuevo
8 la guerra. Conseguida esta oportunidad y entablado el combate, al ver que su hijo cónsul se adentraba de pronto en el combate mientras acosaba el general samnita Pontio y que se encontraba encerrado por los hostiles dardos de los enemigos, el benévolo anciano, montado a
9 caballo, se lanzó al medio de las filas. Los romanos, animados por ello, se lanzaron a aquel sitio con todas sus fuerzas hasta que, destruyendo al ejército enemigo, capturaron, vencido y derrotado, a su propio general
10 Pontio. En esta batalla cayeron veinte mil samnitas y fueron capturados, con su jefe, cuatro mil. Y por fin terminó, con la destitución del capturado general, la guerra samnítica, que se había arrastrado durante cuarenta y nueve años con abundantes desastres romanos.

De la aniquilación de los sabinos, y de la forma como, derrotados y esclavizados, fueron sometidos al dominio romano por el cónsul Curio

11 Al año siguiente, los romanos, se enfrentaron a los sabinos bajo el mando del cónsul Curio[312]; el propio cónsul dio cuenta del número de enemigos que cayeron y fueron capturados en la misma; cuando éste intentó referir en el senado la extensión del territorio sabino conquistado y la multitud de enemigos capturados, no pudo señalar exactamente el número.

[312] Marco Curio Dentato (290 a. C.).

De la lamentable batalla que los romanos protagonizaron, bajo el mando del pretor Cecilio, con los etruscos y galos senones

En el año 463 de la fundación de la ciudad, bajo el consulado de Dolabela y Domicio[313], cuando lucanos, brutios, samnitas, juntamente con etruscos y galos senones, tramaron, tras hacer una alianza, una renovada guerra contra los romanos, éstos enviaron legados para atraerse a los galos; como los galos ejecutaron a estos legados, es enviado con el ejército el pretor Cecilio para vengar la muerte de los legados y para reprimir el levantamiento enemigo; pero pierde la vida derrotado por los etruscos y los galos. Murieron, además, en este combate[314], siete tribunos militares, fueron cruelmente matados muchos nobles y cayeron en el total de las operaciones bélicas trece mil soldados romanos. 12 13 14

Así pues, cada vez que los galos se soliviantaron, Roma se vio destruida en todos sus recursos, de forma que ahora, ante el presente ataque de los godos, es cuando más debe acordarse de los galos. 15

Pasando a otra cosa, vuelvo hacia atrás para contar las guerras que llevaron a cabo entre sí los generales macedonios, en esta misma época en que los romanos conocieron estas derrotas. Estos generales, una vez muerto Alejandro, se agotaron en guerras recíprocas una vez que se repartieron por sorteo las distintas provincias; la tumultuosa época de estas guerras me parece a mí observarla de la misma forma que si, contemplando por la noche un inmenso campamento desde la atalaya de un monte, no viese en el vasto espacio del campo otra cosa que innumerables fuegos. Efectivamente, a lo largo de todo el reino de Macedonia, es decir, a lo largo **23** 2 3

[313] Publio Cornelio Dolabela Máximo y Gneo Domicio Calvino Máximo (283 a. C.).

[314] En el lago Vadimo en Etruria, hoy Laghetto de Bassano.

de toda Asia y gran parte de Europa, e incluso por la mayor parte de Libia, ardieron de pronto horrendos globos bélicos, los cuales, tras asolar principalmente los lugares en los cuales comenzaron a arder, perturbaron también todos los demás con el terror de los rumores,
4 como una espesa nube de humo. Pero en vano voy a explicar las guerras y caídas de tantos reyes y reinos, si antes no explico quiénes fueron los reyes y cuáles los reinos.

Del desastre y disensión de los macedonios tras la muerte de Alejandro; del reparto, tras su muerte, entre muchos reyes y príncipes del conjunto del Imperio macedonio ancha y largamente engrandecido por el propio Alejandro, y de su destrucción y aniquilación, a lo largo de catorce años, en duros e innumerables combates llevados a cabo en Asia, Egipto, India y otras provincias

5 Volviendo atrás, Alejandro oprimió durante doce años con las armas al mundo que temblaba a su paso. Sus sucesores, por su parte, lo hicieron pedazos en catorce años y, como si de una espléndida presa abatida por un león se tratase, ellos, ávidos cachorros, la despedazaron; e incluso se destruyeron entre ellos mismos arrastrados a la lucha por la rivalidad de la presa.

6 En efecto, a Tolomeo le tocó en suerte la primera: Egipto y parte de África y Arabia. Laomedonte Mitilineo recibe Siria, limítrofe
7 a la parte de Tolomeo; Filotas recibe Cilicia; y Filón, Iliria. Al frente de la Media Mayor queda Atropato; y de la menor, el suegro de Perdicas. El pueblo de Susio es asignado a Escino; y la Frigia Mayor, a Antígono, hijo de
8 Filipo. Nearco, Casandro y Menandro se reparten Licia y Panfilia, Caria, y Lidia, respectivamente. Leonato re-
9 cibe la Frigia Menor. Tracia y los reinos del Ponto son entregados a Lisímaco; Capadocia y Paflagonia a Eumenes. El bloque del ejército le corresponde a Seleuco,

hijo de Antíoco[315]; al frente de la guardia y de la escolta
del rey[316] fue puesto Casandro, hijo de Antípatro. En la 10
Bactriana ulterior y en las regiones de la India quedaron
los prefectos antiguos que estaban allí desde Alejandro.
Del territorio de los Seres, que se encontraban entre los
ríos Hidaspes e Indo, se hizo cargo Taxiles. A las colo- 11
nias fundadas en la India es enviado Pitón, hijo de Age-
nor. Los territorios de los parapamenos, cercanos al
monte Cáucaso, los recibe Oxiartes. Los aracosios[317] y
cedrosos[318] son asignados a Sibirte. A Estatanor le tocan 12
los dranceos y areos, a Amintas los bactrianos, a Esciteo
los sogdianos, a Estacanor los partos, a Filipo los hirca-
nios, a Fratafernes los armenios, a Tleptolemo los per-
sas, a Peucestes los babilonios, a Arcón los pelasos, y a
Arquelao Mesopotamia.

Pues bien, la causa y el origen de las luchas fue una 13
carta de Alejandro, el rey, en la que ordenaba que todos
los desterrados fuesen restituidos a su patria y a la liber-
tad. Los poderosos de las ciudades de Grecia, temerosos
de que los desterrados, al recibir la libertad, tramaran
una venganza, se separaron entonces del reino macedo-
nio. Los atenienses fueron los primeros que, reuniendo 14
un ejército de treinta mil soldados y doscientas naves,
hacen la guerra a Antípatro, al cual le había tocado en
suerte Grecia[319]. Por medio del orador Demóstenes se
atraen también como aliadas a las ciudades de Sición,
Argos, Corinto y las demás griegas y rodean en asedio a

---

[315] Seleuco quedó, en efecto, al frente de la caballería bajo las órdenes de Perdicas.

[316] Este rey sería Perdicas, que, en realidad, es el que queda en un primer momento como regente de todo el imperio.

[317] Es la parte oriental del antiguo reino persa.

[318] Provincia persa a lo largo del mar de Eritrea.

[319] Es la llamada «Guerra Lamíaca», por cuanto Antípatro se vio obligado a encerrarse en la ciudad de Lamia en una situación bastante crítica.

15 Antípatro. En el asedio muere el general griego Leós-
tenes, herido por un dardo arrojado desde la muralla.
Los atenienses salen al encuentro de Leónato, que venía
en ayuda de Antípatro, y, tras diezmar sus tropas, matan
al propio Leónato.
16 Perdicas, por su parte, hizo la guerra a Ariarato, rey
de Capadocia[320], y le vence, aunque en la victoria no
consiguió otra cosa que heridas y peligros, ya que todos
los habitantes de la ciudad, antes de que fuera asaltada,
tras incendiar sus casas, se arrojaron al fuego ellos mis-
mos y arrojaron sus cosas[321].
17 Tras ello, se inicia una cruel guerra entre Antígono
y Perdicas, con la ruina de muchas provincias e islas, ya
18 por negar ayuda, ya por prestarla. Dudaron durante
largo tiempo si trasladar el campo de operaciones a
Macedonia o situarlo en Asia; por último, Perdicas se
dirige a Egipto con un gran ejército. De esta forma el
imperio macedonio entra en armas en su propio interior,
19 al enfrentarse sus reyes en dos facciones[322]. Tolomeo,
equipado con contingentes egipcios y con tropas de Ci-
rene, se dispone a enfrentarse a Perdicas. Entretanto,
Neoptólemo y Eumenes combaten entre sí en sangrienta
20 guerra[323]. Neoptólemo, al verse vencido, se refugia junto
a Antípatro, al que empuja a que ataque de improviso a

---

[320] Ariarato, sátrapa de Capadocia, había rechazado el yugo de Alejandro y permanecía virtualmente independiente.

[321] La batalla tuvo lugar en la primavera del 322. Perdicas invadió Pisidia y atacó la ciudad de Isaura, cuyos habitantes murieron tal como describe Orosio. Orosio mezcla aquí aparentemente dos episodios.

[322] En un primer momento se forman en efecto dos grupos: por una parte, Perdicas y Eumenes, y, por otra, Antípatro, Cratero, Antígono y Tolomeo.

[323] El enfrentamiento de los dos bloques tenía como base de operaciones dos sitios: por una parte, Egipto, donde se enfrentaron Perdicas y Tolomeo, y, por otra, Asia Menor, donde se enfrentaban Eumenes y Cratero, al que Orosio llama Neoptólemo.

Eumenes; pero Eumenes, suponiendo que iba a pasar
esto, encierra con emboscadas a los que le emboscaban.
En este enfrentamiento cae Poliperconte, y se hieren 21
mutuamente Neoptólemo y Eumenes, aunque el que
muere es Neoptólemo, mientras que Eumenes acaba
como vencedor. Perdicas por su parte, que se había en- 22
frentado en cruel batalla a Tolomeo, murió también él
mismo tras perder sus tropas. Eumenes, Pitón, Ilirio y
Alcetas, hermano de Perdicas, son declarados enemigos
por los macedonios y se toma la decisión de encargar la
guerra contra ellos a Antígono[324].

De esta forma entraron en conflicto Eumenes y Antí- 23
gono[325], reuniendo el uno contra el otro el mayor nú-
mero de tropas posible. Eumenes fue derrotado y huyó
a una fortaleza enormemente protegida[326], desde donde,
por medio de legados, solicita ayuda al entonces pode-
rosísimo Antípatro; al enterarse de esto, Antígono, ate-
rrorizado, abandona el asedio. Pero ni siquiera así tenía 24
Eumenes una esperanza firme o una salvación segura.
Por ello, como último recurso, llama en su ayuda a los
argiráspidas, llamados así por sus armas cubiertas de
plata, esto es, los soldados que militaron bajo las órde-
nes de Alejandro; éstos, sorprendidos por Antígono y 25
privados de su campamento mientras escuchaban con
descuido a su jefe que les explicaba los dispositivos de
la batalla, perdieron a sus mujeres e hijos y todo aquello
que habían conseguido bajo el mando de Alejandro.
Después, a través de legados, piden vergonzosamente al 26

---

[324] Esta decisión, entre otras, es tomada en la conferencia de Triparadisos (321 a. C.), en el N. de Siria, en la que se encargó a Antípatro la dirección material del imperio y se repartieron otros cargos. Los partidarios de Perdicas son excluidos del reparto e, incluso, se les declara la guerra, al frente de la cual es puesto, efectivamente, Antígono.

[325] En las llanuras de Orcinio, en Capadocia.

[326] La fortaleza se llamaba Nora, entre Capadocia y Licaonia.

vencedor que se les devuelva lo que habían perdido. Antígono, por su parte, promete que se lo devolverá, si
27 le traen a Eumenes encadenado. De esta forma, ellos, atraídos por la esperanza de recuperar lo perdido, entregaron, en una deshonrosa traición, prisionero y encadenado, ellos que eran también cautivos, al general cuyas banderas poco antes habían seguido; y, posteriormente, con vergonzosa ignominia, fueron distribuidos en el ejército de Antígono.

28 En la misma época, Eurídice, esposa del rey de los macedonios Arrideo[327], realizó en nombre de su marido muchas nefastas acciones, sirviéndose para ello de Casandro, al que había elevado, a través de todos los peldaños honoríficos, hasta los más altos cargos, manteniendo además con él relaciones escandalosas; éste arruinó a muchas ciudades griegas apoyado en la pasión
29 de esta mujer. En estas circunstancias, Olimpíade, madre del rey Alejandro, mandó matar, con la ayuda de los macedonios, al rey Arrideo y a Eurídice, porque cuando, por consejo de Poliperconte, venía del Epiro a Macedonia, escoltada por el rey de los molosos, Eácida, se le impidió por parte de Eurídice la entrada en el
30 territorio. Sin embargo, también la propia Olimpíade pagó inmediatamente el merecido castigo a su crueldad. Efectivamente, tras haber asesinado con audacia femenina a muchos nobles, enterada de que llegaba Casandro, se retiró, al desconfiar de los macedonios, a la ciudad de Pidna con su nuera Roxa y su nieto Hércu-
31 les[328]: allí fue inmediatamente capturada y ejecutada

[327] Hijo de Filipo de Macedonia y hermano, por parte de padre, de Alejandro. Es el que quedó como regente inmediatamente después de la muerte de Alejandro.

[328] Roxa era la mujer de Alejandro, la cual, cuando murió éste, estaba embarazada de Hércules; éste sería, en teoría, el heredero del trono de Alejandro.

por orden de Casandro. El hijo de Alejandro Magno fue enviado, bajo custodia, a la fortaleza de Anfípolis juntamente con su madre.

Una vez desaparecidos Perdicas, Alcetas y Poliper- 32
conte, aparte de otros generales de uno y otro bando,
que sería largo enumerar, parecían haber terminado las
guerras entre los sucesores de Alejandro, cuando Antí- 33
gono, abrasado por la ambición de dominio, finge que va
a librar del asedio con su ejército a Hércules, hijo del
rey. Enterados de esto, Tolomeo y Casandro establecen 34
una alianza con Lisímaco y Seleuco, disponiéndose a
llevar la guerra con todas sus fuerzas por tierra y por
mar. En esta guerra es vencido Antígono juntamente
con su hijo Demetrio.

Casandro, al que Tolomeo hizo partícipe de la victo- 35
ria, tuvo un encuentro con los avieniatas [329] a su vuelta a
Apolonia; éstos, que se encontraban entonces errantes,
tras haber abandonado el suelo patrio y sus antiguas se-
des a causa de una inaguantable cantidad de ranas y
ratones, estaban buscando nuevas sedes, llevando como
bandera, hasta que las encontraran, la paz. Pero Casan- 36
dro, que conocía el valor y el número de este pueblo,
con el fin de que arrastrados por la necesidad no arra-
saran ni invadieran con su ejército el territorio de Mace-
donia, los coloca en lugares extremos de Macedonia, tras
aceptarlos en su comunidad. Posteriormente, cuando ya 37
Hércules, el hijo de Alejandro, tenía catorce años, Ca-
sandro, temeroso de que los lacedemonios prefirieran a
éste como legítimo rey, se preocupó de asesinarlo ocul-
tamente, haciendo lo mismo con su madre.

Tolomeo entró de nuevo en conflicto naval con De- 38
metrio [330]; y cuando ya había perdido casi toda la armada

---

[329] Se trata de un belicoso pueblo que después militó, bajo el mando de Lisímaco, contra Demetrio.

[330] En la costa este de Chipre, en el 306 a. C.

39 y el ejército, se refugió derrotado en Egipto. Antígono, animado por esta victoria, ordena que él y su hijo [331] sean considerados como reyes. Todos los demás siguieron este ejemplo y se apropiaron del nombre y de la dignidad real.

40 Pues bien, Tolomeo y Casandro y los demás generales del otro bando, cuando se dieron cuenta de que eran sorprendidos uno a uno por Antígono, tras comunicarse ánimos mutuamente por medio de cartas, fijan día y lugar para una reunión; en ella deciden hacer la
41 guerra con un ejército común contra Antígono. Casandro, entretenido en guerras con los pueblos vecinos, en lugar de ir él, envió, como ayuda a sus aliados, al más famoso de sus generales, Lisímaco, al frente de un gran
42 ejército. También Seleuco, bajando desde Asia Mayor, se sumó como nuevo enemigo de Antígono. Este Seleuco ya había protagonizado recientemente, a lo largo de Oriente, muchos enfrentamientos con los países miem-
43 bros del bloque macedonio: en un primer momento asaltó y tomó por las armas la ciudad de Babilonia; a los bactrianos, que se habían levantado en nuevas insu-
44 rrecciones, los había sometido; posteriormente pasó a la India, la cual, tras la muerte de Alejandro, como si se hubiese quitado y sacudido de su cerviz el yugo, había matado a sus prefectos, bajo el mando, en esta reivindicación de su libertad, de un tal Androcoto [332]; pero éste, tratando posteriormente con crueldad a sus conciudadanos, a los cuales antes había librado del dominio
45 externo, los oprimía con la esclavitud. Seleuco, pues, una vez que llevó a cabo muchos y crueles combates con este Androcoto, se retiró, por fin, de aquellos territorios, tras reafirmar la situación del reino y firmar la paz.

46 Unidas de esta forma las tropas de Tolomeo y sus

[331] Demetrio.

[332] Su nombre indio era Chandragupta.

aliados, se inicia la guerra; y en ella, cuanto mayores fueron los preparativos, tanto mayor fue el desastre. Efectivamente, en ella se derrumbaron las fuerzas de casi todo el imperio macedónico[333]. Antígono cayó en el 47
propio campo de batalla.

Pero el final de esta guerra con Antígono fue el comienzo de otra. En efecto, al no ponerse de acuerdo los vencedores sobre el reparto del botín, de nuevo se dividen en dos bandos: Seleuco se alía con Demetrio y 48
Tolomeo con Lisímaco. Por otra parte, tras la muerte de Casandro, le sucede en el trono su hijo Filipo.

De esta forma se reanudan de nuevo, como si nada hubiese pasado, las guerras en Macedonia. Antípatro 49
atravesó con su propia espada a su madre Tesalonice, mujer de Casandro, a pesar de que ésta le suplicaba patéticamente por su vida; Alejandro[334], hermano del 50
anterior, mientras prepara la guerra contra su hermano para vengar a su madre, cogido por Demetrio, cuya ayuda había solicitado, es asesinado. Lisímaco, por su 51
parte, no pudo enfrentarse a Demetrio, por cuanto estaba siendo acosado por un encarnizado ataque de Doro, rey de los tracios. Demetrio, animado con la 52
adhesión de Grecia y de toda Macedonia, decide pasar a Asia. Tolomeo, Seleuco y Lisímaco, por otro lado, tras 53
haber experimentado en la guerra anterior la fuerza que tienen las alianzas, hacen de nuevo un acuerdo, y unen sus ejércitos para llevar la guerra contra Demetrio a Europa; a ellos se une como aliado y socio en la guerra 54
el rey del Epiro, Pirro, quien esperaba poder echar de Macedonia a Demetrio; y su esperanza no se vio frustrada, por cuanto, derrotado el ejército de aquél y puesto en fuga él mismo, Pirro invadió el reino de Macedo-

[333] En las llanuras de Ipso, pequeña ciudad de Frigia (301 a. C.).

[334] Antípatro y Alejandro son, ambos, hijos de Casandro, aparte del ya mencionado Filipo, que fue el que le sucedió.

55 nia. Posteriormente, Lisímaco asesina a su yerno Antí-
patro, que le insidiaba, y mata a su hijo Agatocles, al
que odiaba de una forma que no es propia de un hombre.
56 En esta misma época, fue destruida por un terrible
terremoto la ciudad de Lisimaquia, la cual, aplastando
a toda la población, se convirtió en un cruel sepulcro.
57 Lisímaco, por fin, con sus manos llenas de sangre
parricida, fue abandonado por todos sus aliados, los
cuales, retirándose junto a Seleuco, quien se encontraba
de antemano bien dispuesto por ser Lisímaco su rival
en el imperio, le exhortan a que declare la guerra a éste.
58 La situación era la de un triste espectáculo: dos reyes,
de los cuales Lisímaco tenía setenta y cuatro años y
Seleuco setenta y siete, se enfrentan para arrebatarse el
reino el uno al otro, se mantienen en el campo de batalla
59 y portan las armas. Éste fue, realmente, el último com-
bate entre los compañeros de armas de Alejandro, pero
un combate que se puede reservar como ejemplo de la
60 miseria humana: efectivamente, a pesar de que ellos dos
solos poseían todos el orbe de las tierras, una vez que ha-
bían muerto ya treinta y cuatro generales de Alejandro,
y despreciando el estrechísimo tramo de vejez y vida
que les quedaba, pensaban que los límites de todo el
61 mundo eran pocos para su imperio. En esta guerra fue,
finalmente, eliminado Lisímaco, tras haber desaparecido
o muerto antes de este combate quince hijos suyos [335].
De esta forma, la muerte de Lisímaco se convirtió en el
final de la guerra macedónica.
62 Pero ni siquiera Seleuco pudo disfrutar impune-
mente de tan gran victoria, ya que tampoco encontró
él mismo el descanso de una muerte natural después de
setenta y siete años de vida, sino que alcanzó el final
de su vida que le fue violentamente arrancada con una
63 muerte, por así decir, prematura; en efecto, fue rodeado

[335] La batalla tuvo lugar en las llanuras de Coro (281 a. C.).

de asechanzas y asesinado con la intervención de Tolomeo, con cuya hermana estaba casado Lisímaco [336]. Tales 64
eran entonces los intercambios de parentesco y alianza entre padres e hijos, entre hermanos y aliados. Todo eso les importaban a ellos las leyes divinas y las humanas.

Y ahora, que se sonrojen con el recuerdo de hechos 65
pasados quienes saben que viven en compañía de enemigos y no sufren ataques, y ello, gracias sólo a la intervención de la fe cristiana y teniendo por medio sólo el carácter sagrado de un juramento. Y para ellos debe 66
quedar esto suficientemente claro, y no porque suceda lo que en otro tiempo cuando «... el sacrificio de una cerda sancionaba las alianzas» [337], sino porque ahora, al poner por testigo entre los romanos y los bárbaros a su Dios y creador, los evangelios ante los cuales se jura hacen guardar tanta fidelidad, cuanta en aquella época no pudo salvaguardar la propia naturaleza entre padres e hijos.

Ahora ya, que el final de la guerra macedónica sea 67
también el final de este libro, sobre todo porque a partir de ahora comienzan las guerras de Pirro y, posteriormente, seguirán las Púnicas.

---

[336] Tolomeo, hijo de Tolomeo Lago.
[337] VIRG., *En.* VIII 641.

LIBRO IV

Desde la guerra contra Pirro hasta la destrucción de Cartago.

Reflexiones en torno al poco valor que, en época de Orosio, se da a calamidades de épocas pasadas *(Pról.).*

Guerra de Roma contra Tarento y Pirro: captura por parte de los tarentinos de una flota romana; reacción de Roma; llegada de Pirro y su primera victoria sobre los romanos; segundo enfrentamiento en Apulia con victoria romana; Pirro se traslada a Sicilia (1). A la última victoria romana sigue una peste en la ciudad (2, 1-2); tercera derrota de Pirro, su regreso a Grecia y su muerte en Argos (2, 3-7). Nuevo levantamiento y derrota de los tarentinos, apoyados ahora por los cartagineses; prodigios ocurridos en Roma en la época; victoria de los romanos sobre los picentinos y nuevos prodigios y desgracias internas: lluvia de leche, sublevación de esclavos entre los vulsinienses, peste en Roma, adulterio y condena de una vestal (3-5).

Guerras Púnicas: orígenes y costumbres de los cartagineses; campañas cartaginesas, bajo el mando de Maceo, en Sicilia y Cerdeña en época de Ciro; nuevas campañas en Sicilia bajo el mando de Himilcón en época de Darío; conjuración de Hanón para tomar el poder en Cartago en época de Filipo; envío de legados cartagineses a Alejandro tras conocerse la caída de Tiro en manos del general macedonio; derrota de Cartago en Sicilia frente a Agatocles. Comparación entre estas desgracias cartaginesas y las desgracias de época cristiana (6). Intervención de Roma en Sicilia contra Hierón y los cartagineses, en favor de los mamertinos; huida de los cartagineses bajo el mando de Aníbal el Mayor (7, 1-6); victoria naval de Duilio frente al mismo Aníbal (7, 7-10);

victoria de L. Cornelio Escipión frente a Hanón, sucesor de Aníbal (7, 11-12); traslado de las operaciones a Africa; episodio de la enorme serpiente abatida por Régulo y sus soldados; primera victoria de Régulo y posterior derrota y captura del mismo al incorporarse Jantipo al frente del ejército cartaginés; intervención de los cónsules Emilio Paulo y Fulvio Nobilior, que logran derrotar a los cartagineses; continuación de las operaciones en Africa y Sicilia hasta la derrota final de Cartago (8-10). La paz y las desgracias que siguieron: inundación e incendio de Roma y enfrentamiento con faliscos y galos cisalpinos (11-12, 1).

Durante un año permanecen cerradas las puertas de Jano: reflexiones sobre este hecho (12).

Derrota del general cartaginés Hamílcar en España; ejecución de legados romanos entre los ilirios; sacrílegos sacrificios llevados a cabo en Roma; lucha con los galos gesatos (13).

Segunda Guerra Púnica: Aníbal toma Sagunto, pasa los Pirineos y los Alpes y derrota a los romanos junto al Ticino y Trebia (14). Prodigios ocurridos en Roma en esta época: disminución de la esfera solar, escudos en el cielo, etc. (15, 1); Trasimeno (15, 2-7); Cannas y sus secuelas (17); Escipión Africano pasa a España y toma Cartagena; el cónsul Levino opera en Sicilia; Hasdrúbal, hermano de Aníbal, es derrotado cuando llevaba refuerzos a su hermano; éxitos de Escipión Africano en España, y su paso y victorias en Africa (18). La paz (19).

Guerra Macedónica: victorias de Flaminino en Macedonia y Esparta; distintas operaciones de los pretores en España, Etruria, Siria y Galatia; muerte de Escipión Africano y Aníbal; victoria sobre Perseo (20).

Operaciones de Sergio Galba en España (21).

Tercera Guerra Púnica y destrucción de Cartago (22-23).

Prólogo

Cuenta Virgilio que Eneas consolaba a los compañeros que tristemente le quedaban, tras pasar él mismo peligros y naufragios los suyos, con estas palabras: «Quizás en otro tiempo nos agrade incluso
2 recordar estas calamidades»[338]. Esta frase, que fue concebida con gran propiedad en una ocasión, lleva consigo siempre un triple significado por los distintos efectos que produce, a saber: uno, con relación al pasado, cuando éste es considerado tanto más agradable en palabras cuanto más triste se nos transmite en los hechos; otro, con relación al futuro, porque éste es considerado siempre mejor, por cuanto se nos hace más
3 apetecible por hastío del presente; y con relación al propio presente no puede establecerse ninguna comparación justa con desgracias de ninguna otra época, precisamente porque el presente, cualquiera que sea, nos afecta con mayor molestia que el pasado o que el futuro, los cuales, aunque se nos pinten muy exagerados, no
4 existen en ese momento. Es como si alguien, molestado en la noche por pulgas y sin poder por ello dormir, recuerda casualmente otros insomnios que sufrió largo tiempo en otra ocasión a causa de fiebres altísimas; soportará, sin duda, peor la molestia de las pulgas que el

---

338 VIRG., *En.* I 207.

recuerdo de otros insomnios. Pero, aunque de acuerdo 5
con el sentido común pueda parecer que esto es así en
consonancia con las circunstancias, sin embargo, ¿habrá
alguien acaso que diga abiertamente, incluso en medio
de la propia molestia, que las pulgas son más peligrosas
que las fiebres? ¿O que acepte de peor grado el tener
insomnio estando sano que el no haber podido dormir
porque está a las puertas de la muerte? Dado que esto 6
es así, yo, a estos nuestros contemporáneos delicados y
quejumbrosos, les concedo, en último caso, que consi-
deren excesivamente graves, porque las sufren, estas
desgracias con las cuales ahora, porque así conviene,
somos advertidos[339]; sin embargo, no acepto que las
consideren también más graves al compararlas con las
pasadas. Es lo mismo que si alguien, al levantarse por 7
la mañana de un lecho blandísimo y de una alcoba
comodísima ve que la superficie de los lagos está helada
por el frío de la noche y que el campo está blanco, y,
tomando como base esta inesperada visión, dice: «hoy
hace frío»; este hombre me parecería a mí que no debe
ser corregido, porque lo ha dicho siguiendo el uso co-
mún o bien su propia convicción. Pero si, tembloroso, 8
vuelve a la alcoba y se cubre tapándose aún más en el
lecho, diciendo que sin duda hace tanto frío cuanto no
hizo en otro tiempo en los Apeninos cuando Aníbal,
atrapado y agobiado por la nieve, perdió elefantes,
caballos y gran parte de su ejército, entonces yo a este 9
hombre, que se asusta con la misma facilidad que un
niño, no sólo no lo soportaría cuando dice estas cosas,
sino que lo sacaría del propio lecho, testigo de su va-
gancia, para llevarlo ante el pueblo y la muchedumbre;
y le mostraría, una vez que estuviera fuera, a los niños
jugando, disfrutando y sudando en y con el hielo, para 10

[339] Los males presentes no son castigos, sino advertencias de Dios.

que su vana locuacidad, viciosamente alimentada de molicie, aprendiera que no es violencia lo que hay en el tiempo, sino pereza en él; y para que ese mismo charlatán, cuya locuacidad ha de ser valorada en contraste con la realidad, se convenza, no de que las molestias que sus mayores soportaron fueron pequeñas, sino de que es él el que no es capaz de soportar ni siquiera las pequeñas.

11 Pero todo esto lo probaré con mayor evidencia trayendo a la memoria las propias desgracias de los antepasados comenzando en primer lugar, según el orden de los tiempos, por la guerra de Pirro. La causa y el origen de la misma fueron los siguientes.

1

De las dos famosísimas batallas que los romanos protagonizaron con el poderosísimo rey Pirro, estimulado por los tarentinos, en las cuales resultaron totalmente vencidos y totalmente vencedores, y de la cruel peste que, al terminar esas batallas, afectó a Roma y a todo su territorio

En el año 464 de la fundación de la ciudad, los tarentinos, cuando vieron, mientras estaban en un espectáculo teatral [340], que la armada romana pasaba casualmen por allí, la atacan hostilmente; apenas cinco naves pudieron librarse mediante la huida; el resto de la armada fue arrastrado hacia el puerto y allí fue totalmente aniquilada; los capitanes de las naves fueron ejecutados, los soldados aptos para la guerra asesi-
2 nados y los restantes vendidos por dinero. Los legados que fueron inmediatamente después enviados por los romanos a Tarento para quejarse por las injurias recibidas, fueron expulsados por los tarentinos recibiendo injurias aún mayores. Por todo ello estalló una cruel
3 guerra. A los romanos, que calcularon la calidad y cantidad de enemigos que les atacarían, les obligó la nece-

[340] El teatro de Tarento miraba hacia el mar. El ataque al que alude Orosio no fue casual; las diferencias entre romanos y tarentinos venían de atrás.

sidad extrema a poner en armas incluso a los proletarios, es decir, a alistar en el ejército a aquellos que estaban siempre sin hacer nada por la ciudad con la única finalidad de suministrar descendientes [341]: y es que es inútil preocuparse por la prole, si no se mira por los peligros presentes.

Así pues, un ejército romano bajo el mando del cónsul Emilio [342] ataca todos los territorios de los tarentinos, 4
asola todo a fuego y hierro, asalta muchas fortificaciones y venga cruelmente la injuria desacostumbrada que habían recibido. Después, las fuerzas tarentinas, apoyadas ya por muchos destacamentos de pueblos vecinos, 5
se vieron incrementadas sobre todo por Pirro, el cual, a causa de la magnitud de sus fuerzas y de sus proyectos, se atrajo para sí la dirección y representación de la guerra. Efectivamente, con la intención de vengar las 6
injurias hechas a Tarento, por cuanto era una ciudad fundada con espartanos y unida por la sangre a Grecia, trajo todas las fuerzas del Epiro, Tesalia y Macedonia; fue el primero, incluso, que trajo a Italia veinte elefantes, hasta ahora desconocidos por los romanos. Era un enemigo terrible por tierra y por mar, por sus hombres y sus caballos, por sus armas y sus bestias, y, finalmente, por sus fuerzas y sus engaños. El único reparo 7
es que, engañado por ambigua respuesta [343] de aquel falaz oráculo y embustero charlatán de Delfos, al que ellos consideraban como un gran adivino, consiguió lo mismo que otro que no hubiese consultado.

---

[341] Los proletarios sólo contribuían con su prole a la guerra.

[342] Quinto Emilio Papo (282 a. C.), cónsul por segunda vez en el 278 cuando, con el otro cónsul, Gayo Fabricio Lucano, forzó a Pirro a abandonar Italia.

[343] La famosa *Aio te, Aeacida, Romanos uincere posse,* que tanto podía significar: «Digo, descendiente de Eaco, que puedes vencer a los romanos», como «... que los romanos pueden vencerte».

8 Pues bien, la primera batalla entre el rey Pirro y el cónsul Levino[344] se entabló junto a la ciudad campana de Heraclea y en las proximidades del río Siris[345]; el día se consumió en un sangriento enfrentamiento, estando todos dispuestos, por uno y otro bando, a morir, sin
9 acordarse de la huida. Pero cuando los romanos vieron a los elefantes introducidos entre las filas que combatían, con su amenazante aspecto, su malsano olor, y su terrible corpulencia, sorprendidos y aterrorizados por el nuevo tipo de combate, se dieron a la fuga, al asustarse
10 sobre todo los propios caballos. Sin embargo, cuando Minucio, el centurión de la primera compañía de hastados de la cuarta legión, cortó con su espada la trompa extendida hacia él de un elefante y obligó al animal, atormentado por el dolor de la herida, a alejarse del combate y a enfurecerse con los suyos, y los soldados de Pirro comenzaron a asustarse y a perturbarse por la loca carrera del elefante, se impuso el final de la batalla, aconsejado también por la llegada de la noche.

11 La vergonzosa huida de los romanos fue el indicio de que ellos fueron los derrotados: de ellos se dice que cayeron catorce mil ochocientos ochenta soldados de a pie y que fueron capturados mil trescientos diez; en cuanto a soldados de a caballo cayeron doscientos cuarenta y seis y fueron capturados ochocientos dos; se perdieron
12 veintidós estandartes. No se nos ha transmitido, del otro lado, qué cantidad de aliados de Pirro murió, sobre todo porque es costumbre de los historiadores antiguos no reseñar el número de muertos del bando vencedor para que sus pérdidas no manchen la gloria de la
13 victoria; sólo lo recuerdan casualmente cuando los caí-

[344] Publio Valerio Levino (280 a. C.).

[345] Zangemeister escribe Liris. Es preferible la lectura de algunos manuscritos, Siris, ya que éste es el nombre del río cercano a Heraclea.

dos son muy pocos, con el fin de que la escasez de pérdidas aumente la admiración y el miedo hacia su valor; tal, por ejemplo, sucedió con Alejandro Magno con ocasión del primer combate de la guerra pérsica: se dice que sólo le faltaron en su ejército nueve soldados de a pie frente a los casi cuatrocientos mil enemigos muertos.
Sin embargo, el propio Pirro manifestó a sus dioses y a 14
los hombres la magnitud del desastre que sufrió en esta batalla, al fijar en el templo de Júpiter Tarentino una inscripción, en la que grabó esto: «He vencido, gran Padre del Olimpo, en el campo de batalla a los que hasta ahora habían sido invictos; pero también he sido vencido por ellos.» Y cuando sus aliados le preguntaron con 15
reproches por qué él, que había vencido, se consideraba derrotado, se dice que respondió: «En verdad que, si vuelvo a vencer de la misma forma otra vez, volveré al Epiro sin un solo soldado.»

Entretanto, el ejército romano, que, en su derrota, 16
huyó clandestinamente del campamento, vio aumentado y engrosado el triste desastre bélico con fenómenos aún más graves; efectivamente, una hostil, por así decir, 17
tormenta que se desencadenó, derrumbó con sus funestos rayos a unos forrajeadores que casualmente se habían adelantado y a los cuales sorprendió con horrible fragor del cielo. Y es que la propia tormenta postró a 18
treinta y cuatro de ellos; veintidós quedaron medio muertos, los animales sin vida y alcanzados en su mayoría, de forma que con razón se puede decir que ocurrió aquella tormenta no como presagio de un desastre futuro, sino como auténtico desastre.

El segundo enfrentamiento entre Pirro y los cónsules 19
romanos tuvo lugar en territorio de Apulia [346]; en él, las

[346] En el año 279 a. C.; uno de los cónsules es Publio Decio Mure, hijo del cónsul muerto en Sentino (cf. III 21). La batalla tuvo lugar en Ascoli, ciudad de Apulia.

pérdidas cayeron de ambas partes, pero sobre todo del lado de Pirro, mientras que la victoria cayó del lado
20 romano; y es que Pirro, tras haber luchado todos a muerte durante largo tiempo y con gran violencia, cuando el resultado de la victoria era todavía dudoso, fue el primero que se retiró del combate, con un brazo atra-
21 vesado por una herida. Pero también fue herido, en aquella ocasión, el legado Fabricio[347]. Al comienzo de la batalla, los elefantes se vieron libres de heridas y fueron sujetados para que no pudieran darse a la fuga; pero después, hostigados por el fuego arrojado bajo sus delicadas partes traseras, fueron la perdición de los suyos al llevar ardiendo con agitada locura los aparejos que tenían encima.

22 En esta batalla murieron cinco mil romanos; del ejército de Pirro, por su parte, cayeron veinte mil. Del rey fueron capturados cincuenta y tres estandartes, mientras
23 que los romanos perdieron once. Pirro, destrozado en la guerra y atraído hacia el imperio siciliano tras la muerte del rey siracusano Agatocles, se retiró a Siracusa.

2 Pero las desgracias romanas no tienen tregua. Los intervalos entre las guerras son consumidos por las desgracias de las enfermedades y cuando en el exterior se cesa en la lucha, en el interior se desata la ira del
2 cielo. Efectivamente, en el año del segundo consulado de Fabio Gurges y del primero de Gayo Genucio Clepsina[348], se extendió por la ciudad y por su territorio cercano una grave peste, la cual, afectando sobre todo a mujeres y animales, impedía el nacimiento de nuevas criaturas al destruir los fetos en el útero; se producían forzados abortos en partos prematuros con gran peligro para las madres; y ello, hasta tal punto, que se pensaba

[347] Fabricio estuvo, efectivamente, al frente de dos embajadas enviadas por los romanos a los tarentinos.

[348] 276 a. C.

que, roto el orden normal de los partos con vida, iba a faltar la descendencia e iba a desaparecer la especie de los seres vivos.

De la batalla del mismo Pirro con los romanos, totalmente luctuosa y enormemente perjudicial para éstos, y de la muerte de aquél, herido por una piedra, mientras, ávido de poder, pretendía el reino espartano, en una ciudad de Acaya, tras haber sido derrotado por los romanos en una tercera batalla

Entretanto, el cónsul Curio[349] 3
se enfrenta a Pirro a la vuelta de
éste de Sicilia[350]; este tercer com-
bate con los epirotas tuvo lugar
en Lucania, concretamente en la
comarca de Arusina[351]. En un pri- 4
mer choque, cuando los soldados
de Pirro se aterrorizaron por la
presión romana y tramaban, bus-
cando el momento oportuno para
la huida, dejar la lucha, Pirro
mandó traer los elefantes de la
reserva. Los romanos, acostum- 5
brados ya a luchar contra estos
animales, tras haber preparado dardos incendiarios envueltos en estopa, untados con resina y de firme adherencia a causa de los curvos garfios de las puntas, y tras lanzarlos a los lomos de los animales y a las torres que llevaban éstos encima, obligaron a dar la vuelta sin dificultad, para perdición de los mismos en cuya ayuda habían venido, a estas bestias enfurecidas por el fuego.
Dicen que Pirro contó en esta batalla con ochenta mil 6
soldados de infantería y seis mil de caballería. De ellos se dice que murieron treinta y tres mil y que fueron capturados mil trescientos.

Pirro, derrotado, se marchó por fin de Italia al quin- 7
to año después de haber venido, y, tras las muchas y

---

[349] Marco Curio Dentado (275 a. C.), héroe de la tercera Guerra Samnítica.

[350] En la primavera del 275 abandona Sicilia, donde los asuntos no le habían ido muy bien. La excusa para la vuelta es la solicitud de ayuda por parte de los ítalos.

[351] 274 a. C., cerca de Benevento.

crueles guerras que protagonizó, murió herido por una piedra[352] en Grecia, concretamente en Argos, floreciente ciudad de Acaya, a donde había ido atraído por la codicia del reino espartano.

8 En esta misma época también, fue enterrada viva junto a la puerta Colina la virgen vestal Sextilia, convicta y condenada por adulterio.

3

De la nueva declaración de guerra contra los romanos por parte de los tarentinos, ayudados ahora por los cartagineses, tras conocerse la muerte de Pirro. En este enfrentamiento fueron también superados los tarentinos. En esta misma época tuvieron lugar en Roma grandes prodigios

En el año 475 de la fundación de la ciudad, los tarentinos, enterados de la muerte de Pirro, toman de nuevo las armas contra los romanos; piden ayuda por medio de legados a los cartagineses,
2 y la reciben. Entablado el combate, vencieron los romanos; en este momento los cartagineses, aunque todavía no eran enemigos declarados de los romanos, comprendieron sin embargo que podían ser derrotados por ellos.

3 Al año siguiente, el rigor de los romanos segó la existencia de buena parte de sus esen-
4 cias vitales; en efecto, tiempo atrás, cuando Pirro venía a Italia[353], la octava legión[354], desconfiando de las posibilidades romanas, se atrevió a hacer un crimen inaudito, ya que mató a todos los habitantes de la ciudad de Regio, al frente de cuya guarnición se hallaba. Ella misma se apoderó para sí de todo el botín y de la propia
5 fortaleza. Ahora, los romanos encargaron al cónsul Ge-

---

[352] Según Plutarco, murió del golpe de una teja que cayó de un tejado.

[353] Nueve años antes.

[354] Era una guarnición de campanos que se había transformado en una banda de salteadores.

nucio[355] que castigara esta acción en la persona de tan criminales desertores; el cónsul, asediando la fortaleza y capturando a todos sus habitantes, proporcionó justo castigo a los prófugos y ladrones no romanos; a los soldados romanos de toda la legión los envió a Roma, donde, por mandato del pueblo, fueron abatidos a palos y ejecutados con hachas en mitad del foro.

En esta ocasión Roma, a pesar de que aniquiló a toda 6
una legión suya, apareció como vencedora; hubiera sido sin duda derrotada, si hubiese perdido a esta misma legión en el campo de batalla enemigo.

En el año 478 de la fundación de la ciudad se vieron 4
en Roma o llegaron a ella noticias de horrendos y graves prodigios. El templo de la diosa Salud fue fulminado por un rayo; parte del muro de la ciudad en esta misma zona fue alcanzado desde el cielo, según suele decirse.
Tres lobos, que entraron en la ciudad antes de llegar el 2
día, arrastraron por el foro un cadáver medio comido y lo abandonaron hecho pedazos al ser asustados por
el ruido de las personas. En Formias[356] fueron quema- 3
das y derruidas las murallas tras ser alcanzadas por
multitud de rayos. En el territorio de Cales[357], una llama 4
que salió de repente al abrirse un hueco en la tierra y que estuvo ardiendo terriblemente durante tres días y tres noches convirtió en cenizas cinco yugadas del territorio[358], dejándolo todo completamente seco, de forma que se dice que consumió no sólo los frutos sino también los propios árboles con sus raíces más profundas.

---

[355] Lucio Genucio Clepsina (271 a. C.).

[356] Una antigua ciudad del Lacio en la frontera con Campania, hoy Mola di Gaeta.

[357] En Campania.

[358] La yugada venía a equivaler a unas veinticinco áreas.

De la guerra contra los picentinos bajo el mando del cónsul Sempronio, en la que los romanos resultaron vencedores, aunque a costa de perder muchos soldados, y de los muchos prodigios que siguieron a esta guerra

5 Al año siguiente, el cónsul Sempromio[359] condujo el ejército contra los picentinos, y cuando uno y otro ejército estaban alineados a una distancia de tiro de dardo, de pronto la tierra tembló con horrendo fragor de forma que uno y otro bando, asustado por el estupor que les produjo el prodigio, se quedó entontecido.
6 Tras permanecer atónitos durante largo tiempo, los soldados de uno y otro lado no se atrevieron a empezar el combate, por cuanto sopesaban de antemano la responsabilidad de dar el primer paso. Finalmente, provocado el
7 avance, iniciaron el combate. Esta batalla fue tan desastrosa que con razón se dice que la tierra tembló dando incluso un horrible gemido al tener que recibir tan gran cantidad de sangre humana. Vencieron los romanos, pero sólo los pocos que lograron escapar vivos del combate.

5 En el año 480 de la fundación de la ciudad se vio, entre otros muchos prodigios, manar sangre de la tierra y leche del cielo. En muchos lugares en efecto, corrió la sangre que brotaba de las fuentes y la tierra fue regada por una especie de lluvia de leche que caía gota a gota de las nubes, lluvia que, en opinión de ellos, fue fatal.

2 En esta época los cartagineses, al ser acusados por el senado romano mediante legados de haber ayudado a los tarentinos en contra de los romanos, sumaron la vergonzosa mancha de la ruptura del tratado al perjurio que ya habían cometido[360].

---

[359] Publio Sempronio Sofo (268 a. C.).

[360] El problema de los tratados entre Roma y Cartago es muy discutido. Generalmente se habla de uno, primero (348 a. C.), en

De la venganza que los vulsinienses, ayudados por el rigor de los romanos, se tomaron de sus libertos, los cuales los habían injuriado privándoles de su ciudad, de sus esposas y de sus poderes

3 También en esta época, los vulsinienses, los más ricos de los etruscos, por poco desaparecen por su afán de lujo, ya que, ampliando, de acuerdo con sus costumbres, las libertades, hicieron poco a poco libres a sus esclavos, los admitieron en los banquetes, los honraron con matrimonios;
4 pero los libertos, aceptados en algunos derechos, tramaron apoderarse de todos los demás mediante el crimen; libres del yugo de la esclavitud, ardieron en el deseo de ser ellos los dueños; y a los que antes como dueños habían justamente apreciado, ahora, ya libres, los odian precisamente porque recuerdan que fueron sus dueños.
5 En consecuencia, los libertos (cuyo número era tan grande que cometieron su osada acción sin resistencia por la parte contraria), uniéndose en la acción, reivindican el dominio de la ciudad para su propia clase: se apropian por medio del crimen de los bienes y de las esposas de sus dueños, destierran a sus antiguos amos, los cuales, tristes, desterrados e indigentes, se dirigen a Roma; allí, tras manifestar su desgracia y llorar sus reclamaciones, fueron vengados y restituidos a su patria gracias al rigor de los romanos.

---

el que los más beneficiados fueron los cartagineses. Otro, entre el 328-325, en el que se prohíbe a los cartagineses maltratar a los súbditos latinos de Roma. En el 306 habría otro, del que da cuenta Filinos de Agrigento, en el que se prohíbe a los romanos pasar a Sicilia y a los cartagineses, a Italia. Y un cuarto, a raíz de la llegada de Pirro a Italia, en el que los dos Estados se prometen ayuda en caso de que un enemigo exterior atacase a uno de los dos. A este último podría referirse aquí Orosio.

De la gravísima peste que afectó a Roma, hasta el punto de que fue mayor el número de los que murieron que el de los que quedaron, y del incesto y muerte en la horca, convicta de adulterio, de la virgen vestal Caparonia

6 En el año 481 de la fundación de la ciudad afectó a Roma una gran peste, cuya atrocidad me conformo con apuntar, ya que no puedo explicarla totalmente con
7 palabras; en efecto, si nos preguntamos por el tiempo que duró, fueron más de dos años los que duró su azote; si nos preguntamos por la despoblación que produjo, ahí está publicado el censo, que puede descubrir no cuántos hombres murieron, sino cuántos quedaron; si lo hacemos por la virulencia con que se presentó, son testigos los libros sibilinos que respondieron que ésta había sido enviada por la ira celeste.
8 Y para que a nadie le entre la tentación de hacer un chiste, porque, donde la Sibila dijo «los dioses airados», a mí me parece que dijo «la ira celeste», que sepan y oigan todos que estas desgracias, aunque muchas veces suceden por intervención de poderes celestes, sin embargo no suceden en absoluto sin el arbitraje de Dios Todopoderoso.

9 En esta misma época murió ahorcada la virgen vestal Caparonia, acusada de adulterio; su corruptor y los siervos que ocultaron el hecho fueron también llevados al suplicio.

10 Éstas son, de manera ininterrumpida, la importancia y el número de las muchas desgracias que hemos enumerado y que tuvieron lugar a lo largo de todos estos años, de los cuales en muy pocos o en casi ninguno dejó de suceder alguna desgracia. Y esto lo he hecho a pesar de que los propios historiadores, cuya única finalidad consciente era la de alabar, evitaban enumerar estas desgra-
11 cias para no molestar a los lectores para los cuales o acerca de los cuales se escribían estas cosas y para no

dar la impresión de que intentaban aterrorizar más que instruir a sus oyentes con los ejemplos pasados. Nos- 12
otros, sin embargo, que vivimos ya en el final de los tiempos, no podemos conocer las desgracias de los romanos sino a través de aquellos que alabaron a los romanos. Por lo cual se puede entender fácilmente cuán 13
grandes serían aquellas desgracias que fueron conscientemente eliminadas, a causa de su horror, de los libros de historia, cuando se descubren tantas otras que hemos podido aislar sutilmente del conjunto de alabanzas.

Y dado que a partir de este momento van a tener 6
lugar las guerras púnicas, la propia situación exige que se diga algo, aunque sea poco, sobre Cartago, de la cual consta, según señalan Pompeyo Trogo y Justino, que fue fundada por Elisa[361] setenta y dos años antes de la fundación de Roma.

De la guerra en que los cartagineses fueron derrotados por sículos y sardos, y de la época también en que el rey de esta misma ciudad, Himilcón, perdió a casi todo su ejército a causa de una peste y del suicidio del mismo Himilcón a su vuelta a Cartago

Los cartagineses alimentaron 2
siempre, entre ellos, un mal que les era propio e interno: la discordia; y dado que éste los acosaba continuamente para su desdicha, nunca conocieron ningún momento ni próspero en el extranjero, ni tranquilo en el interior. Es más, cuando, entre 3
otros males, eran acosados también por la peste, tenían como remedio los homicidios: ofrecían, en efecto, a las personas como víctimas y llevaban al sacrificio a los jóvenes, los cuales provocaban misericordia incluso a los enemigos. De este rito sagrado, o 4
mejor, de este tipo de sacrilegios, no encuentro qué es lo que más se debe desechar. Pues si estos ritos fueron osadamente ordenados por algunos malos espíritus, con

[361] Es otro nombre de Dido.

el fin de purgar las muertes de unas personas con el asesinato de otras, hay que concluir que esos propios malos espíritus fueron los causantes y favorecedores de la peste, y que lo hicieron para matar ellos mismos
5 a aquellos a los que no había afectado la peste. Y es que la costumbre es ofrecer víctimas sanas e incorruptas para de esta forma prevenir, no curar las enfermedades.

6 La consecuencia es que los cartagineses, con los dioses en contra a causa de ritos de este tipo, según confiesan Pompeyo Trogo y Justino, pero por la ira de Dios a causa de su presunción e impiedad, según está
7 claro ya en nuestros días, tras fracasar militarmente durante largo tiempo en Sicilia y trasladar el campo de operaciones a Cerdeña, fueron de nuevo aquí vergonzosamente derrotados[362]. Por ello desterraron a su general Maceo y a los pocos soldados que quedaron. Los desterrados, al ser rechazados cuando por medio de legados pidieron perdón, decidieron rodear a su propia ciudad
8 con las armas y el asedio. En aquella ocasión, el jefe de los desterrados, Maceo, a su propio hijo Cartalón, sacerdote de Hércules, que había salido a su encuentro vestido de púrpura, como si fuera a recriminarle, le colgó ante los ojos de la propia ciudad de una cruz, vestido, tal como estaba, con la púrpura e insignias sacerdo-
9 tales. Pocos días después tomó la propia ciudad; pero él mismo fue después asesinado, ya que, ejecutando a la mayoría de los senadores, ostentaba el poder con gran crueldad. Todo esto sucedió en época del rey persa Ciro.

10 Posteriormente, el rey cartaginés Himilcón perdió de repente a su ejército a causa de una terrible peste, cuan-

[362] Es la primera derrota militar sufrida por Cartago que menciona la historia. Se sitúa aproximadamente alrededor del 550 a. C. El nombre del general cartaginés nos es transmitido, generalmente, como Malco.

do se encontraba guerreando en Sicilia[363]; todo fue rapi-
dísimo: en un momento fueron todos afectados por las 11
enfermedades, cayendo los hombres a montones; e inmediatamente después murieron, y ya ni se los enterraba. Cuando el portador de esta noticia llenó de repentino llanto a la atónita Cartago, la ciudad se vio turbada
como si hubiese sido tomada ella misma. Toda la ciudad 12
tronaba con alaridos, las puertas estaban cerradas por todas partes, todas las obligaciones tanto privadas como públicas fueron abandonadas; todos corren hacia el puerto y preguntan por los suyos a los pocos que bajaban de las naves y que habían escapado del desastre.
Y cuando, por el silencio o por los gemidos de éstos, 13
se enteran, desgraciados, de la desaparición de los suyos, se oían por todas partes, ya las voces de los que se lamentaban a lo largo de todo el litoral, ya los alaridos
y lamentables quejas de las desconsoladas madres. En 14
esto, avanza desde la nave el propio general, ceñido con una sucia túnica de esclavo: tropeles de personas lamentándose se agrupan a su alrededor. Y él, extendiendo sus manos al cielo, lamenta y llora, ya la propia desgra-
cia, ya la pública; finalmente, dando voces por las calles 15
de la ciudad y entrando por fin en su casa, despidió con el último adiós a todos los que le seguían con lágrimas; luego, cerradas las puertas y echados fuera incluso sus hijos, puso fin a su dolor y a su vida con la espada. Todo esto sucedió en la época de Darío.

---

[363] El desastre tuvo lugar mientras sitiaba Siracusa, cuando era tirano de la misma Dionisio (397 a. C.). Según Diodoro la extensión de la peste se debió a que colocó el campamento en un terreno bajo y pantanoso, particularmente malsano.

16 *De la impiedad y crimen para con sus ciudadanos y, al mismo tiempo, del final, digno de su vida, de un tal Hanón, hombre poderosísimo de Cartago, y del asesinato, por envidia y a manos de sus propios conciudadanos, como si fuera un enemigo público,*

17 *de Hamilcar, hombre de fácil palabra, que había sido enviado por engaño junto a Alejandro y que había vuelto a su país tras la muerte de Alejandro*

Posteriormente, cierto personaje cartaginés, llamado Hanón, que superaba con sus propias riquezas los recursos todos del estado, sintió el deseo de apoderarse del mando. Para ello pensó que la mejor solución era envenenar en un banquete, simulando unas bodas de su única hija, a todos los senadores cuya dignidad podía, en su opinión, estorbar a sus planes. Este plan fue descubierto por sus siervos y evitado sin recurrir al castigo, por temor a que le acarrease a este hombre tan poderoso mayor beneficio la divulgación de su complot que el propio complot [364]. Hanón, burlado de esta forma, se dispone a llevar a cabo su acción con otro procedimiento. Subleva a los esclavos para, con ellos,
18 tomar de repente la desprevenida ciudad. Pero cuando se dio cuenta, antes del día fijado para la matanza, que había sido traicionado y descubierto de antemano, ocupa
19 una fortaleza con veinte mil esclavos armados. Allí es capturado cuando pretendía sublevar a los africanos y al rey de los mauros: golpeado primero con palos, privado después de los ojos y rotas sus manos y sus piernas, como si tuviera que pagar el castigo con cada uno de sus miembros, es finalmente ejecutado en pre-

[364] Es, gracias a una artimaña muy «cartaginesa», como los senadores supieron soslayar la dificultad. Fijaron, mediante un decreto, el máximo dispendio que podía hacerse por una boda, reduciendo en una gran proporción el número de cubiertos autorizados para un banquete. De esta manera era imposible invitar al Senado a asistir *in corpore* al festín proyectado. Los hechos tuvieron lugar en el 344 a. C.

sencia del pueblo. Su cuerpo destrozado por los azotes 20
fue clavado en una cruz y sus hijos y parientes fueron todos entregados al suplicio, para que nadie de su familia intentase nunca o bien imitarle o bien vengarle. Esto sucedió en tiempos de Filipo.

Pasado el tiempo, los cartagineses, cuando se ente- 21
raron de que la ciudad de Tiro, que fue su fundadora, había sido capturada y destruida por Alejandro Magno, temerosos de que éste intentase después el paso a África, enviaron, para que investigara las acciones de Alejandro, a un tal Hamílcar, de sobrenombre Rodano, hombre sobresaliente por su facilidad de palabra y su habilidad.
Éste, recibido por Parmenión como prófugo, y admitido 22
posteriormente en el propio ejército del rey, mandaba todas las noticias a sus conciudadanos por medio de tablillas escritas y cubiertas después por encima con cera. A su vuelta a Cartago, una vez muerto Alejandro, le ejecutaron, como si hubiese intentado vender la ciudad al rey, no tanto por ingratitud como por cruel envidia.

De la guerra y desastre de los cartagineses frente a los sículos, desastre que recibieron, con una no mediana pérdida de su ejército, de manos del rey siciliano Agatocles, que había pasado premeditadamente a Africa; en esta guerra contra los africanos, los sículos recibieron ayuda del rey del Epiro, Pirro

Posteriormente, después de lle- 23
var a cabo continuas y nunca lo suficientemente prósperas guerras contra los sicilianos y después de haber sitiado la ciudad de Siracusa, la más próspera entonces de Sicilia, se vieron arrastrados a la más extrema desesperación, sorprendidos por la extraordinaria habilidad del rey siciliano Agato-
cles. Efectivamente, Agatocles, al 24
verse asediado junto a Siracusa por los cartagineses y viendo que, en preparación de tropas, él se encontraba en condiciones inferiores para la lucha, y que, con el dinero que tenía para pagar a sus soldados,

no podría aguantar un asedio, tras tomar una decisión
bien pensada y mejor disimulada, pasó a África con
todo su ejército; allí descubre sus planes a sus soldados
y les instruye después sobre lo que se debe hacer.
25 Inmediatamente, queman todos juntos las naves en las
que habían venido para que no quedase ninguna esperanza de huida. Luego, destrozando todo lo que encontraba y quemando casas de campo y fortalezas, se encontró de frente con un tal Hanón, que mandaba treinta
mil cartagineses; mata a éste con dos mil de sus sol-
26 dados. Él perdió en este choque sólo dos soldados[365].
Increíblemente rotos los ánimos de los africanos y envalentonados los de los soldados de Agatocles por esta
batalla, asalta ciudades y fortalezas, hace grandes boti-
27 nes y asesina a millares de enemigos. Estableció después
el campamento a cinco millas de Cartago para que se
pudieran ver desde los muros de la propia ciudad los
daños que hacía a sus riquezas, el destrozo de los cam-
28 pos y los incendios de las casas de campo. Se suma a los
males presentes un rumor todavía más triste, por cuanto
se anuncia que el ejército africano ha sido destruido
juntamente con su general en Sicilia: era verdad que
Andrón, hermano de Agatocles, lo había aplastado al sor-
29 prenderlo desprevenido y casi ocioso. Extendido por
toda África este rumor, comienzan a hacer defección no
sólo las ciudades tributarias, sino también los reyes
aliados; entre ellos, incluso el rey de Cirene, Afelas, pactó
con Agatocles una alianza bélica, por cuanto ambiciona
30 ardientemente el mando de África. Pero una vez que
tuvieron en común los ejércitos y los cuarteles, Afelas,
envuelto por Agatocles en lisonjas y asechanzas, es ase-
31 sinado. Los cartagineses, reuniendo tropas de todas partes, arden por hacer la guerra. Agatocles, que tenía consigo las tropas de Afelas, se enfrenta a ellos y los supera

[365] El enfrentamiento tendría lugar cerca de Cartago.

en un terrible combate con gran derramamiento de sangre por una y otra parte. Tras la crítica situación sub- 32
siguiente a esta batalla, los cartagineses llegaron a tal extremo de desesperación que, a no ser porque se levantó una rebelión en el ejército de Agatocles, se hubiese unido a éste, juntamente con su ejército, el general cartaginés Bomílcar[366], el cual, por esta traición, dio ocasión a los suyos de ver un cruel espectáculo, al ser colgado en un patíbulo en mitad del foro por mandato de los cartagineses.

Posteriormente los cartagineses se entregaron por 33
fin a la guerra con Roma cuando, tras recorrer devastadoramente Sicilia, una vez muerto Agatocles, con su armada en son de guerra, fueron superados continuamente en enfrentamientos terrestres y navales por el rey epirota Pirro al que se había hecho venir desde Italia.

De la sinrazón de los adversarios de la fe católica que anteponen las perturbaciones que tienen lugar en época cristiana a los graves y antiguos desastres de los romanos y otros pueblos

¡Oh dolor! ¿No leen acaso es- 34
tos desastres de los antiguos quienes ahora se quejan de los recientes? Sí los leen, pero no los explican con equidad, sino con envidia. Se ven aguijoneados en 35
efecto por ese gran e inexplicable aguijón que ni ellos mismos comprenden: no porque éstos sean tiempos malos, sino porque son tiempos cristianos; y la consecuencia de esta ulcerosa envidia es que, cualquier cosa que suceda en circunstancias detestables, de antemano parece ser más atroz. De la misma forma, también en nuestro ambiente, a los 36
ojos de los enemigos suele parecer que aquellos a quie-

[366] El general en cuestión es Bomílcar, no Hamílcar. Zangemeister escribe Hamilcar. Este Bomílcar pretendía hacerse con el poder en Cartago, de la misma forma que antes lo había pretendido Hanón.

nes odian no hacen ni en palabras ni en hechos nada que no sea depravado, nada que no sea vergonzoso, nada que no sirva sino para herirles; y esto lo piensan con toda tranquilidad. Y es que la envidia tuerce tanto al corazón del que se apodera, como odia al que es recto
37 por naturaleza. Estos contemporáneos nuestros pertenecen a este tipo de envidiosos; pero son mucho más dignos de misericordia por cuanto son enemigos de Dios y consiguientemente enemigos de la verdad; de ellos digo yo estas cosas llorando; a ellos les recrimino piadosamente, si es que se dejan, con el fin de sanarlos a
38 ellos, que miran a esta nuestra época con ojos enfermizos y, en consecuencia, los males que ven les parecen el doble de males; ellos que, confundidos por la niebla de la maldad, caen en el vicio de ver más cuando menos ven, a pesar de que no pueden ver la realidad tal como
39 es; ellos, que consideran más graves los azotes de un padre que los incendios del enemigo; ellos, que llaman más duro al Dios que invita amablemente, que aconseja y redime, que al diablo que persigue, domina y
40 destroza. Pero si ellos entendieran de las obligaciones de un padre, se alegrarían con su castigo; y si vieran de antemano los frutos de la ciencia, les parecería llevadero el aprendizaje; y por la esperanza que ahora se da a los pueblos y que antes no se dio, considerarían más leves los males, aunque tuvieran que soportarlos más
41 duros; incluso el desprecio a las desgracias pueden aprenderlo también de sus conciudadanos, entre los cuales los más grandes males son tenidos como grandes bienes con tal de conseguir la célebre e ilustre gloria
42 de la fama; gracias a éstos podemos nosotros, a quienes se nos promete una eternidad bienaventurada, colegir cuántos males deberíamos soportar en esta vida, cuando ellos pudieron aguantar tantos en aras de la fama.

De cómo los romanos subsumieron y terminaron con rapidez en favor de los mamertinos, la guerra que protagonizaban éstos y el rey siracusano Hierón, ayudado este último por tropas africanas, y de cómo en esta misma guerra, Aníbal el Viejo, asediado por los cónsules, rompió el asedio y se retiró a África con unos pocos, tras haber sido aniquilados en la lucha gran cantidad de africanos

En el año 483 de la fundación 7
de la ciudad, durante el consulado de Apio Claudio y Quinto Fabio[367], los romanos enviaron como ayuda de los mamertinos[368], cuya capital era la noble ciudad siciliana de Mesina, en su lucha contra el rey siracusano Hierón y las tropas cartaginesas aliadas con Hierón, al propio cónsul Apio Claudio al frente del ejército. 2
El cónsul derrotó a siracusanos y cartagineses tan rápidamente[369], que incluso el propio rey de Siracusa, aterrorizado por tamaña acción, confesó que fue derrotado antes de entablar el combate; éste, destruido su ejército y per- 3
dida la confianza, consiguió la paz tras pedirla humildemente, aunque previo pago, por orden de los cónsules, de doscientos talentos de plata. A continuación los cón- 4
sules[370] sitian con operaciones de asedio y con una empalizada la ciudad siciliana de Agrigento y, en ella, a la guarnición cartaginesa. En el momento en que el gene- 5
ral cartaginés Aníbal el Viejo se veía ya reducido a una

---

[367] Apio Claudio Cáudex (264 a. C.); Marco Fulvio Flaco es el que, tradicionalmente, se nos transmite como su colega.

[368] Se llamaban a sí mismos «hijos de Marte». Son antiguos mercenarios de Agatocles que, tras la aventura de África, se habían dedicado al saqueo y pillaje en Sicilia. Se apoderaron de la rica Mesina, asesinando a la población masculina y apoderándose de las mujeres y niños.

[369] Ésta es la versión romana de los hechos, versión que arranca de Fabio Píctor. Según la versión de Filino de Agrigento, los romanos fueron derrotados.

[370] No son los cónsules anteriores, sino los del 261: Lucio Postumio y Quinto Mamilio.

situación de angustia extrema, Hanón, el nuevo general cartaginés, interviniendo de improviso con mil quinientos jinetes, treinta mil soldados de infantería y treinta elefantes, logró retrasar un poco la toma de la ciudad;
6 pero inmediatamente después fue tomada. Los cartagineses fueron deshechos y derrotados en un duro combate; once elefantes cayeron en manos de los romanos; y los de Agrigento fueron vendidos como prisioneros de guerra. Aníbal el Viejo logró escapar en compañía de unos pocos rompiendo el cerco.

Del enfrentamiento de los romanos en un combate naval, durante el consulado de Gneo Cornelio Asina y Gayo Duilio, con este mismo Aníbal, que asolaba la costa marítima de Italia con la armada; de su derrota, tras haber primero eliminado traidoramente a uno de los cónsules, a manos del otro, que capturó y hundió gran cantidad de sus naves. Y de la muerte a manos del cónsul Escipión, de un tal Hanón, que había sido enviado en lugar de Aníbal para ayudar a sardos y corsos, y destrucción de su ejército

7 En el año del consulado de
Gneo Cornelio Asina y Gayo Duilio[371], mientras Aníbal el Viejo
asolaba las costas de Italia con
una armada dotada de setenta
naves, los romanos ordenaron,
también ellos, construir y equipar
8 una armada; ejecutó el encargo
rápidamente el cónsul Duilio, ya
que a los sesenta días de haber
sido cortados los árboles estaba
ya anclada una armada de ciento
9 treinta naves. Cornelio Asina, el
otro cónsul, se dirigió con dieciséis naves a la isla de Lípara[372],
donde fue capturado por la perfidia cartaginesa y ejecutado en la
prisión, tras haber sido atraído
por Aníbal con la apariencia de
entablar una conversación sobre
10 la paz. Cuando Duilio, el otro cónsul, tuvo noticias de esto, marcha
con treinta naves al encuentro de Aníbal. Entablado un

[371] 260 a. C.
[372] Hoy islas Lípari.

combate naval, Aníbal, hundida la nave en que iba, escapó escondido en una lancha; se dice que fueron capturadas treinta y una naves de Aníbal, hundidas trece, tres mil hombres eliminados y siete mil capturados[373].

11 Posteriormente, en el año del consulado de Gayo Aquilio Floro y Lucio Cornelio Escipión[374], los cartagineses, con el pretexto de defender a sardos y corsos, pusieron al frente de la campaña naval a Hanón, sustituto de Aníbal. Éste, vencido por el cónsul Escipión, y perdido su ejército, se introdujo en las compactas filas enemigas, donde perdió la vida.

12 En este mismo año tres mil siervos y cuatro mil aliados navales se conjuraron contra Roma; y si no hubiese sido porque una traición anticipada descubrió el complot, la ciudad, totalmente desprovista de guarnición, hubiera caído en manos de esclavos.

De la muerte en una sedición, a manos de sus propios soldados, del mismo Aníbal el Viejo, tras ser derrotado por tercera vez por los romanos

8 Al año siguiente, el cónsul Calatino[375], al dirigirse a la ciudad siciliana de Camerina[376], condujo temerariamente el ejército a un paso estrecho que ya hacía tiempo había sido ocupado por tropas cartaginesas; cuando ya el cónsul 2
no tenía ninguna posibilidad de resistir ni de escapar, fue liberado gracias a la valerosa intervención de Calpurnio Flama; éste, con un grupo escogido de trescientos hombres, ocupó el montículo del que se habían apoderado los enemigos y atrajo hacia

[373] En este combate utilizó Duilio el famoso procedimiento de los puentes con garfios, con los que sus soldados saltaron a los barcos enemigos provocando una batalla terrestre más que naval.

[374] 259 a. C.

[375] Aulo Atilio Calatino (258 a. C.).

[376] Ciudad de la costa suroeste de Sicilia, colonia de Siracusa; hoy Camarana.

él, enfrentándose a ellos, a todos los cartagineses, hasta que el ejército romano pasó el desfiladero sitiado, sin
3 ser molestado por el enemigo. Perdieron la vida en este combate todos los trescientos soldados; sólo logró escapar Calpurnio, aunque herido en muchos sitios y oculto entre los cadáveres.

4 Aníbal el Viejo, puesto al frente de la armada de nuevo por los cartagineses, tras tener con los romanos un desafortunado choque naval y ser derrotado[377], murió apedreado[378] en una sublevación de su propio ejército.
5 El cónsul Atilio recorre y asola las famosas islas sicilianas de Lípara y Melita.

---

[377] Victoria naval de Tíndaro, protagonizada por Gayo Atilio Régulo.

[378] Según Livio (*Epít.* XVII), murió crucificado.

De la primera batalla que felizmente protagonizaron con una gran armada los cónsules romanos en África contra los generales cartagineses Hamílcar y Hanón, batalla provocada por el creciente aumento de la rivalidad, y de la entrada victoriosa en Roma del cónsul Manlio con gran cantidad de despojos, tras haber sumergido y capturado muchas naves y haber asolado muchas fortalezas de África

Los cónsules[379], a los que se 6
ordena ahora llevar el campo de operaciones a África, se dirigen con trescientas treinta naves a Sicilia; a su encuentro salen el general cartaginés Hamílcar y el prefecto de la armada Hanón. Entablado el combate naval, los cartagineses, dándose a la fuga, perdieron sesenta y cuatro naves[380].
Los victoriosos cónsules se diri- 7
gen a África y la primera ciudad a la que obligan a rendirse es
Clipea[381]. Desde aquí, en el cami- 8
no hacia Cartago, saquearon trescientas o más fortificaciones; dieron la vuelta a Cartago en for-
mación de combate. El cónsul 9
Manlio, regresando de África con la armada vencedora, llevó a Roma veintisiete mil cautivos, con gran cantidad de botín.

De la longitud de una serpiente que mató el general romano Régulo con la ayuda de sus soldados

Régulo, a quien le tocó en suer- 10
te llevar a cabo la guerra contra Cartago, movió el ejército y asentó el campamento no lejos del río Bagrada[382]. En este lugar, al ser devorados por una serpiente de extraordinaria longitud un grupo de soldados que bajó al río para abastecerse de agua, el propio Régulo descendió con el ejército para

[379] Marco Atilio Régulo hermano de Gayo, el vencedor de Tíndaro, y Lucio Manlio Vulso (256 a. C.).

[380] La batalla tuvo lugar frente al puerto de Écnomo. Fue una de las más encarnizadas de la antigüedad, según el testimonio de Polibio, que hace un largo y detallado relato de la misma.

[381] Ciudad muy fortificada de África, hoy Kalibia o Clybea.

[382] Hoy Mejerdah, cercano a Útica.

11 destruir a la bestia; pero como los dardos no atravesaban su piel y era inútil todo lanzamiento de flechas —flechas que resbalaban por su horrible entramado de escamas como por un caparazón de escudos colocados oblicuamente y que eran rechazadas de una forma admirable por el propio cuerpo, de manera que era imposible herirla— y como, además, veía el cónsul que gran número de sus soldados era abatido por los mordiscos del animal, era aniquilado por sus ataques y asfixiado por el pestífero olor que de ella emanaba, mandó traer las armas arrojadizas, por medio de las cuales incrustó enormes piedras en su cuerpo espinoso y logró des-
12 hacer la trabazón de todo su cuerpo. Y es que la naturaleza de una serpiente es tal que, aunque parece no tener pies, sin embargo está equipada de vértebras y de escamas, que tiene dispuestas de modo semejante desde la parte alta del cuello hasta el bajo vientre, de tal forma que se sirve de las escamas como si fueran uñas
13 y de las vértebras como si fueran piernas. No es, pues, como una lombriz, que no tiene una espina dorsal rígida y que consigue el movimiento extendiendo poco a poco hacia adelante las partes contraídas de su pequeño cuerpo y contrayendo las extendidas, sino que, sirviéndose de movimientos alternos, arrastra en círculos sus sinuosos flancos, de forma que, curvando exteriormente su tronco, despliega la rígida formación de sus vértebras, mientras que en la parte de arriba donde las vértebras son rectas por naturaleza, clava las puntas de sus escamas; al hacer esto de una forma alternada y rápida, no sólo se desliza horizontalmente, sino que asciende también en círculo, provista, por así decir, de tantos pies
14 cuantas vértebras tiene. Ésta es la causa de que, si en alguna parte de su cuerpo, desde el bajo vientre hasta la cabeza, es machacada por algún golpe, ya no puede, impotente, caminar, por cuanto, cualquiera que sea el

sitio donde haya caído el golpe, se desarticula la espina gracias a la cual se convertían en pies las vértebras y se hacían los movimientos del cuerpo. Por eso también esta serpiente de que antes hablábamos, la cual aguantó, invulnerable, durante tanto tiempo tan gran cantidad de dardos, se debilitó ante el golpe de una sola piedra; posteriormente, acribillada por todas partes con flechas, fue fácilmente reducida. El pellejo de esta 15
serpiente fue llevado a Roma (se dice que su longitud era de ciento veinte pies) y durante algún tiempo maravilló a muchos.

De la batalla felizmente iniciada por Régulo contra los cartagineses, pero tristemente terminada con la muerte incluso del propio Régulo, cuando Jantipo, rey de los lacedemonios, proporcionó ayuda a los africanos

Régulo protagonizó después un 16
cruel combate contra tres generales, a saber: los dos Asdrúbal y Hamílcar, que había sido llamado de Sicilia. En esta batalla cayeron diecisiete mil cartagineses, fueron capturados cinco mil, dieciocho elefantes arrebatados y ochenta y dos fortalezas [383] sometidas a los romanos.

Los cartagineses, rotos por las guerras y aniquilados 9
por las pérdidas, pidieron la paz a Régulo: pero, al conocer las intolerables y duras condiciones de la paz [384], pensando que era mejor morir luchando que vivir en tristes condiciones, decidieron comprar mercenarios no sólo hispanos y galos, de los cuales ya hacía tiempo que tenían, sino también griegos. Ponen, pues, como general 2
al frente de las operaciones al jefe lacedemonio Jantipo,

---

[383] Según Eutropio, fueron setenta y cuatro.

[384] Las propuestas de Régulo eran indignantes para Cartago: abandonar Sicilia y Cerdeña; devolver sin rescate los prisioneros romanos; pagar a Roma todos los gastos de la guerra; pagar, además, una indemnización anual; no declarar la guerra sin el consentimiento de Roma; renunciar a su flota guerrera; y, a la primera demanda, proporcionar a Roma cincuenta galeras.

que había venido con tropas auxiliares. Jantipo, tras inspeccionar las tropas cartaginesas y sacarlas a campo abierto[385], entabló combate con los romanos, una vez que había hecho cambiar para mucho mejor los con-
3 tingentes bélicos. En esta ocasión la derrota de las fuerzas romanas fue enorme, ya que en este enfrentamiento cayeron treinta mil romanos. Régulo, aquel que había sido un gran general, fue capturado con quinientos hombres y, encadenado, fue motivo de un gran triunfo para los cartagineses en el décimo año de la guerra púnica.
4 Jantipo, partícipe de tan audaz acción, emigró inmediatamente de África a Grecia, temeroso de la mutabilidad de las situaciones inestables[386].

---

[385] Las llanuras del río Bagrada. Uno de los argumentos que esgrimió Jantipo ante el Senado cartaginés para explicar los desastres anteriores fue que se había luchado en montes cuando, para aprovechar todos los contingentes del ejército cartaginés, se debía luchar en llanuras.

[386] El destino de Jantipo, tras su gloriosa hazaña, ha permanecido envuelto en el misterio. Según Polibio, I 36, 2 —versión que acepta también Orosio—, tuvo la prudencia y la cordura de regresar a su país; según Valerio Máximo (IX 6), fue arrojado al mar por los cartagineses; ésta es también la versión de Zonaras; Jerónimo (*In Dan.* XI 7, 9 [Patr. Lat. XXV, pág. 560]), deja entrever que pasó al servicio del rey de Egipto Tolomeo Evergetes.

De la cantidad, atrocidad y magnitud de las batallas que romanos y africanos protagonizaron por tierra y por mar, durante veinte años, en África y Sicilia; de sus variables resultados; de la victoria final de los romanos, y del desastre que, en el intermedio, conocieron los romanos con la pérdida de una gran armada que volvía a Italia

Por su parte, los cónsules Emi- 5
lio Paulo y Fulvio Nobilior[387], en-
terados de la cautividad de Régulo
y del desastre del ejército roma-
no, al ordenárseles que se trasla-
den a África, se dirigen a Clipea
con una armada de trescientas
naves. Al mismo lugar se dirigen
también en seguida los cartagine-
ses con una armada semejante.
El combate naval no pudo ya
retrasarse[388]. Fueron hundidas 6
ciento cuatro naves cartaginesas
y capturadas, con su tripulación,
treinta, aparte de los treinta y
cinco mil soldados cartagineses
desaparecidos: de los romanos, por su parte, fueron
hundidas nueve naves y perdieron la vida mil cien sol-
dados. Los cónsules establecen el campamento junto a
Clipea. Hacia allí se dirigen, de nuevo, con un gran 7
ejército los dos Hanones, generales cartagineses, y, enta-
blado el combate, perdieron nueve mil soldados.

Pero —como en aquella época la felicidad no era 8
nunca muy larga entre los romanos y cualquier éxito era
enormemente tapado por enormes losas de desgracias—,
cuando la armada romana volvía a Italia cargada de
botín, fue destruida en un infando naufragio[389]; se per-
dieron, en efecto, doscientas veinte de las trescientas
naves; sólo ochenta escaparon al desprenderse de la
carga.

---

[387] Marco Emilio Paulo y Servio Fulvio Petino Nobilior (255 antes de Cristo).

[388] En el promontorio Hermea, no lejos de Clipea.

[389] Cuando la armada estaba bordeando el promontorio Pacino.

9 El general cartaginés Hamílcar, enviado con el ejército a Numidia y Mauritania, tras castigar hostil y cruelmente a todos sus habitantes, porque se decía que habían recibido benévolamente a Régulo, condenó a los que quedaron a un pago de mil talentos de plata y veinte mil bueyes [390]. A los principales de todas las poblaciones los colgó del patíbulo.

10 Al tercer año, como quiera que la indómita locura se olvida siempre de los peligros con rapidez, los cónsules Servilio Cepión y Sempronio Bleso [391], pasando a África con doscientas sesenta naves, asolan toda la costa marítima que se encuentra alrededor de las Sirtes, y, entrando después a lugares más interiores, arrastraron gran cantidad de botín a las naves, tras capturar y
11 aniquilar muchas ciudades. Posteriormente, en su vuelta a Italia, chocaron contra unos escollos cerca del promontorio de Palinuro, que se adentra en el mar desde los montes Lucanos, con la lamentable pérdida de ciento cincuenta naves de carga y el enorme botín que cruelmente habían conseguido.

12 Por fin pudo más ahora entre los romanos la magnitud de los desastres que su malvada ambición; en efecto, los senadores, cansados ya de campañas marítimas, decretaron que no hubiera nada más que una armada de sesenta naves para defensa de Italia; pero lo cierto es que, arrastrados por su indómita ambición,
13 rompieron inmediatamente este acuerdo. Además de ello, el cónsul Cota, pasando a Sicilia, se enfrentó en frecuentes combates por tierra y por mar a cartagineses y sículos y dejó por toda Sicilia despiadada ruina, ya de los enemigos, ya, incluso, de sus aliados.

---

390 Este último detalle ha permitido a algunos autores localizar el foco de insurrección en las estepas de Tell, único lugar donde es posible la cría de reses.

391 Gneo Servilio Cepión y Gayo Sempronio Bleso (253 a. C.).

En el año del consulado de Lucio Cecilio Metelo y 14
Gayo Furio Paulo[392], Hasdrúbal, el nuevo general cartaginés, llega desde Africa a Lilibeo con ciento treinta elefantes y más de treinta mil soldados de a caballo y de a pie; e inmediatamente entabló combate junto a
Panormo[393] con el cónsul Metelo; pero éste, que tenía 15
miedo a la enorme violencia de los elefantes, lo primero que hizo, con muy buen criterio, fue o bien ponerse en fuga o bien eliminar a estas bestias; de esta forma superó fácilmente el ejército enemigo, a pesar de que éste era grande. Veinte mil cartagineses cayeron en esta batalla; fueron además matados veintiséis elefantes y capturados ciento cuatro; éstos, llevados a lo largo de Italia, proporcionaron un gran espectáculo a sus gentes.

Hasdrúbal huyó con unos cuantos a Lilibeo y fue condenado a muerte, en su ausencia, por los cartagineses.

Tras ello, cansados de tantas desgracias, los carta- **10**
gineses decidieron que se debía solicitar la paz a los romanos. Para ello pensaron que, entre los demás legados, se debía enviar sobre todo a Atilio Régulo, el en otro tiempo general romano, al que tenían cautivo desde hacía ya cinco años. Al no conseguir la paz[394], le mataron a su vuelta de Italia, cortándole los párpados y manteniéndole en continua vigilia atado a un instrumento de tortura.

---

[392] 251 a. C. Zangemeister escribe Plácido, cuando debería ser Paulo.

[393] Situada en el NO. de Sicilia, hoy Palermo.

[394] Régulo había sido incluido en la delegación cartaginesa para que intentase convencer a los romanos; por otra parte, se le arrancó la promesa de que volvería a Cartago. Según la tradición, Régulo, al pedirle los romanos su opinión sobre la paz, se mostró intransigente y aconsejó al Senado que no aceptaran ninguna propuesta. Fiel a su promesa, volvió a Cartago, donde murió.

2 Posteriormente, otro Atilio Régulo y Manlio Vulso[395], ambos cónsules por segunda vez, marchan a Lilibeo con una armada de doscientas naves y cuatro legiones; mientras los romanos intentaban sitiar esta fortaleza, que se encontraba en un promontorio, fueron derrotados a la llegada de Aníbal, que era hijo de Hamílcar; tras perder la mayor parte del ejército, los propios cónsules
3 a duras penas pudieron escapar. El cónsul que les sucedió, Claudio[396], se dirigió contra el enemigo al puerto de Drépano[397] con una armada de ciento veinte naves; y allí, recibido por la armada cartaginesa, fue derrotado. El propio cónsul, con treinta naves, logró escapar al campamento, a Lilibeo, mientras que todas las restantes, es decir, noventa, o bien fueron capturadas o bien hundidas. Se cuenta que murieron ocho mil soldados y que fueron hechos prisioneros veinte mil. También el colega de Claudio, Gayo Junio, perdió en un naufragio
4 toda su armada. Al año siguiente, la armada cartaginesa pasó incluso a Italia[398] y asoló muchos de sus territorios a lo largo y a lo ancho.

5 Entretanto, Lutacio[399], que había pasado con una armada de trescientas naves a Sicilia, herido gravemente en una pierna mientras intervenía en las primeras filas en una batalla en Drépano, fue sacado del
6 combate cuando ya estaba cercado. Por su parte los cartagineses se dirigen inmediatamente a Sicilia con

---

395 Gayo Atilio Régulo, el vencedor de Tíndaro (cf. n. 377) y Lucio Manlio Vulso (250 a. C.).

396 Publio Claudio Pulcro (249 a. C.).

397 A quince millas de Lilibeo.

398 En esta esporádica incursión en Italia, concretamente a las costas de Calabria, en el 247, el protagonista es ya Hamílcar Barca.

399 Gayo Lutacio Cátulo (242 a. C.). Los años que van del 249 al 242 son de agotamiento, tanto por el lado cartaginés como por el romano.

cuatrocientas naves y gran número de tropas mandadas por Hanón. Y Lutacio no fue más lento; es más, supo adelantarse, con admirable rapidez, a los planes de los cartagineses. Después que ambas armadas pasaron toda la noche muy cerca la una de la otra, casi con las anclas entrecruzadas, junto a las islas Égades[400], cuando llegó el día, fue Lutacio el primero en dar la orden de combate. En el momento más crítico de la lucha, Hanón, 7
derrotado ya, retiró su nave del combate y, él el primero, se convirtió en el instigador de la huida. Una parte de su ejército se dirigió con él a África; otros escaparon hacia Lilibeo; fueron capturadas sesenta y tres naves púnicas y ciento veinticinco hundidas; en cuanto a hombres, fueron capturados treinta y dos mil y muertos catorce mil. Los romanos, a su vez, perdieron doce naves.

Lutacio se dirige después a la ciudad de Ericina[401], 8
que estaba en poder de los cartagineses. En el enfrentamiento que allí se produjo, aniquiló a dos mil cartagineses.

De la paz concedida a los cartagineses, estableciéndose ciertos castigos y el pago de una cantidad de dinero

Los cartagineses se dirigen, en- **11**
tonces, con precipitadas prisas al cónsul Lutacio y posteriormente a Roma; piden la paz, y la consiguen inmediatamente al aceptar las condiciones que previamente se les habían impuesto. Las condiciones eran éstas: el 2
abandono de Sicilia y Cerdeña y el pago de tres mil talentos eubeos de plata pura por los gastos de la guerra, e iguales tributos durante otros veinte años[402].

---

[400] Tres islas del Mediterráneo, al O. de Sicilia, frente a Drépano y Lilibeo. La batalla tuvo lugar en 241 y supone el final de la primera Guerra Púnica.

[401] Nombre de montaña, hoy S. Giuliano, en el ángulo O. de Sicilia, y de una ciudad cercana, a seis millas de Drépano.

[402] Y además, el compromiso de no declarar la guerra a Hierón

3 Las condiciones de este tratado se firmaron a los veintitrés años del comienzo de la primera guerra púnica.
4 ¿Quién, me pregunto yo, puede desarrollar en palabras una guerra que, entre dos ciudades, duró veintitrés años?, ¿explicar cuántos reyes cartagineses, cuántos cónsules romanos, qué numerosos ejércitos y qué cantidad de naves reunió, abatió y aniquiló esta guerra? Cuando le parezca que ha valorado totalmente todo aquello, que entonces, por fin, haga juicios sobre las desgracias de nuestra época.

Del contagio de las aguas y del desastroso incendio de la ciudad, que produjo la ruina de casas privadas y de las murallas públicas

5 En el año 507 de la fundación de la ciudad un repentino desastre de la propia Roma evitó el triunfo de los romanos. Y yo no me hubiera atrevido temerariamente a decir esto, si los más gravísimos desastres llegados de repente no hubiesen hecho olvidar incluso la más pequeña alegría en Roma.
6 Y es que durante el consulado de Quinto Lutacio Cátulo y Aulo Manlio[403] diversos desastres producidos por el fuego y por el agua aniquilaron casi a Roma. Efectivamente, el río Tíber, crecido con insólitas lluvias y desbordado durante más tiempo y con más cantidad de agua de lo que se podía esperar arrasó todos los edificios
7 romanos que estaban en el llano; distintos tipos de lugares coincidieron en la misma desgracia, ya que a aquellos por los que pasaron aguas más lentas, los destruyeron inundándolos, y a aquellos que sufrieron aguas torrenciales, los destrozaron arrasándolos.
8 A este desastre producido por las aguas siguió otra

---

ni a sus aliados, y la devolución sin rescate de los prisioneros romanos.

[403] Es un error; los cónsules eran Quinto Lutacio Cerco y Aulo Manlio Torcuato Ático II (241 a. C.).

destrucción más grave provocada por el fuego; este fuego, que no se sabe de dónde salió, tras arrasar muchas partes de la ciudad, produjo tristes pérdidas de personas y casas y, sobre todo, consumió en un solo incendio tan gran cantidad de riquezas cuantas apenas podrían acarrear muchas y lejanas victorias; posterior- 9
mente, cuando consumió todos los terrenos de alrededor del foro, llegó al templo de Vesta. Y no pudiendo ni siquiera los dioses socorrerse a sí mismos, este fuego que era pasajero destruyó a aquel que ellos consideraban eterno[404]; a raíz de ello, también Metelo se libró con dificultades, con el brazo medio quemado, por sacar las estatuas de los dioses que estaban a punto de quemarse.

De la victoria que los romanos consiguieron, no sin pérdidas por parte suya, sobre faliscos y galos cisalpinos

En el año del consulado de Tito 10
Sempronio Graco y Gayo Valerio Falcón[405] los romanos se enfrentaron a los faliscos, y en la batalla murieron quince mil faliscos.

En este mismo año aparecieron 12
como nuevos enemigos los galos cisalpinos[406], contra los cuales se combatió con variada suerte. En efecto, en el primer enfrentamiento cayeron tres mil quinientos romanos del ejército del cónsul Valerio; y en el segundo perdieron la vida catorce mil galos y fueron capturados dos mil; pero a causa del desastre anterior se le negó al cónsul el triunfo.

---

[404] El fuego del templo de Vesta, alimentado continuamente por las vírgenes vestales.

[405] 238 a. C. Orosio escribe así, en vez de Faltón.

[406] Los «boyos», pueblo de la Galia Lugdunense. Habían hecho una alianza con las tribus del Po y con los ligures.

De la ruptura por parte cartaginesa, a causa de Cerdeña, del tratado que tenían firmado con los romanos, y de la paralización de las campañas bélicas —lo cual desde hacía mucho tiempo apenas les había sucedido—, tras conceder la paz a los cartagineses que la solicitaron

2 En el año del consulado de Tito Manlio Torcuato y Gayo Atilio Bulbo[407] se sublevó la isla de Cerdeña por instigación de los cartagineses; a raíz de ello fueron después sometidos y aplastados
3 los sardos. Y a los cartagineses, que habían sido los violadores de la paz, la paz que ellos mismos habían solicitado, se decidió declararles la guerra. Pero ellos piden humildemente la paz[408]; y tras no conseguir nada con dos delegaciones ni tampoco después con diez de sus personajes más influyentes, a los que enviaron igualmente dos veces, merecieron por fin la paz gracias al discurso de Hanón, el hombre menos importante de los legados.

4 En este año se cerró la puerta del templo de Jano, ya que durante el mismo no se guerreó en ningún momento, lo cual sólo había sucedido durante el reinado de Numa Pompilio.

5 Ahora por primera vez yo debo callarme y pasar en silencio una época con la cual no se puede comparar la nuestra; y ello, para no animar, a los que critican los días de estos sus tiempos, a saltar con mayor estrépito
6 del que ahora lo hacen ellos mismos. Efectivamente, las puertas de Jano se cerraron; en el exterior los romanos

---

[407] Tito Manlio Torcuato y Gayo Atilio Bulbo II (235 a. C.). Zangemeister escribe Bubulco.

[408] Cartago no se encontraba, en efecto, ahora en condiciones de volver a las armas, tras sus luchas internas, protagonizadas por la sublevación de sus mercenarios; por ello, comunicó humildemente a los romanos que estaba dispuesta a tratar con ellos sin recurrir a las armas. Es ahora cuando los cartagineses pierden definitivamente Cerdeña.

no guerrearon. Roma no tuvo que llorar por ninguno de sus hijos a los que ahora retenía tranquilos en su regazo. Pero esto, ¿cuándo sucedió? Después de la pri- 7
mera guerra púnica; ¿tras cuánto tiempo? Tras cuatrocientos cuarenta años; ¿durante cuánto tiempo? Durante un solo año; y ¿qué sucedió en el siguiente? Por callar otras cosas, tuvo lugar la guerra con los galos y llegó Aníbal con la segunda guerra púnica. ¡Oh! ¡Cómo 8
me avergüenza, incluso a mí [409], el haber conocido y descubierto estos hechos! Esta paz de un solo año, o mejor, esta sombra de paz, ¿fue un alivio de las desgracias o más bien un incentivo de nuevos males? Aquel goteo de aceite que caía en medio de una gran llama, ¿apagó la yesca de tan gran fuego o la alimentó? El poco de agua fresca bebida con las fiebres altas ¿sanó al enfermo o le quemó aún más? Durante casi setecientos años, 9
esto es, desde Tulo Hostilio hasta César Augusto, sólo durante un año el interior de Roma no sudó sangre; y en medio de todo ese tiempo, representado en largos siglos, esta desgraciada ciudad, o mejor, esta desgraciada madre, sólo en una ocasión se vio libre del temor a las desgracias, por no decir de las propias desgracias. Si algún hombre hubiese tenido a lo largo de toda 10
su vida un descanso tan pequeño, ¿se podría decir que esa persona ha vivido? O si una persona enferma sufre a lo largo de todo un año con dolores y tormentos y, en medio de ese mismo año, pasa un día tranquilo y sin problemas, ¿recibirá acaso por ello un alivio en sus males y no considerará calamitoso a todo el año? Pero 11
ellos [410], dice, han colocado a este año en el lugar de una

---

[409] Él, que debería alegrarse por haber descubierto estos hechos, por cuanto vienen muy bien a su argumentación: que los tiempos pasados no fueron mejores.

[410] Los que critican la época presente y alaban el pasado glorioso de Roma. El sujeto de «dice» que viene a continuación

gloriosa imagen de valor inagotable; y ¡ojalá que no se hubiesen acordado nunca de ese año a cambio de no
12 recordar tampoco las continuas desgracias! Pues de la misma forma que en el cuerpo humano sólo se diagnostica que hay lepra cuando entre las partes sanas de la piel aparece una de color distinto y, sin embargo, si ese color se extiende por todas partes de forma que todo es del mismo color, aunque éste no sea natural, desaparece aquella distinción, así también, si se está en continuo esfuerzo con igual aguante y sin deseo de descansar, a eso se lo podría considerar voluntad enérgica
13 y costumbre adquirida; pero, si en medio de tanto esfuerzo, la alegría de los mayores o el interés de los jóvenes se inclina a un pequeño descanso, entonces se distingue claramente lo agradable que ha sido este corto espacio de tiempo y lo amargo que es el continuo esfuerzo; es decir, lo agradable que hubiera sido aquel descanso, si hubiese durado largo tiempo, y lo deleznable, si es que de alguna forma se hubiese podido evitar, de aquella incesante desgracia.

13 *De la guerra del general cartaginés Hamílcar contra los hispanos, en la cual perdió la vida. Y de la atroz persecución contra los ilirios por haber asesinado, en aquella misma época, a legados romanos*

En el año 517 de la fundación de la ciudad, el general cartaginés Hamílcar fue matado en un combate por los hispanos cuando ocultamente[411] tramaba un nuevo enfrentamiento con los romanos.
2 Al año siguiente fueron asesinados por los ilirios unos legados romanos. Después se llevó a cabo una atroz guerra contra los propios ilirios; en ella, tras

debe ser la indeterminada «persona enferma», a que se alude en el § anterior.

[411] En contra, en efecto, de la voluntad del Senado cartaginés; al menos, ésta es la tradición transmitida por algunos autores, aunque no muy fiable, por cuanto en su campaña en Hispania llevaba un cuerpo expedicionario de Africa.

ser aniquiladas muchas fortalezas y gentes, los que quedaron se entregaron a los cónsules Fulvio y Postumio[412].

De los sacrílegos sacrificios de los pontífices, con los que mancharon las victorias romanas, y de la turbación de la ciudad por funestos prodigios. Del número y crueldad de combates que el ejército romano, reunido de todas partes, protagonizó, con mayor número de victorias que de costumbre, contra los dos grupos galos, es decir: los cisalpinos y los transalpinos. Y de la cruel ejecución, por parte de Fabio Censorino, de su propio hijo, acusado de robo

Dos años después, los pontífi- 3
ces, que hacían mal uso de su
poder, mancillaron a la pobre
ciudad con sacrílegos sacrificios:
efectivamente, los decenviros, vol-
viendo a una antigua y supersti-
ciosa costumbre, enterraron vi-
vos, en el foro boario[413], a un
hombre y a una mujer galos, jun-
tamente con una mujer griega; 4
pero este rito mágico se volvió
inmediatamente en su contra, por
cuanto expiaron con la muerte de
los suyos aquellos vergonzosos
asesinatos cometidos en la perso-
na de extranjeros; efectivamente, 5
en el año del consulado de Lucio
Emilio Papo y Gayo Atilio Régu-
lo[414], el senado se vio profunda-
mente consternado y atemorizado
por una sublevación de la Galia Cisalpina, cuando se
anunciaba también que de la Galia Ulterior se acercaba
un enorme ejército, compuesto sobre todo de gesatos,
cuyo nombre no es el de un pueblo, sino el de unos

[412] Gneo Fulvio Centúmalo y Lucio Postumio Albino II (229 antes de Cristo). Esta campaña contra los ilirios tendía, sobre todo, a impedir sus actos de piratería que desarrollaban en las costas del Adriático y del Jónico, y que obstaculizaban el comercio romano.

[413] Mercado de bueyes en el Velabro. Esto ocurrió después de la derrota de Cannas (416); para satisfacer las supersticiones de la multitud se recurrió a un bárbaro rito antiguo: sepultar vivos a un hombre y una mujer galos, y a un griego y una griega.

[414] Lucio Emilio Papo (no Cátulo, como escribe Zangemeister) y Gayo Atilio Régulo (225 a. C.).

6 mercenarios galos. Asustados por ello, los cónsules reunieron todas las tropas que les permitía su mando para defensa de toda Italia. Tras ello, se dice que en el ejército de ambos cónsules hubo ochocientos mil hom-
7 bres armados, según cuenta el historiador Fabio[415] que estuvo presente en esta guerra. De ellos, doscientos noventa y ocho mil doscientos eran soldados de infantería romanos y campanos, y veintiséis mil seiscientos de ca-
8 ballería: el resto eran aliados. En la batalla, que se entabló junto a Aretio[416], murió el cónsul Atilio; los ochocientos mil romanos (número que no fue tan grande como para aterrorizar a los galos) se dieron a la fuga, a
9 pesar de que cayó sólo una parte de ellos. En efecto, los historiadores cuentan que murieron tres mil, lo cual hace todavía más ignominioso y vergonzoso que, perdiendo a tan pocos, tan grandes ejércitos se pusieran en fuga, ya que con ello dejaron claro que en otras victorias habían vencido no por su valentía, sino por la buena suerte de la guerra. ¿Quién, pues, pregunto, podría creer, no digo ya que huyera este número de soldados, sino ni siquiera que existiera tal número en el ejército romano?

10 Tras ello tuvo lugar una segunda batalla con los galos, en la cual fueron aniquilados cuarenta mil de ellos[417].

11 Al año siguiente, los cónsules Manlio Torcuato y Fulvio Flaco[418] fueron los primeros que pasaron con las legiones más allá del Po. Se combatió allí con los galos ínsubros, de los cuales cayeron veintitrés mil y fueron
12 capturados cinco mil. Posteriormente, al año siguiente, crueles prodigios aterrorizaron a la desgraciada ciudad;

[415] Fabio Píctor, el analista.

[416] Gran ciudad de Etruria, hoy Arezzo.

[417] Esto ocurrió en Talamón, una ciudad de la costa de Etruria (225 a. C.), cuando los galos regresaban ya a su patria con el botín de la primera victoria.

[418] Tito Manlio Torcuato II y Quinto Fulvio Flaco II (224 a. C.).

desgraciada sí, porque, unas veces por el estrépito de los enemigos y otra por la maldad de los malos espíritus, estaba siempre aterrorizada; en efecto, en el Piceno un río corrió sangre; entre los tuscos, se vio arder el cielo; en Rímini se vio brillar durante gran parte de la noche una luz clara y aparecer tres lunas que salieron en zonas del cielo distantes entre sí. También entonces las islas 13
de Caria y de Rodas fueron destruidas hasta tal punto por un gran terremoto que, tras ser derruidas totalmente las casas, cayó también el famoso y enorme coloso.

En este año, el cónsul Flaminio[419], despreciando los 14
auspicios por los que se le impedía entablar combate, entró en lucha con los galos y venció. En esta batalla murieron nueve mil galos y fueron capturados diecisiete mil[420].

Tras ello, el cónsul Claudio[421] eliminó a treinta mil 15
gesatos en un choque en que él mismo, marchando en vanguardia, mató también al rey Virdomaro[422]. Y, entre otras muchas ciudades fortificadas de los ínsubros, a las cuales hizo capitular, tomó también la floreciente ciudad de Milán.

Se levantan después unos nuevos enemigos, los his- 16
tros[423], a los cuales sometieron los cónsules Cornelio y Minucio[424], con muchas pérdidas también por parte romana. Apareció de nuevo aquí un poco aquel antiguo 17

[419] Gayo Flaminio (223 a. C.).

[420] Cerca de Bergomo, hoy Bérgamo, ciudad de la Galia Transpadana, a 35 millas al NE. de Milán.

[421] Marco Claudio Marcelo (222 a. C.), que después sería cónsul cinco veces.

[422] El cónsul romano avanzó hasta Clastidio, hoy Chiasteggio, cerca del Po (222 a. C.). Mató al jefe de los ínsubros en combate individual.

[423] Habitaban al NE. del Adriático.

[424] Publio Cornelio Escipión Asina y Marco Minucio Rufo (221).

apetito romano por la malvada gloria a costa incluso de
18 parricidios. Fabio Censorio ejecutó, en efecto, a su hijo Fabio Buteón, acusado de robo; acción, ciertamente, merecedora de lo que en opinión del padre había que castigar, incluso, con el parricidio, pero que, según las leyes, no se debe castigar en ninguna persona sino con una multa en dinero o, como máximo, con el exilio.

14 *De la segunda guerra entre cartagineses y romanos, la cual, tras romper Aníbal el Joven los términos de un tratado con la destrucción de Sagunto, terminó con grandes estragos por una y otra parte; de los dos combates que el mismo Aníbal, tras pasar los Pirineos y los Alpes y llegar a las llanuras de Italia, protagonizó junto al río Trebia con dos cónsules y con resultado favorable para él y desdichado para los romanos; y de las heridas del mismo Aníbal en los Apeninos y enormes pérdidas de hombres y elefantes, a los que perdió casi totalmente*

En el año 804 de la fundación de la ciudad, el general cartaginés Aníbal destruyó por fin, tras ocho meses, a Sagunto, ciudad floreciente de Hispania, amiga[425] del pueblo romano, a la que había atacado en un primer momento, y posteriormente sitiado y reducido al hambre, la cual, sin embargo, aguantó con fortaleza todo lo digno e indigno acordándose de las promesas hechas a los roma-
2 nos. Aníbal echó incluso de su presencia injuriosamente a los le-
3 gados romanos enviados a él. Posteriormente, llevado por el odio al nombre de Roma, odio que él, en otras ocasiones desleal, había jurado fielmente ante el altar de su padre Hamílcar cuando tenía nueve años, atravesó los montes Pirineos siendo cónsules Publio Cornelio Escipión y Tiberio Sem-

[425] Orosio dice *amica,* lo cual entraña unas obligaciones generales y diferentes de las de *socius.* La formulación imprecisa de POLIBIO (III 15, 7) no permite, en absoluto, determinar si la aceptación romana de protección a Sagunto es anterior o posterior al tratado del Ebro, aunque la investigación se inclina a considerarla posterior y, seguramente, hacia el 223. Pero, en cualquier

pronio Longo[426]; se abrió camino con la espada a través
de los ferocísimos pueblos de la Galia y a los ocho días
de pasar los Pirineos llegó a los Alpes, donde permane- 4
ció cuatro días ocupado en superar a los galos de la
montaña que le impedían la subida y abrirse camino a
fuego y hierro a través de rocas intransitables; al quinto
día, por fin, llegó con gran esfuerzo a terreno llano.
Aseguran que su ejército era entonces de cien mil sol- 5
dados de a pie y veinte mil de a caballo. El cónsul Esci- 6
pión fue el primero que salió al encuentro de Aníbal y
en el combate que se entabló en el río Ticino[427], el pro-
pio cónsul, gravemente herido, escapó de la muerte
gracias a la intervención de su hijo Escipión, que todavía
vestía pretexta[428], y que después recibiría el sobrenom-
bre de Africano. En aquel choque desapareció casi todo
el ejército romano.

Hubo un segundo enfrentamiento, protagonizado por 7
el mismo cónsul, junto al río Trebia[429], y de nuevo los
romanos fueron superados en un desastre parecido.
Entonces, enterado de la derrota de su colega, regresa
con el ejército de Sicilia el cónsul Sempronio, el cual,
entablando combate también junto al mismo río, apenas
pudo escapar él solo, tras perder el ejército. En esta

---

caso, al no conocer con seguridad si existían cláusulas en el tratado del Ebro referentes a los respectivos aliados de ambos Estados, ni poder determinar a qué comprometía, realmente, el límite marcado por el río, pierde interés el problema. Y respecto al carácter mismo de la relación Roma-Sagunto no parece que quedase establecido un tratado regular en la forma de un *foedus* o *deditio*, sino sólo una relación de *fides* o *amicitia* informal, que comportaba más una obligación moral que, propiamente, jurídica.

[426] Publio Cornelio Escipión (sobrino del cónsul del 221, cf. nota 424) y Tiberio Sempronio Longo (218 a. C.).

[427] Afluente del Po en la Galia Cisalpina.

[428] Toga blanca, con franja de púrpura que llevaban los jóvenes romanos hasta los 16 años. Es hijo de Publio.

[429] También afluente del Po en el N. de Italia.

8 batalla, sin embargo, fue herido también Aníbal; posteriormente, mientras pasaba durante la primavera a Etruria, al ser sorprendido en la cima de los Apeninos por una tempestad y encerrado y cubierto por las nieves sin poder moverse con su ejército durante dos días seguidos, casi muere de frío. En esta ocasión, y debido a la dureza del frío, desaparecieron gran cantidad de hombres, muchos animales de carga y casi todos los elefantes.

9 *De los exitosos combates que en esta misma época protagonizó en Hispania Escipión, el hermano del cónsul Escipión, con el general cartaginés Magón, y del terror que, a causa de unos prodigios que se produjeron en muchas y graves manifestaciones, se apoderó de los romanos*

Por otro lado, sin embargo, el otro Escipión[430], hermano del cónsul, llevó a cabo muchos combates en Hispania, y derrotó e hizo prisionero a Magón, general también púnico.

También en esta época los romanos se vieron aterrorizados por funestos prodigios; a saber: a la esfera del sol se la vio disminuir; en Arpi[431] se vieron broqueles en el cielo y un combate entre el sol y la luna; en Capena[432], se vieron salir dos lunas; en Cerdeña, sudar sangre a dos escudos; en territorio falisco, rajarse el cielo en, por así decir, una gran grieta; en Antio[433], caérseles a los segadores en el cesto espigas que chorreaban sangre.

---

[430] Gneo Escipión Calvo.

[431] Ciudad en el interior de Apulia, hoy Arpa.

[432] Ciudad en el interior de Etruria.

[433] Una antigua ciudad del Lacio, no lejos de la costa; hoy Porto d'Anzio.

De la batalla que, junto al lago Trasimeno, con gran desastre romano, protagonizaron el cónsul Flaminio y Aníbal; de la pérdida, un poco antes, de un ojo por parte de Aníbal a causa del frío, y del terrible terremoto, que no fue advertido por ninguno de los dos ejércitos, mientras se entregaban con vehemencia a la lucha

Por otra parte, Aníbal, sabedor 2
de que el cónsul Flaminio estaba solo en su campamento [434], avanzó en primavera para caer sobre él, que estaba desprevenido, lo más rápidamente posible, tomando el camino más corto, aunque cenagoso; y es que en aquella época, el Sarno [435], al desbordarse, había dejado blandos y sueltos los campos; de ellos se había dicho: «...los mares que riega el Sarno» [436]. Al dirigirse Aníbal con su 3
ejército a estos campos, perdió gran parte de los aliados y de los animales de carga, por cuanto las nieblas que manaban de las lagunas impedían excesivamente la visión. Él mismo, cabalgando en el único elefante que le había quedado, a duras penas superó las dificultades del camino; perdió, sin embargo, por la violencia del frío, de los insomnios y del trabajo, el ojo que ya hacía tiempo tenía enfermo. Pero cuando 4
estuvo cerca del campamento del cónsul Flaminio, atrajo a éste a la lucha asolando los campos cercanos. Esta 5
batalla tuvo lugar junto al lago Trasimeno [437]; en ella el ejército romano, tristemente rodeado por la habilidad de Aníbal, fue totalmente aniquilado. El propio cónsul perdió la vida; en el combate, según las noticias, cayeron veinticinco mil romanos y fueron hechos prisioneros seis mil. Del ejército de Aníbal cayeron dos mil. Esta

[434] Gayo Flaminio II (217 a. C.). El otro cónsul cerraba otro posible paso de Aníbal hacia Italia.

[435] Río de Campania.

[436] VIRG., *En.* VII 738.

[437] Uno de los lagos más grandes de Etruria, entre Cortona y Perusia; hoy Lago di Perugia.

6 batalla junto al lago Trasimeno fue famosa por el enorme desastre romano y, sobre todo, porque el ardor de los combatientes fue tan grande que, mientras luchaban, no se dieron en absoluto cuenta de un durísimo terremoto que se produjo entonces con tanta vehemencia que se cuenta que cayeron ciudades, cambiaron de sitio los montes, se rompieron las rocas y corrieron hacia atrás
7 los ríos. A este desastre ocurrido en Trasimeno siguió la batalla de Cannas[438], aunque en medio quedó la época del dictador Fabio Máximo, quien, contemporizando[439], logró retrasar el ataque.

16 *Del enfrentamiento que el Senado y el pueblo romano protagonizaron con gran pérdida de soldados, casi hasta la aniquilación, en Cannas, aldea de Apulia, con Aníbal, el odiosísimo enemigo del nombre de Roma*

En el año 540 de la fundación de la ciudad, los cónsules Lucio Emilio Paulo y Publio Terencio Varrón[440] fueron enviados contra Aníbal; por impaciencia del cónsul Varrón, perdieron tristemente en Cannas, poblado de Apulia, casi todas las fuerzas en que Roma había puesto su esperanza.
2 Efectivamente, en esta batalla murieron cuarenta y cuatro mil romanos, aunque también cayó gran parte del ejército de Aníbal; sin embargo, en ningún otro enfrentamiento con los cartagineses se vieron los romanos llegados a situación tan extrema de
3 destrucción. En éste, murió en efecto el cónsul Emilio Paulo, cayeron veinte excónsules y expretores, fueron matados o hechos prisioneros treinta senadores, trescientos nobles, cuarenta mil soldados de infantería y tres mil quinientos de caballería. El cónsul Varrón, con
4 cincuenta jinetes, logró huir a Venusio[441]. Y nadie duda

---

[438] Villa de Apulia; la batalla tuvo lugar en el 416.

[439] De ahí el sobrenombre de *Cunctator*, «el contemporizador».

[440] 216 a. C.

[441] Ciudad en la frontera de Apulia y Lucania; a unas diez millas de Cannas. Hoy Venosa.

de que aquél hubiese sido el último día del estado romano, si Aníbal se hubiese decidido tras la victoria a avanzar hasta la ciudad. Aníbal, como prueba de la vic- 5
toria, envió a Cartago tres modios[442] de anillos de oro que había arrancado de las manos de los caballeros y senadores romanos ya muertos. Hasta tal punto la de- 6
sesperación por el estado fue extrema entre los romanos supervivientes, que los senadores pensaron discutir la posibilidad de abandonar Italia y buscar nuevas sedes. Y se hubiera aprobado esta moción presentada por Cecilio Metelo, si Cornelio Escipión, entonces tribuno militar, el mismo que después sería llamado Africano, desenvainando la espada, no le hubiese disuadido y obligado a jurarle que defenderían la patria.

De cuáles y cuántas guerras protagonizaron los generales y cónsules romanos, mientras se tambaleaba el poderío de su ciudad en cuatro frentes: uno, contra Filipo en Macedonia; otro, contra Hasdrúbal en Hispania; el tercero en Cerdeña, también contra otro cartaginés llamado Hasdrúbal, y el cuarto en Italia, contra Aníbal. En todos ellos mataban y morían a montones

Los romanos, atreviéndose, por 7
así decir, a respirar desde el otro mundo hacia la esperanza de la vida, nombran dictador a Décimo Junio[443]; éste logró reunir de todas partes cuatro legiones de soldados inmaduros y desentrenados, reclutando jóvenes desde los diecisiete años. Sometió incluso al 8
juramento militar a siervos de comprobada fuerza y buena voluntad, ya ofrecidos por sus amos, ya, si hubo necesidad de ello, comprados con dinero público a cambio de la libertad. Las armas, que escaseaban, las sacaron de los templos; las riquezas privadas fueron devueltas al necesitado tesoro público. De esta forma, la clase social de los caballeros y la alar-

[442] Cf. n. 224.
[443] Se trata de Marco Junio Peto.

mada plebe, olvidada de sus intereses, tomaron decisio-
9 nes en aras del bien común. El propio dictador Junio, restaurando una vieja costumbre del infortunio romano, aceptó en la milicia, mediante un decreto, y como suplemento del ejército, a todas las personas culpables de crímenes y deudas, con la promesa, como si se tratara de un refugio, de perdonarles la culpa; el número
10 de éstos fue de seis mil hombres. Entretanto, la Campania, o mejor, toda Italia, se había pasado a Aníbal, desesperando totalmente de que se pudiese reconstruir
11 el estado romano. Tras ello, el pretor Lucio Postumio, que había sido enviado a luchar contra los galos, cayó con todo su ejército.

12 Posteriormente, durante el consulado de Sempronio Graco y Quinto Fabio Máximo[444], el ex pretor Claudio Marcelo, nombrado procónsul, puso en fuga en un enfrentamiento al ejército de Aníbal[445] y fue el primero que, tras tantas derrotas del estado, hizo concebir la
13 esperanza de que Aníbal podía ser derrotado. Los Escipiones[446], por su parte, derrotaron en una durísima batalla en Hispania al general cartaginés Hasdrúbal, que traía un ejército a Italia; el ejército de éste se vio disminuido, en efecto, en treinta y cinco mil soldados que
14 fueron eliminados o capturados. Los Escipiones atrajeron a su servicio, apartándolos de su alianza con los enemigos y comprándolos con dinero, a soldados celtíberos, los cuales fueron el primer grupo extranjero que
15 los romanos empezaron a tener a su servicio. El procónsul Sempronio Graco fue traidoramente asesinado
16 por su anfitrión, un tal Lucano. El centurión Centenio

---

[444] 215 a. C.

[445] En un choque cerca de Nola.

[446] Publio Cornelio Escipión y Gneo Cornelio Escipión Calvo. La identificación de esta batalla no está clara, ya que tuvieron lugar unas cuantas.

Pénula solicitó que se le permitiera a él continuar la guerra contra Aníbal; pero fue eliminado por éste juntamente con los ocho mil soldados que había sacado al campo de batalla. Tras éste, fue vencido por Aníbal el 17
pretor Gneo Fulvio, quien, perdido su ejército, a duras penas escapó.

Da vergüenza recordarlo. Y es que ¿cómo voy a 18
llamar a todo esto? ¿Maldad o infortunio romano? Lo más exacto es llamarlo malvado infortunio o infortunada maldad. ¿Quién puede creer que en esta época, 19
en la que el tesoro del pueblo romano solicitaba una pobre limosna mediante una cuota pública, en la que en los cuarteles no había otros soldados que niños, siervos, criminales o deudores y ni aun así eran suficientes en número, en la que el senado entero daba la impresión en la curia de ser casi novato, en la que, por fin, disminuidos y rotos todos los recursos, se llegó a tal punto de desesperación que se planteó la cuestión de abandonar Italia, quién puede creer, digo, que en esta época, en 20
que, como dijimos, de ningún modo se podría soportar un enfrentamiento en el interior, Roma aceptara, para colmo, tres guerras en ultramar? Una en Macedonia contra el poderosísimo rey macedonio Filipo [447]; otra en Hispania contra el hermano de Aníbal, Hasdrúbal; y una tercera en Cerdeña contra los sardos y el otro Hasdrúbal, general cartaginés [448]; aparte de esto había una cuarta contra Aníbal, por el que eran agobiados en Italia. Y, sin embargo, la enorme desesperación en uno 21
y otro frente pronto mejoró, por cuanto lucharon desesperados en todos ellos y, luchando, vencieron. De ahí se

[447] Filipo V de Macedonia; los sentimientos de enemistad de Filipo partían de la cuestión ilírica (cf. n. 412).

[448] Tras la muerte de Hierón II, que había permanecido fiel a Roma, su nieto y sucesor Hierónimo se volvió hacia los cartagineses.

deduce con toda evidencia, no que aquella época fue más tranquila, sino que sus gentes fueron más fuertes en las desgracias.

17 *De la toma de Siracusa en un segundo asedio por parte de Claudio Marcelo, ya que en el primero las máquinas de Arquímedes retrasaron el resultado*

En el año 543 de la fundación de la ciudad, Claudio Marcelo tomó con dificultades, en un segundo ataque, la riquísima ciudad siciliana de Siracusa, a la que no pudo tomar por asalto, a pesar de que la mantenía en asedio durante ya largo tiempo, al ser rechazado por los ingenios del ciudadano siracusano Arquímedes, hombre dotado de extraordinario talento.

2 *De cómo Aníbal, mientras movía su ejército de Campania y colocaba el campamento no lejos de la ciudad, no pudo enfrentarse a los cónsules delante de Roma al ser impedido, en un primer momento, por gran cantidad de lluvia mezclada con granizo y, en un segundo, por una nueva lluvia torrencial*

Nueve años después de la llegada de Aníbal a Italia, durante el consulado de Gneo Fulvio y Publio Sulpicio [449], sacó aquél su ejército de Campania y, avanzando con gran desastre para todos por territorio Sidicino y Suesano a lo largo de la Vía Latina, se asentó a tres millas de la ciudad junto al río Anio, con increíble terror para toda Roma, donde,
3 mientras senado y pueblo estaban aterrorizados por distintas preocupaciones, incluso las mujeres, locas de pavor, corrían por las murallas y trataban de llevar piedras a los muros y de luchar, ellas las prime-
4 ras, en defensa de la muralla. Por su parte, el propio Aníbal en persona avanzó hostilmente con tropas ligeras de caballería hasta la puerta Colina; posteriormente, dirigió todo su ejército al campo de batalla. A pesar

[449] Gneo Fulvio Centúmalo y Publio Sulpicio Galba Máximo (221).

de todo, los cónsules y el procónsul Fulvio no rehuyeron
la lucha. Pero cuando ambos ejércitos, sacados al campo 5
de batalla, se colocaron uno frente al otro en presencia
de Roma, que sería el premio del futuro vencedor, se
derramó de repente desde las nubes tal cantidad de agua
mezclada con granizo, que ambas multitudes se refugia-
ron aterrorizadas en sus respectivos campamentos, man-
teniendo con dificultad las armas. Posteriormente, cuan- 6
do amainada la tormenta volvieron las tropas al aire
libre y al campo de batalla, de nuevo un temporal, que
se desencadenó aún más violento, reprimió con mayor
pavor la audacia de los hombres y obligó a los atemo-
rizados ejércitos a refugiarse en las tiendas de cam-
paña. Entonces Aníbal, acordándose de sus escrúpulos 7
religiosos, se cuenta que dijo que no se le daba unas
veces el consentimiento y otras la facultad de apoderarse
de Roma[450].

Y que ahora, en este lugar, los que denigran al 8
verdadero Dios, que me respondan si fue la fortaleza
romana o la compasión de Dios la que impidió a Aníbal
tomar y destruir Roma; o ¿es que éstos, que fueron los
salvados, rechazan el aceptar lo que Aníbal, incluso ven-
cedor, temió y aceptó retirándose? Pero si está claro 9
que esta tutela divina vino del cielo en forma de lluvia,
pienso que también se debe reconocer con una certi-
dumbre del mismo tipo y que no se puede negar que
esta lluvia no fue enviada, en el momento oportuno y
necesario, sino por Cristo, que es el verdadero Dios[451].

---

[450] La anécdota —transmitida también por LIVIO (XXVI 11, 2-4) y FLORO (II 6)— es totalmente inventada, ya que ante las murallas de Roma no se entabló ningún combate. Se supone que ese intento de enfrentamiento sería con el ejército que se encontraba en Capua; este ejército no se movió de allí.

[451] La puntuación de este párrafo difiere de unas ediciones a otras. Nos parece la más lógica la que hemos traducido que es ésta: *Aut si forsitan conseruati isti dedignantur fateri, quod Han-*

10 Y sobre todo ahora —cuando, como prueba de su poder,
en los casos en que sucede en que hay que pedir agua al
apremiar la sequía, y se la solicitan, unas veces, los gen-
tiles y, otras, los cristianos alternativamente, y nunca ha
sucedido, de lo cual son ellos mismos testigos, que lle-
guen las deseadas lluvias sino el día en que se permite
11 pedírselas a Cristo y que las piden los cristianos— es
evidente que fue por medio de este verdadero Dios, que
es Cristo Jesús, que lo ordenó según la voluntad de su
inefable juicio, por el que se salvó entonces la ciudad
de Roma para credibilidad de la futura doctrina y por
el que ahora es castigada por la incredulidad de parte
de sus ciudadanos.

De la muerte de los dos Escipiones en España a manos de Hasdrúbal, hermano de Aníbal; de la toma de la ciudad campana de Capua por el procónsul Fulvio, y de la destrucción casi total de la misma ciudad por el mismo general romano

12 Pero volviendo a los hechos, en
Hispania ambos Escipiones son
asesinados por el hermano de
Hasdrúbal. En Campania es con-
quistada Capua por el procónsul
Quinto Fulvio; los cabecillas de
los campanos se suicidaron con
veneno. Fulvio ejecutó a todos los
senadores de Capua, a pesar de
que lo había prohibido el senado
13 de Roma [452]. Una vez asesinados
los Escipiones en Hispania, cuan-
do los romanos estaban todos sin saber qué hacer de-
bido al pavor que se había apoderado de ellos, Esci-
pión [453], todavía adolescente, se adelantó a ofrecerse a

---

nibal et victor extimuit et cedens probauit? Ac —si istam diuinam tutelam per pluuiam de caelo uenisse manifestum est— ipsam autem pluuiam oportunis et necesariis temporibus non nisi per Christum, qui est uerus Deus, ministrari etiam ab huiuscemodi satis certo sciri nec negari posse existimo.

452 Este castigo a Capua se debe a que capituló ante Aníbal.

453 Publio Cornelio Escipión Africano (236-184 a C.), que marchó a España a comandar la armada tras la muerte de su padre y tío.

sí mismo; y, dado que la penuria del tesoro era vergonzosa, todos los senadores, a propuesta de Claudio 14
Marcelo y Valerio Levino[454] que entonces eran los cónsules, expusieron abiertamente ante los cuestores[455] y a la vista de todo el mundo, todo el oro y la plata acuñados, de forma que no les quedó nada sino sendos anillos, colgantes de oro para sí y para sus hijos y, por medio de sus hijas y esposas, sendas onzas de oro y no más de una libra de plata a cada uno.

De la necesidad del Senado de enviar contra Aníbal a Escipión Africano, todavía joven; de las sucesivas victorias de éste en Hispania, y del envío, por parte de él, a Roma, tras haber tomado Cartagena, de Magón, hermano de Aníbal, y de los demás capturados con él

Escipión, a los veinticuatro 18
años, tras obtener el mando proconsular para Hispania, y buscando en su interior la venganza, sobre todo, de su padre y de su tío paterno[456], tomó Cartagena en el primer ataque que hizo, una vez atravesados los Pirineos. En ella tenían los cartagineses los soldados de más años de servicio, los contingentes más fuertes y gran cantidad de oro y plata; y allí también hizo prisionero a Magón, hermano de Aníbal, y lo envió con los demás a Roma.

[454] Marco Claudio Marcelo IV y Marco Valerio Levino (210 a.C.).
[455] Los cuestores eran, originalmente, los guardianes del tesoro.
[456] Habían muerto en Hispania.

Del cónsul Levino que, con la diplomacia y las armas, sometió a Sicilia al Estado romano, tras tomar Agrigento, la ciudad más poderosa de la isla; de las muertes del cónsul Marcelo y de los procónsules Crispino y Fulvio, a los que aniquiló Aníbal, en esta época, en Italia, en un enfrentamiento con el ejército romano, mientras que a otros los eliminó con asechanzas, y de la toma por parte de Escipión de muchas ciudades de Hispania, mientras sucedía todo esto

2 El cónsul Levino, a su vuelta de Macedonia, tomó al asalto la ciudad siciliana de Agrigento; y entonces hizo prisionero al general africano Hanón, hizo capitular a cuarenta ciudades y tomó veintiséis.

3 Aníbal, en Italia, eliminó al
procónsul Gneo Fulvio, además
de once tribunos y diecisiete mil
4 soldados. El cónsul Marcelo se
enfrentó tres días seguidos con
Aníbal[457]. En el primer día la retirada la hicieron cuando la lucha estaba igualada; en el segundo, el cónsul fue derrotado; y al tercer día, el cónsul, vencedor, hizo caer a ocho mil enemigos y obligó al propio Aníbal a huir al campamen con los que le quedaban.

5 El cónsul Fabio Máximo[458] asaltó y tomó de nuevo la ciudad de Tarento que se había apartado de los romanos; y, con motivo de ello, aniquiló gran cantidad de tropas de Aníbal juntamente con su jefe Cartalón, vendió a veinte mil prisioneros y entregó al fisco el dinero conseguido en la venta.

6 Al año siguiente, en Italia, el cónsul Claudio Marce-
lo[459] es aniquilado por Aníbal juntamente con su ejér-
7 cito[460]. Escipión, en Hispania, venció y echó de sus

[457] La batalla tuvo lugar en el 210 en Herdonea (Apulia).

[458] Quinto Fabio Máximo Verrucoso V (209 a. C.).

[459] Su quinto consulado (209 a. C.).

[460] La batalla tuvo lugar en el 208 cerca de Venusia (Apulia)

reales al general cartaginés Hasdrúbal[461]. Sometió además, a su poderío, ya mediante la rendición, ya mediante las armas, a ochenta ciudades. Tras vender a los africanos como prisioneros, dejó marchar a los hispanos sin tomar dinero por ello. Aníbal aniquila a ambos cón- 8
sules, Marcelo y Crispino, tendiéndoles emboscadas.

De la feliz victoria y aniquilación en una gran batalla, a manos del ejército romano, de Hasdrúbal, hermano de Aníbal, cuando éste, en el año del consulado de Claudio Nerón y Livio Marco, venía de Hispania a Italia a través de las Galias con un ejército y elefantes que habrían de servir de ayuda a su hermano, y del envío de la cabeza de éste a su hermano que estaba en Italia y que no lo esperaba

En el año del consulado de 9
Claudio Nerón y de Marco Livio Salinator[462], cuando Hasdrúbal, el hermano de Aníbal, iba de Hispania a Italia a través de las Galias, llevando consigo gran cantidad de tropas auxiliares hispanas y galas, por cuanto se le había ordenado desde Cartago que se uniera con refuerzos a su hermano, fue sorprendido, sin saberlo Aníbal, por el ejército romano, al habérseles anunciado a los cónsules que ya había descendido, en rápida llegada, desde los Alpes. Fue eliminado juntamente con todo su ejército[463]. La verdad es 10
que el resultado de la batalla fue incierto durante mucho tiempo, ya que causaban estragos en el ejército romano sobre todo los elefantes, los cuales fueron matados por los soldados romanos llamados «velites» por su forma rápida de moverse como si volaran[464]; este 11
tipo de lucha había sido descubierto poco antes y consistía en que unos jóvenes, elegidos por su agilidad,

---

461 En Ilipa, ciudad de la Hispania Bética, cerca de Sevilla (207 a. C.).

462 Gayo Claudio Nerón y Marco Livio Salinator II (207 a. C.).

463 Batalla del río Metauro (207 a. C.), en Umbría.

464 Era un cuerpo auxiliar de infantería ligera.

cabalgando a la grupa con sus armas, saltaban de los caballos al llegar a los enemigos e inmediatamente, convertidos ellos mismos en soldados de a pie, hostigaban al contrario mientras luchaban también los jinetes, a
12 cuya grupa habían venido. Los elefantes, pues, sujetados por estos vélites, cuando ya no podían ser guiados por sus jinetes, eran matados mediante un escoplo de carpintero que les clavaban entre las orejas. Esta modalidad de ejecución de las bestias en caso de necesidad, la había inventado por primera vez el propio general
13 Hasdrúbal. El río Metauro, lugar de la derrota de Hasdrúbal, fue para los cartagineses en esta batalla algo así como el lago Trasimeno; y la ciudad Cesena del Piceno
14 algo así como la aldea de Cannas: efectivamente, perdieron la vida cincuenta y ocho mil soldados de Hasdrúbal y se capturó cinco mil cuatrocientos. Entre los enemigos fueron encontrados y recuperados cuatro mil ciudadanos romanos, lo cual fue de gran alivio para los cónsules vencedores, ya que de su propio ejército habían caído
15 ocho mil. Ante los ojos de Aníbal fue arrojada, delante del campamento, la cabeza de su hermano Hasdrúbal. Al verla y al enterarse igualmente de la derrota de los cartagineses, se retiró hacia territorio brutio[465] cuando habían pasado doce años desde su entrada en Italia.

De los éxitos del mismo Escipión Africano y de su entrada triunfal en Roma, tras haber sometido rápidamente a toda España al dominio romano

16 Tras ello, pareció intercalarse, durante un año seguido, un descanso en las atropelladas guerras entre Aníbal y los romanos, ya que la preocupación en los cuarteles era por las enfermedades y uno y otro ejército se veía angustiado por una gravísima peste.

---

[465] S. de Italia.

De la feliz y magnífica victoria de este mismo Escipión, en su entrada a África, sobre los generales cartagineses Sífax y Hasdrúbal, tras haber quemado por la noche en admirable estratagema los campamentos de invierno de los cartagineses o númidas; en esta ocasión aniquiló sin esperarlo a gran cantidad de africanos inermes y perdidos entre las tiendas y envió encadenado a Roma, por medio de Lelio, a Sífax

Entretanto, Escipión vino a 17
Roma tras haber sometido a la condición de provincia a toda Hispania[466], desde el Pirineo hasta el Océano. Nombrado cónsul juntamente con Licinio Craso[467], pasó a África, mató al general cartaginés Hanón, hijo de Hamílcar, y aniquiló al ejército de éste en parte con matanzas y en parte con cautiverios: y es que, en el enfrentamiento, eliminó a once mil cartagineses[468].

El cónsul Sempronio[469], tras en- 18
frentarse con Aníbal y ser derrotado, huyó hacia Roma. En África, Escipión, tras acercarse a un campamento de invierno de los cartagineses y a otro de los Númidas, ninguno de los cuales se encontraba lejos de Útica, mandó incendiarlos antes
de la media noche. Los cartagineses, asustados, corren 19
sin armas a extinguirlos, porque pensaban que el fuego se había producido casualmente: por ello fueron fácil-

[466] Escipión vuelve a Italia (205 a. C.) tras haber convertido a Hispania en provincia romana; efectivamente, según ZONARAS (IX 10), después de la batalla de Ilipa, recibió Escipión del Senado el encargo de ordenar los asuntos de Hispania, lo que refrendan también POLIBIO (XI 33, 8), APIANO (*Iber.* 38) y FLORO (II 17, 7). Esto quiere decir que, independientemente de las causas que movieron a los romanos a intervenir en la Península, en el 206 queda ya manifiesta la voluntad romana de permanecer en ella y convertirla en provincia (cf. J. M. ROLDÁN HERVÁS, «La crisis republicana en la Hispania Ulterior», *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, 1978, pág. 113).

[467] Publio Licinio Craso (205 a. C.).

[468] La batalla tuvo lugar cerca de Útica en el 204.

[469] Publio Sempronio Tuditano (204 a. C.).

mente aplastados por los que estaban armados. Entre los dos campamentos fueron pasados por el fuego y las armas cuarenta mil hombres, fueron capturados cinco mil, mientras que los propios generales, patéticamente
20 quemados, a duras penas pudieron escapar. El general Hasdrúbal llegó, prófugo, a Cartago. Posteriormente, de nuevo Sífax y Hasdrúbal rehicieron un gran ejército y de nuevo se enfrentaron a Escipión, y, vencidos, se die-
21 ron a la fuga[470]. Sífax, en su huida, fue cogido por Lelio y Masinisa; el resto del ejército huyó a Cirta[471], la cual, asaltada por Masinisa, capituló; a Sífax, atado con cadenas, lo envió Masinisa a Escipión y éste se lo entregó a Lelio, juntamente con un gran botín y otros cautivos, para que lo llevara a Roma.

19 *De la última y más importante batalla entre Escipión y el malvado, por distintos motivos, enemigo de Roma, Aníbal, el cual se vio obligado, ante la estratagema del propio cónsul, a ir de Italia a África; la batalla se entabló ante Cartago con gran éxito para el Estado romano, y del final, tras diecisiete años, de la segunda Guerra Púnica, una vez huido Aníbal con unos pocos, se concedió la paz a Cartago*

Aníbal, cuando se le ordenó que volviera a África para remediar el cansancio de los cartagineses, abandonó llorando Italia tras ejecutar a todos los soldados de estirpe itálica que no querían seguirle; y cuando estaba cerca del litoral africano, un marinero, al que había ordenado que subiera al mástil de la nave y mirara desde allí qué región alcanzaba a ver, le respondió que veía un sepulcro destruido. Aníbal, horrorizado ante estas palabras, cambió la ruta y desembarcó sus tropas jun-
2 to a la fortaleza de Leptis. Tras recuperarse en seguida su gente, se dirigió a Cartago y solicitó después un diálogo con

---

[470] El enfrentamiento tuvo lugar en las llanuras del río Bagrada (203 a. C.).

[471] Importante ciudad de Numidia, a 48 millas del mar.

Escipión. Y una vez que en este diálogo ambos famosísimos jefes se quedaron atónitos largo tiempo admirándose mutuamente el uno al otro, se entabló un nuevo combate por cuanto no se consiguió un acuerdo para
la paz; y esta batalla[472], que fue largo tiempo preparada 3
con rebuscadas técnicas por parte de los generales, que se llevó a cabo con gran cantidad de tropas y que se consumó con gran violencia por parte de los soldados, proporcionó la victoria a los romanos. En aquella ocasión fueron capturados o matados ochenta elefantes, fueron eliminados veinte mil quinientos cartagineses, y Aníbal, que lo había intentado todo antes y durante el combate, huyó con unos pocos, concretamente con apenas cuatro jinetes, escapando en medio del tumulto, a
Hadrumeto[473]. Posteriormente volvió a Cartago treinta 4
y seis años después de haber salido de allí con su padre cuando era pequeño. Y logró convencer al senado, en el momento de la deliberación, de que no había más esperanza que pedir la paz a los romanos.

Y la paz fue concedida a los cartagineses por la vo- 5
luntad del senado y del pueblo romano y por intermedio de Escipión en el año del consulado de Gneo Cornelio Léntulo y Publio Elio Peto[474]. Sin embargo, más de quinientas naves, sacadas a alta mar, fueron incendiadas a
la vista de la ciudad. Escipión entró en Roma en triunfo 6
llevando ya el sobrenombre de Africano; a él le seguía, tras el carro triunfal, Terencio[475], que después fue come-

[472] Batalla de Zama (202 a. C.).

[473] Antigua ciudad marítima de África, situada entre Cartago y Tapso.

[474] 201 a. C. Las condiciones de la paz privaban a Cartago de toda actividad fuera de los asuntos puramente internos.

[475] Lo que aquí dice Orosio del comediógrafo Terencio, lo dice Livio en el libro XXX 45, 5, de Quinto Terencio Culeón, senador romano a quien Escipión recuperó entre los cautivos. Es posible que Orosio haya leído a Livio con excesivas prisas y dudas. Lo que

diógrafo, uno de los nobles cartagineses cautivos, cubierto ya con el gorro de liberado[476], lo cual era la señal de que se le había concedido ya la libertad.

De la batalla que macedonios y espartanos protagonizaron con el cónsul y general Flaminino, y de la victoria romana, no sin perder gran cantidad de soldados

20 En el año 546 de la fundación de la ciudad terminó la segunda guerra púnica, que había durado diecisiete años. A ella le siguió inmediatamente la macedónica, la cual le correspondió en suerte llevarla a cabo al cónsul Quintio Flaminino[477], quien, tras muchas y durísimas batallas, en las cuales fueron vencidos los macedonios, concedió la paz a Filipo.
2 Posteriormente, se enfrentó a los lacedemonios; tras derrotar a su general Nabis, llevó, delante de su carro, como nobles rehenes, a Demetrio, hijo de Filipo,
3 y a Armenes, hijo de Nabis. Fueron recuperados todos los ciudadanos romanos prisioneros que habían sido vendidos a lo largo de toda Grecia en la época de dominio de Aníbal, y, con sus cabezas rasuradas por haber abandonado la esclavitud, siguieron al carro del vencedor.

sí es evidente es que este Terencio, si es el senador del que habla Livio, no le convienen expresiones como «uno de los nobles cartagineses cautivos» o «cubierto del gorro de liberado», por cuanto era un noble romano y su libertad no sería una nueva adquisición a partir de una situación de esclavo, sino una recuperación de un antiguo estado.

[476] El texto latino ofrece *pileatus;* el *pileus* era una especie de gorro frigio de lana con el que se cubría a los esclavos liberados.

[477] 198 a. C.

De la devastación, bajo el mando del cartaginés Hamílcar, que había quedado en Italia tras la marcha de Aníbal, de las ciudades de Cremona y Placentia por parte de los boyos y cenomanos; de la derrota final de éstos en el campo de batalla, y de la victoria del procónsul Flaminino sobre el rey Filipo y muchos otros pueblos

En esta misma época los ínsu- 4
bros, boyos y cenomanos, reunidas sus fuerzas en un solo ejército bajo el mando del cartaginés Hamílcar que se había quedado en Italia, fueron derrotados en una durísima batalla[478] por el pretor Lucio Furio[479], mientras devastaban la zona de Cremona y
Placentia[480]. Posteriormente, el 5
procónsul Flaminino sometió con las armas al rey Filipo y, con él, a los tracios, macedonios, ilirios, y a otros muchos pueblos que le
habían ayudado[481]. Los macedo- 6
nios, derrotados, perdieron su campamento y, según el testimonio de Polibio, en esta ocasión murieron ocho mil enemigos y fueron capturados cinco mil; según Valerio[482], fueron cuarenta mil los enemigos aniquilados; y Claudio[483] recuerda que fueron treinta y dos mil los
caídos. Pero esta divergencia entre los escritores es 7
ciertamente un engaño; y el origen de este engaño está, sin duda, en la adulación, al procurar acumular alabanzas para el vencedor y ensalzar, ante los ojos de los contemporáneos y de los que vendrán después, los valores de su patria. De otra forma, aunque no se hubiese investigado en torno al número, no se hubiese señalado
uno cualquiera. Y si es halagador, para un general y 8

478 En Cremona (200 a. C.).

479 Zangemeister escribe Fulvio.

480 Todas estas ciudades y pueblos estaban cerca del Po, en la Galia Cisalpina.

481 En Cinoscéfalas (197 a. C.).

482 Valerio Máximo, recopilador de ejemplos históricos del siglo I d. C.

483 Claudio Cuadrigario, el analista.

para su patria, el haber matado al mayor número posible de enemigos, ¡cuánto más agradable para la patria y feliz para el general puede parecer el no haber perdido
9 a ninguno o a muy pocos de los suyos! Es decir, es claramente evidente que, con el mismo descaro con que se miente cuando se añade algo al número de enemigos muertos, se aminoran también e, incluso, se callan totalmente los aliados perdidos.

De los variados combates que los romanos, bajo el mando de muchos y buenos generales, protagonizaron en Hispania Citerior o en Etruria, y también con Antíoco, rey de Siria, con los celtíberos y ligures, con los galogriegos en Galacia, y todo ello, con gran pérdida por uno y otro bando, y de la familiar conversación que Escipión, enviado como legado hacia Antíoco, mantuvo con Aníbal prófugo ya y derrotado por él

10 Pues bien, Sempronio Tuditano, derrotado en una batalla, fue eliminado, juntamente con todo el ejército romano, en Hispania
11 Citerior. El cónsul Marcelo, atacado por los boyos en Etruria, perdió gran parte del ejército; en su ayuda vino después el otro cónsul, Furio[484], y así, devastando los dos, con fuego y armas, todo el territorio de los boyos, casi lo redujeron a la nada.

12 En el año del consulado de Lucio Valerio Flaco y Marco Porcio Catón[485], el rey de Siria Antíoco pasó de Asia a Europa, tramando la guerra contra el pueblo roma-
13 no. También en esta época, Aníbal, al que el senado romano había ordenado que se presentara en Roma a causa de los rumores que corrían por la ciudad acerca de él en el sentido de que era el instigador de la guerra, se había refugiado junto a Antíoco marchándose clandestinamente de África[486]; y em-

[484] Marco Claudio Marcelo, hijo del gran Marcelo, y Furio Purpurio (196 a. C.).

[485] 195 a. C.

[486] Aníbal en efecto, tras tener ciertos problemas en su patria,

pujó a la lucha a Antíoco, que se encontraba en Éfeso lleno de dudas.

14 También se derogó en este año, tras veinte de vigor, la ley que había sido presentada por el tribuno de la plebe Opio, de acuerdo con la cual ninguna mujer podía tener más de media onza de oro ni usar vestidos de varios colores ni coche por la ciudad.

15 En el año del segundo consulado de Publio Escipión Africano y primero de Tito Sempronio Longo [487], fueron aniquilados diez mil galos junto a Milán; y en una segunda batalla murieron once mil galos, pero también cinco mil romanos.

16 En Hispania Citerior el pretor Publio Digitio perdió casi todo el ejército. El pretor Marco Fulvio venció a los celtíberos juntamente con los pueblos cercanos e hizo prisionero a su rey.

17 Minucio, arrastrado por los lígures a un peligro extremo y rodeado por emboscadas de los enemigos, a duras penas pudo escapar gracias a la habilidad de los jinetes númidas.

18 Hacia Antíoco fue enviado, juntamente con otros legados, Escipión Africano, que tuvo, incluso, con Aníbal una amigable charla; pero al no conseguir la firma de la paz, se alejó de Antíoco.

19 En una y otra Hispania se llevaron a cabo, por mediación de los pretores Flaminio y Fulvio, enfrentamientos enormemente duros y cruentos por uno y otro lado.

20 En el año del consulado de Publio Cornelio Escipión y Marco Acilio Glabrión [488], Antíoco, a pesar de que

---

escapó clandestinamente al lado de Antíoco, el cual era, en estos momentos, el único poder capaz de enfrentarse a los romanos. Antíoco lo recibió con los brazos abiertos.

[487] 194 a. C.

[488] Publio Cornelio Escipión Nasica y Marco Acilio Glabrión (191 a. C.).

había ocupado las Termópilas, con cuya protección podía estar más seguro ante los inciertos resultados de la guerra, entabló, sin embargo, combate, siendo derrotado por el cónsul Glabrión[489]; a duras penas escapó con unos
21 pocos de la batalla y llegó a Éfeso. Se dice que su ejército tenía sesenta mil soldados armados, de los cuales cuentan que murieron cuarenta mil y fueron capturados más de cinco mil.

El otro cónsul, Escipión, se enfrentó con el pueblo de los boyos, en cuyo enfrentamiento eliminó a veinte mil enemigos.

22 Al año siguiente, Escipión Africano, con la ayuda de Eumenes, hijo de Atalo[490], se enfrentó por mar con Aníbal, quien entonces estaba al frente de la armada de Antíoco; éste, al ser derrotado y darse a la fuga Aníbal, y al perder al mismo tiempo todo el ejército, solicitó la paz, y devolvió espontáneamente al hijo de Africano, al que había tomado como prisionero, no se sabe si cuando éste hacía una exploración o si fue en el campo de batalla.

23 En Hispania Ulterior, el procónsul Lucio Emilio perdió la vida aniquilado, juntamente con todo su ejército,
24 por los lusitanos. Lucio Bebio, en su camino hacia Hispania, fue rodeado por los lígures y muerto con todo su ejército. De este desastre se sabe que no quedó ni siquiera un mensajero, hasta el punto de que fueron los de Marsella quienes tuvieron que ocuparse de dar en Roma la noticia de la matanza.

25 El cónsul Fulvio[491], pasando de Grecia a Galogre-

---

[489] Tras esta derrota, Antíoco se retira ya de Grecia a Asia Menor.

[490] Al lado de Roma, en la lucha con Antíoco, se pusieron Rodas, Pérgamo y las grandes islas, proporcionando a la armada romana las bases que necesitaba.

[491] Marco Fulvio Nobilior (189 a. C.).

cia[492], que hoy se llama Galatia, llegó al monte Olimpo en el cual se habían refugiado todos los galogriegos juntamente con sus esposas e hijos; y allí protagonizó un cruel combate, ya que los romanos, que en un primer momento se vieron gravemente quebrantados por los dardos, las grandes rocas y demás armas arrojadizas lanzados desde arriba, se abrieron camino, por fin, hasta llegar al cuerpo a cuerpo con los enemigos; cuentan que en este choque murieron cuarenta mil galogriegos.

El cónsul Marcio[493], tras marchar contra los lígures 26
y ser derrotado, perdió cuatro mil soldados; y de no haber huido rápidamente al campamento una vez derrotado, hubiera sufrido el mismo desastre de muertes que había conocido, hacía poco, Bebio ante estos mismos enemigos.

---

[492] El nombre de «galogriegos» posiblemente se deba a que son restos de una anterior invasión de galos en Asia Menor, los cuales, tras ser derrotados por Pérgamo, se vieron recluidos al interior de Asia Menor, lo que después fue Galatia.

[493] Quinto Marcio Filipo (186 a. C.).

Del perdón que, durante el consulado de Marco Claudio Marcelo y Quinto Fabio, consiguió con ruegos, enviando como legado a su propio hijo, el rey Filipo, condenado por los romanos por haber matado a unos legados; de las muertes en este mismo año de Escipión Africano, quien murió de muerte natural cuando estaba desterrado en Amiterno, y de Aníbal, quien se sucidió con veneno, mientras era reclamada su entrega por los romanos

27 En el año del consulado de Marco Claudio Marcelo y Quinto Fabio Labeón [494], el rey Filipo, que había ejecutado a los legados de Roma, mereció ser perdonado gracias a las humildes preces de su hijo Demetrio, al que había en-
28 viado como legado. E inmediatamente después envenenó, con la ayuda, en este crimen paterno, de su hermano, a su propio hijo, como si fuera amigo de los romanos y traidor suyo, cuando éste, desgraciado, no sospechaba nada de ninguno de los dos.

29 En este mismo año, Escipión Africano, desterrado ya largo tiempo de su ciudad ingrata para con él, murió enfermo en la fortaleza de Amiterno [495]. También en estos días se envenenó Aníbal en el palacio del rey bitinio Prusias [496], al ser reclamado por los romanos.

---

[494] 183 a. C.
[495] Ciudad de Campania.
[496] Había recibido a Aníbal en hospitalidad.

De la captura y muerte por los mesanos, en Sicilia, del jefe aquivo Filopemén; de la súbita aparición en el mar de la isla que hoy se llama Vulcania, y de los felices combates que, en esta misma época, protagonizó el ejército romano, mandado por distintos generales y cónsules, frente a los hispanos de uno y otro lado

El jefe de los aquivos, Filopemén [497], fue hecho prisionero y ejecutado por los mesanos.

En Sicilia brotó de repente en 30
el mar, con el asombro de todos, la isla Vulcania, que antes no existía, y que aún hoy existe.

En Hispania Citerior, el pretor 31
Quinto Fulvio Flaco puso en fuga a veintitrés mil hombres y capturó a cuatro mil en un gran
combate. En la Ulterior, Tiberio 32
Sempronio Graco consiguió la rendición de ciento cinco forta-
lezas vacías y abatidas por las guerras [498]. También en el 33
mismo verano Lucio Postumio aniquiló en un choque en Hispania Citerior a cuarenta mil enemigos. Allí mismo, el pretor Graco de nuevo tomó al asalto y se adueñó de doscientas fortalezas.

---

[497] Celebrado general de la «Liga Aquea», llamado «el último de los griegos».

[498] Este hombre se hizo, en efecto, famoso por sus severas medidas militares, mientras gobernaba la provincia, por el año 170.

De cómo, en esta misma época, el ferocísimo pueblo de los basternas, por culpa de Perseo, hijo de Filipo, fue tragado por el río Danubio, que tenía una capa helada, pero que se rompió mientras pasaban en un solo grupo

34 En el año del consulado de Lépido y Mucio[499], el feroz pueblo de los basternas[500], arrastrado por Perseo, hijo de Filipo, y atraído por la esperanza de botín y por la facilidad de paso del río Histro, fue destruido sin combate o, mejor, por ningún enemigo. En efecto, en aquella ocasión, el Danubio, llamado también Histro, cubierto de gruesa capa de hielo,
35 permitía fácilmente el paso a pie por él. Así pues, al pasar imprudentemente una incalculable multitud de hombres y caballos en un tropel conjunto y enorme, saltaron el hielo y la capa helada crujiendo por el exagerado peso y por las pisadas de los que pasaban; y, rompiéndose y derritiéndose finalmente en la mitad del río, desampararon a todo el tropel que durante mucho tiempo habían sostenido; y, volviendo de nuevo arriba la misma capa helada, pero ahora en fragmentos que no servían sino de obstáculo, hundió debajo a los hombres. Sólo unos cuantos de toda la muchedumbre lograron escapar por ambas orillas con las carnes destrozadas casi hasta las entrañas.

[499] Marco Emilio Lépido II y Publio Mucio Escévola (175 a. C.).

[500] Este pueblo y otros limítrofes del Danubio habían sido ya utilizados por Filipo, padre de Perseo, en otras guerras contra los romanos.

Del singular combate que protagonizaron los macedonios, bajo el mando de Perseo, con los romanos; en dicho combate el resultado fue, en un primer momento, desfavorable para los romanos, pero después, con la entrada en combate del general Emilio, terminó por ser un gran éxito

En el año del consulado de Pu- 36
blio Licinio Craso y Gayo Casio Longino[501] tuvo lugar la guerra macedónica, la cual debe tener, por méritos propios, un lugar destacado entre las grandes guerras. Efectivamente, del lado romano estuvieron, primero, toda Italia, y, después, el rey egipcio Tolomeo, Ariarato de Capadocia, Eumenes de Asia y Masinisa de Numidia; con Perseo y los macedonios estaban los tracios con su rey Cotis,
y todos los ilirios con su rey Gentio. Pues bien, Perseo 37
salió al encuentro del cónsul Craso que se le acercaba; y, entablado combate, los romanos, lamentablemente derrotados, se dieron a la fuga. En una segunda batalla, casi con igual desastre por uno y otro lado, se retiraron
todos a los campamentos de invierno. Posteriormente 38
Perseo, abatido el ejército romano por las continuas luchas, pasó al Ilírico y tomó al asalto la fortaleza de Sulcano, que estaba defendida por tropas de guarnición romanas; en esta ocasión, del gran número de soldados romanos que estaban en la defensa, a una parte los mató, a otra los vendió como prisioneros y a otra los llevó consigo a Macedonia.

Después luchó con él y lo venció el cónsul Lucio Emi- 39
lio Paulo; en este combate aniquiló, en efecto, a veinte mil soldados de infantería de Perseo[502]. El rey huyó a escondidas con la caballería, pero inmediatamente fue alcanzado y llevado delante del carro triunfal juntamente con sus hijos; y luego, murió en Alba mientras estaba
en prisión. Su hijo menor aprendió en Roma el arte de 40

---

[501] 171 a. C.

[502] Batalla de Pidna (168 a. C.).

trabajar el bronce para hacer frente a su indigencia y en ello pasó su vida.

Hubo, además, otras muchas guerras con muy diversos avatares de muchos pueblos de todas partes, las cuales he pasado por alto en aras de la brevedad.

De la separación de la amistad romana de los pueblos celtíberos de Hispania y de las numerosas pérdidas que estos traidores y pérfidos sufrieron de manos de Publio Escipión Africano, enviado a España como general; de la derrota por los lusitanos, en singular combate, del pretor Sergio Galba, quien a duras penas pudo escapar tras perder a casi todo su ejército, y de la orden dada, en esta misma época, por los censores de construir un teatro de piedra, cosa que fue, sin embargo, impedida por un loable discurso de Escipión Nasica

21 En el año 600 de la fundación
de la ciudad, durante el consulado
de Lucio Licinio Luculo y Aulo
Postumio Albino[503], cuando en
toda Roma se extendió un enorme
miedo a los celtíberos y no había
ninguno de entre todos los romanos que se atreviese a ir ni como
soldado ni como embajador a Hispania, se ofreció voluntariamente
para ir a luchar a Hispania Publio
Escipión[504], llamado después Africano, a pesar, sin embargo, de que
ya, por suerte, le había correspon-
2 dido ir a Macedonia. Marchándose, pues, a Hispania produjo grandes estragos entre el enemigo,
desempeñando muchas más veces
la función de soldado que la de
general: efectivamente, luchó personalmente y mató a un bárbaro
3 que le había provocado. El pretor
Sergio Galba, sin embargo, fue
derrotado por los lusitanos en un importante combate, y, perdido todo su ejército, a duras penas logró huir escapándose con unos pocos.

4 En esta misma época los censores decretaron la cons-

[503] 151 a. C

[504] Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano, hijo de Paulo y adoptado por Escipión Africano.

trucción de un teatro de piedra en Roma; pero impidió que se hiciera un durísimo discurso de Escipión Nasica[505], quien dijo que este proyecto, muy perjudicial para un pueblo guerrero[506], serviría para alimentar la desidia y la lascivia; y hasta tal punto convenció al senado, que éste no sólo mandó que se vendiera todo lo que se había comprado para el teatro, sino que incluso prohibió que se pusieran bancos en los juegos.

Por ello, que se den cuenta ahora nuestros contem- 5
poráneos —para los cuales es un infortunio cualquier cosa que les ocurre al margen de los placeres de sus apetitos— de que, si ellos se sienten y se confiesan inferiores a sus enemigos, ello se debe achacar a los teatros,
no a los tiempos; y de que no hay que blasfemar contra 6
el Dios verdadero, que todavía hoy prohibe estas diversiones teatrales, sino de que tienen que desechar a sus dioses y a sus espíritus, que son los que reclamaron estos juegos exigiendo, en una evidente muestra de su maldad, tal sacrificio, ya que ellos no se alimentan tanto de la sangre derramada de los animales como de
la debilidad de los hombres. Y es que en los tiempos 7
pasados, es verdad, no faltaban enemigos, ni hambre, ni enfermedades, ni desastres naturales, es más, los había en abundancia; pero no había teatros, en los cuales —es increíble el decirlo— se sacrifican en el altar del
lujo las víctimas de las virtudes. Entre los cartagineses 8
se vio alguna vez que inmolaban personas humanas, pero en breve tiempo abandonaron esta creencia que erróneamente habían cogido; los romanos, en cambio, han

[505] Edil curul en el 169 a. C.

[506] Otros autores denunciaron lo mismo. TERTULIANO (*De spectaculis* 10) señala que los censores destruían los teatros que nacían frecuentemente, mirando por las costumbres, ya que eran un gran peligro como alimento de la lascivia. También, VAL. MÁX., II 4, 2, VELEYO, I 15.

consumado la acción de estar colgados ellos mismos de
9 su perdición. Eso se ha hecho, se hace, gusta y se pide que siga haciéndose. Y ellos, que se ofenderían quizás si se sacrificase un animal de su rebaño, gozan con el sacrificio de los valores de su alma; es más, que los que ahora piensan que se debe criticar a los cristianos, que se sonrojen también por lo que hizo Nasica; y que no se quejen ante nosotros de los enemigos que siempre tuvieron, sino que se lamenten ante aquél por el teatro que les prohibió tener.

Del asesinato, en contra de la palabra dada, que el mismo Sergio Galba cometió en la persona de los lusitanos, ya sometidos e inermes, y de la aversión que esta acción acarreó al nombre de Roma en los ánimos de los hispanos

10 Pues bien, el pretor Sergio Galba asesinó criminalmente en Hispania a los lusitanos que habitaban al Norte del río Tajo, tras haberse éstos rendido voluntariamente; fingiendo en efecto que se iba a preocupar por sus intereses, los aniquiló a todos rodeándolos con sus soldados cuando estaban desarmados y desprevenidos. Esta acción provocó posteriormente el levantamiento de un gran tumulto en toda Hispania por culpa de la perfidia romana.

De la tercera Guerra Púnica que duró cuatro años, terminada la cual, por mandato del senado, Cartago, despojada de sus ciudadanos, fue en un primer momento incendiada, siendo de esta forma destruida a los 700 años de haber sido fundada por Dido Elisa. Y de la pérdida de una gran parte del ejército romano, pérdida que ocurrió en esta misma época, en un enfrentamiento, en Macedonia, del pretor Juvencio con Pseudofilipo

22 En el año 602 de la fundación de la ciudad, durante el consulado de Lucio Censorino y Marco Manilio [507], tuvo lugar la tercera Guerra Púnica. En efecto, tras haber decretado el senado que debía ser destruida Cartago, marcharon a África los cónsules y el entonces tribuno militar Escipión; ocuparon, cerca de Útica, los cuarteles de Africano el Mayor [508]. Llamados 2
allí los cartagineses y obligados a rendir las armas y las naves, entregaron de repente tan gran cantidad de armas que fácilmente se hubiese podido armar a toda África con ellas. Pero los cartagineses, 3
tras entregar las armas y ordenárseles que, abandonando la ciudad, se apartaran a diez millas del mar [509], transformaron su dolor en desesperación, disponiéndose ya o bien a defender la ciudad o bien a ser sepultados con ella y por ella; y nombraron generales suyos a los dos Hasdrúbales [510]. Y cuando se dispusieron en un primer momento a 4
construir armas, suplieron la escasez de bronce y hierro

---

507 149 a. C.

508 Son los *castra Cornelia,* de los que habla también CÉSAR (*Guerra civil* II 24, 25, 30 y 37).

509 Ésta es, efectivamente, la última condición que se puso a los cartagineses: había que destruir la ciudad, aunque tenían derecho a elegir otra residencia donde quisieran, pero no a una distancia menor de 15 Km. del mar.

510 A pesar de estar en el exilio, un Hasdrúbal es amnistiado y llamado en nombre del patriotismo para que se hiciera cargo de las fuerzas de fuera de la ciudad; el otro Hasdrúbal se hizo cargo de las fuerzas de dentro de la ciudad.

con oro y plata. Los cónsules decidieron tomar Cartago
al asalto, cuyas características situacionales se dice que
5 eran éstas: tenía alrededor un muro de veinte millas, y
el resto, casi toda ella, estaba rodeado por el mar, sin
contar las entradas que cubrían tres millas. El trozo
amurallado tenía un muro de treinta pies de ancho, de
6 sillares, y de cuarenta codos de alto. La ciudadela de la
ciudad, de nombre Byrsa, tenía poco más de dos millas.
Por un lado, la ciudad y Byrsa tenían en común la parte
del muro que se levanta sobre el mar; es ésta una zona
del mar que llamaban «Estanque» por cuanto se en-
cuentra muy tranquilo a causa del dique constituido por
un fuerte promontorio.

7 Pues bien, los cónsules, a pesar de que tumbaron
una parte del muro batiéndola con sus máquinas de
guerra, fueron vencidos y rechazados por los cartagine-
ses. Su huida fue impedida por Escipión, que sujetó al
enemigo dentro de los muros. Censorino volvió a Roma.
Manilio, olvidándose de Cartago, dirige sus armas hacia
8 Hasdrúbal. Escipión, muerto Masinisa, reparte el reino
de Numidia entre los tres hijos de Masinisa[511]; al volver
éste junto a Cartago, Manilio asaltó y asoló la ciudad de
Tezaga. Cayeron allí doce mil africanos y fueron captu-
rados seis mil. El general cartaginés Hasdrúbal[512], nieto
de Masinisa, fue ejecutado por los suyos en la curia con
trozos de bancos por sospecha de traición.

9 El pretor Juventio se enfrentó en Macedonia a

---

[511] Entre Micipsa, Gulusa y Mastanábal. Tezaga, que se menciona luego, debe de ser Henchir-Techga, a 8 Km. al SE. de Mateur, que, según una dedicatoria de época de Gordiano, se llamaba Thizika.

[512] De los dos Hasdrúbales que citó antes, se trata del que dirigía las operaciones dentro de la ciudad, el cual se había marchado de la misma con un grupo de soldados, molesto por un castigo que se le impuso; tras ser derrotado en enfrentamientos con Masinisa y Gulusa, volvió a Cartago, donde fue acusado.

Pseudofilipo [513] y fue eliminado con un gran desastre del ejército romano.

En el año 606 de la fundación de la ciudad, es decir, al año quincuagésimo después de la segunda Guerra Púnica, durante el consulado de Gneo Cornelio Léntulo y Lucio Mumio [514], Publio Escipión, el cónsul del año anterior, se dirige al puerto de Gotone [515], con la intención de destruir Cartago hasta su última piedra. Tras un enfrentamiento de seis días y noches seguidos, la extrema desesperación arrastró a los cartagineses a la rendición, con el ruego de que, al menos, dejaran ser esclavos a los que habían escapado del desastre bélico. En un primer momento salió un tropel de mujeres con un aspecto bastante triste; después, el de los hombres con un aspecto todavía peor; se nos ha transmitido, en efecto, que fueron veinticinco mil mujeres y treinta mil hombres. El rey Hasdrúbal se entregó voluntariamente. Los desertores [516], que habían ocupado el templo de Esculapio, se arrojaron voluntariamente al fuego siendo consumidos por él. La esposa de Hasdrúbal se arrojó, con dolor varonil y con locura femenina, con sus dos hijos al fuego, consiguiendo, ahora, ella, la última reina de Cartago, el mismo tipo de muerte que se procuró, en otro tiempo, la primera reina [517]. La ciudad estuvo ardiendo diecisiete días seguidos y fue ocasión para los

23
al año quincuagésimo ... (margin markers: 23 at "En el año 606"; 2 at "Tras un en-"; 3 at "En un pri-"; 4 at "Los desertores"; 5 at "La ciudad estuvo ar-")

---

[513] En realidad, era un simple artesano de Tracia, llamado Andrisco, que se hizo pasar por Filipo, hijo de Perseo. El pretor que se enfrentó a él y lo derrotó en el 148 fue Quinto Cecilio Metelo.

[514] 146 a. C.

[515] Una pequeña isla, bajo la ciudadela de Birsa, donde se refugiaban las naves cartaginesas.

[516] Desertores romanos: eran unos novecientos que se refugiaron en el templo de la fortaleza.

[517] Dido, quien también se arrojó al fuego cuando vio partir a Eneas de Cartago.

vencedores de ver el triste espectáculo de la mutabilidad
6 de las situaciones humanas. Y Cartago fue destruida,
convertidas en polvo las piedras de su muro, setecientos
7 años después de su fundación. Toda la muchedumbre
de cautivos fue vendida, exceptuando unos pocos nobles.
De esta forma la tercera Guerra Púnica terminó al
cuarto año de haberse iniciado.

De las largas discusiones en el senado en torno a la destrucción de Cartago, ya que unos pensaban que debía ser destruida en pro de la eterna tranquilidad de los romanos, y otros, que debía ser conservada para ejercitar el valor de los soldados y apartar el peligro del ocio, por temor a que la indolencia propia de las situaciones seguras terminara con la audacia de su mentalidad guerrera

8 Pero para mí, que, a pesar de
investigar la situación con afán,
soy, sin embargo, un hombre de
mente corta, nunca ha estado totalmente clara la causa de esta
tercera Guerra Púnica, causa que
Cartago debió de provocar hasta
tal punto, que mereciera la decisión de ser justamente destruida.
Y lo que más me trastorna a mí
es que cuando en otras ocasiones
aquellos a los que se declaraba la
guerra habían provocado la chispa que era causa e injuria evidentes, entonces no hacía falta recurrir a deliberaciones para declarar
9 la guerra. Pero es que ahora se
deliberó y, mientras algunos romanos decidieron que se debía destruir Cartago en pro de la seguridad perpetua de Roma, otros pensaban, sin embargo, que se debía permitir a Cartago permanecer incólume en su estado en pro de la eterna preocupación por los valores romanos, que estaban siempre en función de la sospecha de rivalidad de otra ciudad, para que, de esta forma, el vigor romano, alimentado siempre con las guerras, no se relajara con la tranquilidad y el ocio y cayera en una lánguida indolencia. Encuentro, pues, que la causa no arranca de una provocadora injuria de los cartagineses,

sino de la inconstancia de los romanos que empezaban a embotarse.

Al ser esto así, ¿por qué achacan ahora a los tiempos 10
cristianos su debilitamiento y su falta de actividad, a causa de la cual los romanos por fuera parecen gordos, pero, por dentro, están escuálidos? Los romanos perdieron hace ya casi seiscientos años, como habían predicho los conciudadanos que pensaron con prudencia y temor [518], aquella importante piedra de toque de su esplendor y su gloria: Cartago.

Voy a poner, pues, fin a este libro no sea que, al 11
frotar con excesiva fuerza en este asunto, desaparezca momentáneamente la herrumbre, y encuentre, donde no puedo sacar la agudeza necesaria, una vana aspereza. Aunque en modo alguno me asustaría la aspereza que pudiera encontrar, si encontrara la esperanza de un agudo descubrimiento en el interior.

---

[518] Los que habían pensado que Cartago debía ser conservada para que los romanos tuviesen un rival que los estimulara.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

Págs.